

PAUL
CHRISTOPHER



LA
CONSPIRACIÓN
TEMPLARIA

Este es el espacio reservado para la frase



Lectulandia

El reinado despiadado de un poder secreto debe ser parado...

En Roma, el asesinato público del papa por un francotirador el día de Navidad supone una investigación masiva que se estira a través del globo.

Pero detrás del velo de Rex Deus —la conspiración templaria que silenciosamente maneja el poder en el siglo XXI— el complot acaba de comenzar.

Lectulandia

Paul Christopher

La conspiración templaria

John Holliday - 4

ePub r1.0

Titivillus 01.10.2017

Título original: *The Templar Conspiracy*
Paul Christopher, 2011
Traducción: Alejandro Pareja Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

OBERTURA

ERA el día de Navidad y en Roma estaba nevando. La nieve era poco frecuente por allí, pero a él no lo había tomado por sorpresa. Llevaba diez días siguiendo las previsiones meteorológicas. Siempre convenía estar preparado.

Su pasaporte estadounidense estaba a nombre de Hannu Hancock, hijo de madre finlandesa y padre estadounidense y natural de Madison, estado de Wisconsin, donde su padre era profesor universitario y su madre regentaba una tienda de artesanías finas. Hancock tenía cuarenta y seis años; había cursado los estudios secundarios en el instituto East High, y había obtenido después la licenciatura y un máster en Agronomía en la Universidad de Wisconsin-Madison. Ahora ejercía de biólogo especializado en la conservación del suelo, y era asesor itinerante en la misma especialidad para el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos. Hancock había estado casado tres años con una joven llamada Janit Ferguson, que había muerto de cáncer de pulmón. No habían tenido hijos, y él no se había vuelto a casar.

Nada de esto era cierto. Ni siquiera los que lo habían contratado sabían quién era él en realidad. Solía viajar con varios pasaportes, cada uno con un nombre distinto, acompañado de su respectiva biografía detallada. Guardaba los pasaportes, y mucho dinero, en una caja de seguridad de la Banque Bauer de Ginebra. Tenía en reserva algunos pasaportes más y una segunda hucha en un banco de Nassau, en las Bahamas, donde poseía, además, una casa relativamente pequeña en cayo Lyford (su vecino más próximo era *sir* Sean Connery), así como un trastero en Carmichael Road, camino del aeropuerto. Cuando terminaba un trabajo solía dirigirse a la casa de las Bahamas. También en este caso terminaría por volver allí, pero le habían pedido que se quedara disponible para hacer otro encargo en Roma en algún momento durante los seis días siguientes.

No había pensado ni por un instante en la posibilidad de fracasar, ni se había planteado la gravedad de la primera tarea para la que lo habían contratado. Él no fracasaba nunca; no cometía errores nunca. No sabía siquiera lo que era el remordimiento. Algunos lo habrían calificado de sociópata; pero no lo era. No era más que un hombre dotado de un talento singular, que ejercía su trabajo con gran eficiencia. Para él, las motivaciones y la valoración moral de su tarea eran asunto de los que le pagaban. Él no se consideraba más que un técnico, un agente que cubría las necesidades de los que lo contrataban.

Hancock caminaba por el Corso Vittorio Emanuele II bajo la leve nevada. Consultó su reloj. Eran las seis y media de la mañana, y todavía era de noche. Faltaba una hora y cuatro minutos para que amaneciera. Tenía tiempo de sobra. Llevaba un plumífero blanco que se había comprado en Ginebra, unos pantalones vaqueros de

una tienda de ropa *vintage* de Nueva York, y unas zapatillas deportivas de caña alta procedentes de una tienda de Paddington, en Londres. Llevaba al hombro una mochila gris clara, y portaba bajo el brazo una caja larga, de las que se suelen emplear para enviar rosas de tallo largo, envuelta a modo de regalo navideño. Le cubría el pelo negro un pasamontañas blanco de esquí, recogido en forma de gorro.

En el transcurso de su paseo no había visto prácticamente a nadie, salvo a unos pocos taxistas, y los cafés, los bares y las pequeñas pizzerías de las calles tenían los cierres metálicos echados. Se debía en parte a la nieve caída, poco común, y en parte también a la fecha. La mayoría de la gente estaría en casa con sus seres queridos, y los más religiosos estarían preparando el desayuno para dirigirse después a la Plaza de San Pedro y asistir a la bendición apostólica del papa, que tendría lugar a mediodía.

Hancock llegó a la estrecha Via dei Filippini y entró por ella. Había coches aparcados en batería en el lado derecho, y solo había espacios disponibles para el gran edificio de viviendas del siglo XIX del lado izquierdo de la calle. El pequeño DR5 alquilado de Hancock estaba donde lo había aparcado la noche anterior. Siguió por la calle estrecha hasta que llegó a una puerta negra anónima en el lado derecho de la calle. Abrió la puerta con la llave antigua que le habían proporcionado, y entró.

Se encontró en un zaguán pequeño y oscuro. Tenía ante sí una escalera de caracol de hierro forjado. Empezó a subir y, tras dejar atrás varios rellanos, llegó a lo más alto. Había un pasillo de piedra a la derecha, y Hancock lo siguió. El pasadizo daba varias revueltas y terminaba en una de las galerías altas del coro.

Observó desde allí la parte central de la iglesia, que se dominaba desde una altura de veinticinco a treinta metros. Estaba desierta, como era de esperar. Aquella mañana, la mayoría de las iglesias de Roma, grandes y pequeñas, estarían vacías. Todos los fieles de la ciudad acudían a San Pedro, apresurándose para encontrar un buen sitio próximo a la *loggia* principal de la iglesia, cerca de donde el papa impartía sus alocuciones más importantes.

A la izquierda de la galería del coro había una puerta estrecha. Hancock la abrió y se encontró ante una escalera de madera, empinada, con baranda con remates en espiral. Subió los escalones con paso regular hasta que llegó a lo más alto de las escaleras y a la pequeña cámara superior. El suelo de esta cámara era de gruesas tablas de roble de Cerdeña, ennegrecidas por el tiempo, y las paredes eran un amasijo complicado de vigas y tirantes curvos de la misma madera, muy semejante al armazón de un navío de la Armada Invencible española, lo cual no era de extrañar, pues esto lo habían construido a finales del siglo XVI los mejores carpinteros navales de Liguria.

Este entramado sostenía la pesada cúpula exterior de ladrillo, gracias a lo cual la cúpula interior, mucho más liviana, podía ser apreciablemente más alta de lo habitual para las iglesias de aquella época. Una sencilla escalera de madera, con barandas a ambos lados, ascendía siguiendo la curvatura de la cúpula hasta llegar al pie de una

pequeña linterna o torrecilla redonda que remataba la cúpula.

Hancock siguió subiendo hasta llegar a lo más alto de la cúpula, y siguió por una escalera de caracol estrecha que ascendía por el interior de la linterna. Consultó su reloj. Todavía faltaban cuarenta minutos para que empezara a salir el sol. Soltó el pesado paquete y se despojó de la mochila. Había tardado once minutos desde la puerta exterior de la Via dei Filippini hasta la torre. Calculaba que el viaje de vuelta no le llevaría más de siete minutos, ya que bajaría en vez de subir y no tendría que portar aquella carga adicional.

Lo primero que hizo Hancock fue sacar un par de guantes de cirujano y ajustárselos. A continuación, extrajo del bolsillo lateral de la mochila un sándwich de huevo frito envuelto en papel encerado y se puso a comer deprisa, procurando con meticulosidad que no cayera ninguna miga en el suelo de piedra. Mientras comía, oteó la ciudad. Caía la nieve con más fuerza; seguramente bastaría para cubrir las huellas que había dejado por el callejón hasta la puerta de entrada, pero sin ser tan densa como para quitarle visibilidad. Terminó el sándwich; dobló cuidadosamente el papel encerado y se lo guardó en el bolsillo del plumífero.

Ajustó la alarma de su reloj para que sonara a las once y media; se cubrió el rostro con el pasamontañas tipo máscara para conservar el calor y se tendió en el suelo. A los tres minutos ya se había sumido en un sueño ligero, sin llegar a soñar.

El pitido de la alarma lo despertó cuando eran exactamente las once y media. Antes de ponerse de pie, abrió de nuevo la mochila y sacó un traje blanco de protección de Tyvek, que lo cubría desde el cuello hasta los tobillos, sin ceñirse al cuerpo. Tardó poco en ponérselo. Seguía nevando levemente, y, con el traje y el pasamontañas blanco, resultaría invisible sobre el fondo difuso de aquel cielo navideño cubierto.

Hancock se inclinó sobre la mochila y sacó un aparato muy parecido a una cámara de vídeo digital. Se puso de pie y, mirando por el visor, oteó el horizonte por el cuadrante noroccidental, al otro lado del Tíber. La distancia exacta seguía siendo de 1199,36 metros; pero él quería comprobar la fuerza y la dirección del viento. En vista de que la nieve caía en vertical, había supuesto que no había prácticamente nada de brisa; pero el visor Leupold era tan sofisticado que detectaba las corrientes de aire ocultas y era capaz de calcular una línea balística que tenía en cuenta la diferencia de alturas ente el blanco y él. Aquello tenía importancia, pues la linterna de la cúpula de la Chiesa Nuova estaba más de noventa metros más alta que el blanco, situado más allá del Campo Marzio y en la otra orilla del río.

Hancock se inclinó de nuevo y dejó el visor en la mochila. Acto seguido, empezó a desenvolver el paquete navideño, plegando cuidadosamente el papel de regalo rojo y dorado antes de deslizarlo en la mochila. Levantó la tapa de la caja y dejó al descubierto las piezas de un rifle estadounidense de francotirador CheyTac Intervention del calibre .408, que Hancock consideraba la mejor arma de su clase que se había creado nunca. Enroscó el freno de boca y parallamas de acero inoxidable;

deslizó en su zapata la mira telescópica fabricada por U. S. Optics y desplegó de la culata el culatín que se ajustaba al hombro. Por último, introdujo el cargador de siete cartuchos en su ranura del guardamanos.

Era un rifle mucho más grande de lo normal. Montado, medía un metro y treinta y siete centímetros. Tenía un bípode incorporado en la parte delantera y un pie telescópico extensible situado bajo el centro de gravedad del rifle. Hancock no usó ni el uno ni el otro. Sacó de la mochila un apoyo hecho a la medida y lleno de arena y lo dispuso sobre los sillares superiores del parapeto de piedra de la torre.

Apoyando una rodilla en tierra podía encarar el objetivo casi con toda exactitud. Consultó el reloj. Las doce menos cinco. La cosa no tardaría. Sacó de la mochila su radio portátil por satélite Pioneer Inno y se puso los auriculares. Tenía sintonizada la CNN, que transmitiría la bendición apostólica en directo, como tenía por costumbre la cadena todos los días de Navidad.

Según el comentarista, se habían reunido en la Plaza de San Pedro más de sesenta mil personas que querían recibir la indulgencia plenaria de sus pecados. Hancock había cronometrado las cuatro últimas bendiciones *urbi et orbi* y sabía que no contaría con más de un minuto y diez segundos para localizar al objetivo y hacer el disparo. A las doce menos dos minutos surgió de la plaza una inmensa aclamación. Hancock dejó caer la radio en la mochila y adoptó la posición de disparo, apoyando en la almohadilla de arena el cañón del fusil, justo por detrás del freno de boca. Hizo girar la rueda de la mira telescópica hasta que saltaron dos clics, y apareció ante su vista la zona del blanco, la *loggia* o balcón central de la basílica de San Pedro.

Acompañaban a Su Santidad en el amplio balcón ocho personas más: dos obispos con vestiduras y mitras blancas; dos sacerdotes con casullas blancas y cuellos rojos; un técnico de sonido con un micrófono de jirafa; un cámara; el fotógrafo oficial del Vaticano, Dario Biondi, y un cardenal veterano que sostenía el gran portafolios blanco y dorado que contenía el texto de la bendición.

En el centro del grupo estaba el papa en persona, sentado en un solio rojo y dorado, con un báculo también dorado en la mano izquierda. Llevaba vestiduras blancas y doradas y una mitra a juego, también blanca y oro. Tras el solio, Hancock apreció entre las sombras del balcón la presencia de algunos miembros, apenas visibles, de la Vigilancia, las fuerzas de seguridad de la Ciudad del Vaticano.

Por fin, vio por la mira telescópica que el pontífice empezaba a mover los labios, pronunciando las primeras palabras de la breve bendición: «*Sancti Apostoli Petrus et Paulus: de quorum potestate et auctoritate confidimus ipsi intercedant pro nobis ad Dominum*».

Una bandera papal que colgaba del balcón se agitó levemente movida por un ligero soplo de viento, y Hancock hizo un ajuste minúsculo a la mira. Bajo el balcón, la gran multitud, invisible e inaudible, pronunciaba al unísono la respuesta de rigor: «*Amén*».

Habían pasado quince segundos.

Hancock rodeó el gatillo con el dedo enfundado en el guante de látex, mientras el papa empezaba a pronunciar el segundo párrafo: «*Precibus et meritis beatae Mariae semper Virginis, beati Michaelis Archangeli, beati Ioannis Baptistae, et sanctorum Apostolorum Petri et Pauli et omnium Sanctorum misereatur vestri omnipotens Deus; et dimissis omnibus peccatis vestris, perducatur vos Iesus Christus ad vitam aeternam*».

Habían pasado veinticinco segundos.

Campo de visión despejado; perfil de tres cuartos; no era el ángulo ideal para el trabajo, pero bastaría.

La multitud volvió a responder: «*Amén*».

Habían pasado treinta segundos. Hancock vio claramente por la mira telescópica que el papa tomaba aliento antes de emprender el tercer párrafo de la bendición. Su último aliento.

Hancock disparó.

El proyectil de siete centímetros de largo, con forma de misil y punta aguda, salió del rifle a una velocidad de mil veinte metros por segundo y recorrió la distancia que separaba a Hancock del papa en poco más de un segundo y medio.

Hancock esperó a ver el impacto, que alcanzó al pontífice en pleno pecho, le destrozó la pared torácica y derribó el solio, que cayó hacia atrás por la puerta del balcón. Seguro de haber abatido a su objetivo primario, Hancock vació las seis balas del cargador barriendo el balcón, con intención de sembrar el caos y la máxima confusión posible. Lo consiguió.

Una vez realizada la tarea, bajó el rifle y lo depositó en el suelo de piedra de la torre. Dedicó unos momentos a recoger todos los casquillos de latón y a quitarse el traje de Tyvek. Se guardó los casquillos en el bolsillo del plumífero, metió el traje de Tyvek en la mochila y, acto seguido, se sacó del bolsillo del pantalón una bolsita de plástico transparente.

La bolsita de plástico y su contenido se la había enviado el que lo había contratado, acompañada de las instrucciones pertinentes. Abrió la bolsa de cierre zip hermético y dejó caer su contenido en el suelo de piedra. La moneda de oro macizo relució a la fría luz invernal.

Cuando Hancock recibió la moneda, había hecho una reproducción de su imagen y había consultado con ella a un experto numismático. Era una moneda auténtica datada en el año 1191. La figura que aparecía sentada en el centro de la pieza estaba rodeada de un texto que decía: «*al-Malik an-Nasir Yusuf Ayyub*», nombre de un militar kurdo nacido en la población que ahora se llama Tikrit, en Irak, y al que el mundo occidental conoce por el nombre de Saladino, el hombre que arrebató Jerusalén a los cruzados y derrotó a Ricardo Corazón de León. Después de haber dejado la moneda, se echó a los hombros la mochila y emprendió la bajada de la torre, dejando allí el rifle.

El viaje de vuelta le llevó menos tiempo del que había calculado. Llegó al callejón a los cinco minutos de empezar el descenso y, después de salir por la puerta

negra anónima, cerró esta con la llave. A los seis minutos, por delante del plazo previsto, se subió a su coche alquilado y tomó el camino de la Roma Termini, la estación de ferrocarril principal de la ciudad.

Por el camino oyó una sirena tras otra; todas se dirigían al Vaticano, pero nadie se fijó en él para nada. Llegó a la estación de tren a los once minutos del asesinato; tomó uno de los frecuentes trenes del servicio Leonardo Express y llegó al aeropuerto de Fiumicino, donde cogió un vuelo que ya tenía reservado en Baboo, una línea aérea de curioso nombre que hacía servicios de corta distancia con aviones de turbohélice Bombardier Dash 8.

Del asesinato al despegue habían transcurrido cincuenta y cuatro minutos. Por entonces, ni la policía del Vaticano ni la estatal italiana habían establecido siquiera el punto de partida del disparo, ni mucho menos tenían la menor indicación acerca de la identidad del asesino.

El trabajo estaba hecho. El papa había muerto.

Cruzado había comenzado.

«**T**ENDRÍA que estar yo allí», gruñó Peggy Blackstock, acurrucada en un sillón de cuero agrietado, en el estudio, muy masculino, de una casa adosada de Georgetown, desde donde miraba un televisor de plasma que estaba montado en la pared sobre la minúscula chimenea. El asesinato del papa, en el que habían muerto también dos obispos, un cardenal, el fotógrafo oficial del Vaticano y un miembro de la Vigilancia, seguía siendo una de las noticias de actualidad, y los comentaristas de la CNN analizaban la bendición papal segundo a segundo y repetían una y otra vez aquellas mismas imágenes terribles del momento del impacto de la bala.

Los corresponsales de todas las cadenas de noticias informaban de los más mínimos avances de la investigación, por insignificantes que fueran, y los interrogantes sobre la falta de seguridad que había rodeado al papa no cesaban. Para mil millones de católicos había sido una tragedia de dimensiones mundiales; pero para los medios de comunicación era un filón.

—Debes descansar —dijo Doc Holliday, que ejercía de tío de Peggy. Holliday estaba sentado tras el gran escritorio antiguo de madera, al fondo de la sala, y corregía un montón de trabajos de fin de curso de sus alumnos. Otro medievalista se estaba tomando un año sabático, y él estaba cubriendo su puesto en la Universidad de Georgetown. El uso y disfrute de la casa adosada clásica, construida en el siglo XIX pero renovada recientemente, formaba parte del trato. Cuando propusieron aquel trabajo a Holliday, él lo había aceptado al instante. La idea de pasar un año en las apacibles praderas de la vida académica le había parecido el antídoto ideal tras aquel verano de penalidades y de violencia que acababa de sufrir. Cuando Raffi, el marido de Peggy, había tenido que salir de Jerusalén para participar en una expedición arqueológica de larga duración, Holliday se había brindado inmediatamente a acoger a esta en la casa de Georgetown, donde podría recuperarse de su reciente aborto involuntario.

—Puf —bufó Peggy—. Como descanse mucho más, me muero de aburrimiento. Además, yo conocía a Dario Biondi. Era buen amigo mío.

—¿Biondi era el fotógrafo del Vaticano? —preguntó Holliday.

—Desde que Mari colgó la Nikon.

—¿Y qué podrías hacer tú que no se esté haciendo ya?

—Tengo acceso al Vaticano. Me deben favores. Nunca se ha hecho, que yo sepa, un reportaje fotográfico sobre lo que no ve el público de los preparativos del funeral de un papa. Además, el viernes de la semana que viene, a más tardar, todos los líderes mundiales estarán en los bancos de San Pedro.

—¿Por qué el viernes?

—Al papa se le debe enterrar a los seis días de su muerte como máximo. Me he documentado —dijo ella; y añadió con una sonrisa macabra—: ¿Sabías que cuando se muere el papa lo llaman tres veces en voz alta por su nombre y le dan tres golpes en la cabeza con un martillo de plata para asegurarse de que ha fallecido de verdad?

—No, Peg, no lo sabía. Lo tendré en cuenta de aquí en adelante —replicó Holliday con sequedad. Los detalles del funeral del papa le interesaban menos que el móvil de aquel asesinato. Después de ver una y otra vez las imágenes grabadas, le había quedado clara una cosa. Aquello no había sido obra de un aficionado que había disparado un tiro para probar suerte, como Lee Harvey Oswald. Aquello era el trabajo de un asesino preparado, lo que quería decir que intervenía la política, de una manera u otra. Pero ¿a quién podría beneficiar políticamente la muerte del papa, como no fuera a alguna otra persona del Vaticano?

—Es verdad. Primero le dan golpes con un martillo; después le rompen el sello del anillo con otro martillo, y, por último, le roban los zapatos.

—¿Cómo dices?

—Le quitan los zapatos de calle y le ponen unas zapatillas rojas.

—Parece que sabes mucho de eso —dijo Holliday.

—He estado navegando por Internet —dijo Peggy, encogiéndose de hombros. Después, soltó un suspiro—. Yo debería estar allí de verdad, ¿sabes? —repitió—. Sería como un homenaje a Dario —concluyó, adoptando una expresión más seria.

—Paparruchas —dijo Holliday, risueño—. Lo único que quieres es participar en la acción.

—Sí, bueno... eso también —dijo Peggy a regañadientes.

Holliday soltó el lápiz rojo y empujó el escritorio para retroceder con la butaca.

—Venga —dijo—. Hoy es San Esteban, y hace un bonito día fresco y soleado. Vamos a abrigarnos bien y a buscar un restaurante caro en la calle M para celebrarlo.

—¿San Esteban?

—El día después de Navidad, o segundo día de Adviento, también llamado *Boxing Day* o día de los aguinaldos.

—Ah —exclamó Peggy con alegría—. El célebre «día de ir a comprar pilas para los juguetes de los niños».

—El mismo.

Los dos se pusieron botas y plumíferos y salieron de la casa. Hacía un día frío, y el gris del cielo en el horizonte presagiaba nieve, aunque hasta entonces la Navidad no había tenido nada de blanca. Salieron de la calle Prospect por la Treinta y Tres, y una manzana más adelante llegaron a la calle M. Caminaron por esta a lo largo de media docena de largas manzanas en busca de un restaurante abierto que no estuviera mal.

Pasaron ante varias posibilidades, pero Peggy no quería *pizza* y Holliday no quería comida mexicana. Terminaron por cruzar la avenida Wisconsin, y llegaron por fin al Mie N Yu, que, como cabía esperar, estaba abierto y abarrotado. Aquel

restaurante de nombre divertido era caro, quizá, pero tenía algo para todos los gustos. Supuestamente servían «cocina de la Ruta de la Seda», desde Turquía hasta Hong Kong, en media docena de comedores largos y estrechos, cada uno decorado con un estilo distinto, y ofrecían de todo, desde dátiles rellenos de chorizo y humus al pesto de plátano hasta ensalada de cacahuets al estilo de Bombay y sándwiches de cerdo asado a la cubana. Dirigía todo aquello un chef ejecutivo claramente no asiático que se llamaba Elliot.

Se instalaron en el salón Tienda Tibetana, que era lo que su nombre indicaba: todo el comedor estaba cubierto de una gran tienda de campaña, y amueblado con sofás de felpa y grandes otomanas de cuero. Encontraron una mesa relativamente tranquila y hojearon el menú. Peggy eligió la parrillada mixta *pupu*, porque el nombre le hizo gracia, y carne con arroz frito y huevo, porque le pareció una mezcla increíblemente rara. Holliday pidió almejas de Virginia y la hamburguesa Camino de la Seda, que costaba doce dólares.

Los dos pidieron cerveza de sandía, solo porque les pareció divertido. También parecía repugnante, y, de hecho, lo era. La comida, por otra parte, aunque un poco rara, era toda excelente. Cuando hubieron terminado, Peggy pidió una crostada de pecanas con chocolate, que era una tarta, y café, y Holliday, que era algo adicto al helado, pidió café y el *gelato* de lima casero. Lo único que faltaba a Holliday era su Marlboro de después de comer; pero apenas lo echó de menos, pues hacía más de diez años que había dejado de fumar.

—Creo seriamente que no deberías ir a Roma —dijo. Hizo una seña a un camarero y pidió que les sirvieran más café—. Aquello va a ser un zoo hasta que atrapen al asesino.

—Mira, Doc, no soy una frágil doncella victoriana. Cuando tú estabas en Afganistán, yo estaba en China, descubriendo criaderos de bebés mientras me buscaba un montón de esbirros comunistas chinos. Cuando tú estabas en Mogadiscio, yo me iba curtiendo en el fotoperiodismo, haciendo reportajes sobre la mafia cubana de Miami. Eres mi tío, Doc, no eres mi padre. Creía que eras amigo mío. *Tengo* que hacer algo ahora mismo, en vez de quedarme parada, llorando a un niño cuyo destino era no nacer.

—Soy amigo tuyo, Peg, pero me preocupo por ti. Es natural —repuso él, encogiéndose de hombros.

—Es un exceso de protección. Y es una tontería. Ya no soy la cría a la que enseñaste a nadar en el río, tras la casa del abuelito Henry, en Fredonia.

—¿Y si voy yo contigo? Para llevarte la bolsa de las cámaras, o los objetivos, o lo que hagan los ayudantes de fotografía.

Peggy le dirigió una larga mirada de astucia desde el otro lado de la mesa, como empezando a comprender. De pronto, esbozó una gran sonrisa.

—¡Esto es obra de Raffi! Ha sido ese pícaro el que te lo ha encargado, ¿verdad que sí?

—Claro que no —respondió Holliday, de manera poco convincente.

—¡Mentira!

—Me pidió que cuidara de ti mientras él estaba fuera, eso es todo. Y que no te dejara hacer ninguna tontería. E ir a Roma inmediatamente después de que hayan asesinado al papa tan en público entra dentro de la categoría de las tonterías.

—No creía que el Vaticano y tú os llevaseis tan bien —dijo Peggy—. Habéis tenido algunas fricciones últimamente.

—Lo mismo digo de ti —repuso Holliday—. Si no recuerdo mal, en tu último contacto con dicha estimada organización te raptaron y te tuvieron encerrada en una cabaña de pesca a orillas del Tíber mientras se negociaba tu rescate.

—Así y todo, Dario era amigo mío y alguien lo ha asesinado de manera indiscriminada. No ha sido más que daños colaterales. Todo el mundo piensa en el papa, y nadie se preocupa de aquel italiano pequeño que llevaba una cámara grande.

—Es lo mismo uno que otro, Peg.

—No, no lo es —replicó ella con calor—. No se habla más que del asesinato de Su Santidad. Dario no será más que una nota marginal en el libro de la historia. Nadie investiga por él.

—Ya veo donde quieres ir a parar, aunque es bastante sutil —asintió Holliday—. Es como cuando Lee Harvey Oswald mató a J. D. Tippit. Todos estaban demasiado ocupados pensando en Kennedy.

—Tippit era el policía al que mató también Oswald, sin motivo aparente, ¿verdad?

—Eso es —dijo Holliday—. Nadie se molestó nunca en descubrir por qué.

—Igual que con Dario.

—Eso me temo —dijo Holliday, apesadumbrado. En sus tiempos de militar había visto daños colaterales de todo tipo, desde pueblos enteros destruidos por bombardeos en Vietnam hasta niños a los que habían amputado las manos y los pies a machetazos en Ruanda y en el infierno del Congo. Como para llenar toda una vida de pesadillas y de recuerdos horribles.

—Entonces, queda demostrado lo que yo decía —dijo Peggy.

—Claro —dijo Holliday—. A lo mejor, Dario era el objetivo principal desde el primer momento, y el papa no ha sido más que daños colaterales.

—Te estás riendo de mí.

—No sería la primera vez que se disimula un crimen con otro. Como dijo Shakespeare, «hay más cosas en el cielo y en la tierra...».

—No soy una cría, ni soy frágil como un huevo. Me puedo cuidar sola, Doc.

—Eso ya lo sé —dijo Holliday, encogiéndose de hombros—. Pero me preocupa tu seguridad, eso es todo. Los forasteros que quieran meter las narices en las investigaciones de la policía estatal italiana no van a ser bien recibidos, eso te lo puedo garantizar.

—Vámonos de aquí —dijo Peggy de pronto—. Tengo que tomar el aire.

Holliday pagó la cuenta; se pusieron los abrigos y emprendieron el camino de vuelta a la casa. Nevaba por fin, y empezaba a formarse un atasco en la calle M. Bajaron por la calle M hasta la Treinta y Tres en silencio, sumidos en sus respectivos pensamientos, mientras los copos de nieve flotantes iban cuajando por todas partes. Llegaron por fin a la calle Prospect y doblaron la esquina.

En el último escalón de la vieja escalera de hierro forjado de la entrada de la vivienda estaba sentado un hombre maduro, de traje negro y austero y con alzacuello de sacerdote. Fumaba un cigarrillo, y tenía aspecto de estar pasando mucho frío. Le había caído ceniza por toda la pechera de la chaqueta, que llevaba abotonada hasta el cuello para protegerse de la nieve y el frío.

—Mis viejos huesos irlandeses no están acostumbrados a este maldito clima polar —dijo con un acento irlandés marcado, casi teatral—. ¿Quizá podría invitarme a pasar para que me caliente con una taza de té, o quizá con algo un poco más fuerte, coronel Holliday?

Según la costumbre irlandesa, tendía a convertir las afirmaciones en preguntas.

—¿Qué ven mis ojos? —dijo Doc, alzando la vista hacia el sacerdote—. Si es el padre Thomas Brennan.

Holliday se detuvo, recordando el infierno que les había hecho pasar a Peggy y a él, no hacía mucho, aquel hombre, jefe de la policía secreta del Vaticano. Pero se dejó vencer por la curiosidad.

—Con todo lo que me gustaría meter una bala entre esos ojos astutos y saltones, la ley de la hospitalidad me lo impide. Está usted invitado a una taza navideña ante la lumbre mientras nos cuenta a qué se debe su visita.

—Ah, qué gran persona es usted, coronel —dijo el sacerdote mientras se ponía de pie, abrazándose a sí mismo y con la colilla colgando de la boca—. Y ¿cómo está usted, señorita Blackstock?

—Asqueada, desde el momento en que lo vi —replicó Peggy.

—Ah, ¿no es una lástima? —dijo el padre Brennan.

La sala delantera de la casa de la esquina de la calle Prospect y la Treinta y Tres debió de llamarse «gabinete» en tiempos de los primeros propietarios de la vivienda. Era una salita agradable, y, al ser de esquina, era muy luminosa, pues tenía ventanas a dos fachadas. En la pared interior había una chimenea de gas; y, como todas las demás estancias de la casa del profesor, estaba cubierta de estanterías llenas de libros sobre todos los temas imaginables. Los muebles estaban principalmente recubiertos de cuero y parecían de los años ochenta; las alfombras eran de sisal de Ikea, y los cuadros de las paredes eran paisajes del siglo XIX bastante bonitos y una colección importante de escenas de batallas de caballería, principalmente de las guerras napoleónicas.

Holliday hizo sentarse al sacerdote en un sofá ante la lumbre y le sirvió un buen vaso de *whiskey* irlandés, procurando que fuera Jameson, católico, y no Bushmills, protestante. Se instaló a continuación en un sofá a la derecha del sacerdote, mientras

Peggy ocupaba el de la izquierda. El padre Brennan contemplaba las llamas azuladas y tomó un leve trago del vaso de *whiskey*, que sujetaba en el hueco de las dos manos.

—Es un mito ¿saben? —dijo por fin el cura—. La destilería Jameson la creó un protestante, igual que la Bushmills. Todo el mundo cree que el Bushmills es protestante porque lo hacen en el norte y que el Jameson es católico porque lo elaboran en Cork, en el sur. A mí me saben a gloria los dos, ojo.

—Vaya al grano, Brennan. Mi hospitalidad navideña tiene un límite.

—Ah, coronel, tan brusco y directo como siempre.

—Pues a ello.

—¿Tendrán noticias de la reciente tragedia acaecida en la Santa Sede, supongo?

—Por supuesto —dijo Holliday.

—¿Conocen el ritual que acompaña a la muerte de un papa?

—Entre otras cosas, han de enterrarlo a los seis días de que el cardenal camarlengo haya declarado su muerte —respondió Peggy.

—Así es, señorita Blackstock. De aquí a cuatro días, para ser exactos. El viernes.

—Mi más sentido pésame por la muerte de su jefe —dijo Holliday—, pero ¿qué tiene que ver nada de esto con nosotros?

—Hemos oído cosas —dijo Brennan.

—No me venga con medias palabras —dijo Holliday, cortante—. ¿Qué cosas?

—Tenemos a varios informantes, uno de los cuales mantiene una relación marginal con la CIA.

—¿Y bien?

—Nuestro informante nos ha hecho saber que el asesinato ha sido obra de un nuevo grupo terrorista. Yihadistas incontrolados. Imitadores de Al-Qaeda.

—¿Lo cree usted?

—Lo creo posible.

—¿Es razonable?

—¿Acaso es razonable poner una bomba en un tren del metro de Moscú? Estas cosas no tienen más motivación que la locura.

—Entonces, ¿por qué me lo he encontrado a usted a mi puerta?

—Porque creo que lo del papa no es más que el principio.

—¿**P**OR qué lo cree usted? —preguntó Holliday con calma. Todos los oficiales de inteligencia que había tratado tenían algo de paranoicos. Uno de los peores había sido James Jesus Angleton, jefe de contrainteligencia de la CIA en cierta época, con quien había trabajado brevemente Holliday, y que se había pasado veinte años buscando a un topo dentro de la CIA sin encontrarlo, y haciendo trizas con su búsqueda todo el entramado de la Agencia. Holliday consideraba que Brennan no sería muy distinto.

—Nuestra fuente es un sacerdote —dijo Brennan, mientras bajaba los ojos hacia su vaso vacío. Holliday captó la indirecta; se levantó y fue a buscar la botella de Jameson. Vertió una cantidad generosa en el vaso y dejó la botella en la mesa de café, al alcance de la mano del sacerdote. Brennan tomó otro buen trago.

—¿Quién es?

—El padre John Leeson.

—Se lo tengo que sacar todo con sacacorchos, Brennan. ¿Quién es el padre John Leeson?

—Era cura suplente en la iglesia de San Juan, en MacLean, estado de Virginia. En la carretera Old Dominion. El padre Connelly había ido a cuidar de su madre enferma; el padre Leeson, que normalmente trabajaba en el obispado, lo cubría durante su ausencia.

—Vale; ya nos ha puesto en antecedentes sobre los personajes. Vamos con el asesinato.

—El padre Leeson impartía la confesión después de la última misa.

—¿Y?

—Me incomoda un poco hablar de las cuestiones del confesonario —musitó Brennan.

—Cuentos —repuso Holliday—. Nací y me crie en la fe, Brennan. El confesonario solo es sacrosanto para los que no son curas. Es uno de los mejores mecanismos de control y de inteligencia que tiene la Iglesia. Un chantaje sutil a escala inmensa: sabemos todos vuestros secretos, pero vosotros no sabéis los nuestros, ni siquiera a cuáles de vuestros hijos estamos sodomizando.

—Eso no es justo, coronel. La Iglesia ha hecho a lo largo de su historia muchas buenas obras que pesan más que sus debilidades.

—Solo las hordas de Gengis Kan han suscitado más guerras y han matado a más personas en nombre de su dios que la Iglesia. Y bien, ¿qué hay de la confesión que oyó su cura?

—Un feligrés se acercó al confesonario, pero el padre Leeson no lo reconoció por la voz. Pero ¿cómo lo iba a reconocer? Llevaba allí pocos días.

El padre Brennan vaciló.

—Siga —le animó Holliday.

—Según el padre Leeson, aquel hombre estaba borracho o drogado. Farfulló algo de matar a «nuestro padre», y después al «pobre desgraciado de la Casa Blanca», y dijo que nadie podría evitarlo ahora que estaba en marcha *Cruzado*. Y dijo después una cosa muy rara. Dijo que el asesinato del Padre Santo no era más que «la trila». De todo el proyecto.

—¿Y qué le dijo ese tal padre Leeson?

—Le dio la absolución, claro está. ¿Qué iba a hacer? Creyó que el pobre hombre tenía alucinaciones. En cualquier caso, estaba angustiadísimo. —Brennan tomó otro trago de *whiskey*—. Y, después, John me llamó por teléfono.

—¿A Roma?

—Sí.

—¿Por qué hizo tal cosa?

—Éramos viejos amigos. Nos conocíamos. Sabía lo que hacía yo en la Iglesia. Confiaba en mí.

Holliday, tras reflexionar un momento, comprendió.

—Era uno de los suyos, ¿verdad? Se entra pero no se sale, ¿no es así?

—¿De qué me habla? —dijo Brennan.

—Usted era topo en el IRA. Ya entonces estaba al servicio de Roma. ¿Desde cuándo? ¿Desde los ochenta, desde los setenta, o desde antes incluso?

Brennan guardó silencio largo tiempo, contemplando por la ventana la nieve que caía, recordando. Se sirvió más *whiskey* irlandés, y habló por fin.

—Yo ya estaba dentro antes de ordenarme sacerdote —dijo—. No era más que un niño tonto, con piedras en los bolsillos, y también en la cabeza. Cuando se vivía en la calle Dairy, a un paso de la carretera de Falls, lo único en que se pensaba era en encontrar un trabajo en los Estados Unidos; o, a falta de aquello, ir ascendiendo dentro del IRA. Como yo no tenía a nadie en los Estados Unidos, me afilié a los de la República, y así quedó la cosa.

—¿Y se hizo cura después?

—Me lo pidieron. En aquellos tiempos había muchos chivatos entre el clero de Belfast. Y también había patriotas. Querían que yo me enterara de quiénes eran unos y otros.

—Pero los curas lo captaron a usted —dijo Holliday.

—Me brindaron una salida. Yo la aproveché.

—¿Y Leeson trabaja para usted?

—Fuimos compañeros en San Malaquías. Después, nos trasladaron al seminario de Roma. Nos ordenamos los dos en San Pedro. Hay muchos como él en los Estados Unidos y en todo el mundo. En el Mossad dirían que es un *sayan*, un colaborador voluntario.

—De acuerdo; de modo que lo llama por teléfono y le cuenta a usted lo de la

confesión rara. ¿Cuándo fue esto? —preguntó Holliday.

—Tres días antes del asesinato.

—¿Antes? ¿Y usted no dijo nada?

—Las cosas se ven de maravilla *a posteriori*, coronel Holliday, pero ¿qué iba a decir yo, y a quién? ¿Que un feligrés borracho, en un pueblo de Virginia, a seis mil kilómetros de distancia, había farfullado algo de matar a Su Santidad? No tenía sentido.

—¿Pero cree usted ahora que tenía algo que ver con el asesinato del papa? —le preguntó Peggy.

—La trila es el nombre antiguo del juego de los tres cubiletes o de las tres cartas —dijo Holliday—. «Cruzado» suena a nombre en clave. Y en ese pueblo de Virginia se encuentra la sede central de la CIA.

—Me temo que la cosa es peor todavía —murmuró Brennan.

—¿En qué sentido? —preguntó Holliday.

—El padre Leeson fue asesinado el día de Navidad.

—¿Asesinado?

—A última hora de la noche del día 25 se encontraron dos cadáveres en un coche, en la cuneta de la autovía Dolly Madison. No se ha identificado al que iba en el asiento del pasajero. El padre Leeson iba al volante. El hombre no identificado había recibido un tiro en el rostro. Había una pistola automática del .45 en el regazo del padre John. Este tenía un tiro en la sien derecha. En el salpicadero había una nota que decía: «Separados en la Vida; unidos en la Muerte». Lo están calificado de asesinato y suicidio de una pareja gay.

—Y puede que fuera eso mismo —propuso Peggy.

—Solo que John no era gay.

—¿Está usted seguro? —preguntó Holliday con escepticismo.

—Completamente —dijo el padre Brennan, asintiendo con la cabeza.

—¿Cómo? —le preguntó Peggy.

—Porque *yo soy gay*, ¡maldita sea! —exclamó Brennan, con el rostro enrojecido por lo que había bebido—. Lo habría sabido.

—¿Cómo se ha enterado de todo esto? —preguntó Holliday.

—El FBI me llamó anoche, muy tarde. Me dijeron que mi número era el último al que había llamado con el móvil. Tenía mi nombre en su agenda.

—¿Y qué les dijo usted?

—Nada. Les dije que me había llamado para hablar de los viejos tiempos. Les dije que me había parecido un poco tristón. Deprimido. Eché leña al fuego de sus ideas preconcebidas.

—¿Por qué no les dijo la verdad? —le preguntó Peggy.

—Por entonces, ya había muerto el Padre Santo. Yo ya me había figurado que aquel penitente se había referido al Padre Santo cuando hablaba de «nuestro padre». Y el que sea capaz de organizar el asesinato del papa, también será capaz de pinchar

el teléfono de John y el mío. Tenía que hablar con usted cara a cara. Tomé el vuelo nocturno de Roma a Washington. He llegado hace dos horas.

—¿Por qué conmigo, y por qué ahora? —preguntó Holliday.

—Ha trabajado mucho en labores de inteligencia —respondió Brennan—. Tiene contactos de los que yo carezco. Y entiende de cruzados, no cabe duda.

El sacerdote apuró el vaso y miró a Holliday desde su lado de la mesa de café.

—Mientras el mundo entero tiene centrada la atención en Roma y en lo que está pasando allí, esta organización, *Cruzado*, estará preparando un nuevo atentado en otra parte, y solo tenemos cinco días para enterarnos de dónde será exactamente ese atentado y en qué consistirá.

—Sigo sin entender por qué ha acudido usted a mí. Hay muchos otros historiadores medievalistas en la guía de teléfonos.

—Creo que *Cruzado* no es más que la fachada de otra cosa. De otra cosa mucho más siniestra.

Holliday soltó un suspiro.

—Vaya al grano.

—El hombre supuestamente no identificado que acompañaba en el coche al padre Leeson se llamaba Carter Stewart.

—Esto se está volviendo un poco bizantino —comentó Peggy.

—¿Quién es Carter Stewart, o quién era, mejor dicho? —preguntó Holliday.

—Era uno de los nuestros —dijo Brennan.

—¿De los servicios secretos del Vaticano?

—Sí. Un operativo seglar. Como los *sayanim* del Mossad israelí.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—Que había conseguido infiltrarse en el despacho de un senador estadounidense.

—¿De cuál?

—De Richard Pierce Sinclair, el hijo de Kate Sinclair. Creo que *Cruzado* es, en realidad, Rex Deus.

—**E**L hijo de la Sinclair no pasa desapercibido últimamente con todo lo que cacarea en el Senado sobre la amenaza inminente de un nuevo 11 de septiembre; pero de su madre se oye hablar poco —dijo Holliday.

—Está jubilada —dijo Brennan—. Parecería a primera vista que Rex Deus está en ruinas; pero yo no lo tengo tan claro.

—¿Sigue viviendo en esa casa, Hickory Hill o como se llame?

—Poplar Hill —le corrigió Brennan—. No —añadió, negando con la cabeza—. Tiene una isla privada en las Bahamas; una finca en Escocia que se llama Edinburgh House, otra finca inmensa en Colorado y otra cosa así en Suiza. Suele estar en alguna de estas casas.

—Pero ¿por qué iba a querer ella asesinar al papa? —preguntó Peggy, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué ganaría con ello?

—No pienses en el móvil, de momento —dijo Holliday, pensativo—. Ni pienses en los delirios de grandeza que tiene respecto del fanfarrón de su hijo. Veamos algunos datos básicos. ¿Han descubierto *algo* los polis de Roma? —preguntó a Brennan.

—Han centrado la búsqueda del lugar donde disparó el francotirador en la colina del Capitolio. Es la zona más próxima que tiene la elevación suficiente para tener San Pedro a tiro.

—¿A qué distancia se habría hecho el disparo? —preguntó Holliday.

—A novecientos metros, como mínimo, que son mil yardas americanas. Puede que a más.

—Entonces, es un profesional, como yo pensaba —aseveró Holliday—. Será militar o civil, pero prácticamente se puede garantizar que ha sido militar en algún momento; en realidad es la única manera de obtener una preparación de ese tipo. Y también apostaría a que no ha cumplido los cuarenta. Cuando pasas de esa edad, te empiezan a fallar los ojos y las manos. Ya no tienes reflejos. Carlos Hathcock hizo sus mejores trabajos hacia los veinticinco años.

—¿Quién es Carlos Hathcock, y qué trabajos eran esos? —preguntó Peggy.

—Era francotirador en Vietnam —respondió Holliday—. Mataba a gente. Lo conocí una vez, años más tarde.

—¿Qué amigos más simpáticos tienes, Doc.

Holliday hizo caso omiso del comentario.

—El disparo acertado más largo de nuestros tiempos lo hizo un canadiense, a dos mil cuatrocientos metros; pero el tipo que nos ocupa será probablemente estadounidense, ruso o británico. En el mundo no debe de haber más de veinte o

treinta hombres capaces de disparar al papa desde esa distancia teniendo la certeza de acertarlo. El que lo contrató debió de buscar al mejor. No será difícil localizarlo.

—Entonces, ¿por qué no lo han encontrado todavía los policías italianos? —preguntó Peggy.

—Porque no creen posible un disparo como ese —respondió Brennan—. Sus expertos en balística les dicen que se disparó desde novecientos metros, pero ellos siguen creyendo que fue desde mucho más cerca. El forense supuso en un primer momento que el proyectil había llegado del frente, en trayectoria tensa, y por eso centraron la búsqueda al oeste, suponiendo que el asesino había disparado desde algún punto elevado como el castillo Sant'Angelo. La bala se desintegró con el impacto y la herida era un desastre, pero el forense consiguió encontrar varios fragmentos concentrados detrás del omóplato izquierdo.

—Eso quiere decir que el disparo impactó en ángulo, de derecha a izquierda. Desde el suroeste, nada del este —dijo Holliday.

—Eso quiere decir que la distancia fue de novecientos metros, en efecto —dijo Brennan con un suspiro—. Cómo les gusta a los italianos complicar las cosas.

Desde el otro lado de la mesa de café, Holliday apreció que a Brennan se le empezaban a cerrar los ojos. El sacerdote padecía las consecuencias del *jet lag* y de seis horas de desfase.

—Hay una habitación para invitados en el segundo piso —le ofreció Holliday—. Subiendo la escalera hasta el final, a la izquierda; es la última puerta del fondo.

—No, no; no puedo abusar —dijo Brennan—. Me buscaré un hotelito para pasar la noche.

—Insisto —dijo Holliday, pensando lo raro que se le hacía tener en su casa a un antiguo enemigo suyo—. Echar de tu casa a un cura el día de San Esteban trae mala suerte —añadió con una sonrisa—. Además, una noche en un «hotelito» de la calle M le costaría del orden de quinientos dólares.

—Cielo santo —dijo Brennan, y se puso de pie, reprimiendo un bostezo—. Está bien, coronel; aceptaré su amable propuesta. Pero solo unas pocas horas, ojo: se nos acaba el tiempo.

A la mañana siguiente, a las diez y media, Holliday estaba al teléfono en el estudio cuando apareció en la puerta Brennan, con los ojos legañosos.

—Jesús bendito, ¿por qué me han dejado dormir hasta tan tarde? —dijo el sacerdote.

—Porque, de lo contrario, no me habría servido usted de nada —dijo Holliday, que escribía algo en un bloc de notas de hojas amarillas. Del fondo de la casa llegó el aroma del café recién hecho. A los pocos momentos apareció Peggy con una bandeja en las manos. Brennan se dejó caer en uno de los viejos sillones de piel desgastada.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Llevo al teléfono desde las ocho —dijo Holliday. Peggy sirvió café para todos y se sentó en otro sillón, recogiendo las piernas bajo el cuerpo como parece que solo

saben hacerlo las mujeres—. Estoy llamando a mis viejos amigos y contactos que me deben favores. Tenemos algunos nombres.

—¿De tipos malos?

—De los peores —dijo Holliday, volviendo la vista al bloc que tenía delante—. Es como una lista de los diez primeros del *ranking*. Destacan cuatro entre ellos, porque están especializados en tiros a muy larga distancia.

Tras hacer una pausa, empezó a enumerarlos:

—Dimitri Mikhailovich Travkin, de la GRU Spetsnaz en Afganistán y en Chechenia. Ahora tendría cuarenta y pocos años, pero hace años que no lo ve nadie. Se rumorea que se retiró cuando tuvo los primeros síntomas de párkinson, con lo que quedaría descartado. El segundo es un francés, Gabir François Bertrand, de origen argelino en parte; trabajó con el Regimiento de Paracaidistas de Francia, que equivale a nuestras Fuerzas Especiales Delta. Bertrand se vio envuelto en un escándalo sexual de algún tipo, relacionado con la mujer de un oficial superior, y lo expulsaron. Se dice que vive en Suiza y que hace trabajos por encargo, principalmente como mercenario en África.

—¿Cuál es el tercer nombre? —preguntó Brennan, que había tomado con deleite unos tragos de café y parecía un poco más despierto.

—Edward Adler Fox, el mejor francotirador de las SAS británicas. Lo expulsaron por insubordinación cuando se negó a dejar el frente de Afganistán. Quería quedarse con sus hombres. Vive en un rincón apartado de Inglaterra, casi como ermitaño. Se dice que está un poco tocado de la cabeza. No hay indicios de que esté activo en ningún sentido.

—¿Y el último? —preguntó Peggy.

—El único estadounidense. William Tritt. Un buen muchacho de Virginia Occidental. De chico cazaba ardillas a tiros porque era lo único que tenían para comer. Acabó en los SEAL y pudo estudiar, Ingeniería Química, primero, y después se licenció también en Ingeniería Mecánica. Según parece, es un genio con las máquinas de todas clases. Y también tiene una puntería infalible. Ganó la Copa Wimbledon en Camp Perry tres años consecutivos.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Brennan mientras se servía más café.

—Es «asesor» de la CIA y del Centro Nacional Antiterrorista. Ellos localizan a los terroristas, y Tritt los quita de en medio. Han aprendido la lección de Guantánamo: sale más rentable matar a los terroristas que hacerlos prisioneros.

—¿Está diciendo que uno de esos hombres ha sido el responsable de matar al Padre Santo? —preguntó Brennan.

—Yo apostaría por ello —respondió Holliday—. Y mis fuentes también lo tienen bastante claro.

—Entonces, ¿por qué no los están buscando? —preguntó el sacerdote.

—Puede que sí los estén buscando; pero parece que nadie quiere hablar más que de hipótesis. Hay algo que les da miedo.

—¿A qué puede tener miedo gente como esa? —repuso Brennan—. Cabría pensar que atrapar al asesino del papa sería un golpe maestro por parte de cualquiera.

Entonces intervino Peggy.

—Si no es por otra cosa, será por necesidad política —dijo—. Han asesinado al papa. Los que estamos en esta habitación sabemos que hay cuatro asesinos posibles: un ruso, un francés, un británico y un estadounidense. Lo que menos quieren los Gobiernos de esos cuatro países es que los relacionen con el asesino. Sería un desastre a nivel diplomático. Hasta los propios italianos parece que quieren evitarlo. ¿Que al papa lo haya matado un asesino a sueldo italiano? Una herejía absoluta. Caería el Gobierno —concluyó Peggy, y tomó un trago de café.

Brennan encendió un cigarrillo, el primero del día, y tosió con fuerza.

—¿Quieren decir que nadie está buscando a ese loco? —preguntó por fin.

—Como tampoco buscaron mucho al asesino de Kennedy —asintió Holliday—. Ya tenían a Oswald, un chivo expiatorio que les venía muy bien, y que fue asesinado menos de cuarenta y ocho horas más tarde, lo que también les vino muy bien. Caso cerrado, y se evitó un incidente diplomático entre los Estados Unidos y los rusos que podía haber sido letal.

—Entonces, ¿todas las investigaciones no son más que para salvar las apariencias? —preguntó Brennan.

—Hasta que descubren quién apretó el gatillo y quién lo contrató —dijo Holliday—. Parece que usted cree que Kate Sinclair está implicada. Entre otras cosas, el padre de Kate Sinclair fue un héroe de guerra que estuvo en el desembarco de Normandía, y que también fue senador, así como director adjunto de la CIA en tiempos de Eisenhower. Concluyó su carrera siendo embajador. Sería meterse con la hija de un auténtico héroe americano. Ni a la presidencia actual ni a la CIA les gustaría que se sacaran a relucir unos trapos sucios de este tipo, se lo aseguro. Queda mucho mejor limitarse a decir que ha sido obra de extremistas yihadistas, y dejarlo así.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó el sacerdote—. Somos como David contra Goliat.

—Reunimos pruebas irrefutables —dijo Holliday.

—Y ¿cómo lo conseguimos, si tiene la bondad de explicármelo? —preguntó Brennan.

Holliday sonrió.

—Voy al McDonald's a comerme una Big Mac y hago las preguntas oportunas.

El McDonald's en cuestión estaba en un triángulo de asfalto desnudo en el cruce de la carretera Old Dominion y la autovía Dolly Madison. A diferencia del restaurante vecino, de la cadena Bistecs al Fuego de Leña y Mariscos J. Gilbert, el McDonald's no tenía licencia para vender alcohol, por lo que no habría parroquianos tomando largos almuerzos con copas; y también tenía la ventaja de contar con tres o cuatro mesas de pícnic para comer al aire libre respirando los humos de las carreteras que rodeaban el restaurante por los tres lados del triángulo que ocupaba.

Desde el punto de vista de un oficial de inteligencia era un lugar ideal para evitar ser observados, con el único inconveniente del frío ambiente, que no parecía incomodar en absoluto al acompañante de Holliday. No se te veía desde la calle, a menos que estuvieras en el aparcamiento, y el runrún constante del tráfico que transcurría pocos pasos más allá de una cortina de árboles raquíticos confundiría hasta al más sensible de los micrófonos parabólicos. El restaurante de comida rápida estaba a un kilómetro y medio de la entrada principal del Centro Nacional Antiterrorista, en el cruce de la autovía Dolly Madison y la carretera de Lewisville.

—Solo tengo una media hora —dijo Pat Philpot. Philpot era analista de interior de rango elevado en el CNA, lo que significaba que se dedicaba a localizar a los peces chicos que no habían caído en las redes ni en las trampas de la Seguridad Nacional; a vigilar las fronteras con México y Canadá, y a tener bien abiertos los ojos y los oídos electrónicos en busca de los posibles émulo de Timothy McVeigh que pudieran acechar en lugares remotos dentro del territorio continental de los Estados Unidos.

Empezó la primera de las dos hamburguesas de cuarto de libra con queso que había pedido, y siguió comiendo, alternando los bocados de las hamburguesas chorreantes con tragos de su gran batido de fresa. Pat era el modelo ideal para un anuncio sobre los ataques al corazón, y a Holliday le costaba trabajo recordar que aquel hombre que tenía delante, con la mesa de pícnic por medio, había comandado un equipo de combate de respuesta inmediata de los Rangers.

—Entonces, ¿qué sabes del papa? —le preguntó Holliday. Tomó un sorbo de café mientras esperaba a que Philpot se tragara un bocado enorme de hamburguesa.

—Que lleva un sombrero raro y que habla en latín —respondió el hombre corpulento.

—Déjate de chistes malos, Potsy. Has sido tú quien has querido que hablásemos aquí y no en el Centro, y eso significa que sabes algo. Desembucha.

—Ni siquiera debería hablar contigo, cuanto menos divulgar secretos de Estado. Hace años que no tienes autorización de seguridad.

—¿Cómo está Loretta? —preguntó Holliday con una sonrisa. Loretta era la esposa de Philpot, y era celosa. Como a otras muchas mujeres que conocía Holliday, no le caían nada bien los viejos amigos de su marido, y menos los que lo habían conocido de tiempo atrás.

—¿Qué tiene que ver ella con esto?

—Como dijo John Lennon, «todo el mundo tiene algo que ocultar».

—Te refieres a aquello de Panamá, ¿verdad? —preguntó Philpot sin dar más detalles.

—Lo único que digo es que...

—¿Me estás haciendo chantaje?

—Te recuerdo para qué están los amigos —repuso Holliday con suavidad.

Hubo un largo silencio, solo interrumpido por los tragos que daba Philpot a su

batido.

—Les hemos seguido la pista. El único al que no hemos podido localizar es a Tritt —dijo por fin.

—¿Estás seguro?

—Todos los demás tienen coartadas. Travkin está en el hospital Mariinski de San Petersburgo con cáncer de pulmón, y lleva ingresado tres meses. Edward Fox, el británico, está en Sudán, haciendo cosas malas; y Bertrand, el francés, está en la cárcel de Fresnes.

—¿Dónde se vio a Tritt por última vez?

—En el control de pasaportes de Ginebra. No hay datos de que haya salido de Suiza; pero eso no significa gran cosa.

Terminó la primera hamburguesa; se limpió la boca y la corbata con una servilleta, y atacó la segunda. Su lenguaje corporal hizo comprender a Holliday que lo dominaban los nervios.

—¿Estás preocupado por algo, Potsy?

—No me gusta que me manipulen —dijo el hombre corpulento, y sacudió la cabeza—. Esto es peor de lo que parece, Doc. No te metas.

—¿Eso es todo?

—Lo que me preocupa es hablar contigo. Entiéndelo, Doc: trabajo en la organización que inventó la palabra «paranoia». —Dirigió una mirada furtiva al aparcamiento—. En otros sitios hacen análisis de drogas aleatorios. En el CNA te hacen seguimientos aleatorios, y encima te hacen los análisis de orina. Es un entorno de trabajo brutal.

A Holliday se le ocurrió una cosa de pronto, e hizo la pregunta correspondiente.

—¿A dónde volaba Tritt desde Ginebra?

—A Roma —dijo Philpot—. El 6 de noviembre. Suponemos que estaría preparando el atentado.

—¿Y antes de a Roma?

—Al aeropuerto internacional de Glasgow, en Escocia.

—¿Y antes?

—A Orlando, en Virgin Atlantic.

—¿Y antes?

—A Nassau, en las Bahamas. Tiene allí algo, una casa en cayo Lyford. Todo a su nombre verdadero.

—¿No te parece raro el itinerario?

—Lo entendemos todo, menos lo de Glasgow —dijo Philpot—. ¿Qué diantres tiene que hacer un hombre como Tritt en un sitio así durante tres días?

—Visitar a su jefe —respondió Holliday.

—¿Es que sabes quién lo contrató para el golpe? ¿Me lo quieres contar? De momento he hablado yo solo.

—¿Qué te parece Katherine Pierce Sinclair? —dijo Holliday—. Tiene una finca

campestre llamada Edinburgh House a poca distancia de Glasgow en coche, además de una casa en las Bahamas.

—Y Sean Connery también. ¿Y qué? —repuso Philpot—. Pensé que ya te habrías cansado de la Sinclair después del encontronazo que tuvisteis el verano pasado. —Sacudió la cabeza—. Deberías haber visto cómo saltaban intentando arreglar todo el desbarajuste. Llamamos al embajador israelí, que es de Queens, por cierto, un tipo duro como el pedernal, pero no hizo más que bloquearnos.

Philpot se comió el último bocado de su segunda hamburguesa y aspiró por la pajita del batido.

—Voy a necesitar algunos expedientes —dijo Holliday, mientras Philpot apuraba el brebaje de color rosado vivo. Había tanto humo de los tubos de escape de los coches y camiones, que a Holliday le empezaba a doler la cabeza—. Y pronto.

—No lo fuerces, Doc. No te voy a dar ningún expediente oficial, de ninguna de las maneras, y no hay más que hablar.

—El de Tritt, el de Kate Sinclair, y lo que tengas sobre el senador.

—Estás loco. Podrían encerrarme para siempre en una cárcel secreta de esas que tienen en Colorado. Me estás proponiendo una traición.

—Estás en deuda conmigo, Potsy.

Philpot recogió los restos de su comida, caminó pesadamente hasta el cubo de la basura y arrojó en él los envases de papel y de plástico. Regresó a la mesa de pícnic.

—¿Has estado en el parque Rock Creek?

—Claro.

—¿Sabes dónde está el camino de Ross?

—Podré encontrarlo.

—Bajando por el camino de Ross, a ochocientos metros de la carretera de Ridge, hay un puentecillo sobre unos tubos de drenaje secos. Tres tuberías de acero con contrafuertes de hormigón. En el contrafuerte del lado del oeste, algún chico ha dejado su firma de grafitero con espray de pintura negra. Si todo es seguro, habrá bajo la firma una raya de pintura de espray roja viva. Lo que necesitas estará enrollado en el tubo central, en la parte más próxima al contrafuerte de la pintura.

—Eres una perita en dulce, Potsy.

—Ya sabes por dónde te puedes meter la perita, Holliday. Ya no te debo nada.

Se volvió y se dirigió al interior del McDonald's. Volvió a aparecer al cabo de un minuto, mordiendo con ansia salvaje un pastelito de manzana.

—Una cosa más —dijo Potsy con la boca llena.

—Dispara.

—Una palabra muy poco oportuna —dijo el rollizo agente de inteligencia.

—Lo siento.

—Los nuestros han encontrado el punto de partida del disparo, en Roma.

—¿Antes que la policía italiana?

—Ajá —dijo Potsy—. No era tan difícil.

—¿Y?

—Encontramos una cosa —dijo Potsy. Se terminó el pastelito y se limpió las manos de migas.

—Déjate de misterios.

—Era una moneda de oro macizo de tiempos de las cruzadas. Un dinar, creo que se llama así. Llevaba el nombre de Saladino en árabe.

—¿Y?

—La Agencia de Seguridad Nacional ha captado muchas conversaciones de móviles y correos electrónicos de Al-Qaeda que hablan de un grupo que se hace llamar Yihad al-Salibiyya. Se han hecho responsables, en secreto, de haber acabado con el del sombrero raro.

—¿Y vosotros os lo habéis callado?

—No queremos levantar otra tormenta de mierda como la de bin Laden y sus amigos. Por lo menos, mientras no sepamos más de ellos. ¿Te suena de algo el nombre? —preguntó a Holliday, observándolo con atención.

—No —mintió Holliday—. Ni remotamente.

—Bueno, pues nada más, entonces —dijo Potsy—. En el parque Rock Creek.

—Allí estaré.

Potsy volvió a su coche y se puso en camino.

Media hora más tarde, Holliday ya había regresado a la casa de la calle Prospect. El leve olor químico de las Big Mac lo seguía como una neblina. Brennan y Peggy estaban en la cocina, tomando más café y leyendo el *Washington Post*.

La foto de la parte superior de la primera plana debía de ser el último retrato del papa que había hecho en vida Dario Bondi, fotógrafo oficial del Vaticano y amigo de Peggy. Brennan y Peggy dejaron sus secciones respectivas del periódico cuando apareció Holliday en la puerta de la cocina.

—¿Cómo te ha ido, entonces? —le preguntó Peggy—. ¿Has oído algún rumor con enjundia?

—Ha sido un montaje —respondió Holliday—. Nos están manipulando como si fuésemos títeres.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Brennan.

—Hay un grupo que se hace llamar Yihad al-Salibiyya que ha reivindicado el asesinato del papa.

—¿Fundamentalistas?

—Sí, pero no musulmanes. Llamaban *al-Salibiyya* a los caballeros templarios que se pasaban al bando de los infieles. Eran enemigos acérrimos de los verdaderos templarios. El nombre significa literalmente «guerreros de la cruz».

—Cruzados —dijo Peggy.

—Kate Sinclair —dijo el padre Brennan.

—**P**HILPOT será muchas cosas, pero no es buen actor —dijo Holliday, tajante. Rechazó otra taza de café y se sentó a la mesa de la cocina—. Sobreactuaba demasiado. Miraba a un lado y a otro como un malo de película de la Pantera Rosa. Pero me soltó la información enseguida, sin que apenas lo hubiera presionado. Me confirmó que William Tritt es el sospechoso más probable, y se sabía de memoria sus viajes más recientes. Apuesto doble contra sencillo a que llevaba un micrófono o nos estaban vigilando desde el aparcamiento. —Holliday suspiró y sacudió la cabeza—. Todo ha sido demasiado fácil. Le pedí unos expedientes con antecedentes, y él hasta tenía ya un buzón ciego organizado y preparado.

—Parece que los chicos se quieren distanciar de ese tal Tritt —comentó Brennan.

—Y que están muy dispuestos a achacárselo a los musulmanes —dijo Holliday.

—Nosotros, los americanos, siempre pensamos que nuestros enemigos son los de fuera —dijo Peggy, pensativa—. Es fácil preocuparse por alguien que se llama Ali Sayid Mohamed Mustafá Al-Bakrí; pero nos cuesta mucho más preocuparnos por uno que se llama Billy Tritt, que por el nombre puede ser un tipo que trabaja en la sección de fontanería de una tienda de bricolaje Home Depot.

—Un asesino a sueldo estadounidense; Jesús bendito, eso sí que sería soltar a la zorra en el gallinero —dijo el padre Brennan.

Holliday tenía la vista perdida en el techo. Philpot había dicho algo que no le cuadraba del todo. Cuanto más intentaba recordar qué era, más se le desvanecía el recuerdo. Miró al sacerdote.

—Creo que tenía usted razón —le dijo—. Todo esto tiene otro nivel.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Peggy.

—Seguiremos el rastro de migas de pan que nos ha dejado Potsy —dijo Holliday—. No nos queda otra opción, ni tenemos mucho tiempo.

El catedrático al que Holliday sustituía durante un año había sucumbido a la libertad que le otorgaba un divorcio reciente, al hecho de haber superado la crisis de la edad madura y al anhelo secreto de ser James Bond que había albergado desde que vio *Goldfinger* de niño, en el cine Neuadd Dwyfor en su población natal de Holyhead, en el país de Gales, y se había comprado un Aston Martin DB9 plateado con motivo de su cincuenta cumpleaños. Había dejado a Holliday libertad para usar el coche durante su ausencia, a condición de que lo llevase a las revisiones mensuales, de que le costeara el mantenimiento y de que se hiciera un seguro propio.

La magnífica bestia motorizada de doce cilindros bebía gasolina como bebe agua un hombre que ha estado a punto de morir de sed en el desierto; pero cada gota valía la pena. Holliday no se había divertido tanto conduciendo un vehículo en toda

su vida. Tanto Brennan como Peggy querían acompañarlo al punto del buzón ciego, en el parque Rock Creek, pero el coche era solo de dos plazas.

Peggy quiso hacer valer su capacidad superior como conductora, mientras que Brennan se limitó a decir que aquella era una misión para hombres, y que «no es tarea para una muchacha menudita, dicho sea con perdón». Al final se impuso Peggy, tras hacer reconocer a Brennan que le costaría muchísimo aguantar tanto tiempo sin fumarse un pitillo, y teniendo en cuenta que en lo que más había insistido el propietario del Aston Martin era en la prohibición de fumar en el coche.

Antes de que salieran para el parque, Brennan pidió a Holliday que esperaran un momento, y subió a la habitación de invitados. Volvió con una Beretta Storm semiautomática, de culata recta y cañón corto, que cabía en el bolsillo de una chaqueta, y un cargador de repuesto. Los proyectiles eran del calibre .40 y de punta hueca, quince en cada cargador. Munición policial.

—¿Cómo diablos ha conseguido pasar eso por la aduana? —exclamó Holliday, asombrado al ver que el sacerdote había traído una pistola en su equipaje.

El padre Brennan se encogió de hombros con un gesto muy italiano.

—Viajo con pasaporte diplomático del Vaticano —explicó—. Y, en todo caso, lo que sospecha la gente de todos los sacerdotes es que somos pedófilos, no contrabandistas de armas —añadió con una sonrisa amarga.

—¿Cree de verdad que vamos a necesitar eso? —le preguntó Peggy.

—Las armas son como la Garda —dijo Brennan, refiriéndose a la policía irlandesa—. Nunca las tienes a mano cuando las necesitas de verdad.

Holliday tomó la pistola, le dio un rápido repaso para familiarizarse con ella y se la guardó.

Cuando salieron de la calle Prospect camino del parque Rock Creek, solo eran las cuatro de la tarde, pero ya casi había oscurecido del todo. Una hora más tarde, poco más o menos, ya estaría en sus puestos el contingente completo de la policía del parque, en busca de chicos y chicas desnudándose a tirones en el asiento trasero de los coches de sus padres.

Peggy iba al volante, y Holliday la guiaba desde el asiento del pasajero. Le había indicado expresamente que, al menor problema, huyera con toda la velocidad posible. Si la cosa terminaba en persecución, no había coche de policía en todo el mundo, salvo quizá en Alemania, capaz de alcanzar a un Aston Martin.

Todavía nevaba mientras Peggy conducía el potente deportivo hacia el norte, camino de la carretera de Ridge y de su destino. Los limpiaparabrisas funcionaban con regularidad de metrónomo mientras caía la noche y las ruedas del coche dejaban un rastro de nieve derretida. Hacía menos frío, y los copos de nieve se volvían mayores y más blandos. Si caía otra helada, las calles se convertirían en pistas de patinaje, y los desplazamientos al trabajo a la mañana siguiente serían infernales.

—¿Para qué sirve un buzón ciego, o como se llame eso? A mí me parece una lata —dijo Peggy.

—Se emplea un buzón ciego cuando las dos partes no tienen por qué verse en persona; pero en este caso creo que es puro maquillaje para dar cierta credibilidad al cuento de Potsy. Lo más probable es que no tengamos ningún problema; ellos *quieren* que nosotros dispongamos de ese material.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos? —preguntó Peggy—. No estoy muy puesta en técnicas de espionaje.

—«De inteligencia» —la corrigió Holliday—. Haremos exactamente lo que dijo Potsy, eso es todo. Si llegamos desde el norte, el lado del pasajero será el más próximo al contrafuerte y a las tuberías del puente. Me bajo del coche, que servirá para ocultar la visión desde el otro lado de la carretera. Recojo los expedientes, vuelvo a subirme al coche y nos vamos.

Holliday guio a Peggy hacia el norte, por la avenida Nebraska hasta la carretera Military, y luego hacia el este, adentrándose en el parque. Los pinos y los cedros, con su manto espeso de nieve, tenían una perfección digna de una tarjeta postal; y al caer la noche reinó en el parque un silencio peculiar, amortiguado, como si la tierra estuviera conteniendo la respiración para desvanecerse y desaparecer del día actual como si fuera una ilusión para volver al lugar desierto y solitario que había sido diez mil años atrás.

Peggy tomó rumbo sur por la carretera de Ridge con el potente automóvil. La nieve estaba virgen, casi fosforescente entre la oscuridad absoluta, como un camino blanco y reluciente entre la densa arboleda. Por ahí no había pasado nadie desde hacía bastante tiempo, lo cual no era de extrañar, pues los habitantes de Washington, en general, no solían tener mucha práctica de conducir con nieve.

—Esto es lúgubre —dijo Peggy.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Holliday—. Me puedo poner yo al volante, si quieres.

—Estoy bien —dijo Peggy, a la defensiva.

—Solo tienes que ir despacio y tranquila. Pon la marcha más baja que puedas —le recomendó Holliday.

Peggy le hizo una pedorreta muy expresiva.

—Claro, abuelito. Y después me cuentas lo de que hacías ocho kilómetros a pie para ir a la escuela.

Puso la palanca de cambio en la más baja de las seis marchas del coche y siguió adentrándose en el parque.

La nieve iba adquiriendo una leve costra, y los grandes neumáticos la hacían crujir, recalcando más aún la profundidad del silencio. La carretera seguía en gran parte el antiguo curso de un riachuelo. Los árboles eran en su mayoría abedules y nogales americanos, y los faros halógenos del Aston Martin iluminaban las ramas desnudas y esqueléticas al barrer el bosque en cada curva del camino serpenteante. Holliday observaba el cuentakilómetros. A los ochocientos metros, como había dicho Philpot, doblaron una curva y vieron a la luz de los faros el puente con tres tuberías.

El terreno descendía en cuesta a ambos lados y los árboles eran pocos y dispersos. El crujido de las ruedas sonaba con más fuerza; subía la temperatura. Si volvía a bajar antes del amanecer, las carreteras se convertirían en una pista de patinaje.

—Ahí es —dijo Holliday.

—Ya lo veo, Doc —dijo Peggy.

Redujo la velocidad del deportivo a un mínimo y entró despacio por el puentecillo hasta el contrafuerte del fondo. Había una firma de grafitero que decía algo así como «*Mala Idea*». Debajo de la firma había una raya roja pintada con espray. Peggy detuvo el coche.

—Apaga los faros —dijo Holliday. Peggy le obedeció, y no quedó más que la tenue luz azul del cuadro de mandos. Holliday abrió la puerta con prudencia y, agachado, se acercó al contrafuerte y a los extremos de las tuberías, cerrados con tapaderas. La central se desenroscó con facilidad. Holliday había esperado un bulto de papeles enrollados, quizá dentro de una funda de plástico. Lo que encontró fue una simple etiqueta de distribución de correspondencia atada a un *pendrive* de memoria USB.

Asió la etiqueta y, tirando de ella, extrajo la unidad de memoria en miniatura, y acto seguido volvió a enroscar la tapadera del tubo. Tal como estaba nevando, sus huellas, y hasta las de las ruedas del Aston Martin, se borrarían en pocos minutos. Volvió al coche con movimientos discretos.

—Misión cumplida —dijo Holliday.

—Suenan a últimas palabras de alguien —le advirtió Peggy.

El otro vehículo superó la cumbre de la colina a toda velocidad, con las luces encendidas, cegadoras. Aun desde el interior del Aston Martin, Peggy y Holliday podían oír claramente el traqueteo de las cadenas de nieve de sus ruedas.

Peggy encendió los faros del Aston e iluminó por unos instantes el monstruo que se les venía encima.

—Ay, mierda —dijo.

Era un camión F150 monstruoso que llevaba instalado en la parte delantera un quitanieves de aspecto asesino, levantado a media altura. Si el enorme camión los embestía de frente, podía suceder que pasara por encima del Aston Martin y los aplastara, o que la hoja del quitanieves atravesara el parabrisas y partiera el coche en dos en horizontal. De una manera o de otra, morirían.

Peggy puso la marcha atrás y pisó el acelerador con un movimiento suave y regular hasta el fondo. El Aston Martin aceleró hacia atrás mientras el F150 los perseguía, ganándoles terreno a cada instante. Entonces, Peggy dio un volantazo brusco a la derecha y, al mismo tiempo, tiró del freno de mano que estaba a la izquierda del asiento del conductor.

El gran automóvil hizo una vuelta de contrabandista perfectamente ejecutada, deslizándose sobre la nieve, y se detuvo. Peggy bajó el freno de mano con una mano y empujó la palanca de cambios para poner la segunda. El coche había quedado

orientado en sentido inverso al que habían venido. Peggy volvió a pisar el acelerador, y el vehículo fue tomando velocidad hasta que parecía que iban patinando sobre la nieve; las ruedas traseras patinaban en todas las curvas. Si el coche no se salía de la carretera para perderse entre el bosque, era gracias a su peso y a lo bajo que tenía el centro de gravedad. Ni Peggy ni Holliday habían dicho una sola palabra durante toda la operación. Peggy estaba completamente centrada en la conducción, y Holliday hacía cálculos mentales rápidamente.

Por más vueltas que le daba, llegaba a la conclusión de que el camión los alcanzaría casi con toda seguridad antes de que hubieran llegado a la relativa seguridad de la carretera Military. Tenía mejor agarre, por las cadenas que llevaba en las ruedas y por su tracción a las cuatro ruedas, con lo que se adhería a la carretera cubierta de nieve como si lo hubieran pegado con Super Glue. ¿Qué era aquello que le había dicho uno de sus instructores en la academia de los Rangers? «Lucha o huye. Si no puedes huir, vuélvete y lucha».

Holliday miró atrás. El F150 estaba a menos de noventa metros, y les iba ganando terreno aprisa.

—¿Puedes hacer ese giro otra vez? —gritó.

—¡Dime cuándo! —respondió Peggy. Holliday se sacó la Beretta del bolsillo, metió una bala en la recámara y tiró del pestillo de la puerta con la mano derecha.

—¡Ya!

Peggy repitió la maniobra de la vuelta de contrabandista, y el coche quedó orientado de nuevo hacia el camión que venía hacia ellos. Holliday abrió la puerta de un empujón y se arrojó a la carretera cubierta de nieve. Asió la pistola con ambas manos, la subió a la altura de la ventanilla y se puso a disparar, apuntando al parabrisas y barriendo de izquierda a derecha con los disparos.

Cuando el camión estaba a veinte metros, dio un bandazo repentino, empezó a subir por la ladera de la derecha y cayó hacia atrás en un giro que lo hizo caer por la cuesta de la derecha. Se detuvo por fin tras chocar con un grupo de tres robles que crecían en paralelo respecto de la carretera que transcurría más arriba. Holliday, que nunca hacía las cosas a medias, dejó caer en la nieve el cargador vacío, se buscó en el bolsillo el segundo cargador y lo introdujo por la culata de la pistola.

Empezó a disparar, apretando el gatillo una y otra vez, procurando centrar la puntería en la ventanilla del conductor. Cuando llevaba disparada la mitad del segundo cargador, el rebote de una bala arrancó unas chispas hacia el centro del chasis. Una fracción de segundo después se produjo un destello, seguido de una detonación atronadora. El depósito de combustible del camión, de ciento veinte litros, había estallado. La detonación volcó el vehículo sobre un costado e incendió los árboles que lo rodeaban.

Holliday se guardó la Beretta en el bolsillo de la chaqueta, subió de nuevo al Aston Martin y cerró de un portazo. Peggy contemplaba, horrorizada, el camión en llamas y los árboles que ardían como teas.

—Allí había gente —dijo Peggy, con una expresión de espanto que parecía todavía más dramática por el juego de luces y sombras que arrojaban las llamas.

—Mejor que sean ellos que no nosotros —dijo Holliday con frialdad—. En marcha.

Peggy metió una marcha, hizo un giro suave con el Aston Martin y se puso en marcha hacia el norte, camino de la carretera Military. El camión en llamas se fue perdiendo de vista tras ellos entre la oscuridad. Oyeron a lo lejos las primeras sirenas que llegaban al lugar. Holliday extrajo su teléfono móvil del bolsillo interior de su chaqueta. Marcó el número de la casa de la calle Prospect. Brennan cogió el teléfono al sexto timbrado, con voz vacilante.

—¿Sí?

—Soy Holliday. Salga de allí ahora mismo; la casa está comprometida. Ni equipaje ni nada; márchese sin más.

Hizo una breve pausa.

—Pensándolo bien, tráigame mi ordenador portátil —añadió—. Está en el estudio, en un maletín. Dese prisa. Seguramente solo puede contar con unos pocos minutos. No se ponga el alzacuello ni nada que lo delate como cura. Baje andando hasta la calle M y tome un taxi. Diga al taxista que lo lleve al hotel Capital Hilton, en la Dieciséis. Está a un par de manzanas de la Casa Blanca. Nos registraremos con el nombre de doctor Henry Granger.

—No entiendo... —empezó a decir Brennan.

—Se lo explicaré más tarde. Márchese. Ahora mismo.

Holliday cerró el teléfono bruscamente. Hicieron el resto del viaje hasta la ciudad en silencio, sumidos en sus respectivos pensamientos.

—¿POR qué aquí? —preguntó Peggy cuando atravesaban el vestíbulo, digno y discreto, del hotel Capital Hilton. La iluminación era amortiguada, y la decoración y el mobiliario eran a base de caoba. Parecía la recepción de un bufete de abogados caro. Reinaba el silencio.

—El aparcacoches dejará el Aston Martin en algún garaje por aquí cerca, y así no estará visible por la calle de momento; y nosotros tendremos un lugar donde reposar nuestros cuerpos fatigados mientras pensamos qué vamos a hacer a continuación.

—¿Por qué has dicho a Brennan que la casa de la calle Prospect está comprometida?

—Porque es casi seguro que lo está —replicó Holliday—. Sabemos que los que han querido acabar con nosotros no han sido los hombres de Potsy; por tanto, ha tenido que ser alguien que sabe lo mismo que sabe él; y eso también quiere decir que es casi seguro que saben dónde vivimos. Tiene que ser la gente de Sinclair.

—¿Por qué no ha podido ser ese amigo tuyo, el tal Potsy?

—¿Y para qué iba a tomarse tantas molestias? —repuso Holliday—. ¿Por qué iba a poner en la tubería un *pendrive* de memoria, si el buzón ciego no era más que una trampa? ¿Por qué montar aquella escena en el McDonald's? —Sacudió la cabeza—. No ha sido la gente de Potsy; de modo que lo más probable es que no haya sido ninguna de las otras agencias de las iniciales, ni la CIA, ni la NSA, ni la DIA. Será alguien que quiere quitarnos de en medio porque sabemos demasiadas cosas sobre el asesinato del papa, cosas que ellos no quieren que trasciendan. Si el asesino fue ese tal William Tritt, y si está a sueldo de la Sinclair, ella hará lo que sea para que no se sepa. El escándalo acosaría a Rex Deus durante décadas. Tienen que mantener esa fachada del terrorismo.

Llegaron al largo mostrador de reservas, donde una señora de modales agradables, que llevaba una placa identificativa de plástico de color bronce que decía ANNE V, les asignó una *suite* en la sexta planta y, acto seguido, entregó a Holliday una nota. Era de Brennan, y decía: «En el salón». Estaba firmada con un garabato que parecía una B mayúscula. Anne señaló una zona acortinada al fondo del vestíbulo principal, y allí encontraron a Brennan, en uno de los reservados con cortinas anaranjadas, frente a la barra. Bebía de un vaso ancho que contenía un licor de color óxido, demasiado oscuro para ser *whiskey* irlandés y demasiado claro para ser *bourbon*.

—Debo reconocer que el *whisky* de centeno canadiense no me disgusta —dijo el sacerdote mientras tomaban asiento Holliday y Peggy—. Tiene algo de primitivo, como si lo hubieras hecho tú mismo en una bañera.

El padre Brennan tenía un aspecto desangelado sin el alzacuello blanco propio de su ministerio. Sobre su habitual camisa negra con salpicaduras de ceniza llevaba un jersey verde raído y muy usado, también con salpicaduras de ceniza.

—Siempre me imagino a unos granjeros de pelo gris en la provincia de Saskatchewan —prosiguió—, con pantalones vaqueros con peto y sudando junto a un alambique al fuego que tienen escondido en un granero.

Acudió una camarera a tomarles nota. Holliday pidió una cerveza Beck, y Peggy se decidió por un Jäger Bomb, un combinado australiano monstruoso que se preparaba vertiendo una copita del «digestivo» alemán Jägermeister en un vaso mayor de la bebida energética Red Bull. Cuando la camarera fue por las bebidas, ellos empezaron a ponerse al día mutuamente.

Holliday contó a Brennan el ataque de la quitanieves mientras el sacerdote daba cuenta de un segundo Crown Royal con hielo.

—No sabía que fuera usted tan buena conductora —comentó Brennan.

—Yo tampoco lo sabía —comentó Holliday, riendo—. Iba agarrado al asiento con todas mis fuerzas.

—Hace unos años hice las fotos para un artículo sobre la conducción evasiva para ejecutivos para la *New York Times Magazine*; y, ya que estaba allí, hice el cursillo completo. Es la primera vez que he aplicado lo que aprendí.

—Bueno —dijo Brennan—, debemos dar gracias de que pudiera aplicarlo cuando le hizo falta. *Slainte* —dijo, levantando el vaso casi vacío. Pronunció el antiguo brindis irlandés «*slancha*»—. ¿Y ahora qué, coronel? —añadió, dejando el vaso en la mesa de nuevo.

—Veremos si hay algo en el *pendrive* —respondió Holliday—. ¿Ha traído el ordenador portátil?

—Lo tengo aquí mismo —dijo Brennan, dando unas palmaditas en el asiento que estaba a su lado.

—Entonces, vamos a ello.

La *suite* era al estilo habitual de los mejores Hilton: dos grabados de género sobre las camas en cada uno de los dormitorios, y todo en tonos apagados de color ladrillo, rosado y beis. Moderado y con gusto. Había conexión *wifi*, un cuarto de estar entre los dormitorios, y pantallas de televisión gigantes en todas partes, salvo en los baños. Holliday dispuso el ordenador sobre el pequeño escritorio de su cuarto y lo encendió. Metió el *pendrive* en la toma USB adecuada y esperó unos segundos a que se abriera la ventana de menú. El *pendrive* contenía tres ficheros, llamados «Tritt», «Sinclair» e «Itinerario».

Los tres eran sendos informes de la CIA procedentes de lo que había sido claramente un fichero mucho mayor bajo el nombre general de *Proyecto Cruzado*. Holliday dedujo que *Cruzado* sería una empresa de las acogidas a los beneficios fiscales del estado de Delaware, como las Líneas Aéreas Internacionales Evergreen y la In-Q-Tel; una empresa fantasma de alta tecnología cuya función principal era

vigilar el tráfico de información en los satélites de telecomunicaciones. En vista de los números de los ficheros, *Cruzado*, aunque inactiva, llevaba abierta dos años.

—Si Kate Sinclair está implicada en *Cruzado*, ¿cómo es que este se remonta a antes del episodio del verano pasado, a lo de la isla Sable y las reliquias enterradas y todo eso? —preguntó Peggy.

—El objetivo principal de la Sinclair era llevar a su hijo a la Casa Blanca —dijo Holliday—. Aquellas reliquias falsas no eran más que un medio para un fin. Creo que *Cruzado* bien puede ser su plan B.

—Y ¿de qué sirve matar al papa para ese plan?

—Eso es lo que tenemos que descubrir —dijo Holliday, y siguió leyendo el currículum de Tritt.

William Spenser Tritt, graduado en la Academia de Francotiradores del Ejército de los Estados Unidos, en Fort Benning, estado de Georgia, había pasado la primera parte de su carrera ejerciendo de «asesor» de los muyahidines en Afganistán, y de allí había pasado a la guerra de Irak de Bush padre. Después de licenciarse del ejército con honor, había encontrado inmediatamente un puesto en la Administración para el Control de Drogas, más concretamente en sus Grupos Cóndor, dedicados a asesinar a personas en Camboya, Tailandia y América Central y del Sur. En un momento dado, estando en la CIA, uno de los cárteles colombianos le ofreció una gran cantidad de dinero para que abatiera a uno de sus rivales. A partir de ese momento trabajó por libre, al servicio de cualquiera que pudiera pagarle su tarifa exorbitante. Aceptaba encargos de los capos de la droga mexicanos, de la *mafia* rusa, de los dictadores africanos, e incluso de sus viejos amigos de la CIA. Era el candidato ideal para encargarse de asesinar al papa; pero lo que no se sabía en absoluto era en qué podía beneficiar a nadie la muerte del pontífice, como no fuera a algún cardenal que tuviera unas ganas locas de ser papa a su vez, cosa que parecía poco probable. En el Vaticano había muchas intrigas y envidias, pero ninguna que llegara a justificar un asesinato; al menos, eso opinaba el padre Brennan.

El fichero con el nombre de Sinclair contenía muchos detalles sobre la vida notoria de la familia, incluida su larga relación con Rex Deus; pero ese rumor era de dominio público para la mayoría de la gente y corría por Internet entre los conspiranoicos. La pertenencia de los Sinclair a dicho grupo venía a tener las mismas consecuencias sobre su imagen que las que tenía para la familia Bush su afiliación conocida a la sociedad secreta Calavera y Huesos; es decir, ninguna. Tampoco se veía en ello ninguna amenaza. Se hablaba del senador Sinclair y de su filosofía extremadamente conservadora; pero no había duda de que no era el único miembro del Senado que tenía esas opiniones.

El senador Sinclair era, como lo había sido antes John McCain, de los llamados *maverick* (caballos sin dueño), es decir, que votaba según le parecía y de la manera que más le convenía para su propia carrera. A lo largo de los años se habían publicado varios artículos sobre la influencia de su madre en su voto en el Senado,

pero ninguno le había hecho mucho daño.

El fichero llamado Itinerario contenía lo que ya había explicado Philpot, pero con mayor detalle, incluyendo los números de vuelos, las aerolíneas, y un anexo que resultó contener videoclips de cámaras de seguridad en las que se veía a Tritt saliendo de un sitio y llegando a otro. Los únicos clips que no aparecían en el fichero eran los que documentarían la llegada del asesino a Roma y su partida.

—Aquí no hay nada que implique a Tritt en el asesinato del papa —dijo Holliday, encogiéndose de hombros—. Solo tenemos el nombre *Cruzado* y su relación con los Sinclair, y eso puede ser una simple coincidencia.

—El camión con el quitanieves no ha sido una coincidencia —repuso Peggy—. El que iba al volante quería espachurrarnos como a un bicho.

A Holliday le volvieron a venir a la cabeza de nuevo las vagas dudas que había albergado sobre Philpot en el McDonald's. ¿Qué era aquello que había dicho? Algo que no encajaba. El recuerdo le daba vueltas por el subconsciente. De pronto, cayó en ello.

—Philpot... —dijo.

—¿Qué hay de él? —le preguntó Peggy.

—Me dijo: «Esto es peor de lo que parece, Doc. No te metas».

—¿Qué cree usted que quiso decir? —le preguntó Brennan.

—Me estaba tanteando; pero Potsy no es hombre que traicione a un viejo amigo. Fue lo más que pudo decir para advertirme de que no interviniera.

—Pero ¿qué es lo que es peor de lo que parece? —preguntó Peggy—. Y ¿por qué te está tanteando la contrainteligencia?

—Potsy obedece órdenes —dijo Holliday—. Y tampoco creo que sea la NCTC. El Centro Nacional de Contraineligencia y la CIA son hermanos siameses. En realidad, la NCTC no es más que una excusa para que la CIA pueda hacer cosas dentro del país.

—¿Cree que la CIA ha conspirado para contratar a Tritt para que matara al Padre Santo? —dijo Brennan—. ¿Por qué iban a hacer eso, en nombre del cielo? El riesgo sería enorme.

—Como ya he dicho, vamos a dejar de lado el móvil. Todos los datos concuerdan. El hombre que fue a confesarse con el padre Leeson era de la CIA; Tritt fue de la CIA, y Philpot también lo es. Ya desde el asesinato de Kennedy se habla de que existe una facción de la CIA que funciona por su cuenta. ¿Por qué no puede haber una facción de la CIA relacionada con Rex Deus? ¿Por qué no puede ser que Sinclair tenga a gente en la Agencia?

—No lo creo —dijo Peggy—. Ahora eres tú el que hablas como un conspiranoico de esos de Internet.

—Escucha —dijo Holliday con seriedad—. He estado en casa de Kate Sinclair sentado ante una mesa de conferencias en la que estaba un predicador televisivo, un miembro de la Junta de Jefes de Estado Mayor, dos señores congresistas, una señora

congresista, y creo que un asesor de Seguridad Nacional de la administración anterior. Estaban presentes media docena más de personas. ¿Por qué no podía ser de la CIA alguno de ellos? A veces es verdad que existen las conspiraciones —concluyó, sacudiendo la cabeza.

—¿Tienes alguna prueba de que alguno de ellos fuera de la CIA? —preguntó Peggy para seguir haciendo de abogada del diablo.

—Tampoco tenemos pruebas de que no hubiera ninguno de la Agencia —repuso Holliday—. Es una teoría que concuerda con la información de que disponemos.

—En realidad, es una hipótesis. Para que sea teoría tiene que estar demostrada —dijo Peggy con tono de marisabidilla—. Y habríamos caído en un círculo vicioso.

Holliday le echó una mirada fulminante, pero Peggy se limitó a sonreír.

—Todavía no tengo claro del todo por qué su amigo Philpot o la organización para la que trabaja quiere que usted se implique en esto —dijo Brennan.

—Como ya he dicho, quieren distanciarse de Tritt —afirmó Holliday—. Esto tampoco lo puedo demostrar; pero lo que está claro es que pueden demostrar que he tenido tratos con Kate Sinclair. Si dentro de la CIA hay un grupo descontrolado, es prácticamente seguro que darán aviso a su asesino a sueldo de cabecera. Creo que la gente de Philpot nos usan a nosotros a modo de reclamo para que salga a la luz y acabar con él sin mayores problemas.

—¿Estamos sirviendo de cebo?

—Algo así —asintió Holliday.

—Sigo sin verlo, coronel. Por mucho que usted quiera pasarlo por alto, tenemos que abordar la cuestión del móvil del crimen. *Cui bono?* como dicen los abogados y los detectives de las novelas policiacas. ¿Quién se beneficia? Y, más concretamente, ¿se beneficia Kate Sinclair?

—Lo único que le importaba de verdad era hacer a su hijo jefe de Rex Deus y presidente de los Estados Unidos —dijo Holliday—. Y fracasó.

—Pero nada le impide volver a intentarlo —apuntó Peggy—. Un plan B, como has dicho tú.

Holliday pasó un largo momento mirando fijamente la pantalla del ordenador, como si esta pudiera darle la respuesta de alguna manera.

—¿Qué dijo a Leeson aquel hombre en el confesonario? —preguntó Holliday—. Era algo de la Casa Blanca.

—Habló de que iban a matar a Nuestro Padre, de que todo era una trila, y del «pobre desgraciado de la Casa Blanca» —respondió Brennan.

—¿Quiénes han sido los tres últimos papas? —preguntó Holliday de pronto.

—Sin contar a Juan Pablo I, que murió al cabo de solo un mes, fueron Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI.

—¿A quién invitaron al funeral?

—A todos los jefes de Estado del mundo.

—¿Y al presidente de Estados Unidos?

—Por supuesto.

—¿Y asistió a los tres?

—Sí.

—Entonces, tiene que ser eso —dijo Holliday.

—¿Tiene que ser eso *qué*? —le preguntó Peggy, confundida.

—Dios santo —susurró Brennan, que veía dónde quería ir a parar Holliday—.

Van a matar al presidente de los Estados Unidos.

—**N**O lo entiendo —dijo Peggy—. ¿De qué serviría a la Sinclair matar al presidente?

—Cuando saltó el escándalo Watergate tú apenas andabas a gatas —dijo Holliday—; pero Nixon ya había tenido un escándalo antes de aquello. Acusaron a su vicepresidente, Spiro Agnew, de haber aceptado sobornos cuando fue gobernador del estado de Maryland. Agnew dimitió, y Nixon nombró vicepresidente a Gerald Ford, que era congresista. Después, Nixon dimitió y Ford fue presidente. Ford designó a su vez como vicepresidente a Nelson Rockefeller, que había sido gobernador del estado de Nueva York. Así pues, ni el presidente ni el vicepresidente habían sido elegidos democráticamente. Ambos fueron nombrados a dedo.

—Si asesinan al presidente, el vicepresidente se convierte automáticamente en presidente, y designa a su vez como vicepresidente a quien quiere —dijo Brennan.

—Y puedes dar por seguro que Kate Sinclair ya lo tiene organizado. El vicepresidente será su hijo senador, Richard Pierce Sinclair, que es de esos que no sueltan la pistola ni muertos.

—¿Cómo consigue la Sinclair esas cosas? —preguntó Peggy.

Holliday se encogió de hombros.

—De muchas maneras. Haciendo chantaje por pecados del pasado, reclamando favores que se le deben, haciendo aportaciones económicas. La Administración está coja. El vicepresidente tendrá opciones para ser nominado como candidato a presidente en las próximas elecciones.

—No lo creo —dijo Brennan. Se quitó con los dedos una hebra de tabaco del labio inferior—. No creo que la Sinclair se gastara todo ese dinero que se ha gastado ni que corriera tantos riesgos solo para aspirar a la nominación. Me parece que es de esas personas que solo apuestan sobre seguro. —El sacerdote sacudió la cabeza—. Al menos, querría mayor seguridad. Tal como están las cosas ahora, tendría que asegurarse de que todo marchara exactamente según sus planes. Creo que todavía hay algo que se nos escapa.

—Bueno —dijo Holliday—, como dijo una vez nuestro amigo escocés Robbie Burns: «Los mejores planes de los ratones y de los hombres *gang aft agley*^[1]».

—¿Qué significa eso? —preguntó Peggy.

—Significa que debemos seguir los pasos a William Tritt y estar atentos a sus errores.

—¿No deberíamos dar aviso a alguien? —insistió Peggy.

—Y ¿quién nos creería? —repuso Holliday—. Si bien se mira, es verdad que parecemos conspiranoicos de Internet. Y ¿quién nos asegura que a quien se lo

dijésemos no tiene línea directa con Kate Sinclair? Piénsalo. Hablo con Potsy en un McDonald's, y a las pocas horas un camión gigante intenta aplastarnos.

—¿La facción descontrolada de la CIA de la que hablabas?

—O Kate Sinclair.

—O son lo mismo —propuso Peggy.

Holliday volvió a inclinarse sobre el ordenador portátil y consultó Expedia.com.

—Hay un vuelo nocturno de YS Airways a Nassau, en las Bahamas, que despegas del aeropuerto Ronald Reagan dentro de una hora. Podemos alcanzarlo si nos damos prisa.

Tras un vuelo de tres horas, llegaron al aeropuerto Lynden Pindling de Nassau poco después de la medianoche. Se subieron a un taxi ante la terminal principal (y única) y tomaron habitaciones en el viejo hotel Royal Bahamian de la calle West Bay. Tras alquilar un coche para la mañana siguiente, se retiraron todos a sus habitaciones para intentar dormir, aclimatándose poco a poco a aquel clima caluroso y húmedo.

Se reunieron para desayunar en una de las terrazas con vistas al mar. Peggy, mordiendo un *scone* recién salido del horno y saboreando el excelente café de Jamaica, contemplaba el océano de color turquesa.

—No me importaría pasar más tiempo aquí —dijo. Tenía los ojos ocultos tras unas Ray-Ban. Cuando estaban apurando el café de la primera cafetera de plata maciza, apareció Lloyd, su camarero de chaquetilla blanca, y la sustituyó por otra llena. En alguna parte de la población sonaba con estrépito una sirena. Peggy habría jurado que sus notas reproducían los primeros compases de «La estrella azul», la canción de la película *Pinocho*.

—¿Qué diablos es *eso*?

Holliday se rio.

—Eso, señora, es el Magia de Disney —dijo Lloyd, el camarero.

—¿Y qué es el Magia de Disney?

—Es un barco, señora —respondió Lloyd—. Bastante grande. Cuando llega, nos avisa haciendo sonar así esa sirena tan estrepitosa. Se oye desde el otro lado de New Providence. Sus pasajeros no suelen venir hasta aquí.

—Yo creía que las sirenas de los barcos solían tener un sonido armonioso —dijo Holliday.

—Hay excepciones, señor —afirmó Lloyd con un leve estremecimiento—. El Magia de Disney es una de ellas, sin duda alguna. Tienen una isla privada, donde hacen visitas turísticas guiadas por el Capitán Garfio, vestido de tal de pies a cabeza.

—Suena fatal —dijo Peggy.

—Es bastante peor que fatal, señora. Bien podría decirse que es abominable, diría yo —dijo Lloyd, antes de retirarse para ir por más *scones*.

—¿Dónde está exactamente ese sitio, cayo Lyford? —preguntó Peggy.

—En la punta occidental de la isla.

—En el avión dijiste que es una urbanización cerrada —dijo Peggy—. Ni siquiera

sabemos cuál es su casa, ni menos todavía sabemos cómo vamos a entrar sin que nos detenga el servicio de seguridad.

—Cuando lleguemos a ese puente, lo cruzaremos —dijo Holliday.

—O sea, que no tienes ni la más remota idea —dijo Peggy.

—Así es, en pocas palabras —dijo Holliday.

La inmobiliaria de alto *standing* Mary Breau tenía sus oficinas un piso por encima de las del Banco de Nueva Escocia, en el 404 de la calle West Bay, en el corazón de Nassau, aproximadamente equidistante del puerto y del Palacio del Gobierno. Mucha gente se fijaba en que la actividad bancaria de las Bahamas se repartía, al parecer, entre los tres grandes bancos de Canadá, el de Nueva Escocia, el Royal y el Banco Imperial Canadiense del Comercio.

En esto no había ningún misterio. En tiempos de la ley seca, la mayoría de los distribuidores y contrabandistas de licor, entre ellos el legendario contrabandista de ron Bill McCoy, compraban buena parte de su producto a destiladores canadienses, lo transportaban de Nassau a Bimini, y de allí a Florida, cruzando el estrecho de ochenta kilómetros. En cierta época, en el edificio del Royal Bank of Canada, semejante a una fortaleza y que estaba en esa misma calle, se guardaba tanto dinero en metálico, que hubo quien se preocupó temiendo que el edificio no soportara el peso.

Mary Breau llevaba una empresa unipersonal, y el anuncio que publicaba en las páginas amarillas de la guía local era el único que tenía el atrevimiento de afirmar que estaba especializada en casas en cayo Lyford. Mary era negra como el carbón, hablaba con un leve acento británico, llevaba vestidos con estampados florales y tenía unos pechos enormes que dominaban su presencia física casi tanto como su sonrisa, amplia y encantadora.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, simpáticos? —preguntó Mary, mirándolos sucesivamente. Holliday comprendió que Mary no acababa de entender el papel que desempeñaba Brennan en la relación de los tres, pero que más que desconfianza sentía curiosidad. Era una mujer lista que sabía calar a la gente. Tendrían que andarse con cuidado con ella.

—Estamos buscando algo en cayo Lyford —le dijo Holliday, después de hacer las presentaciones.

—¿Para alquilar, o para comprar? —le preguntó Mary con cierta inquietud.

Holliday le dio la respuesta que sabía que ella quería oír.

—Comprar —dijo. La agente inmobiliaria se animó apreciablemente; le brillaban los ojos al pensar en la abultada comisión que podía ganarse. Holliday remató la jugada.

—Venimos recomendados por Billy Tritt —le dijo.

—¿Conocen al señor Tritt? —preguntó Mary Breau, suavizando la voz.

—Claro; lo conozco desde hace años. Lo hemos visitado varias veces, y el sitio nos encanta.

—¿Tienen algún motivo especial para comprar ahora? —preguntó Mary, que

tomaba notas en un bloc.

—El tío Thomas ha decidido dejar el cargo de presidente del banco —dijo Holliday, señalando con la cabeza a Brennan— para dejar las cosas en manos de otra persona más joven. Que soy yo —concluyó con una sonrisa de orgullo.

—¿Del banco? —preguntó Mary.

—Del Trust de los Petroleros de Texas —dijo Holliday sin titubear—. Nos dedicamos, sobre todo, a financiar pozos de petróleo y a invertir los beneficios.

—Muy bien —dijo Mary, con el pecho algo agitado por la emoción—. Estoy seguro de que encontraremos algo que se ajuste a sus necesidades.

—Piscina —dijo Brennan—. Que tenga piscina, y quizá algo de terreno. Supongo que daremos algunas fiestas al aire libre.

—Y embarcadero —apuntó Peggy.

—Sí; embarcadero —dijo Brennan—. Tenemos barco, ¿sabe?

—¿De qué tamaño? —preguntó Mary, que seguía tomando notas en su bloc.

—De diecinueve metros —dijo Holliday.

—Está muy bien —dijo Mary, asintiendo con la cabeza con gesto de aprobación.

—Quizá pudiera llevarnos usted a casa de Bill —dijo Holliday—. Quisiera pasarme por allí y decirle que vamos a ser vecinos.

—¿Está aquí? —preguntó Mary—. Suele estar fuera por cuestiones de trabajo.

—No estoy seguro —dijo Holliday, encogiéndose de hombros con toda la despreocupación que fue capaz de aparentar.

—¿Por qué no le llamamos? —dijo Mary alegremente. Sacó un grueso portafichas circular Rolodex y empezó a hojearlo.

—Vamos a darle una sorpresa. Seguramente no se espera para nada vernos aparecer por allí —dijo Holliday. «Y en esto no miento», pensó para sus adentros.

—Está bien —dijo Mary con una sonrisa. Era la regla de oro del agente inmobiliario: contentar al comprador cuando estás con el comprador, y al vendedor cuando estás con el vendedor—. ¿Vamos en su coche o en el mío?

—Hemos dejado el coche de alquiler en el hotel y hemos venido andando —dijo Peggy, representando el papel que tenía asignado en la pequeña comedia—. Su oficina está a pocas manzanas del Royal Bahamian.

—Aquí, en Nassau, todo está cerca —dijo Mary alegremente. Subió todavía más la potencia de su sonrisa—. Tengo el Land Rover aparcado en la parte trasera del edificio. ¿Quieren esperarme delante?

El Land Rover parecía nuevecito; la carrocería plateada estaba reluciente. Transmitía una imagen de confianza, de éxito y de buen gusto, con matices de aventura y de imaginación. Un cirujano al volante de un Mercedes suele dar cierta impresión de avaricia y de cicatería; pero un vehículo como el de Mary era reflejo de su éxito.

La agente inmobiliaria hizo un giro con el gran vehículo, con el que estuvo a punto de chocar con uno de los minibuses de propiedad privada típicos de la isla, y se

dirigió hacia el oeste por la calle Bay. En la esquina de la calle Charlotte se detuvieron para dejar pasar a una turba de adultos y de niños con orejas del ratón Mickey, encabezados por un joven negro alto que iba disfrazado de Capitán Garfio y que, al parecer, se avergonzaba mucho de ello.

Los de Mickey tomaban fotos digitales de todo lo que veían y obstruían las aceras. No parecía que aquello molestara a nadie; pues, según dijo Mary, un solo crucero que pasaba veinticuatro horas en el puerto podía dejar en la isla hasta medio millón de dólares, sin contar las tasas de atraque.

Siguieron por la calle Bay y dejaron atrás el edificio amarillo de poca altura de la embajada de los Estados Unidos; después, hicieron un giro cerrado y pasaron ante el hotel Royal Bahamian. Más allá del hotel, la población se perdió de vista rápidamente, y ocupó su lugar la vegetación densa y lujuriente por un lado y el océano por el otro. Las aguas costeras tenían un color verde traslúcido increíble.

Siguieron adelante, pasando ante tenderetes de pescado frito, casas residenciales con fachada de estuco, edificios de apartamentos de poca altura, pequeños colmados y tiendas de licores; pasaron ante la playa Saunders, que era una de las pocas playas públicas abiertas para los nativos bahameños, y llegaron por fin a la «milla de oro» de los grandes hoteles de Cable Beach, pasada la bahía de Goodman.

A media distancia se alzaba sobre el agua poco profunda, como una cigüeña sobre una única pata gruesa, un edificio que parecía salido de los viejos dibujos animados de *Los Supersónicos*. Mary les explicó que era una atracción turística abandonada que había pretendido ser un observatorio de la fauna submarina.

Tras dejar atrás los hoteles, los clubes y los mercadillos nativos al aire libre, tomaron la curva amplia y larga que los llevaría hasta la parte sur de la isla, la de los huracanes. Cuanto más avanzaban por la calle Bay, más cambiaba el paisaje. Las casas eran más grandes, estaban más lejos de la carretera y entre ellas había más vegetación selvática y plantaciones de cocoteros.

Cuando la calle empezaba a trazar otra curva, giraron a la izquierda, dejaron la calle Bay y se dirigieron hacia la costa por el camino de Clifton Bay, hasta llegar a una península larga y estrecha desde la que se veía el mar a ambos lados. A la entrada de la urbanización había un puesto de seguridad, pero Mary apenas se había detenido cuando el hombre de uniforme blanco impoluto con el casco de *bobby* inglés a la antigua les había hecho seguir con un gesto y una sonrisa tan amplia como la de Mary.

Mary Breau dobló a la izquierda con el Land Rover y siguieron la carretera hacia el final de la península. Las casas de allí eran mucho más pequeñas que las otras, se parecían más bien a las sencillas construcciones semejantes a casitas de pueblo que se ven en las afueras de Dublín o de Galway.

—Paseo de E. P. Taylor —dijo Mary—. Taylor fue un multimillonario canadiense al que se debe la idea de las primeras urbanizaciones cerradas. En su época fue propietario de todo cayo Lyford, y lo urbanizó. Como afición, criaba caballos de

carreras. Fue propietario de Northern Dancer, el semental más famoso de toda la historia de las carreras de purasangres.

—Parece que es usted aficionada —dijo Brennan.

—Voy al hipódromo de Hialeah siempre que puedo —dijo ella con una sonrisa—. Es mi vicio nada secreto.

Se detuvieron ante un bonito bungaló de estuco amarillo al que se accedía por un corto camino particular de gravilla. Venían entre las palmeras el mar abierto y un poco de playa privada.

—Ya hemos llegado —dijo Mary.

Holliday, Peggy y Brennan se bajaron del Land Rover y cubrieron las apariencias dando golpecitos en la puerta de entrada principal, doble y acristalada. Holliday atisbó por el cristal, metiendo la cabeza entre las manos para protegerse de la luz. No se veía parpadear ninguna luz roja que avisara de la presencia de un sistema de seguridad; pero aquello no quería decir gran cosa. El panel de mandos de la alarma también podía estar en el armario empotrado que estaba a la izquierda de la puerta. Se volvió hacia Mary, que esperaba pacientemente en el Land Rover.

—Puede que esté en la parte de atrás —dijo en voz alta. Mary asintió con la cabeza.

Rodearon la casa todos juntos hasta llegar al césped de la parte trasera con su pequeña playa de arena blanca. Holliday observó la puerta trasera. Se parecía mucho a la principal, con la excepción de que no era doble sino de una sola hoja. Sería facilísimo abrirla. Había un pequeño cenador con tumbonas y una mesa redonda que tenía en el centro una sombrilla plegada.

—Será mejor que tengas algún plan, Doc —le advirtió Peggy—. Si no, vamos a tener muchos problemas. Ese guardia de seguridad no nos va a sonreír tanto como sonrió a Mary.

Holliday volvió la vista hacia el mar abierto, y miró de nuevo a la casa. No había más de cincuenta metros desde la casa hasta la parte izquierda de la playa, donde había un montón de losas antiguas que en otros tiempos pudieron formar parte de un rompeolas o de un embarcadero privado.

—No hay problema —dijo Holliday—. Tengo el plan perfecto.

—Vuelve a sonar a últimas palabras —replicó Peggy.

—¿ESTÁS seguro de que sabes pilotar un cacharro de estos? —preguntó Peggy, claramente nerviosa y asiendo con fuerza las agarraderas de cuerda de nailon a ambos lados del bote hinchable. Era una lancha Zodiac de seis metros y medio con un motor fueraborda Evinrude de cincuenta caballos, y se deslizaba con facilidad por las aguas tranquilas próximas a Cable Beach, levantando de cuando en cuando una salpicadura de agua salada.

A su izquierda veían la larga línea de hoteles y una extensión ininterrumpida de arena blanca y pura que se perdía de vista siguiendo la curva de la bahía de Delaport. Caía la tarde, y el horizonte occidental ardía de colores amarillos, rojos y anaranjados, como si fuera un castillo de fuegos artificiales.

Cuando salían de Nassau en el coche con Mary Breau, después de pasar ante los tenderetes de pescado frito, Holliday había observado un letrero que decía ALQUILER DE EMBARCACIONES CAYO ARAWAK, con una flecha que apuntaba a una pista de tierra. Entonces no le había prestado mayor atención. Tras pasar un par de horas con la agente inmobiliaria para salvar las apariencias, habían pedido a esta que los dejara en el hotel. A los pocos minutos volvían de nuevo por la calle West Bay en su coche de alquiler, camino de la pista de tierra.

La pista llegaba hasta una combinación rústica de rompeolas y carretera elevada que llegaba hasta cayo Arawak, una zona industrial desangelada donde atracaba, en el puerto interior de poco calado de la bahía interior, la flota dedicada a la pesca de la caracola, así como otros barcos mayores, entre ellos las barcazas que traían de tierra firme los grandes barriles de agua potable, ya que en Nassau no había manantiales. La caracola, el conocido molusco gasterópodo de color rosado, estaba protegida en muchas partes del mundo; pero en las playas pedregosas de cayo Arawak había, literalmente, millares de conchas de caracolas que se habían desechado después de haberles extraído la carne. La caracola, que los nativos llamaban *conch*, pronunciado «konk», servía para casi todo. Había ensalada de caracola, sopa de caracola, caracola frita, caracola empanada, caracola asada, hamburguesas de caracolas, barbacoa de caracola, y hasta caracola ahumada. La caracola figuraba en el menú de casi todos los restaurantes de Cable Beach. Entre los pescadores de caracolas que habían tenido más éxito había uno con aspecto de luchador de sumo al que llamaban el Gran Bambu, que se había dedicado a alquilar Zodiacs y a vender hamburguesas de caracola, así como cerveza Kalik y Red Tripe, a los turistas que querían explorar y comer algo por su cuenta.

Para alquilar la lancha hinchable y pilotarla no se requería experiencia; bastaba

con dar el nombre del hotel donde te alojabas y dejar el pasaporte en prenda. Cuando el Gran Bambu terminó de insistirles en la importancia de que regresaran con la lancha antes de que anocheciera, zarparon rumbo a cayo Lyford, esta vez por mar. No llevaban más herramientas que el gato de su coche de alquiler.

—Sí —afirmó Holliday—. Sé pilotar este cacharro.

Peggy no parecía convencida; pero Brennan se estaba divirtiendo de lo lindo, sentado tranquilamente en la proa, recibiendo en pleno rostro las salpicaduras de espuma de mar y gozando de la sensación. Holliday lo comprendió y vio por un instante a un niño irlandés pequeño y triste, que había tenido muy poca infancia y que se había criado con severos padres jesuitas que no veían con buenos ojos ni una distracción tan inocente como un paseo en lancha.

—¿Y a oscuras? —le preguntó Peggy con amargura—. Porque, por mucho que hayas dicho a ese tal Gran Bambu, no vamos a volver de ninguna manera antes de que se haga de noche.

Holliday sonrió.

—Tengo cierta experiencia con las Zodiac de noche —dijo, recordando cuando habían desembarcado en las amplias playas de Mogadiscio, en Somalia, para llevar a cabo una pequeña operación de represalia tras el incidente del derribo del Black Hawk. Habían hecho treinta kilómetros desde el portaaviones USS Abraham Lincoln hasta el punto de desembarco, y todo se había llevado a cabo tan a oscuras como en una mina de carbón.

Cuando llegaron al viejo rompeolas que les señalaba la situación de la modesta casita de Tritt, el sol casi se había puesto, y solo quedaba una franja carmesí trémula que se difuminaba sobre la superficie del mar. Holliday puso el motor en un ralenti suave y oteó la zona. Las casitas próximas quedaban ocultas por la vegetación selvática, y lo que se podía ver estaba mucho más cerca de la carretera que de la casa de Tritt. Holliday tuvo la impresión, de alguna manera, de que se utilizaban más como casas de vacaciones que como residencias para todo el año.

Mientras el sol terminaba de ponerse, Holliday guio la Zodiac hasta la orilla, manteniendo recto el rumbo y dirigiéndose hacia la franja casi fosforescente de playa que estaba al pie de la casa del asesino a sueldo. La lancha llegó a la playa; el fondo de la embarcación se deslizó sobre la arena, y Brennan saltó a tierra con la amarra en la mano. Sostuvo la amarra mientras los otros dos se bajaban de la Zodiac, y entre los tres tiraron de la lancha hasta dejarla bien alta en la playa. Holliday llevaba el gato.

Consultó su reloj.

—Tenemos un cuarto de hora para entrar y salir. Ese debe de ser el tiempo de respuesta de los guardias. Son un cuerpo bastante reducido.

Subieron por el césped levemente inclinado hasta llegar a la puerta trasera. Holliday tomó el gato, lo dispuso en horizontal a través del arco de la puerta y empezó a hacer girar la manivela. A los pocos momentos, los extremos del gato presionaban con fuerza la madera. Siguió dando a la manivela. El marco de la puerta

empezó a combarse a izquierda y derecha, lenta e inexorablemente, hasta que por fin saltó el cerrojo y se abrió la puerta.

—Estoy impresionado —dijo Brennan, enarcando una ceja—. Un erudito con estudios de ladrón.

—Un cuarto de hora —les recordó Holliday.

Se agacharon para pasar por debajo del gato y entraron en la casita. Se encontraron en una zona de cocina-comedor, amueblada con sencillez con una mesa de comedor de madera de teca, cuatro sillas y un aparador que contenía manteles y cubertería. El mobiliario no era ni nuevo ni antiguo, y Tritt lo debía de haber comprado con la casa.

Al final de un pasillo había dos dormitorios pequeños, así como dos baños, uno de los cuales era un simple aseo y el otro un baño completo, adjunto a un tercer dormitorio, el mayor de todos. El dormitorio principal era tan impersonal como la zona de cocina-comedor. Había una cama de matrimonio grande, mesitas auxiliares, un chifonier y un vestidor lleno de camisas plegadas, diversas prendas y calzado deportivo, y una fila de trajes que seguían dentro de las bolsas de la tintorería. En las bolsas decía: «Lavandería y Tintorería Nueva Oriental: Ir Limpios Es Nuestro Orgullo». Todos los trajes eran caros, principalmente de Brioni y de Zegna. En la pared del dormitorio, sobre la cama, había un único cuadro que representaba un tiesto con flores en una ventana, y al fondo unas palmeras y una playa caribeña de tonalidades azules, blancas y rosadas. Peggy y Brennan se separaron sin decir palabra y se pusieron a registrar los dormitorios de invitados y los baños. Holliday siguió por el pasillo hasta llegar a un par de puertas correderas, y las abrió.

La habitación principal de la casita era un cuarto de estar, aunque estaba montada como despacho más que como lugar donde relajarse después del trabajo. Había un escritorio frente a una chimenea de ladrillo que parecía que llevaba mucho tiempo sin usarse. Los suelos eran de madera, de cerezo quizá, y parecían recién encerados y pulidos. No había ni una mota de polvo en ninguna parte.

En una esquina del escritorio había una lámpara flexo negra de alta potencia; en la otra, un teléfono de mesa de aspecto complicado. Había un *router* de *wifi* conectado a una toma de cable, pero no se veía ningún ordenador. Tritt no era tonto en cuestión de seguridad. Si no había sistema de alarma era porque allí no había nada que ocultar ni ninguna prueba incriminatoria.

En la pared opuesta, ante el escritorio, había un televisor de pantalla plana. Tras el escritorio había un sillón giratorio de respaldo alto, de piel, y ante el ventanal, una butaca tapizada y una lámpara de pie. Holliday cruzó la habitación a la media luz del anochecer y corrió las cortinas. Volvió al escritorio y encendió el flexo.

El escritorio era práctico y sencillo y estaba hecho de madera de roble blanco americano oscuro. Era de estilo pedestal, y seguramente lo habrían comprado hacía mucho tiempo en las ventas de excedentes de material del Gobierno. En los cajones no había nada, salvo en el central, que contenía algunas hojas sueltas de papel de

dibujo, unos rotuladores técnicos Rapidograph, un CD-ROM en una funda de plástico transparente, y un pequeño fajo de facturas sujetas con un clip grande.

Holliday, sin detenerse siquiera, se echó al bolsillo el CD con su funda, tomó las facturas y les quitó el clip. No había nada que fuera especialmente interesante. Una factura de Cable Bahamas por el servicio de Internet y de televisión; otra de teléfono de Vonage, pero sin ninguna lista de llamadas, y un recibo de la empresa Chelsea's Choice por la entrega a domicilio de agua potable.

Holliday volvió a registrar los demás cajones y tampoco encontró nada esta vez. ¿Para qué tener un escritorio con seis cajones inútiles? ¿Sería que Tritt había comprado el escritorio con la casa? ¿O había algún otro motivo por el que estaban vacíos los cajones? Holliday reflexionó un momento. Aquel escritorio no estaba en aquella habitación cuando Tritt compró la casa; no era un mueble propio de un cuarto de estar. Por lo tanto, había sido Tritt quien lo había puesto allí, ya fuera trayéndolo de otra habitación, o incluso desde más lejos.

Pero ¿para qué acarrear un escritorio grande cuando lo único que se necesita es uno sencillo y moderno, como los de Ikea, por ejemplo? No era lógico; y Holliday tenía claro que, tratándose de Tritt y de su vivienda, todo tenía que seguir una lógica implacable. Empezó a extraer los cajones vacíos y a examinar sus superficies exteriores, por debajo, al fondo y por los lados. Encontró lo que buscaba en el fondo del segundo cajón de la derecha. Tres números de teléfono; el superior, escrito a lápiz semiborrado ya, y los dos siguientes escritos cuidadosamente a tinta con uno de los rotuladores Rapidograph, con los siete al estilo europeo, cruzados por un trazo horizontal.

Se incorporó en la silla con el cajón en vertical sobre sus rodillas. Soltó un silbido agudo y tomó un rotulador y un papel del cajón central. Peggy y Brennan aparecieron en la puerta al momento.

—Silbar es de mala educación, aunque seas Lauren Bacall —dijo Peggy, aludiendo a una vieja película de Humphrey Bogart basada en una novela de Hemingway.

—¿A qué país corresponde el código 41? —preguntó Holliday, refiriéndose al primer número de teléfono.

—No tengo ni idea —dijo Peggy.

—A Suiza —dijo Brennan.

—¿Está seguro? —dijo Holliday.

—Segurísimo.

—¿Y de qué población es el código 22?

—De Ginebra —dijo Brennan.

—He encontrado tres números de teléfono escritos por detrás de uno de los cajones —dijo Holliday—. Uno tiene el código de población de Ginebra; otro es de Francia, creo, y el último es de un sitio que se llama Aigle. ¿Alguna idea? —preguntó, mirando a Brennan.

—Me temo que no me suena de nada —dijo el sacerdote—. Llame.

—Allí son las dos de la madrugada —advirtió Peggy.

—Quizá salga un contestador —comentó Brennan, encogiéndose de hombros.

Holliday se dispuso a coger el teléfono, pero Peggy le detuvo.

—Espera —dijo bruscamente, acercándose al escritorio—. Este teléfono tiene función de rellamada.

Pulsó el botón para activar el altavoz del aparato, pulsó también el de rellamada y vio aparecer un número en la pantalla. Era también de Ginebra. Sonaron cuatro timbrazos dobles, y por fin sonó en el pequeño altavoz una voz soñolienta, con los altibajos característicos de las llamadas por satélite.

—Mandarín Oriental, le habla Jean-Pierre.

—¿Eso es un hotel?

—Desde hace mucho tiempo, *monsieur*. Soy el recepcionista de noche. ¿Desea hacer una reserva?

Holliday colgó el aparato con suavidad.

—Dentro de una hora y media sale un vuelo de la Delta a Nueva York, vía Atlanta... Podemos alcanzarlo si nos damos prisa.

Cuando llegaron a Nueva York, la noticia ya estaba en todos los telediarios. El senador Richard Pierce Sinclair hizo sus declaraciones desde la amplia escalinata del Capitolio.

—Ha llegado a mi noticia que las diversas agencias de inteligencia de nuestra gran nación han estado ocultando informaciones que son fundamentales para la seguridad de nuestros ciudadanos; y estos ciudadanos, créanme ustedes, tienen derecho a saber dónde acecha el peligro.

Llegado a este punto, el senador hizo una pausa y dedicó a la cámara una de sus miradas torvas características.

—Según mis fuentes, los responsables del asesinato del Padre Santo en Roma son una de tantas organizaciones de fanáticos fundamentalistas, empeñados en destruir el tejido mismo de nuestra sociedad democrática y los principios morales que establecieron los padres fundadores de nuestra nación. Este grupo lleva el nombre de Yihad al-Salibiyya, es decir, «los enemigos de la cruz», y sé de buena fuente que este grupo de locos quiere atacarnos aquí mismo, en el corazón de los Estados Unidos... y pronto.

—La cosa ya ha saltado —dijo Holliday, que lo veía en el televisor del bar Avión, del aeropuerto—. No nos queda mucho tiempo.

EL general Angus Scott Matoon estaba sentado frente a Kate Sinclair en el salón señorial de la mansión de la inmensa finca con viñedos de esta, llamada Château Royale des Pins, en las cercanías de la villa de Aigle, en Suiza. El general no bebía el vino tinto que embotellaban en la finca, sino un vaso de su *bourbon* favorito, el Woodford Reserve. La Sinclair siempre tenía una caja especialmente para él. Matoon debía estar asistiendo a una conferencia de la OTAN en Bruselas; pero Bélgica estaba a menos de una hora en *jet* privado, y en la finca de Château Royale des Pins había pista de aterrizaje privada. El general podía reunirse con la vieja perra loca y estar de vuelta en Bruselas para la sesión de la tarde.

El general no tenía nada claro que el plan delirante de Kate Sinclair pudiera dar resultado; pero esta tenía buenos contactos y buen dinero, y a él le iban a hacer falta unos y otro en un futuro próximo. El sector del armamento se estaba hundiendo desde que había llegado al poder el presidente actual, tan poco enérgico; y no quedaban muchos cargos bien remunerados para un miembro de la Junta de Jefes de Estado Mayor que ya estaba entrado en años y no era especialmente brillante.

—Ya se ha filtrado el nombre del grupo terrorista, como quería usted —dijo el general.

—Excelente —dijo la Sinclair—. Ya está dispuesto el escenario. El público tiene identificado a su coco.

—¿Cree usted de verdad que Holliday asomará la nariz?

—Sin duda —dijo la mujer—. A pesar de todas las tonterías de Washington, como mínimo el nombre de al-Salibiyya le dará a entender que los templarios están metidos en esto.

El general tomó un buen trago de aquel *bourbon* con aroma de miel y ahumado y dejó el vaso en la mesa de café que estaba entre los dos.

—Mire, este tipo me gusta tan poco como a usted —dijo Matoon—. Pero ¿no viene a ser esto como azucar a una serpiente de cascabel con un palo? Quizá fuera más prudente por nuestra parte acabar con el tipo sin más, antes de que pueda acarreamos más problemas.

La Sinclair lo miró con los ojos entrecerrados.

—Es responsable de la muerte de mi hija —dijo la vieja, con voz de furia apenas contenida—. Por su culpa, ella creyó que había fracasado en nuestra misión sagrada. Por su culpa se hundieron nuestros planes para el futuro. Esto lo hago por ella, tanto como por nuestra gran nación. Es preciso encontrar a Holliday y traerlo a mi presencia antes de que esto haya concluido.

El general asintió con la cabeza. Ya había oído antes aquella perorata. También

había conocido a la hija de la Sinclair, la difunta hermana Margaret Emily. Siempre le había parecido que a la monja pelirroja le faltaba algún tornillo, y tenía esa mirada perdida que el general había visto en los ojos de hombres que habían pasado demasiado tiempo en una zona de combate. El desastre del cónclave de Rex Deus la había terminado de desestabilizar. El general no se sorprendió cuando la monja, después de emborracharse, se había estampado contra un muro de ladrillo con uno de los coches de la familia.

—Y también está la cuestión del cuaderno —dijo Kate Sinclair, que ya había reprimido su furia. El general sonrió. Kate Sinclair siempre era capaz de controlarse para volver a hablar de las cosas prácticas, a saber, del dinero.

—¿Del que se supone que le entregó el monje?

—El monje se llamaba hermano Helder Rodrigues, y lo del cuaderno no «se supone»; es auténtico; todo esto es cierto. Contiene el antiguo secreto de los caballeros templarios, la clave de su fortuna, de una fortuna cuyos legítimos propietarios son los herederos de la auténtica estirpe de Cristo, Rex Deus, y no un profesor de Historia de tres al cuarto que dio con el secreto por casualidad.

—¿Esto lo han averiguado sus servicios de seguridad?

—Han localizado a un hombre con quien habló Holliday en Francia.

—¿Y? —preguntó el general Matoon, que ya conocía la respuesta.

—Digamos que el ahogamiento simulado no es más que el primer paso de las «técnicas de interrogatorio mejoradas».

—¿Y cree usted que lo tiene Holliday?

—O, al menos, sabe dónde está —dijo la vieja, inclinándose más hacia el general. Este leyó la locura en sus ojos. No era la primera vez que el general Matoon se planteaba si había hecho bien al tomar partido por la causa de la Sinclair. Aquello empezaba ser como si hubiera firmado un pacto con el diablo; y le parecía que el diablo había perdido el juicio.

—Entonces, ¿qué va a hacer usted? —preguntó Matoon.

—Breau, nuestro contacto en las Bahamas, dice que van de camino. Han registrado la casa de Tritt. Creo que esperan plantar cara al león en su propio cubil.

—¿De qué me está hablando? —preguntó el general con inquietud.

—No me cabe duda de que acabarán presentándose a nuestra puerta, tarde o temprano.

—¿Y piensa usted acabar con ellos aquí?

—No diga tonterías, general. Como me decía siempre mi padre, no mees donde comes. —La anciana sacudió la cabeza. Los ojos le echaban chispas—. Tengo otros planes para nuestro profesorcillo.

TRAS diez horas de avión y después de tres transbordos en otros tantos aeropuertos, llegaron al Internacional de Ginebra, recién renovado. Gracias a la magia no siempre agradable de los husos horarios, perdieron casi un día entero en el viaje, y cuando llegaron a la capital suiza volvía a salir el sol. Solo quedaban tres días para que Tritt volviera a asestar otro golpe, y ellos tenían que impedirselo de otra manera.

—No sé si podremos con esto —dijo Peggy cuando iban en el autobús hacia el centro de la ciudad, que estaba a pocos kilómetros. Todo estaba cubierto de una manta de nieve; la que había sido retirada de la carretera del aeropuerto estaba apilada a ambos lados de esta. En las ventanillas del autobús había caracolillas de hielo que parecían grietas.

—Entonces, ¿qué crees que debemos hacer? —le preguntó Holliday—. ¿Rendimos?

—Decírselo a alguien —repuso Peggy—. A las autoridades.

—Y ¿a qué autoridades, querida? —dijo Brennan. ¿Al grupo descontrolado de la CIA que seguramente está llevando toda la operación? ¿Al FBI, que no tiene jurisdicción fuera de los Estados Unidos?

—Al presidente —refunfuñó Peggy—. Al fin y al cabo, él es el objetivo de Tritt. Holliday sacudió la cabeza.

—No tenemos ninguna prueba tangible. Aunque tuviésemos alguna manera de ponernos en contacto con él, ¿qué podríamos enseñar al Servicio Secreto para convencerles? En la Casa Blanca se reirían de nosotros y nos pondrían de patitas en la calle. Y, además, ¿quién nos dice que mamá Sinclair no tiene un topo en la brigada del presidente?

—¿Y las cosas que encontramos en casa de Tritt anoche? ¿Es que no valen nada tampoco? ¿Es que perdimos el tiempo al ir allí?

Holliday suspiró.

—Encontramos tres números de teléfono de Suiza y un CD-ROM lleno de información sobre un pueblo de cultivadores de maíz de Kansas del que no ha oído hablar nadie, que se llama Tom's Hill o no sé cómo. No hay nada que signifique nada para nadie. —Volvió a sacudir la cabeza—. Tenemos que ocuparnos nosotros, Peg. O encontramos datos tangibles sobre un complot para asesinar al presidente, o este es hombre muerto.

Hicieron en silencio el resto del viaje hasta Ginebra. El autobús los dejó en la estación de ferrocarriles de Cornavin, la principal de la ciudad. Allí tomaron un taxi al Mandarín Oriental, que era un hotel moderno y de categoría a orillas del Ródano.

Tomaron tres habitaciones contiguas y se reunieron de nuevo en el Rasoi, el restaurante hindú de la planta principal.

Todo el hotel, incluido el restaurante, era un templo de lo ultramoderno; todo era de granito negro, con cromados relucientes y espejos por todas partes. El restaurante parecía el decorado de una versión moderna de *El fantasma de la ópera*, con zonas en sombra y manchas de luz viva. Allí se iba a ver gente y a dejarse ver. Se suponía que el menú era «revolucionario», pero a todos les costó trabajo hacerse a la idea de comer pollo tandori y tikka para desayunar.

—He llamado a los tres números que encontramos —dijo Holliday—. El primero, que parece el más antiguo, era del banco Gamma, que está en el Quai du Seujet.

—Donde guarda Tritt su botín, es de suponer —dijo Brennan.

—Es de suponer —asintió Holliday.

—¿Y el segundo y el tercero? —preguntó Peggy.

—El segundo es de unas bodegas en Aigle, y el último es un garaje privado en un pueblo que se llama Thonon-les-Bains, que no sé dónde está.

—Un banco, unas bodegas y un garaje. ¿Qué significa todo esto? —se preguntó Peggy—. No le veo ningún sentido.

—Lo de las bodegas y el banco no lo sé; pero lo del garaje resulta bastante claro.

—Pues explícamelo —dijo Peggy.

—Suiza es prácticamente el único país de Europa occidental que no pertenece a la Unión Europea. Una vez que se encuentre en Thonon-les-Bains, ya no tiene que pasar por ninguna aduana.

—Thonon-les-Bains es nombre de ciudad balneario —dijo Brennan—. Hay muchas en la orilla francesa del lago Ginebra, como Evian, que es la más conocida. De allí a Roma solo hay un salto.

—¿Una base de operaciones?

—Podría ser —asintió Holliday.

—¿Y las bodegas? —preguntó Brennan—. ¿Qué papel desempeñan en todo este entramado?

—La única manera que tenemos de averiguarlo es ir allí —dijo Holliday.

—A mí me sigue pareciendo una pérdida de tiempo —dijo Peggy—. No me parece que nada de esto tenga que ver con tu amiga Kate Sinclair. Solo conocemos una relación entre Tritt y la CIA, y es bastante tenue. Si bien se mira, no tenemos nada. Ni siquiera estamos seguros de que sea Tritt. No es más que una opinión de tu amigo Philpot.

—Razón de más para que sigamos las únicas pistas que tenemos, que son esos números de teléfono.

—A lo mejor es que tiene muy mala memoria, nada más —dijo Peggy.

—Entonces, ¿por qué iba a esconder los números escribiéndolos por detrás del cajón? —repuso Holliday—. Si no tiene nada que ocultar, ¿por qué los ocultó?

—Se nos termina el tiempo —dijo Peggy—. Sigo creyendo que deberíamos

decírselo a alguien.

—Y yo creo lo mismo —dijo Holliday—. Cuando tengamos algo que decir.

Peter Van Loan era agente del Servicio Secreto desde hacía veinte años, y llevaba once en la brigada de protección del presidente. Aquel era el tercer presidente para el que trabajaba, y era bastante blandengue. Por supuesto, Van Loan no tenía por qué plantearse los motivos de su trabajo; su misión era cumplir o morir, y todas esas cosas. Pero había hombres por los que valía la pena recibir una bala en el cuerpo para salvarles a ellos la vida, y otros por los que uno se lo podía llegar a plantear un momento, quizá.

Once años era mucho tiempo en un mismo destino dentro del Servicio Secreto; pero a Van Loan lo apreciaban, y él siempre estaba dispuesto a hacerse cargo de las tareas más aburridas, como llevar a los niños al colegio o quedarse de guardia aguantando reuniones interminables. A sus cincuenta y cuatro años ya empezaba a estar un poco mayorcito para aquel desgaste constante de los nervios y estar siempre alerta, aparte de que empezaban a fallarle las rodillas y tenía la tensión arterial demasiado alta, y la cuenta corriente demasiado baja para lo cerca que estaba de la jubilación. Todavía podría ahorrar algo trabajando unos años en seguridad privada, y se estaba planteando seriamente pedir la jubilación anticipada.

Tab Hartmann, jefe y agente más antiguo de la brigada, era lo bastante comprensivo con Van Loan como para ofrecerle de vez en cuando un caramelo, como el de formar parte del equipo avanzado que inspeccionaba por adelantado los lugares que iba a visitar «el Hombre». Hoy tocaba Roma. Y esta vez Hartmann no estaba dispuesto a correr ningún riesgo. Había duplicado los efectivos del equipo avanzado, de seis a doce. Desde que habían asesinado al papa, hacía menos de una semana, todo el mundo estaba sobre ascuas.

Y a Van Loan tampoco le faltaban motivos para estar preocupado. La seguridad del presidente siempre era estrecha; pero en aquel viaje habría medidas de seguridad como para proteger al mismo Dios. El presidente del Servicio de Protección Federal de Rusia ya andaba rondando por la Ciudad Eterna, y también estaban allí la Sección de Servicios de Protección de la Policía Montada de Canadá, el MI6 del Reino Unido, el GSPR (Grupo de Seguridad de la Presidencia de la República) de Francia, y la Bundespolizei alemana.

Había, además, contingentes menores de otros treinta países más, amén de los guardaespaldas personales de más de tres docenas de peces gordos y famosos, desde Bill Gates hasta el arzobispo de Canterbury, pasando por Arnold Schwarzenegger y por George Clooney. Van Loan ya había participado en docenas de salidas como aquella y sabía que sería capaz de hacerlo todo con los ojos cerrados.

La cosa sería así. Poco antes de la medianoche del día siguiente aterrizarían en la base aérea Pratica di Mare, cerca de Roma, hacia el sur, dos aviones de transporte

C-17 Globemaster III de las Fuerzas Aéreas de los EE. UU. El primero llevaría dos limusinas presidenciales idénticas, y el segundo transportaría seis Cadillac Escalades fuertemente blindados que usaría el Servicio Secreto.

Tras los vehículos principales irían varios Chevrolet Suburbans alquilados allí mismo, con personal de la Casa Blanca y de apoyo, y toda la procesión iría encabezada y cerrada por policías en motos BMW azules y blancas adaptadas especialmente al servicio policial.

Mucho antes de la llegada del Air Force One a la mañana siguiente, Van Loan, que ejercía de jefe del equipo avanzado y trabajaba en colaboración con la policía estatal italiana, ya habría elegido las rutas más rápidas y más discretas de ida y de vuelta al Vaticano, así como dos rutas de huida principales y una alternativa para casos de emergencia. A lo largo de la ruta elegida se cerrarían provisionalmente con puntos de soldadura las tapas de las alcantarillas y se retirarían todos los contenedores de basuras, las papeleras, las máquinas expendedoras y los buzones de correos.

Un helicóptero AgustaWestland AW109 de la policía estatal italiana se ocuparía de la vigilancia aérea; el helicóptero también estaba equipado para servir de unidad de evacuación médica. Además, se habían reservado para el presidente tres salas de urgencias en otros tantos hospitales locales. Todo era poco para el Hombre, y ningún detalle era demasiado insignificante para el jefe de sus chicos de los recados.

En el Vaticano mismo, las cosas serían relativamente más sencillas. Todos los invitados, fuera cual fuera su nivel y categoría, tendrían que desfilar por detectores de metales y ante perros adiestrados para detectar cualquier indicio de explosivos. Se registrarían los bolsos de las mujeres en busca de armas ocultas. Cuando empezara la misa de réquiem, se pediría a los jefes de Estado y demás dignatarios que salieran de la basílica de San Pedro y esperaran en la escalinata. Por fin, sacarían el ataúd del papa, de cedro sin adornos, y lo llevarían al centro de la Plaza de San Pedro para celebrar los últimos ritos funerarios y la liturgia. Terminada esta, el ataúd se llevaría a la cripta subterránea, bajo la inmensa basílica, donde el papa reposaría definitivamente junto a sus antecesores.

Para Van Loan y los demás agentes del Servicio Secreto, el rato más crítico sería el que el presidente pasaría esperando en la escalinata de San Pedro. El público reunido en la plaza tendría que pasar por varios puntos de control de seguridad; pero el Hombre sería vulnerable durante casi una hora. El que había asesinado al papa la semana anterior, fuera quien fuese, había disparado desde muy lejos. En esta ocasión habría equipos armados de las Fuerzas Especiales italianas en todas las torres y en las azoteas de los edificios altos en un radio de dos kilómetros alrededor de la basílica.

Gracias a esta medida, precisamente, se había descubierto el puesto del francotirador, en el campanario de la Chiesa Nuova de la Via dei Filippini, a la distancia increíble de mil doscientos metros. La circunstancia de que el puesto, el arma y la moneda árabe no se habían encontrado hasta el día anterior, y por casualidad, no tranquilizaba mucho a Van Loan, que ya de suyo desconfiaba de las

medidas de seguridad de los italianos.

Había alquilado una limusina con conductor en una agencia local, y había hecho dos veces el recorrido desde la base aérea hasta el Vaticano. Van Loan había dicho al conductor que se desplazara a una velocidad regular de cien kilómetros por hora, mientras él estudiaba cuidadosamente todos los puntos del camino donde se podía tender una emboscada; pero no había visto nada que le pareciera un punto débil. Una cosa era que un francotirador abatiera a una persona inmóvil, como el papa, y otra cosa muy distinta era acertar a una limusina blindada que circulaba a cien kilómetros por hora. La cuestión del blanco móvil era el aspecto del asesinato de Kennedy que más lo extrañaba desde siempre. Disparar hacia abajo en un ángulo tan marcado ya era difícil de suyo; pero acertar perfectamente el objetivo en la cabeza mientras este se desplazaba y tomaba una curva era prácticamente imposible para cualquiera, salvo para un francotirador muy capacitado y con gran experiencia. Al final de la jornada, Van Loan quedó convencido de que estaban cubiertos todos los puntos. Regresó a su hotel para tomarse una copa, que se tenía bien merecida, y una buena cena.

El hombre que decía llamarse Hannu Hancock, que había vuelto a Roma después de haberse reunido en Suiza con quien lo había contratado, estaba de pie sobre la unidad de aire acondicionado de la azotea de un edificio de apartamentos de la Viale America. Oteaba con unos prismáticos por encima del estanque hacia el Piazzale dello Sport, buscando algún punto de referencia en la Via Cristoforo Colombo. Se decidió por fin por una escalinata de mármol ancha que subía hasta el aparcamiento del estadio.

El Servicio Secreto había elegido bien el punto de entrada en Roma. La carretera de cuatro carriles se dividía alrededor del estadio; por el lado más próximo transcurría el tráfico en sentido sur, y por el lado más lejano iban los carriles en sentido norte, hacia el centro de la ciudad. Entre los dos sentidos había una mediana ancha, con túmulo central de tierra y muchos árboles para amortiguar el ruido del tráfico.

Calculaba que la distancia sería de unos ochocientos metros; estaba muy dentro del alcance del arma, que era de ocho mil metros; pero él no tenía que hacer ninguna medición precisa, pues la propia arma calculaba la distancia y se apuntaba automáticamente.

Su plan de huida era relativamente sencillo. Un hombre bien vestido, con traje de Armani, y al volante de un sedán de lujo Audi A8 negro, no se ceñía para nada al concepto que tenía la mayoría de la gente de lo que es un terrorista asesino. Por si acaso, puso en el maletero del coche una maleta grande con muestras de joyería suiza de alta gama; y, por supuesto, llevaba también documentos de identidad que corroboraban esta fachada. Calculaba que la policía tardaría cuarenta minutos o poco menos en montar controles de carretera alrededor de la ciudad. Él se habría marchado mucho antes. A ciento diez de media por carretera podría estar de vuelta en Suiza a última hora de la tarde, y a media noche tomaría el vuelo nocturno a Nueva York.

De pie en la azotea, contemplando el posible escenario del crimen, repasó

mentalmente una vez más el plan de ataque. No le veía ningún defecto grave. Ya solo le faltaba que la gente que lo había contratado le proporcionara el último detalle y el pequeño instrumento necesario para que todo funcionara. Satisfecho, se dejó caer desde lo alto de la unidad de aire acondicionado y bajó por la escalera de servicio hasta los ascensores del último piso.

EL presidente de los Estados Unidos saludó con un gesto de la cabeza a Maggie, su secretaria, y se dirigió con pasos silenciosos por el pasillo alfombrado hasta el despacho de su jefe de gabinete. Al pasar ante un espejo notó de nuevo las canas que le habían salido en las sienes. Aquello había sucedido a todos los presidentes que lo habían precedido; sin embargo, él había creído que se libraría de ello por su juventud. La primera dama decía que le daban un aspecto distinguido, pero su opinión era parcial. Lo que lo había hecho envejecer no era el haber sido líder del mundo libre durante seis años y medio; era el que te odiara tanta gente.

Cualquier cuarentón corriente tenía unos cuantos buenos amigos, bastantes conocidos, y quizá unos pocos enemigos no demasiado acérrimos. El presidente de los Estados Unidos tenía muy pocos amigos que no quisieran algo de él; no tenía conocidos en absoluto, y contaba con enemigos de todas clases, desde jefes de Estado chiflados de nombre y apellido impronunciables hasta miembros de su propio Senado y Congreso, sin contar con la mitad de la población de su propio país, los que no lo habían votado.

Cuando era profesor de Derecho en Yale no lo habían ahorcado en efígie ni una sola vez; pero ahora le pasaba al menos una vez por semana en alguna parte. El mundo estaba muy revuelto, y había mucha gente que le echaba la culpa a él, con razón o sin ella.

Llegó al despacho de su jefe de gabinete, al final del pasillo. Le gustaba más que el despacho oval. Morrie Adler lo tenía desordenado, con montones de papeles por todas partes y con fuerte olor a tabaco de puro. Morrie, además, ponía los pies encima de la mesa siempre que quería, un lujo que no se pueden permitir los presidentes, al menos si no quieren recibir críticas. Morrie tenía una pecera llena de chokolatinas Mars pequeñas, y a veces enviaba algunas a las cocinas para que se las frieran empanadas. Era una costumbre de sus tiempos de estudiante en la Universidad de Oxford con una beca Rhodes. Era curioso las vueltas que habían dado las cosas. Morrie se había ido a Oxford poco después de que los dos se graduaran en el colegio Abbey de Winter Falls, mientras él se iba a Nepal de mochilero. Sin embargo, había sido él quien había terminado de presidente de los Estados Unidos. Sonrió. Ya había descubierto hacía mucho tiempo que la vida y la política eran una partida de dados. Nunca sabías cómo iban a salir las cosas.

El presidente dio un golpecito en la jamba de la puerta, entró en la sala y cerró la puerta. Morrie estaba leyendo los editoriales de la sección de opinión del *New York Times*. El presidente se dejó caer en la única butaca que quedaba libre en el despacho, una Barcalounger que Morrie tenía desde que compartían apartamento juntos cuando

los dos estudiaban primero de Derecho.

—¿Tengo que ir al funeral del papa?

—Irá uno de los hermanos Castro. ¿No querrás que te deje en mal lugar un comunista ochentón de barba gris?

—Estoy hablando en serio —dijo el presidente.

—Yo también —dijo Morrie, dejando el periódico—. Sí, tienes que ir. Aunque solo sea por guardar el protocolo y la tradición. Estará el primer ministro de Israel. Estarán los musulmanes. Hasta estará Toro.

Toro era el nombre en clave por el que designaba el Servicio Secreto al vicepresidente. El presidente mismo era el Llanero Solitario. A Morrie lo llamaban Bullet, por el nombre del fiel pastor alemán del célebre vaquero; no en balde habían sido amigos íntimos desde el colegio.

—Hablando de Toro...

—Ya lo sé —dijo Morrie—. Ya me había enterado. El partido no va a apoyar su nominación para las próximas elecciones. Está demasiado viejo y demasiado cansado... entre otras cosas.

—Y es demasiado tonto —dijo el presidente—. O sea, es buen hombre y todo eso, pero no lo habríamos puesto como candidato si no hubiera sido porque nos hacía mucha falta ganar en Chicago.

—Muy cierto —dijo Morrie.

—¿Tienes idea de a quién designarán?

—Según los rumores, a nuestro estimado secretario de Estado. O puede que a una mujer... a esa senadora por California. Y luego también está el senador Sinclair, claro.

—Debes de estar de broma —dijo el presidente—. ¿Poner a ese loco de gatillo fácil a una vida del sillón presidencial? Sarah Palin era una pipiola comparada con él.

—Sarah Palin no sería capaz de encontrar Canadá en un mapa de América del Norte —dijo Morrie con humor—. Su designación fue la última medida de un anciano desesperado. Además, Sarah Palin no tiene mucho dinero. Richard Sinclair sí lo tiene. A montones. Y tiene también a su madre.

—Tiene que saber que yo no lo apoyaría. Es uno de esos idiotas de ultraderecha que no sueltan el rifle de asalto ni muertos. Son esos los que nos han dado esa reputación de palurdos que nos ha estado frenando en los últimos años. Es de los que hacen llorar de emoción a Glenn Beck. Tenemos que quitárnoslo de encima.

—Eso no le importa a Kate Sinclair ni al partido. Los otros están preparando una lista electoral de tipos de línea dura y de pistoleros, y nosotros tendremos que hacer lo mismo. Por lo que a ellos respecta, de aquí a un año y medio ya estarás olvidado.

—¿Y dónde estarás tú, entonces?

—Me dedicaré a dar conferencias y a publicar libros con contratos millonarios, Kemo Sabe^[2]. Allí estaré.

Los dos rieron juntos brevemente. El presidente se inclinó hacia atrás con la

butaca peligrosamente; era una costumbre de los dos, que se desafiaban a ello desde que estudiaban Derecho en Yale. Por fin, el presidente dijo, casi con tristeza:

—¿Te lo imaginas en el despacho oval?

—No; pero no es cuestión de eso. Si lo designas como vicepresidente, tendremos un respiro y podremos encontrar un candidato bueno de aquí a las elecciones. Un candidato que sea digno seguidor de tu legado.

El presidente miró por la ventana del despacho de Morrie. La vista era casi la misma que la del despacho oval, pero no estaba oscurecida por cortinas ni por gruesos cristales antibalas.

—¿Sabes qué es lo que menos me gusta? —dijo el presidente por fin.

—¿La comida china mala? ¿Esas novelas de vampiros espeluznantes que lee la primera dama?

—Los funerales. Me deprimen a morir.

—Emborráchate en el viaje de vuelta —le sugirió Morrie.

—Sabes que no soy gran bebedor.

—Lo siento, Kemo Sabe, no puedes hacer novillos. No es como la clase de latín del *Tanque Gemmil* en el colegio *Abbey*.

Hubo otro silencio. El presidente unió las manos tras la nuca y cerró los ojos. Morrie empezó a pensar en la botella de Glenlivet que tenía en el cajón del escritorio. ¿Estaba medio vacía, o medio llena? Era la duda filosófica del alcohólico. En todo caso, el problema siempre se resolvía del mismo modo: la botella terminaba por quedar vacía del todo.

—Dentro de unas semanas es la reunión de antiguos alumnos del cuarenta aniversario de la promoción —murmuró el presidente.

—¿Ya ha pasado tanto tiempo? —dijo Morrie. El dato bastó para animarlo a sacar del cajón la botella y su vasito correspondiente y servirse un dedito.

—Iré al funeral si tú me acompañas al partido —dijo el presidente, abriendo los ojos.

—¿A qué partido? —dijo Morrie. Entonces, lo recordó—. ¿No te referirás al partido del colegio *Abbey* contra el instituto de *Winter Falls*?

El jefe de gabinete soltó un gruñido.

—Tiempos gloriosos... —dijo el presidente con una sonrisa.

—Quizá lo fueran para ti —dijo el jefe de gabinete, y soltó un bufido—. Tú eras la estrella, el capitán del equipo. Yo era portero segundo suplente, porque tenía los tobillos débiles.

—Será divertido —dijo el presidente.

—Shannon O'Doyle —dijo Morrie. Se sirvió otro vaso.

—Shannon O'Doyle —asintió el presidente, recordando a la Reina de la Nieve de *Winter Falls* como si hubiera sido ayer. Su larga cabellera rubia, y el frufrú de sus pantis cuando cruzaba las piernas.

—¿Estás seguro de que quieres recordar al electorado que fuiste a un colegio

privado de lujo?

—¿Acaso tengo algo que perder? —dijo el presidente.

MADRUGARON, pidieron que les trajeran un coche de alquiler de Hertz, tomaron un desayuno rápido, y a las nueve de la mañana ya iban camino de Aigle. Salieron de Ginebra hacia el norte por la autopista 1, que transcurría cerca de la orilla del largo lago de color cenagoso. Ninguno dijo palabra hasta que casi habían cubierto la mitad del camino hasta Aigle.

—Que alguien me recuerde por qué vamos a ese lugar —dijo Peggy.

—Aigle es el código de zona del número que encontramos escrito al fondo del escritorio de Tritt. Llamé al número, y resultó ser de unas bodegas llamadas Château Royale des Pins. Lo he consultado en el ordenador y está a unos tres kilómetros de la población. Por lo visto, hacen un buen chablís.

—Nunca he sido muy aficionado al vino blanco —dijo Brennan desde el asiento trasero.

—Me parece que vamos buscando sin saber qué —dijo Peggy—. Si hay algo que encontrar, estará en ese garaje privado de la orilla francesa.

Sacudió la cabeza y siguió contemplando por la ventanilla el paisaje que dejaban atrás. Había restos de nieve y soplaban rachas de viento frío que impulsaban a las embarcaciones de vela por el lago.

—Deberíamos estar en Roma —refunfuñó en voz baja—. Allí es donde van a pasar cosas.

—Eso sí que sería buscar una aguja en un pajar —dijo Brennan con humor—. En Roma hay dos millones y medio de personas. ¿Cómo quiere usted que lo localicemos?

—En ese *dossier* que te pasó tu amigo de la contrainteligencia hay una foto suya, ¿no? —dijo Peggy.

—Tritt debe de saber que la CIA lo tiene fichado, como mínimo —dijo Holliday—. Los datos deben de tener diez años o más. Habrá cambiado de aspecto desde entonces.

La foto del fichero informático representaba a un hombre apuesto, de rostro estrecho, rasgos aristocráticos y cabello de color miel clara, bien peinado con raya. Si fuera actor, podría haber representado el papel de un estudiante de Oxford o del hijo revoltoso de un lord inglés.

—Pero no deja de ser una foto del hijo de perra; ya tenemos algo.

Holliday no podía criticar el entusiasmo de Peggy; pero después de pasar media vida dedicado a labores de inteligencia, había aprendido que el entusiasmo, la intuición y las corazonadas tenían poco valor en esa profesión. Si localizaban a Tritt y lo identificaban, tendría que ser a base de trabajo duro y penoso, de ir juntando

pequeños datos sueltos como las piezas de un puzle, hasta que cobrara forma la imagen final. Para sus adentros, estimaba en una entre un millón las probabilidades que tenían de encontrar al asesino antes de la llegada del presidente. Sencillamente, no tenían tiempo.

Aunque había bastante poco tráfico, tardaron casi dos horas en hacer el viaje de ochenta kilómetros alrededor del lago hasta llegar a Aigle, en la cabecera del valle del Ródano. Aigle era una villa alpina pequeña y pintoresca, de ocho mil habitantes, que tomaba su nombre de las águilas que remontaban el vuelo aprovechando las corrientes térmicas del valle inferior, para buscar desde las alturas a los conejos que se refugiaban bajo el camuflaje de las vides en los meses de verano, y zorros en el invierno.

Aigle había sido capital del cantón desde el siglo XII. En la actualidad seguía siendo cabeza de partido administrativo, y su economía se basaba principalmente en el turismo y en los viñedos de la zona. Se detuvieron a informarse en la Place de la Gare, en el centro de la población, y les dijeron que siguieran por el Chemin du Fahey hasta el final, a cuatro kilómetros de la villa.

Al cabo de un cuarto de hora, y después de haber errado el camino un par de veces, llegaron por fin al Château Royale des Pins. Más que *château* era un castillo con todas las de la ley que se alzaba sobre un altozano. Estaba rodeado de viñedos en espalderas que le daban el aspecto de un inmenso cementerio militar lleno de toscas cruces retorcidas, cuyos perfiles oscuros se recortaban sobre la nieve recién caída.

Dejaron el coche en un aparcamiento que estaba al pie de la cuesta y subieron penosamente por el camino estrecho hasta la cumbre, haciendo crujir la nieve bajo sus pasos. Llegaron al antiguo puesto de guardia de la entrada del enorme edificio de piedra. En las gruesas murallas, a izquierda y derecha, había torrecillas y aspilleras. Holliday hasta llegó a ver incrustadas en la muralla, aquí y allá, algunas balas de cañón oxidadas que debían de remontarse a las guerras napoleónicas. Pasaron por dos portones de roble imponentes con refuerzos de hierro y entraron en el castillo.

Se encontraban en un gran zaguán; a un lado estaba La Boutique du Château, y a la derecha la armadura de rigor. La *boutique* no era más que una tienda de recuerdos donde vendían llaveros del castillo, llaveros con botellas de vino, llaveros con sacacorchos, llaveros con águilas, postales surtidas, sellos de correos suizos con matasellos conmemorativos del castillo, y juegos de visores de diapositivas View-Master que parecía que llevaban varias décadas sin moverse del estante.

Holliday sintió que la encargada lo vigilaba con desconfianza con sus ojos saltones. Compró un llavero con una botella de vino y dedicó una sonrisa a la mujer, en cuyo labio superior se apreciaba un tenue bigote. La mujer tomó el dinero sin sonreír a su vez.

Un guía de aspecto aburrido, que debía de ser el marido de la encargada, se levantó perezosamente de su taburete y empezó la visita guiada, sin molestarse en mirar atrás para cerciorarse de que lo seguían. Por fin, se volvió y habló.

—¿Ingleses?

—Americanos —respondió Holliday.

—Americanos. Claro —dijo el hombre asintiendo con la cabeza, como si debiera haberle saltado a la vista desde el primer momento.

Holliday pasó la hora siguiente aprendiendo acerca del chablís muchas cosas que no le interesaban. Que se elaboraba con uvas *chardonnay* de gran altura, algo más ácidas que las que se crían en los valles más cálidos. Que el Château Royale era una bodega tradicional donde el vino se conservaba en barricas de roble, y no en los tanques de acero inoxidable modernos. Cuando Holliday formuló una pregunta sencilla sobre quiénes eran los propietarios del Château Royale, el guía le respondió, en esencia, que aquello no era asunto suyo.

La visita se circunscribía a la planta principal, donde estaba la tienda y un museo de viticultura, y a las antiguas mazmorras del sótano, donde se llevaba a cabo la elaboración, la fermentación y el envejecimiento del vino. Las plantas superiores del castillo eran la residencia privada de los propietarios, que exigían respeto absoluto a su intimidad.

Holliday empezaba a pensar que Peggy había tenido razón y que todo aquello era una pérdida de tiempo. No veía el modo de encontrar ninguna prueba de una relación entre los propietarios del Château Royale, fueran quienes fueran, y William Tritt, que había sido asesino a sueldo de la CIA.

La visita terminó con un rápido paseo por el museo y una breve historia de la etiqueta Château Royale, en la que se dejaba de lado cuidadosamente la cuestión de la propiedad. El grupo salió de la serie de amplias salas del museo y llegó a un zaguán imponente con sus suelos de mármol con incrustaciones y sus tapices en las paredes.

Cuando se dirigían de nuevo a la tienda, a Holliday le pareció ver un movimiento por el rabillo del ojo y se volvió levemente. Reconoció al hombre al instante. La última vez que se habían visto, Holliday le había asestado un codazo en la garganta con la fuerza suficiente como para aplastarle la tráquea.

Procuró mantener el gesto impasible, y volvió la cabeza con cuidado. El hombre siguió bajando por las escaleras; después, giró y entró en el museo. Cinco minutos más tarde, los tres volvían a salir al exterior frío y emprendían la bajada hacia el aparcamiento por el sendero empinado.

—Vaya, qué fracaso —dijo Peggy.

—Pues a mí me ha parecido bastante educativo —dijo Brennan. Peggy lo miró fijamente para cerciorarse de que no se estaba burlando de ella.

—Yo he descubierto precisamente lo que quería averiguar —dijo Holliday, a modo de revelación.

—¿Y qué ha sido? —dijo Brennan.

—Cuando entramos en el vestíbulo principal, ¿visteis al hombre que bajaba por las escaleras?

—Un hombre grande. De quijadas anchas. Aspecto distinguido. Algunas canas en

las sienes. De unos setenta años o cosa así —respondió Peggy.

—Ese mismo —asintió Holliday.

—Y ¿qué importancia tiene para nosotros? —preguntó Brennan.

—Se llama Angus Scott Matoon —explicó Holliday—. Es miembro de la Junta de Jefes de Estado Mayor del Pentágono. También es de Rex Deus. Estaba presente en aquella reunión en la que yo debía hacer de arqueólogo de cabecera. Le di un buen golpe cuando me tuve que marchar de la casa Sinclair sin despedirme.

—¿Le ha visto? —preguntó Brennan.

—Creo que no —dijo Holliday, sacudiendo la cabeza—. Y si me ha visto, no me ha reconocido.

—Mas nos vale que no —dijo Brennan. Holliday se puso al volante.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó el sacerdote.

—A Francia —respondió Holliday—. A Thonon-les-Bains.

Kate Sinclair estaba sentada en el salón señorial que hacía de cuarto de estar en la zona privada del castillo, tomando café y contemplando por las tres ventanas góticas el panorama de los Alpes, que se alzaban al norte, a pocos kilómetros. El general Angus Scott Matoon se paseaba de un lado a otro por la enorme alfombra de Tabriz que cubría el suelo de frías losas de piedra. El general tomó un trago de un vasito de coñac Dudognon Heritage y torció el gesto como si el costoso licor estuviera estropeado. La Sinclair pensó que el general parecía algo menguado vestido de paisano.

—¿Lo ha visto él a usted? —preguntó la severa mujer.

—Yo lo vi a él, de modo que supongo que él me vio a mí —respondió Matoon.

—Excelente —dijo la anciana.

—¿Está usted segura de que es buena idea filtrar la existencia de *Cruzado*? Holliday solo era teniente coronel, pero tiene contactos muy importantes en el sector de la inteligencia. Puede acarrearos problemas graves.

—¡Por Dios, tenga un poco de coraje! ¡Es usted de la Junta de Jefes! Somos ricos de sobra como para tener problemas graves. Lo único que tenemos son inconvenientes que debemos resolver —dijo la Sinclair. Soltó una risa con tos de fumadora y encendió otro cigarrillo—. Deje de preocuparse por Holliday. Ya nos ocuparemos de él. —Hizo una breve pausa—. Cuando se marcharon, ¿hacia dónde iban?

—Hacia el norte —respondió el general—. Encargué a Jean-Pierre que los siguiera un poco, como pidió usted. Dice que giraron al oeste, camino de la frontera por la carretera de la costa.

—A Francia —murmuró la Sinclair. Dio una larga calada a su cigarrillo, y dejó que el humo se le filtrara por los orificios de la nariz aristocrática—. Van a Thonon-les-Bains.

—¿Qué hay allí? —preguntó Matoon.

—Malas noticias para el coronel y sus amigos, me temo.

THONON-LES-BAINS es una población de ochenta mil habitantes situada hacia la mitad de la orilla francesa del lago Ginebra. Las antiguas termas romanas perdieron interés hace mucho tiempo, y en la actualidad la población vive principalmente del turismo. No tardaron mucho tiempo en encontrar el garaje-taller de autoservicio que empleaba William Tritt. Había solo dos garajes de aquel tipo en la población. Uno era el Auto Express, que era de planta abierta y de gama demasiado alta y como para que interesara a Tritt. El segundo era más propio de él: un almacén destartalado con tejado de cinc, al final de una calle estrecha. Tenía unos veinte cubículos divididos toscamente con lonas medio podridas colgadas de unos marcos de acero. Había un gato hidráulico, un banco de trabajo, un surtido de herramientas y, al fondo del cubículo, una lona que permitía una cierta intimidad. Aquel sitio se llamaba El Garaje de Paulie, y era el propio Paulie quien lo supervisaba, sentado en una butaca de oficina de madera, vieja y rechinante, tras un escritorio cubierto de montones de facturas. Paulie era inmensamente gordo. Sudaba profusamente, a pesar de que recibía de lleno el aire de un ventilador de techo. Llevaba un mono de trabajo con peto, pero el peto le colgaba de la cintura. Debajo no llevaba más que una camiseta de tirantes, manchada y floja. Hablaba inglés con soltura.

Holliday sacó la fotocopia del retrato que le había facilitado Potsy.

—¿Lo ha visto alguna vez?

—Puede que sí y puede que no.

Holliday puso un billete de cien euros en el escritorio de Paulie.

—¿Lo ha visto?

—Puede que sí y puede que no.

Holliday añadió cien euros más.

—¿Lo ha visto?

—Sí.

—¿Dónde?

—Tiene aquí una cabina.

—¿Cuál?

—La diecinueve; al final, *à main gauche*. A la izquierda.

—¿Podemos echar una ojeada?

—No me parece bien consentir que registren las cosas de otra persona...

Holliday añadió cien euros más al montón.

—¿Le parece mejor?

—Mucho mejor, *monsieur* —dijo el hombretón, que recogió el dinero y se lo guardó en el mono—. Me quita un peso de la conciencia.

—¿Qué coche lleva?

—Un Audi A8. Negro. Recién estrenado.

—Buen coche —dijo Holliday con aprecio.

—Bien puede serlo, costando ciento cincuenta mil euros —dijo Paulie, con una risa que sonaba como si una cabeza de ganado se estuviera aclarando la garganta.

—¿Qué tiene que hacer en el taller con un coche nuevo? Es de suponer que debe de tener todavía la garantía.

—Es de suponer, *oui, m'sieur*.

—Entonces, ¿para qué le ha alquilado a usted una cabina?

Paulie se limitó a encoger los hombros gruesos y carnosos.

—¿No lo sabe, o no me lo quiere decir?

—Tengo, digamos, escrúpulos morales.

—¿Se le pasan los escrúpulos? —preguntó Holliday, poniendo en la mesa un nuevo billete de cien euros.

—Se me han pasado del todo como por arte de magia —dijo Paulie, apoderándose del billete con gesto rápido y echándoselo al bolsillo con los demás.

—Entonces, ¿qué estaba arreglando?

—Tenía algo que ver con el tubo de escape.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque apareció aquí anteayer con un juego completo de tubos y silenciadores de alta gama para el lado izquierdo. Eso me hace suponer que iba a trabajar con el sistema de escape del coche, *n'est-ce pas?*

—¿Cuándo se marchó?

—Aquella misma noche, muy tarde.

—¿Está seguro?

—A la una de la madrugada. Yo duermo al fondo.

—¿Y el coche sonaba menos?

—Sonaba más, si cabe —dijo Paulie, encogiéndose de hombros.

—Enséñenos su cabina.

—Eso no era lo acordado.

—¿Qué prefieres? —dijo Holliday, tirándose un farol—. ¿Que te hagan con las tripas una cola para tu mejor chaqué? ¿O tomarte una rica taza calentita de ácido de batería?

—No tengo chaqué —exclamó Paulie con tono lloroso.

—Pues *Imagine*, que decía John Lennon —dijo Holliday.

—Y si no se lo imagina, imagínese que le arrancamos sus partes y se las hacemos tragar a su madre —le propuso Brennan con suavidad—. Supongo que esa imagen te aclarará muchas cosas, hijo mío. —Sacó la pequeña Beretta Storm del bolsillo de su chaqueta negra de clérigo y apuntó con ella a la frente sudorosa del hombre—. Y esta también —añadió el sacerdote con una sonrisa.

—*Viens m'enculer* —dijo el propietario del garaje con ojos desorbitados,

horrorizado al ver a un cura con una pistola en la mano.

—¿En qué cabina trabajaba aquel hombre? —le preguntó Holliday—. Enséñenosla.

Paulie avanzó pesadamente por el pasillo central hasta llegar al último cubículo de la fila, y apartó la lona mugrienta que lo cerraba. En el interior, la cabina estaba como los chorros del oro. Parecía como si hubieran lavado todas sus superficies con algún producto a base de amoníaco, y así debía de ser. En un banco de trabajo había un juego de lo que parecían ser los deflectores de un silenciador de escape, nuevos a estrenar. Holliday detectó un papelito que había quedado incrustado tras el banco y lo tomó. Era el recibo de algo incomprensible, de una empresa llamada Activite Audi, en el Chemin Margentel.

—¿Dónde está este sitio? —preguntó Peggy.

—A tres manzanas de aquí.

—¿Quién es su dueño? —preguntó Holliday.

—Un *encul* de Marsella. Tiene... *comment*... ¿cómo se dice? Un taller de desguace clandestino. A veces roba un coche por encargo. Se llama Marcel.

—Llámale. Dile que tienes aquí a tres clientes que quieren verlo.

—Si se entera de que lo he descubierto, me arrancará la cara.

El padre Brennan se sacó del bolsillo de la chaqueta una navaja automática de estilo antiguo, hizo saltar la hoja y la acercó a la garganta de Paulie.

—Y si no le llamas, te corto el cuello yo.

Paulie llamó por teléfono. Habló un momento, y volvió a colgar.

—Los espera.

Brennan cortó con la navaja automática el cable del teléfono con marcador rotatorio del escritorio de Paulie.

—Si le das aviso, volveré y te cortaré algo más que el cuello —le advirtió el sacerdote.

Paulie asintió con la cabeza sin decir palabra.

Tardaron menos de cinco minutos en recorrer las tres manzanas cortas. Aquel barrio estaba lleno de establecimientos como el de Paulie y de diversos almacenes anónimos, con ventanucos pintados sobre grandes puertas correderas y cerrojos sujetos con gruesos candados.

En la puerta estrecha había un letrero sencillo hecho con letras adhesivas que imitaban el bronce, que decía ACTIVITE AUDI. Junto a la puerta estrecha había un cierre metálico enrollable grande, sin ventanas. Tras el cierre se oía un eco lejano de sopletes, martillos y taladros.

Holliday golpeó con el puño la puerta pequeña. Daba la impresión de que tenía unas cincuenta manos de pintura, de colores que eran diversos tonos pastel amarillos, azules, rojos o verdes. Al no recibir respuesta, volvió a llamar con más fuerza todavía. Por fin, la puerta se entreabrió unos centímetros, y se dejó ver un hombre alto y delgado vestido de mono completo azul y con un mandil de trabajo de cuero.

Aparentaba cincuenta y tantos años. Llevaba en la mano derecha una gruesa llave inglesa.

—*Qu'es-ce que tu veux?* —preguntó el hombre. Holliday observó que el hombre tenía una cicatriz larga y estrecha que le bajaba desde la cuenca del ojo hasta la barbilla; se apreciaba su color claro entre la barba de varios días. En tiempos, alguien había abierto al hombre la cara con un cuchillo muy afilado o con una navaja de afeitar.

—Venimos a ver a Marcel, de parte de Paulie.

—Paulie es un cochino. ¿Por qué quieres ver a Marcel?

—Para preguntarle por un coche con el que trabajó.

—¿Quiénes son tus amigos? —preguntó el hombre, señalando con la cabeza a Brennan y a Peggy.

—Colegas.

—¿Eres un *pingüino* de verdad? —preguntó el hombre a Brennan, indicando el alzacuello con otro gesto de la cabeza.

—Sí —dijo el sacerdote.

—¿De qué coche estamos hablando?

—De un Audi A8 negro. Era de un americano.

—Sí, lo conozco.

—¿Eres tú Marcel?

—Sí.

Salió a la acera estrecha y deteriorada y cerró a su espalda la puerta vieja.

—¿Qué trabajo le hiciste? —le preguntó Holliday.

—¿Cuánto vale esa información para ti?

—Quinientos euros —dijo Holliday.

—Mil.

—Seiscientos —dijo Holliday.

—Siete cincuenta —dijo Marcel.

—De acuerdo —dijo Holliday.

—Al contado —exigió Marcel.

Holliday sacó la cartera y contó el dinero.

—Habla.

—Quería saber si era posible que yo le anulara un juego de colectores del sistema de escape y los pasara por un solo tubo.

—En términos sencillos, por favor —preguntó Holliday.

—El A8 tiene tubos dobles. Quería que un juego fuera falso.

—¿Para qué serviría una cosa así?

—Me dijo también que desmontara los deflectores. Lo que quería era un escondrijo.

—¿De qué tamaño?

Marcel extendió las manos para indicarlo.

—De un metro de ancho, quizá un poco más.

—¿Y de qué anchura?

—De unos veinticinco o treinta centímetros.

—Diez pulgadas de las nuestras.

—Suficiente para media docena de kilos de heroína —comentó Marcel con una sonrisa.

—¿Te dijo que iba a pasar heroína?

—Me lo dejó bastante claro —dijo Marcel—. Al menos, dijo los nombres de gente importante en el mundillo.

—¿Cuándo le hiciste el trabajo?

—Hace cuatro días. Recogió el coche ayer. Pagó suplemento por la urgencia.

A Holliday no se le ocurrieron más preguntas. Agradeció a Marcel la información.

—Un placer. Vuelve cuando quieras. Y trae dinero —dijo el hombre del mandil de cuero, y volvió a meterse en su taller.

Encontraron un restaurante oriental en un lugar discreto de las afueras del pueblo, y se sentaron a comer.

—¿Para qué querrá pasar heroína? —preguntó Peggy.

—No lo va a hacer —dijo Holliday.

—Entonces, ¿el silenciador falso era para otra cosa? —preguntó Brennan.

—Es de suponer —asintió Holliday.

—Entonces, es un acertijo —dijo Peggy, que iba escogiendo con los palillos japoneses entre los pequeños bocados del *bento* japonés que había pedido—. ¿Qué mide un metro de largo y veinticinco centímetros de diámetro?

—¿Un arma de algún tipo, puede ser? —apuntó Brennan.

Algo se asomó al borde de la memoria de Holliday. Algo relacionado con las primeras avanzadillas de los Estados Unidos por aquel país imposible llamado Afganistán.

—Usted conoce bien Roma —dijo Holliday a Brennan—. ¿Qué aeropuerto de la ciudad usaría el Air Force One?

—La base aérea Pratica di Mare, al suroeste de la ciudad. Queda un poco lejos, pero se puede cerrar por completo. Es la que usa el Padre Santo.

—Entonces, ¿todos los jefes de Estado extranjero vendrán por allí?

—Casi con toda seguridad.

—¿Por qué ruta irán al centro?

—El papa va por la Via Cristoforo Colombo. Es una autovía de alta velocidad cuyos accesos se pueden controlar, y sin edificios altos hasta llegar a la ciudad propiamente dicha. Sería un blanco imposible, incluso para nuestro asesino. La limusina de Kennedy iba a unos dieciocho o veinte kilómetros por hora cuando le

disparó Oswald. La limusina del Padre Santo suele ir a ciento veinte kilómetros por hora. Ningún asesino a sueldo del mundo podría acertar a un blanco así.

—Sí podría, si contara con el arma adecuada —murmuró Holliday. Pensativo, revolvió con el tenedor la ensalada minúscula de su plato.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Peggy.

—Sabe que la seguridad en el Vaticano va a ser férrea. Sabe que habrá contra-francotiradores, perros, docenas o incluso centenares de agentes tipo Servicio Secreto bien preparados, de todos los países importantes del mundo. Sería un suicidio intentar matar al presidente en un entorno así. Por algún motivo, no veo que nuestro hombre esté dispuesto a ser mártir de la causa de Rex Deus. Quiere hacer el trabajo y largarse después, si no se lo impedimos nosotros.

—Dijo usted algo del arma adecuada —apuntó Brennan.

—Una vez vi a un hombre llamado Emil, vestido con harapos y calzado con sandalias de neumáticos de camión, destruir un helicóptero de combate ruso Mil Mi-24 a tres kilómetros de distancia. Es la respuesta a tu acertijo, Peg —añadió, volviéndose hacia ella—. ¿Qué mide un metro de largo y veinticinco centímetros de diámetro? Un misil Stinger portátil. Viene a ser la única arma unipersonal capaz de abrir la limusina presidencial como si fuera una lata de sardinas.

SALIERON de Thonon-les-Bains hacia el oeste, camino de Ginebra. Había árboles y aldeas dispersas próximas a la transitada autovía de dos carriles en cada sentido, que serpenteaba a pocos kilómetros del lago.

—Si estás en lo cierto con lo del Stinger, tenemos que acudir a la policía; ya no nos queda otra opción —dijo Peggy.

—¿A qué policía? —preguntó Holliday, muy serio—. ¿Al FBI? ¿A la italiana? ¿A la Seguridad Nacional?

—¿Por qué no a los que tenemos pegados al parachoques de atrás? —preguntó el padre Brennan, mirando por el parabrisas posterior. Se había plantado tras ellos un coche de policía de color azul oscuro, con las sirenas luminosas lanzando destellos. La sirena acústica empezó a emitir de pronto un aullido a base de dos notas alternas.

—¿Qué pasa ahora? —musitó Holliday. Desvió el coche de alquiler por la primera vía de servicio, en cuya entrada había un sitio de comida china para llevar que se llamaba l'Asian. Detuvo el coche y vio que dos agentes de la Gendarmerie Nationale se bajaban del auto de policía y se acercaban al coche alquilado, uno por cada lado.

—¿Exceso de velocidad? —preguntó Peggy.

—En esta carretera no es posible —dijo Holliday, sacudiendo la cabeza. Del callejón contiguo al establecimiento de comida china salió una furgoneta Mercedes Sprinter de color amarillo oscuro que tenía algo escrito en chino en el costado, y se detuvo.

Uno de los policías indicó a Holliday por señas que bajara la ventanilla. El segundo agente se agachó y observó el interior del coche por el lado de Peggy. Holliday bajó la ventanilla.

«¿Por qué se creerán todos los polis del mundo que las gafas de sol reflectantes son el no va más de la elegancia?», pensó Holliday.

—*Vos papiers, s'il vous plait* —dijo el agente con amabilidad.

—Por supuesto —dijo Holliday. Se inclinó hacia la guantera y pulsó el botón.

—¡Eh! —chilló Peggy. Hubo un ruido de cristales rotos, seguido de unos chispazos eléctricos.

«La historia se repite», pensó Holliday mientras perdía el sentido. Después, todo quedó a oscuras.

Peggy Blackstock tenía idea de dónde se encontraban, al menos en términos generales, a pesar de que sus secuestradores les habían cubierto las cabezas con

capuchas opacas en cuanto estuvieron en la furgoneta. Los falsos policías no habían aplicado el táser a Brennan ni a ella, aunque la amenaza persistía si no querían colaborar. El camión con el texto chino en el costado había viajado cosa de una hora cuando Peggy oyó ruido de aviones que volaban bajo, lo que quería decir casi con toda seguridad que estaban en el aeropuerto de Ginebra. Después, avanzaron claramente cuesta arriba y por una carretera con curvas tan cerradas que los hacían rodar de un lado a otro dentro del vehículo. Estaban en las montañas próximas a Ginebra, en la Alta Saboya de los Alpes franceses. Por el modo en que la furgoneta reducía la velocidad y aceleraba alternativamente, Peggy dedujo que iban pasando por sucesivos pueblos alpinos: por Baptieu, por Les Contamines-Montjoie, quizá por La Chapelle. No sabía exactamente dónde estaban, pero tenía que ser en la parte alta de alguno de los estrechos valles de origen glaciar. En la zona de esquí.

Tras otra hora de viaje le llegó el fuerte aroma de los pinos. La carretera era más estrecha, sin ningún tráfico en absoluto. Debían de estar subiendo mucho, porque el motor de la camioneta tenía que hacer mucho esfuerzo en una marcha baja. Los estarían llevando a algún lugar apartado en las montañas. Pero ¿quiénes? Debía de ser alguien con mucho dinero, para poder montar una operación con falsos policías, o con policías corruptos, y con acceso a lugares privados de los Alpes. Peggy había tratado con todo tipo de grupos, desde Al-Qaeda hasta los talibanes, pasando por el Ejército de Resistencia del Señor, de Uganda, y casi siempre tenían el cuartel general en cuevas, en campamentos de montaña o en claros en plena jungla. No había hecho ningún reportaje en que salieran terroristas en Suiza. Puede que Doc hubiera tenido razón y que el Yihad al-Salibiyya fuera una invención de Rex Deus, o incluso de la CIA (en este caso, ¡que Dios tuviera piedad de los Estados Unidos!).

Oía a Brennan, que estaba frente a ella y murmuraba entre dientes. Sería demasiado bizantino suponer que la Iglesia católica estaba implicada; pero Peggy ya había cometido antes el error de no suponerlo. Brennan podía estar metido en el asunto hasta el cuello. El pequeño irlandés era muy capaz de trazar todos los complots que hicieran falta dentro de la jerarquía eclesiástica. Había estado implicado en una docena de asesinatos, como mínimo y que Peggy supiera. No era un aliado de confianza en absoluto. Ella solo podía fiarse de Doc y de Raffi.

Cuando pensó en su marido, el arqueólogo, sintió un dolor sordo en la boca del estómago. Había sido muy bueno con ella cuando había perdido al niño que esperaba; y hasta había estado dispuesto a renunciar a su expedición a África para estar a su lado. El dolor se le agudizó; pero ya no lo tenía en el estómago, sino en el corazón. Raffi deseaba mucho tener un hijo, y ella no había podido dárselo.

«Tenemos todo el tiempo del mundo», le había dicho él para tranquilizarla; pero ella sabía que no era cierto. Dentro de pocos años ya empezaría a ser peligroso un embarazo para ella, y no estaba dispuesta en absoluto a pasar por el infierno de la infertilidad en el que había visto metidas a varias amigas suyas. Sería un tópico, pero quizá pudieran adoptar. Esta idea la hizo reír durante un instante; Raffi tenía amor

suficiente para una docena de niños. A lo mejor podían convertirse en la versión israelí de Brad y Angelina.

—¿Le hace gracia todo esto? —le preguntó Brennan mientras seguían traqueteando por la carretera de montaña ascendente.

—No estaba pensando en nuestra situación actual —respondió ella en voz baja—. Estaba pensando en el futuro.

—Tal como están las cosas ahora mismo, no sé si es un futuro muy halagüeño, querida —dijo el sacerdote con cierta amargura—. Estamos atados con bridas de plástico en la parte trasera de una furgoneta. Y, encima, se han llevado a su tío. Más nos vale empezar a pensar en el presente inmediato, pues me temo que estamos solos.

De pronto, la furgoneta se detuvo bruscamente. Habían llegado a su destino. Las puertas se abrieron con ruido, y Peggy sintió que la levantaban en vilo y la sacaban del vehículo. Sintió gravilla bajo los pies; y cuando avanzó, obedeciendo a alguien que la empujaba, la gravilla se convirtió en algo más blando. Podía ser hierba. El aire estaba limpio y fresco, y Peggy olió la nieve incluso a través de la capucha. Estaban en las montañas, sin duda.

Subió a trompicones por una escalera corta de madera, seguida de cerca por el padre Brennan, a juzgar por las maldiciones pintorescas que profería este. De pronto, llegó a la nariz de Peggy el olor inconfundible de la madera de cedro. Era un chalé de alguna clase. Dos voces se enzarzaron en una discusión acalorada en italiano, a la que se sumó más tarde una más. Por fin, una de las voces, que a juzgar por su tono debía de ser de un jefe, impuso silencio. Empujaron a Peggy hacia delante, y a los pocos instantes Brennan llegó tambaleándose junto a ella. Quitaron a Peggy la capucha de la cabeza, y pudo captar un breve atisbo de la cara de un hombre. Al cabo de un instante, la puerta que tenía delante se cerró de un portazo. Sonó una llave en la cerradura.

La habitación estaba absolutamente desprovista de muebles.

—*Feck*, ¡infiernos! —tronaba la voz del padre Brennan—. En nombre de Jesús, María y José, ¿qué está pasando aquí?

—Creía que los curas no podían decir palabrotas ni tomar el nombre de Dios en vano —dijo Peggy con una sonrisita.

—Nombrar a Jesús, María y José no es decir nada en vano; y *feck* no se considera palabrota en Irlanda. Lo dicen los niños pequeños.

—También lo dicen los niños pequeños en América, se lo aseguro —dijo Peggy con humor.

—No le veo la gracia a nada de esto. Ya lo creo que no —dijo Brennan, a quien la angustia le agudizaba cada vez más el acento y el carácter irlandés—. Y bien, usted no habla italiano, ¿verdad?

—Solo sé «*ciao, bella*» y poco más —respondió Peggy—. ¿Por qué?

—Nuestros secuestradores han tenido una discusión antes de meternos aquí.

—Ya lo he oído —dijo Peggy.

—Lo que debatían era si cortarnos el gaznate ahora mismo o más tarde. Por suerte, han optado por hacerlo más tarde. Nos tienen como rehenes hasta que el tío de usted les diga lo que quieren saber.

—¿Y qué es lo que quieren saber?

—Dónde está no sé qué cuaderno. ¿Tiene usted idea a qué cuaderno se refieren? —le preguntó Brennan, mirándola fijamente.

—Ni la más remota —mintió Peggy.

Ella había visto al monje Helder Rodrigues, moribundo, poner el cuaderno manchado de sangre en manos de Doc, en la islita de Corvo, en las Azores. El cuaderno que contenía los secretos de la inmensa fortuna de los templarios que había desaparecido siglos atrás.

—¿Está absolutamente segura de ello?

—Absolutamente —dijo Peggy, descontenta con los ojos de fiera con que la miraba de pronto el viejo sacerdote. Se acercó al ventanuco alto con vidrios emplomados y se asomó a la luz morada del crepúsculo.

—Para colmo, no tenemos ni idea de dónde estamos —murmuró Brennan. Probó el pestillo de la puerta, pero fue en vano. Los habían encerrado en una habitación del tamaño de un cuarto de baño mediano. Era poco más que un trastero.

—Yo sé exactamente dónde estamos. Estamos en los Alpes franceses, en la ladera este. Estamos a unos quince kilómetros al sur de Chamonix, directamente por encima de la población turística de Les Contamines, que está unos novecientos metros más abajo.

—¿Y cómo ha llegado usted exactamente a una conclusión tan detallada? —dijo Brennan con incredulidad—. ¿No será amiga de ese tal MacGyver?

—Esa es la ladera oeste del Mont Blanc —dijo Peggy, contemplando por el ventanuco la montaña alta y puntiaguda que se cernía ante ellos—. Yo lo he escalado, haciendo un reportaje fotográfico para el *National Geographic Traveler*. Es mucho más fácil subirlo que bajarlo, se lo digo yo. Sobre todo cuando te pilla una ventisca, como nos pasó a nosotros.

—Es interesantísimo, no me cabe duda. Pero, de momento, estamos atados como pollos dispuestos para el horno, y esa gente nos va a matar en cuanto su tío les dé lo que quieren... y se lo acabará dando, se lo aseguro.

—Yo en su lugar me lo pensaría un poco más antes de desconfiar de Doc —le advirtió Peggy—. Quizá le dé una sorpresa.

SONÓ con sangre y con guerras, y con la muerte de su esposa, Amy, hacía ya mucho tiempo. Y después, cosa rara, soñó con béisbol y con olor a resina de pino.

Y entonces se despertó. Sentía un dolor sordo en plena espalda, donde le había alcanzado el primer táser, y otro más leve en el hombro izquierdo, donde lo había alcanzado el otro policía a través de la ventanilla rota del lado de Peggy.

Aquello no había sido una detención normal por policías, pensó Holliday mientras recobraba los sentidos. Abrió los ojos. Estaba a oscuras, pero veía lo suficiente para saber que estaba en una especie de dormitorio de servicio semejante a una celda. Al pie del estrecho camastro en que estaba había, sobre una cajonera, un pequeño televisor portátil con antena tipo orejas de conejo, y a su lado una silla de respaldo recto. Había una sola ventana pequeña, con cortinas de chintz con estampado de flores azules. No había ningún cuadro en las paredes.

Se puso de pie y se acercó a la ventana. Descorrió las cortinas. El exterior estaba en penumbra. Quedaba un resto de luz invernal pálida que permitía ver un muro de pinos a seis metros de la ventana. Estaba en pleno bosque. El suelo estaba cubierto de una gruesa capa de nieve. La ventana medía cuarenta y cinco centímetros de lado y estaba bajo el ancho alero de un tejado. Aunque rompiera el cristal, no iba a caber por el orificio de ninguna manera; y en todo caso estaba a sus buenos nueve metros del suelo.

Holliday se retiró de la ventana y se dirigió a la puerta. Estaba cerrada con llave. Se sentó en la cama y recorrió el cuarto con la vista. No había gran cosa que pudiera servir de arma. Los policías eran falsos o, como mínimo, corruptos. La cuestión era quién los había secuestrado, y por qué.

La CIA sería una buena candidata, pero era más probable todavía que hubieran sido Kate Sinclair y sus amigos fanáticos religiosos. La Sinclair sería una fanática; pero, como muchos extremistas, también estaba dotada de una astucia animal que podía ser mortal. Su Yihad al-Salibiyya había caído en gracia a la docena o cosa así de hombres y mujeres que elegían cuáles eran las noticias que se consideraban de actualidad, y con ello estaba alimentando los temores más primarios de la mayoría de los estadounidenses.

La Sinclair estaba haciendo sonar la espada del islam, y con gran eficacia. Era la misma pauta de asignación de culpas a toda una religión que había empleado Hitler contra los judíos; pero no parecía que la historia cultural de los Estados Unidos se remontara tan atrás. Sin embargo, si a algún comentarista de la actualidad se le ocurriera señalar ese pequeño detalle histórico, estaría perdido. Holliday era patriota como el que más, y podía demostrarlo con sus cicatrices de guerra; pero a veces le

parecía que su país no era capaz de ver que había caído en una profunda locura xenófoba. ¿Quién podía saberlo? Si los soviéticos habían logrado infiltrarse en la CIA, ¿por qué no iba a poder hacer lo mismo la gente de Kate Sinclair? Quizá fuera cierto que existiera realmente en el núcleo de la CIA una camarilla de miembros de Rex Deus que estuviera dirigiendo los servicios de inteligencia estadounidenses con el rumbo que más les interesaba a ellos. Después de haber visto a Matoon en el castillo de la Sinclair, estaba dispuesto a creerse cualquier cosa.

Volvió a echar una ojeada al cuarto. Alguien vendría por él, tarde o temprano, y él tendría que estar preparado. Seguramente solo podría contar con uno o dos segundos para actuar, y tendría que aprovecharlos bien.

La oportunidad le llegó antes de lo que esperaba. Evidentemente, alguien había oído desde el piso inferior los pasos de Holliday y había deducido que este se había despertado del sueño que le había provocado la descarga eléctrica.

Se oyó girar una llave en la cerradura del dormitorio, y la puerta se abrió al cabo de un momento.

—*Vo bist hellwach* (Estás despierto) —dijo el hombre que abrió la puerta. Suizo alemán, un metro noventa y cinco, ciento veinte kilos y físico de defensa de fútbol americano. Tenía unos pies enormes calzados con unas sólidas botas de montañero. En una de sus manos del tamaño de jamones tenía una pistola corta y gruesa HK P30 de 9 mm, y en la otra sostenía la llave de la habitación. Sonreía con los labios abiertos, dejando ver un diente de oro por la comisura. Tenía los ojos castaños, con unas pestañas que habrían hecho morir de envidia a cualquier señorita en su puesta de largo.

Holliday no titubeó ni un instante.

Dio un paso brusco hacia delante mientras se deslizaba en la mano la antena del televisor que había roto y se había metido en la manga, y clavó el extremo roto con toda la fuerza que pudo en el ojo izquierdo del hombretón. El ojo reventó como una uva; los fluidos le cayeron por la mejilla como un llanto repentino, y el hombre profirió un «uf» breve cuando la punta irregular de la antena de acero inoxidable le atravesó el lóbulo frontal y el área de Broca y le pasó después a través del lóbulo occipital hasta rasparle el fondo del cráneo. Casi no hubo sangre. El hombre había quedado muerto de pie; y Holliday tuvo que reaccionar rápidamente. Jadeando, sostuvo todo el peso del cadáver reciente por las axilas y lo depositó en el suelo suavemente. Tiró de la pistola para sacarla de la mano del hombre y comprobó el cargador. Estaba lleno de munición. Registró los bolsillos. Una cartera, las llaves de un coche, otro cargador para la HK y un silenciador SWR. Se guardó el segundo cargador y las llaves del coche y montó el silenciador en el cañón de la HK.

Holliday se quitó los zapatos y se los metió por dentro de la camisa, en el pecho. Metió una bala en la recámara de la pistola con todo el silencio que pudo, y abrió la puerta. Se encontró en un pasillo corto y oscuro. Había a la izquierda una puerta estrecha que debía de ser de un baño o de un trastero, y unas escaleras empinadas.

Llegó a lo alto de las escaleras y se puso a escuchar. Oía en alguna parte un televisor a todo volumen; parecía que se trataba de un programa de noticias. También se oían ruidos de cocina. Sonó el silbido gaseoso brusco que producía una lata de refresco al abrirse, seguido de pasos, de un crujido de muelles y, por último, un sonoro eructo. El televisor cambió de canal. Un programa concurso en francés, y una telecomedia en alemán. A juzgar por la sintonía, se trataba de *Días Felices*. Alguien zapeaba con un mando a distancia.

Holliday, descalzo, empezó a bajar las escaleras pegado a la pared, empuñando la pistola HK con las dos manos al nivel del vientre. Ocho balas en el cargador. Si necesitaba más, tendría un grave problema. Llegó al pie de las escaleras, donde había otro pasillo corto. A su derecha había una entrada en arco que daba a una cocina bien iluminada. A la derecha veía la pared del fondo de un cuarto de estar, donde saltaban los reflejos de la pantalla del televisor. Dio un paso hacia la derecha e hizo crujir una tabla del suelo.

—*Heinrich? Ist ihm hellwach sein?*

—*Ja* —dijo Holliday, pues no se le ocurrió una respuesta más original. Avanzó otro paso hacia el interior del cuarto de estar, girando lateralmente. Tenía ante sí un sofá tapizado en piel, donde estaba sentado un hombre que volvió la cabeza hacia él. Cuando el hombre vio a Holliday con una pistola en la mano, abrió mucho los ojos e intentó levantarse y sacar su propia arma de la sobaquera que llevaba puesta. En la gran pantalla de plasma, Fonzie tonteaba tímidamente con la señora Cunningham en alemán.

Holliday le pegó un tiro en el hombro derecho. La pistola con silenciador hizo un ruido como cuando se hace estallar una bolsa de papel hinchada. El hombre soltó un chillido. Holliday volvió a disparar. Esta vez le destrozó el codo derecho; la bala salió entre una nube de sangre y tejidos y acertó por fin en la cazadora de cuero de Henry Winkler. La imagen de la pantalla de plasma se volvió borrosa, y se disolvió por fin como la cera de una vela. El hombre soltó una lata de Fanta con sabor a uva y se derrumbó en el sofá, lloriqueando. No apareció nadie más. Holliday dejó al herido donde estaba y exploró la cocina y el comedor. Nadie. Se dirigió de nuevo al herido.

—*Können Sie Englisch?* —le preguntó.

El hombre ensangrentado sacudió la cabeza apretando los dientes.

—Un poquito —dijo por fin. Venía a ser tan grande como el difunto Heinrich que estaba en el piso de arriba; pero tenía la cara picada y marcada por los vestigios de un fuerte acné de adolescente.

—Había una mujer joven y un cura. *Ein Pfarrer*.

—*Ja*.

—¿Dónde están?

El hombre lo miró con gesto ceñudo e hizo una mueca de desprecio.

—*Mach es dir selber, mutterficker*.

No era difícil de entender. Disparó al hombre en la rodilla izquierda.

—*Wo sind sie?* —le preguntó Holliday de nuevo. El hombre palidecía a ojos vistas mientras la sangre se le retiraba del rostro, literamente. Pero no dijo nada. El arma que llevaba en la sobaquera era una MP5. El hombre la veía, pero no podía tomarla con el brazo inutilizado. Con aquella pequeña pistola ametralladora podía dejar a Holliday hecho una hamburguesa. Holliday le disparó en el tobillo derecho.

—*Der Pfarrer und das fraülein. Wo sind sie?*

—*Die anderen Haus* —chilló el hombre desde el sofá. La otra casa.

—*Was andere Haus?*

—*Die Strasse.*

—*Was?*

—*Aussensite! Die Berg Strasse.*

En la carretera de montaña próxima.

—*Nach oben, oder unten?*

—*Oben!* —Gruñó el hombre. Otra casa, por la carretera de montaña, hacia arriba.

—*Wie viele Wachen?*

¿Cuántos guardias?

El hombre no dijo nada. Levantó la vista hacia Holliday, con gruesas gotas de sudor en la frente. Intentó hacer una mueca de desprecio en la medida de sus fuerzas. Pretendía echárselas de que era de los que solo dan nombre, graduación y número de serie. Holliday no se lo creyó ni por un momento. El herido empezaba a temblar, dominado por el dolor. Estaba a punto de perder el sentido.

—*Wie viele Wachen?* —repitió Holliday. Apoyó la boca del silenciador en el ojo izquierdo del hombre y apoyó el dedo en el gatillo.

—*Drei! Drei Wachen!*

Tres guardias.

Holliday extrajo la MP5 de la sobaquera del hombre y retrocedió un paso. El hombre se estaba quedando inconsciente, pero no había manera de saber cuánto tiempo tardaría en recobrar el sentido. Tenía los ojos en blanco y la cabeza vencida hacia un lado. Evidentemente, necesitaba atención médica, y saltaba a la vista que quedaría fuera de combate mucho tiempo. Por otra parte, Holliday ya había visto a un soldado que había perdido las piernas por las rodillas intentando arrastrarse por un arrozal, dejando un surco de sangre, para llegar a un helicóptero de evacuación.

—Lo siento —dijo Holliday con sinceridad. Puso el silenciador a tres centímetros del oído del hombre y pulsó el gatillo. El hombre se estremeció un poco cuando estalló la bolsa de papel. Holliday se guardó la HK en los pantalones y se puso los zapatos. Tomó la pistola ametralladora y se preguntó si le valdría la pena despojar al cadáver de la sobaquera.

Oyó a su espalda un leve ruido familiar. ¿Fuera de la casa? ¿Pasos que suben por los escalones? Se volvió en el momento en que se abría la puerta, con la MP5 en la mano. Quitó el seguro con un movimiento del pulgar.

Un hombre que llevaba un chaquetón de esquí de color azul oscuro estaba

cerrando la puerta. El hombre se volvió y se quedó plantado en el zaguán con gesto de extrañeza.

—No eres Heinrich —dijo, y se llevó la mano derecha a la espalda.

—Tienes razón; no lo soy —dijo Holliday a su vez. Apretó el gatillo de la pistola ametralladora apuntando al centro del objetivo. Sonó un ruido como si alguien rasgara un paño grueso, y el hombre cayó. Holliday se acercó al cadáver, sin retirar el dedo del gatillo por si acaso; pero el hombre tenía media docena de orificios en el pecho y uno en la garganta. Holliday volvió el cadáver con la punta del zapato y lo registró someramente.

Encontró en una pistolera de cintura una pistola Para Slim Hawg del .45, y en el bolsillo trasero del hombre, cerrado con un botón, un pasaporte y una cartera. Era un pasaporte diplomático nuevo, con microchip, e identificaba al hombre como el comandante John Boyd Hale, agregado militar adjunto en la embajada de los Estados Unidos en Roma. Holliday tenía la experiencia suficiente en asuntos militares como para saber que el hombre podía llamarse John Boyd Hale o podía llamarse de otra manera. También podía ser comandante o no serlo, y podía ser o no ser un agregado militar adjunto. En vista de que el comandante Hale había aparecido en aquella puerta concreta, era más probable que fuera de la CIA y que su tarea hubiera sido interrogar a Holliday. Por otra parte, teniendo en cuenta la presencia de Matoon en el castillo, el muerto también podía ser de la Agencia de Inteligencia de la Defensa, o incluso podía estar relacionado con la loca creación de Kate Sinclair, la Yihad al-Salibiyya. Holliday sacudió la cabeza. Desde que los supuestos yihadistas habían reivindicado el asesinato del papa, nadie había visto ninguna relación con los templarios; o, caso de haberla visto, la había pasado por alto. Para los medios de comunicación, al público le bastaba con oír la palabra «yihad». Con el tiempo, algún erudito desvelaría la cuestión, pero ya sería tarde. Ya habrían matado al presidente.

O podía ser que no. Si era capaz de salir y de sacarlos a todos de aquello, todavía tenían una oportunidad. Pasó sobre el cadáver del comandante John Boyd Hale y abrió la puerta. Salió con cautela al amplio porche del chalé. Ya era de noche, pero se apreciaba la oscuridad más profunda de la inmensa montaña que se alzaba a su izquierda y la línea más pálida de la carretera que estaba por delante. Ante el chalé estaba aparcado un Volkswagen Phaeton negro de modelo reciente y un Mercedes más antiguo; pero Holliday renunció a usar ninguno de los dos vehículos; no estaba dispuesto a anunciar su llegada.

Emprendió la ascensión.

El padre Brennan llevaba una hora y media derrumbado contra la pared, mirando hacia la puerta, cantando una y otra vez la misma canción a media voz, con voz de soprano chirriante. A Peggy empezaba a ponerla de los nervios. Al parecer, la canción se llamaba *Anaranjado y Verde*.

Ay, es el mayor lío que se ha visto jamás.

Mi padre era anaranjado y mi madre era verde...^[3].

—Calle; vuelven a hablar —dijo Peggy, con la oreja pegada a la puerta—. A gritar, más bien.

Brennan dejó de cantar y se puso de pie trabajosamente, con las manos atadas como las tenía. Se acercó a la puerta, se inclinó hacia ella y apoyó la oreja en el panel de madera.

—¿De qué hablan? —le preguntó Peggy.

—De un tal Heinrich; han intentado llamarle pero no responde. Creen que le ha pasado algo.

Peggy sonrió.

—Ya se lo dije.

—¿Cree usted que será cosa de su tío?

—Su segundo apellido es *Líos*. Heinrich no goza de buena salud ahora mismo, lo puedo garantizar —dijo Peggy. Se apartó de la puerta con cuidado y se dejó caer al suelo deslizándose contra la pared.

—Parece usted muy segura de sí misma —dijo Brennan.

—Ya he pasado por situaciones como esta con Doc. Sé lo que me digo.

—¿Soldado para siempre? —dijo Brennan.

—Digamos que no es de los que se dejan morir sin más —dijo Peggy. Siguió escuchando la discusión de los hombres tras la puerta—. Yo me pegaría al suelo lo más posible —sugirió Peggy—. Van a volar las balas en cuestión de minutos.

El sacerdote se tendió en el suelo.

No fue cuestión de minutos sino de segundos. Se oyó una rotura de cristales, seguida de un golpe sordo. Dos voces empezaron a gritar en italiano. Se rompieron más cristales y después, silencio. Peggy oía los susurros de los hombres.

—Venga aquí —dijo a Brennan en voz baja. El sacerdote gateó por la habitación sobre los codos y las rodillas—. ¿Qué están diciendo? —le preguntó Peggy.

—Han matado a uno a tiros. Los otros dos se están preguntando qué hacer.

—¿Y qué proponen?

El sacerdote se puso a escuchar, y después tradujo:

—«Vittorio, ve a la ventana y mira dónde está». «Que te jodan, Mario», o cosa equivalente, «míralo tú mismo».

Brennan hizo una pausa. Hubo una nueva conversación aterrorizada.

—¿Y ahora, qué?

—Vittorio quiere matarnos e intentar huir. Mario le dice que es un imbécil. —Una nueva pausa—. Mario quiere usarnos como escudos humanos.

—Eso no me suena nada bien —dijo Peggy.

—Pues no podemos hacer gran cosa —dijo Brennan.

—Eso ya lo veremos. Deme sus zapatos.

—¿Cómo dice?

—¡Los zapatos, maldita sea! ¡Aprisa!

Brennan se desató los zapatos y se los quitó. Eran unos gruesos zapatones negros dignos de un agente de policía. Peggy tomó uno y lo arrojó al ventanuco de la pared del fondo. Los viejos cristales se rompieron con estrépito y el zapato se perdió de vista entre la noche. Peggy chilló con toda sus fuerzas:

—¡Doc! ¡Son dos! ¡Estamos en un cuarto al fondo!

Peggy y Brennan oyeron claramente las voces al otro lado de la puerta.

—*Mario! Falli tacere!*

Hazlos callar.

—*Figlio di puttana!*

Se oyeron unas fuertes pisadas.

—¡Va a entrar!

Y aquello era precisamente lo que quería Peggy. Cuando se abrió la puerta, se abalanzó de cabeza a toda velocidad hacia la entrada, embistiendo como un toro; acertó con la cabeza al llamado Vittorio en la ingle y lo derribó de espaldas contra Mario, que estaba en una pequeña zona de estar y comedor.

Cayeron en un amasijo de brazos y piernas, y el arma de Mario salió deslizándose por el suelo de madera. Mario consiguió quitarse de encima a Peggy y gatear de espaldas por el suelo hacia la pistola, mientras Peggy dedicaba su atención a Vittorio, que gritaba y se sujetaba con la mano un tobillo, que tenía torcido en un ángulo grotesco.

Peggy buscó la cara de Vittorio, clavándole los índices en los oídos y los pulgares en las cuencas de los ojos, tal como le había enseñado Doc. Presionó con fuerza, y sus uñas, afiladas como navajas, perforaron ambos ojos, cubriendo las manos de Peggy de líquido caliente y convirtiendo el grito de Vittorio en un chillido de dolor y de terror al haberse quedado ciego de pronto.

Peggy vio de reojo que Mario había alcanzado su pistola y la dirigía hacia ella. A su izquierda, se abrió la puerta principal, y Mario volvió el arma hacia la nueva amenaza. Empuñando la pistola con ambas manos, apretó el gatillo, pero era demasiado tarde. Holliday irrumpió en la habitación agachado y rodando sobre sí mismo, y descargó un cargador entero de proyectiles de diez milímetros hacia donde estaba Mario. Los disparos de Mario habían ido alto. Holliday había apuntado bajo y casi había partido en dos al hombre arrodillado. Desde que Peggy había embestido a Mario con la cabeza, pasando por cuando había cegado horriblemente a Vittorio, hasta la ejecución de Mario, no habían pasado más de treinta segundos. La habitación estaba cargada del olor cálido y acre de la pólvora y de los gritos de Vittorio. Peggy se puso de pie.

—¡Cariño, ya estoy en casa! —dijo Holliday desde la puerta con una sonrisa.

Peggy se acercó a él a trompicones.

—Es la peor imitación de Ricky Ricardo que he visto en mi vida —dijo.

Acto seguido, cayó en los brazos de Holliday y rompió en sollozos.
Entonces salió Brennan del cuarto del fondo, frunciendo el ceño.
—Y bien, ¿cuál de los dos va a ir a recoger mi otro zapato?

EL teniente John Charles Fremont estaba sentado en el centro de comunicaciones de los sótanos del Pentágono y repasaba el orden del día de la Junta de Jefes de Estado Mayor. El búnquer concreto donde estaba con otra docena de hombres y mujeres tenía el nombre oficial de Centro de Operaciones de Control de Crisis, y en aquel turno concreto, de medianoche a las ocho de la mañana, él era el oficial de comunicaciones designado de guardia. En otras palabras, según la terminología del Pentágono, era el OCDG del COCCC de la JJEM. En jerga no oficial, era el Rey de las Ratas de la Guarida de Ratas del Queso Grande. El hombre que estaba sentado a su lado, el sargento Knox Bellingham, era operador de consola jefe, o más sencillamente, Rata Grande.

—¿Ha observado mucho tráfico para algo que llaman Incendio en la Pradera? —preguntó el teniente Fremont.

—Sí, señor —dijo Bellingham—. Tengo tiques de personal para un montón de gente que va camino de Colorado Springs, de Houston y de Sunnyvale, en California.

—¿Ha notado algo raro, sargento?

—Sí, señor —respondió Bellingham, mirando fijamente la pantalla que tenía delante—. Todos son de O-1 a O-6. Y todos son del COE.

Fremont se recostó en su butaca y miró la pantalla que parpadeaba ante él. Todos los que participaban en aquella misión eran oficiales, de teniente a teniente coronel, y todos pertenecían al Comando de Operaciones Especiales. En Colorado Springs estaba el NORAD (Mando Norteamericano de Defensa Espacial); en Houston estaba la NASA, y en Sunnyvale estaba el Centro de Pruebas de Satélites de las Fuerzas Aéreas. Entre los tres se dominaban y se controlaban todos los satélites de comunicaciones militares que surcaban el cielo.

—¿Cuál es el código de tránsito de las órdenes? —preguntó Fremont.

—USTRANSCOM —respondió Bellingham, consultando el fichero que tenía en la pantalla. Aquello tenía lógica, hasta cierto punto. USTRANSCOM quería decir «Mando de Transportes de los Estados Unidos».

—¿Subcódigo?

—SCD/MMA.

También tenía lógica: Servicio de Correo de la Defensa, Mando Militar Aéreo; eran los que transportaban material sensible de un lugar a otro.

—¿Y la línea de presupuesto de la unidad?

Toda unidad individual integrada en un mando mayor tenía su designación propia para fines de presupuesto de defensa. Venía a ser su número de cuenta.

—STRATCOMCON.

—No me suena —dijo Fremont, frunciendo el ceño. Según la terminología del Pentágono, STRATCOMCON debía querer decir Control Estratégico de Comunicaciones; e Incendio en la Pradera debía de ser alguna operación que llevaría a cabo dicha unidad. En vista del número de oficiales que se desplazaban de un lado a otro, la operación iba a costar un montón de dólares a los contribuyentes. Hizo una consulta al respecto en el ordenador, y no volvió a pensar más en ello. Llegaba el fin de semana, y pensaba irse de acampada con su novia a los montes Catoctin, en el parque estatal de Cunningham Falls. Una noche más encerrado en el búnquer, y ya podría salir al aire libre. Estaba impaciente.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Brennan desde el asiento de atrás del gran Volkswagen de lujo. Acababan de dejar atrás Les Contamines y se dirigían al sur; estaban a noventa minutos del aeropuerto de Ginebra.

—Yo voy a llamar por teléfono a Pat Philpot, en Washington, y usted llamará a su gente del Vaticano y a los polis antiterroristas importantes que conozca en Roma —dijo Holliday, que iba al volante—. Tenemos que contar a la policía lo que sabemos de Tritt y de nuestros amigos los supuestos yihadistas. El funeral es pasado mañana.

—Nos quitaron los teléfonos móviles —dijo Peggy.

—A mí también —dijo Holliday—. En el aeropuerto hay teléfonos por satélite. Llamaremos desde allí.

—¿Tiene usted una libreta de direcciones? —preguntó Brennan. Peggy se revolvió en su asiento, inquieta. El sacerdote volvía a hablar con aquel tono de fiera que recordaba a la voz de Gollum.

—Me sé algunos números de memoria, entre ellos el de Pat —respondió Holliday.

—Cuando lleguemos al aeropuerto ya será más de medianoche en los Estados Unidos —dijo Peggy, mirando su reloj. Eran casi las cinco de la madrugada, hora de Ginebra.

—Vale, pues daré un madrugón al gordito —replicó Holliday.

Cuando sonó el teléfono por satélite, el general Angus Scott Matoon sobrevolaba el Atlántico a bordo de lo que el ejército llamaba simplemente «avión de transporte C-37», discreto eufemismo militar que designaba un Gulfstream G650, silencioso y con sillones de piel. El Pentágono, por lo que fuera, disponía de ciento veinte de estos aparatos, que costaban cuarenta y siete millones de dólares cada uno.

El general descolgó el auricular del aparato, que estaba montado en el mamparo.

—Aquí Neville, señor.

Neville era su asistente; un pelota lameculos sin carácter impuesto por Kate Sinclair, más para que hiciera de espía al servicio de ella que para que ayudara al

general en algo. Matoon había descubierto hacía mucho tiempo que la Sinclair tenía topitos como Neville por todas partes; hasta tenía uno en la Casa Blanca, aunque nadie sabía a ciencia cierta quién era este. La Sinclair creía firmemente en el principio de que la base de una buena ofensiva es una buena inteligencia.

—¿Qué pasa? —preguntó Matoon con brusquedad. Se le estaban disolviendo los cubitos de hielo en el vaso de *bourbon* que tenía delante. El interior de la aeronave estaba a oscuras, a excepción de la mancha de luz que iluminaba su cómoda butaca giratoria de cuero y del brillo de la pantalla del ordenador, en un nicho al otro lado del pasillo.

—Tenemos un incidente, mi general.

El teléfono vía satélite del reactor en el que viajaba un miembro de la Junta de Jefes de Estado Mayor debía de tener toda la seguridad del mundo; pero siempre existía la posibilidad de que la Agencia Nacional de Seguridad vigilara y grabara *todas* las llamadas del Gobierno y los militares por principio. Quizá era aventurado creerlo; pero no era imposible, y si Matoon había llegado donde había llegado, era a base de prudencia. La discreción era la regla de oro, sobre todo con los suyos.

—¿Qué clase de incidente?

—Un incendio en la pradera, señor.

—¿Grave?

—Se va extendiendo un poco.

Lo que quería decir que alguien del Pentágono había hecho una consulta rutinaria sobre la operación Incendio en la Pradera o sobre el hermano mayor de esta, STRATCOMCON. Rutinaria o no, en aquellos momentos cualquier filtración podría tener consecuencias desastrosas.

—¿Es probable que empeore? —preguntó Matoon.

—Es posible.

—¿Se puede apagar?

—Sí, mi general, por supuesto. Pero puede haber daños colaterales. ¿Apago el incendio por completo?

Aquello quería decir que estaba implicado un civil.

—¿Sería difícil o peligroso apagarlo del todo? —preguntó Matoon.

—En absoluto, mi general.

—Pues hágalo —dijo Matoon. Colgó el teléfono y tomó el vaso. Bebió un trago e hizo crujir un cubito de hielo entre los dientes. Otro cordero sacrificado en aras de la causa de Kate Sinclair.

—Mierda —dijo el general.

El avión siguió volando entre la oscuridad de la noche.

A primera hora de la mañana del sexto día después del asesinato del papa, empezaron a llegar a la base aérea de Pratica di Mare dignatarios de diversas categorías, que se fueron alineando en sus respectivas posiciones a lo largo de la pista de aterrizaje única y larguísima como otros tantos faisanes que hacían la rueda. Al amanecer ya estaban en la pista dos docenas de jefes de Estado en sus aeronaves respectivas, desde el Airbus A330 de Francia hasta el Yakovlev Yak-40 de Moldavia. A las siete y media de la mañana en punto se deslizó pesadamente por la pista y se detuvo por fin el Air Force One de los Estados Unidos con sus colores blanco y azul distintivos, que llevaba a bordo al presidente, al secretario de Estado y a media docena de invitados. La noche anterior habían llegado dos grandes aviones de transporte C5 que llevaban en sus bodegas dos limusinas presidenciales y cuatro Cadillac Escalade, todos negros, todos blindados y todos con el doble de peso de sus equivalentes civiles. Aparte de los americanos, solo los rusos y los chinos se habían traído sus propios vehículos terrestres; todos los demás se las arreglarían con el parque móvil de sus respectivas embajadas.

No había movimiento en la pista, y solo se oía el rumor constante de los grupos auxiliares de potencia de los reactores. Aquella era una visita de cumplido, y se perdería el menor tiempo posible en ceremonias y formalidades. Las caravanas irían saliendo en el orden que marcaba el protocolo; y una hora después de concluido el funeral casi todos se estarían dirigiendo de nuevo al aeropuerto militar. A media hora de la tarde ya habrían despegado todas las aeronaves para volver a sus puntos de origen.

Peggy, provista de su mejor cámara Nikon y de un teleobjetivo largo, estaba con Holliday y con Brennan sobre la cúpula de la PalaLottomatica, el polideportivo cubierto que ocupaba el pequeño terreno ajardinado entre los dos ramales de la Via Cristoforo Colombo. Habían calculado que la cúpula de la PalaLottomatica era el lugar donde se apostaría con mayor probabilidad el asesino para asestar el golpe; pero cuando lo había revisado la Vigilancia y la policía local de Roma, no habían encontrado al hombre, ni ningún rastro de su presencia.

La policía italiana, atendiendo a la posibilidad remota de que Brennan y sus amigos estuvieran en lo cierto, había establecido su propio puesto de vigilancia sobre la cúpula, en colaboración con las autoridades del Vaticano. Pat Philpot, despertado a deshora de un sueño profundo, había aclarado las cosas con los suyos en Roma y había manifestado al Servicio Secreto sus temores de una amenaza tangible; aunque no había mencionado el nombre de Tritt, ni menos que este hubiera estado afiliado en tiempos a la Compañía.

Mientras Peggy tomaba algunas fotos del puesto de vigilancia con su Nikon recién estrenada, Holliday se paseaba por la cúspide misma de la cubierta del edificio, con forma de concha de almeja, y Brennan escuchaba su radio que sintonizaba las frecuencias de la policía.

—La caravana estadounidense acaba de salir de los terrenos de la base aérea. Estarán aquí en menos de quince minutos.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo Peggy—. Deberíamos hacer algo, en vez de quedarnos parados esperando que se hunda el cielo.

—Todavía tenemos el coche —dijo Holliday—. El equipo de Philpot está en tierra, y buscan un Audi A8 con matrícula suiza. No puede haber tantos en la ciudad.

—Todavía no hemos podido relacionar todo esto con la vieja bruja Sinclair —dijo Peggy, que dirigía a un lado y otro su cámara con el teleobjetivo aparatoso. De momento, no había observado nada que fuera ni siquiera levemente sospechoso.

—Primero, frustramos su plan; ya acabaremos con su organización después.

—Sigo sin tener claro lo que está haciendo —dijo Brennan, que atendía a la radio—. Todo me parece una locura.

—Matar al presidente, demasiado liberal para el gusto de ella; y así accede a la presidencia nuestro estimado y reaccionario vicepresidente. Que es de los de «apuntadles a la barriga». Cuando vino el embajador de la India a organizar una visita de Estado, el vicepresidente le preguntó si era de la casta cheroqui o de la apache. Este llega a presidente, y nombra vicepresidente al joven senador Sinclair. Dos legislaturas más tarde, apoya al muchacho para que lo nominen como candidato a la presidencia. Así, la Sinclair consigue lo que quiere con una bala, y no con unas elecciones. Es una locura —añadió Holliday, sacudiendo la cabeza—; pero si se junta un número suficiente de locos que siguen viviendo la Guerra Civil, ya no es locura: es una conspiración política.

En la radio policial se oyeron unas palabras en italiano.

—¿Qué pasa? —preguntó Holliday.

—Obra Maestra está a doce kilómetros.

—¿Obra Maestra?

—Es el nombre en clave del presidente. La Primera Dama es Da Vinci.

—¿De dónde se habrán sacado eso? —se preguntó Holliday.

—Debió de gustarles el libro. El secretario de Estado se llama Símbolo.

—¿Cuánto tiempo tardarán en hacer doce kilómetros?

—Cinco minutos, puede que seis —dijo el sacerdote, encogiéndose de hombros—. Las caravanas motorizadas pueden ser bastante lentas, incluso en las mejores circunstancias.

Las caravanas presidenciales suelen estar formadas por hasta treinta vehículos, entre ellos dos limusinas Cadillac idénticas, ambas blindadas y con cristales a prueba de balas. A estas las siguen, invariablemente, varios Escalade del Servicio Secreto, un vehículo de comunicaciones y varios automóviles más para la prensa y para

invitados. Como las dos limusinas presidenciales son idénticas, no hay manera de saber con certeza en cuál de las dos va el presidente en un momento dado. Las limusinas y las furgonetas del Servicio Secreto reciben en conjunto el nombre de «paquete seguro», y pueden separarse del resto de la caravana en cuestión de segundos.

La radio volvió a sonar.

—Vigilancia Veintinueve.

Era uno de los hombres del padre Brennan.

—Vigilancia Veintinueve, *avanti*.

—*Confermato automobile nero, Audi A8, targa svizzera SZ193.*

—¡Ha localizado el coche! —exclamó Brennan.

—¿Dónde? —preguntó Holliday.

—*Dove?*

—*Viale Europa, davanti Gioielliere Brusco.*

—Ya lo tengo —dijo Peggy, sujetando la gran cámara Nikon—. Pasado el puente, una manzana más allá y otra a la derecha. No se ve movimiento en la azotea, de momento.

—Deme su pistola —dijo Holliday al sacerdote.

El padre Brennan titubeó un momento, y se la entregó por fin.

—No he visto esta pistola en mi vida —dijo. En otras palabras, si a Holliday se la encontraban, él no quería saber nada—. Seguiré con la radio.

Holliday se sacó del bolsillo un pequeño transmisor-receptor y se lo puso en la oreja como se hace con los aparatos de Bluetooth. Peggy había desmontado el teleobjetivo y estaba poniendo en la cámara un objetivo normal.

—Voy contigo —dijo Peggy con un tono que no admitía discusión, y Holliday no intentó siquiera discutirlo.

—Vamos, pues —dijo.

Corrieron por la superficie de la cúpula hasta la escalera de servicio; tomaron el montacargas y bajaron hasta la planta principal del gran polideportivo vacío.

—Obra Maestra está a ocho kilómetros. Cuatro minutos —dijo la voz de Brennan por el aparato que llevaba Holliday en el oído. Holliday llegó al coche de alquiler y subió, seguido de cerca por Peggy. Puso en marcha el pequeño Fiat y cruzó a toda velocidad el aparcamiento vacío hasta llegar a la rampa de salida. Se abalanzó entre el tráfico sin apenas reducir la velocidad. Pasaron aprisa el puente, por encima del estanque, y bajaron precipitadamente la cuesta de la Viale America hasta entrar en la breve oscuridad del paso subterráneo. Volvieron a salir a la luz del día y se dirigieron al oeste.

—Obra Maestra a tres kilómetros. Noventa segundos, quizá menos.

—Mierda —dijo Holliday. La cúpula de la inmensa basílica de San Pedro se alzaba justo frente a ellos.

—¡Allí! —chilló Peggy. Había localizado la joyería.

Pasaron un semáforo en ámbar y un paso de cebra. Holliday se alegraba de la buena suerte de haber alquilado uno de esos coches Smart ridículos de puro pequeños. Se coló en un espacio de aparcamiento vacío, frente a la joyería de la esquina, y saltó del coche sin molestarse en echar el seguro a la puerta. Cruzó corriendo la calle ancha, provocando una sinfonía de gritos y bocinas mientras sorteaba el tráfico, acompañado de Peggy.

Llegaron a la acera. A la izquierda de un par de contenedores de reciclaje cubiertos de grafiti había dos puertas; una era la entrada de la joyería y relojería Brusco, y la otra daba a un vestíbulo en miniatura donde no había más que una puerta de ascensor. La puerta exterior estaba cerrada con llave. Justo enfrente de la joyería había un Audi A8 negro y reluciente.

Holliday no se detuvo a pensarlo. Sacó la automática de Brennan y, empuñándola por el cañón, golpeó con la culata en el cristal, cerca del cerrojo. No pasó nada. Golpeó el cristal con más fuerza todavía, mientras oía que alguien llamaba a la policía a gritos. Esta vez, todo el panel inferior de la puerta de cristal se deshizo en millares de fragmentos de forma hexagonal. Holliday retiró el cristal roto con la culata, metió la mano e hizo girar el picaporte. La puerta se abrió. Una mujer seguía llamando a la policía a gritos agudos. La gente empezaría a fijarse en él a los pocos momentos.

—¡Tenemos movimiento en el tejado! Un hombre de cabello oscuro que lleva una bolsa de deportes negra. La caravana está a la vista. Parece una gran serpiente negra. Madre de Cristo, Holliday, ¡dese prisa!

Holliday apretó el único botón con la palma de la mano y, por fortuna, la puerta del ascensor se abrió al instante. Peggy y él se metieron en la pequeña cabina, y a los pocos segundos la puerta se cerró con un silbido y el ascensor emprendió la ascensión, larga y lenta. Se detenía automáticamente en todos los pisos; y cuando llegaron al último, Holliday ya tenía los nervios en tensión.

Tiró del peine de la pequeña pistola automática.

—Quédate atrás tú, Peg. No es broma. Yo tengo un tirachinas. Ese hijo de perra tiene un misil guiado. No lo olvides.

—¡Sí, tío John, Doc, señor! —dijo ella en son de burla, levantando la cámara con una gran sonrisa.

—Si te pasa algo, Raffi me abandonará en el Negev atado de pies y manos —dijo Holliday.

—Sí, ¿verdad que sí? Es un romántico —dijo Peggy, riendo.

La puerta del ascensor se abrió en el piso superior. Holliday salió al pasillo con la pistola de Brennan por delante. Vacío. Tres puertas a la izquierda, tres puertas a la derecha, y un letrero luminoso a cada extremo que indicaba la salida, USCITA. Holliday avanzó por el pasillo hacia una de las salidas, empuñando la pistola con firmeza.

Llegó al hueco de la escalera y empezó a subir, seguida a un paso por Peggy. Los

escalones metálicos hacían ruido. El pinganillo crujía, pero no se oía ninguna voz. Debía de estar fuera de cobertura. Llegaron a un pequeño vestíbulo, en lo alto de las escaleras. Había una puerta de metal que se abría con una barra antipánico.

—Quédate aquí —ordenó a Peggy, mientras empujaba hacia abajo la barra antipánico. Salió a la luz casi cegadora del sol que iluminaba la azotea, cubierta de gravilla. El pinganillo recuperó la cobertura a mitad de frase.

—... No es un Stinger. Es un... ¡Dios santo, ha disparado!

Al fondo de la azotea había un hombre, de cuyo hombro se alzaba una bola de fuego. Esta creció con un rugido seco, y la figura se perdió de vista entre una nube de humo blanco amarillento. Holliday apuntó al centro de la pantalla de humo y disparó una y otra vez. Percibió vagamente un movimiento, y entonces le brotó un dolor inmenso en el centro del pecho y el mundo se le volvió negro. Peggy gritó su nombre desde alguna parte, pero él dejó de oírla.

SEGUNDA PARTE

TEMA

—**L**OS tontos se precipitan, coronel Holliday, y no cabe duda de que tú eres tonto —dijo Pat Philpot, que llenaba a rebosar una silla corriente, junto a la cama de hospital de Doc. En la mesilla de noche, a su lado, tenía un vaso grande del Starbucks y una caja de pastelería llena de gruesos *cannoli*. El orondo analista de la CIA comía y bebía alternativamente. Una capa de azúcar glasé le cubría la barbilla y la papada.

A Doc le costaba trabajo recordar aquella época en que los dos saltaban juntos de aviones para caer en campos de batalla. Pero también era verdad que le costaba trabajo recordar cualquier cosa que no fuera el enorme dolor que sentía en el pecho. Se sentía como si alguien le hubiera arrancado el corazón y los pulmones y se hubiera olvidado de ponérselos de nuevo. La habitación de hospital, impersonal, no le refrescaba gran cosa la memoria. Era como cualquier otra habitación de hospital en la que había estado él, con la única excepción de un crucifijo sencillo que estaba en la pared, sobre la cama. Se trataba de un hospital católico, lo que quería decir que seguramente estaba todavía en Italia. Pero ¿qué hacía Pat Philpot sentado a su lado? ¿Dónde estaban Peggy y Brennan?

Philpot le leyó el pensamiento.

—No sabemos dónde está tu sobrina, ni su amigo el cura. De momento.

Philpot tomó un trago de café y miró de reojo un *cannoli* a medio comer que estaba en la caja; pero se lo pensó mejor.

—Si no fuera porque la señorita Blackstock tiene, casi con toda seguridad, una fotografía de un operativo conocido de la Compañía disparando un misil ruso Igla contra la limusina del presidente, ya habríamos aprovechado para meterte una bala en la sesera y enterrarte en un olivar.

Holliday carraspeó.

—Es decir, que los olivares vienen a servir por aquí para lo mismo que las marismas de Nueva Jersey.

—Deja de hacerte el listillo, Holliday. Estás metido en un lío muy grande. No empeores las cosas.

—Pues cuéntame qué ha pasado y por qué estoy aquí.

—Billy Tritt disparó un misil soviético Igla de «aguja» contra la primera limusina de la caravana y la hizo trizas. A ti te disparó con una pistola Glock del .40, pero fuiste lo bastante listo como para llevar lo que los italianos entienden por un chaleco antibalas.

—¿Mató al presidente?

—Al vicepresidente y al secretario de Estado. El presidente iba a ir en el coche A, pero el Servicio Secreto lo cambió en el último momento, por el aviso.

—¿Cómo lo sabía Tritt?

—Porque el coche de cabeza llevaba pintada una X grande en el techo.

—¿Y no lo notó nadie?

—Nadie. La X era de una tintura traslúcida, sensible a la luz ultravioleta. Solo Tritt podía verla.

—Entonces, me estás diciendo que el trabajo se ha organizado desde dentro — dijo Holliday.

—Estoy hablando *off the record*, igual que antes. Si comentas algo de esto, acabarás en un olivar de verdad.

—*Off the record*, entonces.

—Gracias a Dios que fue un Iгла y no un Stinger. Así se desvían un poco las sospechas. Por otra parte, unos colegas míos, poco amistosos, tienen una Beretta no registrada, con tus huellas dactilares por todas partes. También tienen pruebas que te relacionan con un par de homicidios cometidos hace cosa de una semana en el parque Rock Creek. No les costaría el menor esfuerzo relacionarte con una conspiración para asesinar al presidente. ¿Me sigues?

—¿Me estás diciendo que es verdad que hay un grupo descontrolado dentro de la CIA?

—Ni siquiera te estoy hablando —dijo Philpot. Se echó a la boca medio *cannoli* y absorbió la crema dulce del relleno. Después, saboreó las capas exteriores de hojaldre bien cargado de mantequilla—. De hecho —prosiguió, lamiéndose los dedos uno a uno—, esto es tan *off the record* que yo ni siquiera estoy aquí. Estoy en MacLean, sentado ante mi escritorio, rascándome la barriga y preguntándome quién va a ganar el Super Bowl.

—Los Giants —dijo Holliday.

—Bah, paparruchas —repuso Philpot con una mueca—. Volverán a ganar los Steelers.

—Entonces, Pat, ¿que era lo que querías decirme, aprovechando que no estás aquí?

—Te estoy diciendo que encuentres a la linda Peggy y que os larguéis de este pueblo, forasteros. Hay gente que quiere veros muertos y que pueden conseguirlo.

—¿Estamos hablando de esa tal Yihad al-Salibiyya?

—No estamos hablando de nada. Yo no estoy aquí, ¿no lo recuerdas? Tómate un *cannoli*.

Randy Lockwood, jefe de la policía local de Winter Falls desde hacía treinta años, se paseaba por la calle Mayor Sur bien envuelto en una chaqueta oficial de los Lobos de Winter Falls. Había bajado de Canadá una ola de frío que había engrosado todavía más la capa de hielo que cubría el lago Big Cache. Los trineos a vela se deslizaban de un lado a otro, preparándose para las carreras del mes siguiente, y el jefe veía media

docena de barcas de pesca ya dispuestas. Todo aquello formaba parte de los esfuerzos de la población, algo fallidos, para convertirse en un centro de turismo invernal, además de ser lugar de vacaciones de verano.

Llegó al restaurante de Gorman, que servía de frontera oficiosa entre la calle Mayor Sur y la calle Mayor Norte. Abrió la puerta de acero con una mano protegida por un guante de cuero y pasó al comedor, caldeado con exceso. Su reservado habitual del fondo, junto a las puertas oscilantes de la cocina, estaba libre, y en la mesa de formica estaba dispuesto un vaso de agua y el ejemplar del día del *Trumpet*, el único diario de Winter Falls. A las once de la mañana, el Gorman estaba a rebosar de los principales chismosos y cotillas de Winter Falls; entre ellos, Sandy Gorman, que estaba tras el mostrador, junto a un enorme montón de beicon que estaban precocinando para los desayunos disponibles todo el día, que eran una de las especialidades de la casa. Junto al beicon había un montón también enorme de patatas al montón, y junto a estas estaba Reggie Waterman, que freía, hacía huevos revueltos, daba vueltas a las salchichas, y hasta atendía a unas cuantas hamburguesas y a los cestillos de patatas fritas.

Randy, Sandy y Reggie habían sido estrellas del equipo de fútbol americano del instituto de secundaria de Winter Falls en 1964, y todos se habían ido a Vietnam dos años más tarde. Sandy Gorman había vuelto con media pierna menos y cojeaba tras el mostrador con su prótesis. Reggie Waterman hacía los huevos revueltos con un tenedor sujeto al gancho que tenía en lugar de su brazo derecho. Randy había regresado con nada más que una Estrella de Plata y una mecha de pelo blanco por encima de la oreja, que marcaba el lugar donde le había rozado el cráneo una bala del Vietcong. Con el paso de los años, la gente le había ido poniendo el mote de Mecha.

Winter Falls, en el estado de Nuevo Hampshire, era una población turística, y siempre lo había sido. Era uno de la media docena de pueblos que estaban al borde del lago Big Cache, unos sesenta kilómetros al oeste de Portland, en el estado de Maine, que era la ciudad más cercana. En invierno, la población de Winter Falls era de poco más de seis mil habitantes. En verano se duplicaba, y los ingresos por multas de aparcamiento crecían de forma exponencial y daban para pagar los sueldos de todo el cuerpo de policía de la población, con una plantilla de dieciséis hombres y dos mujeres. Allí no se había producido ningún asesinato, violación ni delito violento desde el extraño doble suicidio de los gemelos Hartwell, hacía doce años, y, a mediados de los noventa, la desaparición de una persona, que Mecha Lockwood consideraba que se había fugado. Pete McGoogan era un canalla que vivía en el bosque próximo a Front Bay, con una esposa corta de entendederas y una hermosa muchacha de dieciséis años que podría haber sido estrella de cine. El padre siempre la miraba de manera rara, posesiva; y si Mecha hubiera estado en el pellejo de Cindy McGoogan, también habría optado por largarse a la ciudad.

En todo caso, aquello no había impedido que Winter Falls figurara por cuarto año consecutivo en la lista de las diez poblaciones más seguras de los Estados Unidos que

publicaba la revista *Time*. En la tienda de Tabacos y Diversos de Zeke, en la misma calle, había a la venta cosa de un centenar de ejemplares de la revista; sin embargo, Cyrus Dorchester, del *Trumpet*, hacía como que no se había enterado nadie y encabezaba la primera plana con el enorme titular: FALLS NÚMERO 1 OTRA VEZ, con tres signos de exclamación.

El lago estaba justo detrás del patio trasero del Gorman; y una racha repentina de viento sacudió todo el edificio destartado de madera. El aire helado se colaba por las grietas de las juntas y de las pesadas ventanas dobles con contraventanas. Si no fuera porque la plancha, los hornos y las freidoras funcionaban mañana y tarde, el restaurante estaría como un congelador.

Lockwood se dejó caer en su reservado, de espaldas a la pared, bajo un calendario de los Bruins de Boston de 1974, que mostraba siempre el mes de febrero y, por tanto, la imagen del violento Phil Esposito, que sonreía exhibiendo los agujeros de los dientes que le faltaban. Esposito era el jugador de *hockey* sobre hielo favorito de Sandy Gorman, aunque fuera canadiense.

Reggie Waterman salió de detrás del mostrador y se instaló en el banco que estaba frente a Lockwood, sujetando un plato entre las pinzas de su garfio de acero y con una taza de café en la mano buena. Dejó la comida ante su viejo amigo y se recostó sobre el vinilo verde agrietado del reservado.

—Tostada con huevos pochés, una loncha de beicon, nada de patatas fritas, y una taza de descafeinado que sabe a agua sucia. *Mecha*, estás dejando que esa mujer te amargue tus años dorados. Alcohol, mujeres y emociones.

—Reg, esos tiempos de la calle Duc Do ya han pasado hace mucho, por desgracia. Ya somos viejos.

—Ya —bufó Reggie, agitando en el aire su garfio de acero pulido—. No soy ni la mitad del que era.

—Y Maggie Irish es mi médica, no es mi mujer —añadió Randy—. El alcohol, las mujeres y las emociones son peores para el colesterol que cualquier esposa.

Hubo una pausa incómoda. Reggie y Sandy habían vuelto mutilados de Vietnam; pero la mujer de Randy, Dory Cramer, que había sido del equipo de animadoras, había abortado al niño que Randy y ella habían concebido poco antes de que este saliera para Vietnam, y se había marchado a Hollywood con el propósito de ser estrella de cine. Nadie la había vuelto a ver. Tenía un año menos que ellos; por lo tanto, ahora tendría sesenta. Si hacía algo, serían papeles de abuelita en anuncios de pañales para adultos Depends. Lo más probable es que hubiera ido por el mal camino y que se hubiera muerto de sobredosis décadas atrás. Siempre sería joven; siempre sería la que le había robado a su hijo que no pudo llegar a serlo. A él le había extrañado siempre poder seguir odiando tanto a una persona que había desaparecido de la faz de la tierra hacía tanto tiempo, y amar tanto a otra que no había llegado a existir. ¿Cómo era posible odiar a un fantasma y amar a una sombra?

—Entonces, ¿cómo te fue la Navidad, *Mecha*? —le preguntó Reggie.

—Una verdadera orgía de amor —dijo Lockwood, cortando un trozo de tostada que chorreaba huevo y llevándoselo limpiamente a la boca.

—¿Árbol de Navidad y castañas a la lumbre?

—Una cosa así —dijo Lockwood. Había sido, más bien, una lata de estofado de ternera Dinty Moore en la cocina y repeticiones inacabables de *Solo en casa* y de *Qué bello es vivir*. En tiempos le había gustado ver películas clásicas en el canal TCM, pero ahora no le servían más que para traerle a la memoria otras navidades que prefería no recordar. Había intentado abstenerse de ver películas navideñas ñoñas, pero todo lo demás que ponían en la televisión por cable lo deprimía todavía más. En la CNN no hablaban más que de que habían pegado un tiro al papa con la mitra puesta; y, después, de lo del atentado contra el presidente. En las noticias de la Fox salía Glenn Beck lloriqueando con ese tonto del bote llamado Sinclair, que precisamente era el senador más joven por el estado de Nuevo Hampshire, y que parloteaba en plan «la lacra del terrorismo doméstico, que puede extenderse por América como una plaga si no hacemos algo enseguida». Sí, la Navidad había sido una juerga.

—Entonces, ¿te vas a presentar para alcalde? —le preguntó Reggie. Agitó el garfio en el aire, y una de las camareras atareadas le trajo una taza de café. Reggie lo probó y soltó un suspiro de satisfacción.

—¿Por qué? —repuso Lockwood con una sonrisa—. ¿Solo porque la revista *Time* dice que arrasaría? No, gracias.

—Así podría llamarte «señor alcalde» —dijo Reggie con una sonrisita—. Mejor tú que la tal Blanchette.

Dotty Blanchette «la Presumida» era sesentona, soltera y dura como el pedernal. Había empezado de secretaria de un concejal, y había subido por el escalafón municipal con uñas y dientes. Era demócrata en una población de mayoría republicana.

—Los alcaldes vienen y se van —dijo Lockwood—. Hasta la propia Dotty Blanchette.

Partió en dos su única loncha de beicon crujiente y se la echó a la boca.

—Además, aquí nunca pasa nada —prosiguió—. Lo único que tengo que hacer es estar sentado en mi despacho, rescatar a gatos de los árboles y comer donuts todo el día. El alcalde sí que tiene que trabajar.

El viento helado aulló al abrirse y cerrarse la puerta de entrada. *Mecha* Lockwood alzó la vista y vio que era un forastero. Un hombre alto y delgado que llevaba un abrigo de cuero de cuerpo entero. Tenía cabellos rubios, más bien largos, y unas gafas de sol tintadas le ocultaban parcialmente los ojos. Lo único que le daba un aspecto verdaderamente raro era el bronceado, impropio de la temporada, y que tampoco era del salón de bronceados Sun-N-Go de la calle Porter. Lockwood tomó una foto mental del hombre, y volvió a atender a sus huevos pochés y a su conversación con Reggie.

Billy Tritt encontró un sitio libre ante el mostrador y tomó asiento.

—**E**SE amigo suyo de la CIA tiene razón —dijo el padre Brennan. Había pasado una semana desde el asesinato del vicepresidente de los Estados Unidos y del secretario de Estado, y Holliday y Peggy se alojaban clandestinamente en las amplias habitaciones que tenía Brennan en el Palazzo del Quirinale. Las grandes lesiones que habían sufrido los músculos y las costillas de Holliday por los disparos de la pistola Glock de Tritt se habían reducido a un moratón de un palmo de ancho que le atravesaba el pecho.

—Por tradición histórica, pueden solicitar asilo dentro de los muros del Vaticano —prosiguió Brennan—; pero el nuevo Padre Santo no es amigo mío ni del cardenal Spada, que me temo que no durará mucho en el cargo de secretario de Estado del Vaticano. Tendrán ustedes que marcharse, y pronto. Si corre la voz de que he estado albergando a fugitivos que están en busca y captura, me caerá una excomunión como mínimo. Volverá a ser algo así como la caza de brujas de tiempos de McCarthy, o como las de Salem. Están buscando cualquier indicio de esa Yihad al-Salibiyya, o como se llame.

—¿Qué será de usted cuando elijan al nuevo secretario de Estado? —le preguntó Peggy.

—Con suerte, me mandarán a una parroquia deprimente en Sligo, donde llueve a cántaros todo el día y los gatos vagabundos tosen de tuberculosis. Y si se enteran de la participación de ustedes y de lo que he hecho yo, darán aviso a alguno de sus *assasini*, que se encargarán de que me caiga por unas escaleras o de que tropiece cuando estoy asomado a un balcón, regando las petunias.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Días; puede que una semana como máximo. Solo me darán pocas horas de aviso.

—Entonces, ¿qué propone? Ese grupo incontrolado de dentro de la CIA debe de estar vigilando por todas partes.

—El Vaticano lleva mucho tiempo metiendo y sacando cosas de aquí sin que nadie se entere, hijo mío. Dentro de tres días zarpará del puerto de Livorno un carguero de contenedores para Nueva Orleans. Ustedes irán a bordo. El barco se llama Smeraldo Nero, es decir, la Esmeralda Negra.

—Buen nombre para un barco pirata —dijo Holliday con una sonrisa, seguida de una mueca de dolor.

—Gracias, padre —dijo Peggy, y dio a Brennan un besito en la mejilla. El sacerdote se ruborizó. Después, se puso serio de nuevo.

—Recuerden lo que dijo mi hombre en Washington —les advirtió—. No creo que

haya concluido *Cruzado*. Creo que ustedes se encuentran metido en ello todavía, amigos míos. Tengan cuidado.

No se habían realizado detenciones relacionadas con el asesinato del papa ni con el intento de asesinato del presidente estadounidense; ni siquiera había pistas claras. Ambos hechos habían disparado todos los termómetros de riesgo terrorista hasta dejarlos en la zona roja, y sobre todo el de la Seguridad Nacional de los Estados Unidos. El presidente no había designado aún a su segundo; pero el hijo de Kate Sinclair, el senador más reciente del estado de Nuevo Hampshire, se movía por medio país llamando a la acción para atajar el holocausto de terrorismo en territorio nacional que iba a sobrevenir sin duda si no se tomaban medidas duras e inmediatas.

Brennan salió a los pocos momentos para preparar el viaje y dejó a Peggy y a Holliday solos en sus habitaciones. Holliday miró por la ventana hacia la sede de Radio Vaticano, al otro lado de la calle. En la azotea del edificio había antenas, cúpulas de diversos tamaños y una torre de radio enorme. Holliday sabía que aquello, más que una emisora, era una gran central de comunicaciones de unos servicios de inteligencia. En cualquier caso, Thomas Brennan era mucho más que un simple cura párroco.

—Me pregunto... —dijo despacio, combinando un centenar de fragmentos de ideas y de especulaciones ociosas.

—¿Qué te preguntas, Doc? —preguntó Peggy, que estaba arrellanada en el sofá, leyendo un ejemplar del *International Tribune*.

—Yo estaba corrigiendo trabajos de mis alumnos y tú veías la CNN. Salimos a cenar en la calle M, y volvimos a la casa a pie.

—Vale —dijo Peggy—. Ya me has demostrado que no tienes Alzheimer temprano. ¿Y qué?

—Y ¿quién estaba ante nuestra puerta?

—Brennan.

—Que nunca había sido amigo nuestro para nada. Entonces, ¿por qué nos eligió a nosotros? ¿Qué demonios teníamos que ver nosotros con nada de esto?

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Nos hizo tragar todo esto como quien da el biberón a un niño. Lo de su supuesto informante, al que se lo contó en el confesonario un supuesto agente de la CIA que tenía remordimientos de conciencia. El asesinato de uno y otro. Conexiones sutiles con Rex Deus y con los Sinclair. Todo ello pensado para picarnos el interés.

—¿Para picarnos? —dijo Peggy con una sonrisa—. Yo no me he picado en mi vida.

—Tú me entiendes.

—Claro. Crees que nos estaba engañando. Pero ¿para qué?

—Despierta mi interés hasta el punto de que yo llamo a unos antiguos colegas, y me lleva de la mano hasta William Tritt, haciéndome creer que todo ha sido idea mía.

—¿Crees de verdad que es así de sutil?

—Es el jefe de los servicios secretos del Vaticano —dijo Holliday—. Más sutil que eso, imposible. La mayoría de la gente ni siquiera conoce la existencia del Sodalitium Pianum. —Holliday sacudió la cabeza—. ¡Maldición de maldiciones! Nos ha tomado el pelo de principio a fin. Si yo no hubiera hablado de Pat Philpot, él lo habría localizado igualmente de una manera u otra. Philpot nos mete en esa encerrona del parque Rock Creek, y sin comerlo ni beberlo tenemos que salir huyendo. Ya entonces comprendí que había algo raro; pero solo pensé que Philpot se estaba sirviendo de mí para que le levantara la presa de Tritt, para quitar de en medio al asesino americano antes de que se enterara nadie.

—¿Y qué piensas ahora?

—Creo que Philpot decía la verdad acerca del grupo incontrolado dentro de la CIA; pero ahora creo que él bien puede pertenecer al grupo.

—¿Y Brennan?

—Él también. También es del grupo. —Holliday hizo una pausa y añadió—: Y, además, está lo del asesinato.

—¿Cuál de ellos?

—El del vicepresidente y el secretario de Estado. Lo de la X en el techo de la limusina.

—¿Qué pasa con eso?

—Tritt no es de los que cometen un error así. Puede que el vicepresidente fuera el objetivo desde el primer momento. El presidente tendrá que designar a su sustituto pronto.

—Sinclair —dijo Peggy, abriendo mucho los ojos al entenderlo por fin.

—Sinclair —asintió Holliday.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Te diré una cosa, lo que no vamos a hacer de ninguna manera es subir a bordo del viejo vapor Smeraldo Nero. —Hizo una pausa—. Recoge todo lo que necesitas, sin olvidarte del *pendrive* con las fotos de Tritt en la azotea, y vámonos de aquí.

—¿Dónde vamos?

—Nos volvemos a Ginebra.

Era casi la medianoche cuando el anónimo taxi Mercedes se detuvo ante el número 16 de la Tunis de Roma y se apeó de él su pasajero, un hombre alto, vestido con ropa elegante, con abrigo y que llevaba un maletín de ejecutivo. Ante la puerta principal del edificio de apartamentos gris, con fachada de estuco, de cinco pisos, había una verja de hierro forjado muy ornamentada. En el marco del portón había una docena de botones y un interfono. Mike Harris, director de operaciones adjunto de la CIA, pulsó el botón del número 6. Echó una ojeada a su izquierda. El restaurante contiguo ya estaba cerrado, y no había nadie en la calle.

—*Si? Chi è?*

—*Cruzado* —respondió Harris, hablando con claridad ante la rejilla del interfono. Hubo un largo silencio. Después, sonó el zumbido del portero automático y saltó

la cerradura del portón de hierro forjado. Harris la abrió de un tirón, abrió después la puerta de la casa y entró en un pasillo en penumbra. Tenía delante una escalera mugrienta y tortuosa. Subió a pie los cinco pisos, hasta llegar al último. El suelo era ajedrezado, de baldosas blancas y negras, y había una única puerta. La luz del pasillo era fuerte y las paredes estaban limpias y recién pintadas. Aquello no tenía nada de mugriento. Sobre la puerta, en el techo, había una discreta cámara de vigilancia cenital, versión en miniatura de las que se emplean en los casinos de Las Vegas. Harris golpeó firmemente con los nudillos en la puerta, que tenía tacto de metal aunque aparentaba ser de madera. Sonrió y esperó.

La puerta se abrió a los pocos segundos. Era Brennan. Los dos hombres se dieron un apretón de manos, y el sacerdote invitó al director de la CIA a pasar al piso.

—Cuánto tiempo, señor Harris —dijo Brennan.

—Ya lo creo, padre Brennan. ¿Está él?

—Por supuesto —respondió el sacerdote. Acompañó a Harris por el pasillo hasta llegar a un cuarto de estar amplio que daba a la calle. El cuarto tenía tres ventanas grandes, todas bien cerradas con contraventanas. Las tablillas de las contraventanas parecían ser de madera barnizada, pero el hombre de la CIA habría estado dispuesto a jurar que eran de acero, como la puerta.

La sala tenía un aspecto familiar, como de casa de abuelita. Había lámparas de bronce aquí y allá; muchas librerías por todas partes, y una alfombra persa vieja en el suelo. Había dos sofás cortos, dos sillones, una chimenea de gas y un escritorio de madera antiguo lleno de montones de papel y de carpetas. Antonio Niccolo, cardenal Spada, secretario de Estado del Vaticano, estaba sentado tras el escritorio, con sencillo traje negro y alzacuello rojo que denotaba su rango. Sostenía en la mano un puro (Harris supuso que cubano) y tenía delante un vaso que parecía pesado y contenía un líquido de color ámbar. Sobre él, en la pared, cubierta con papel pintado, había una foto enmarcada en la que aparecían el difunto papa y él en días mejores. El puro no estaba encendido, al menos de momento. Brennan tomó asiento en uno de los sillones. Harris se dejó caer en uno de los pequeños sofás tapizados.

—¿Ha tenido buen vuelo? —le preguntó Spada.

—He venido en el Citation de la compañía —dijo Harris, encogiéndose de hombros—. A mil cien por hora, sin niños chillones ni gente que te estornuda encima.

—Las ventajas del poder —dijo el cardenal Spada, sonriendo.

—No será por mucho tiempo si la presidencia actual se sale con la suya. —Gruñó Harris—. El hijo de perra quiere que lo comparta con la Seguridad Nacional y con el FBI. —Sacudió la cabeza—. ¿Para qué quiere el FBI un avión que va a mil cien por hora? No serían capaces ni de encontrar la llave del cuarto de baño de ejecutivos.

—Triste situación —dijo Spada, comprensivo.

—Todos los presidentes son iguales. Cuando llegan, quieren arreglar las cosas, hacer cosas, levantar al país. Parece que no entienden que los que llevamos las cosas de verdad somos nosotros, desde siempre, y que eso no va a cambiar.

—Desde luego que no, si ustedes pueden evitarlo —dijo el cardenal con sequedad.

—Gran verdad, maldita sea —bufó Harris—. Hablando de lo cual, ¿cómo le va a su jefe nuevo?

—Va tirando —dijo Spada con una sonrisa—. Cuando era el cardenal Urbana, quería el puesto con desesperación, aunque la balanza se vencía más hacia Washington. ¡Imagínese! Un papa estadounidense, y, además, negro. Foley había estado a punto de conseguirlo la última vez. Yo recordé algunos favores, hice sonar algunos esqueletos en los armarios, y me aseguré de que teníamos a un italiano en el solio. Demasiada gente de fuera últimamente: polacos, alemanes... Urbana sabe que yo lo he subido al poder y sabe que puedo mantenerlo allí; no va a cambiar de secretario de Estado mientras yo no se lo diga.

—¿Quiere usted el puesto? —dijo Harris en son de broma—. Es lo bastante joven para conservarlo algún tiempo.

Brennan comprendió por primera vez que el hombre de la CIA había debido de beber bastante durante el vuelo a Roma.

—¡Cielo santo, no! El Vaticano se parece mucho a su país, señor Harris. Los que lo controlan y lo dirigen en realidad somos los burócratas, como usted y yo, no las altas personalidades. Para ser papa hace falta saber mucho más latín del que yo aprendí. Además de que me gustan demasiado mis restaurantes favoritos y no quiero renunciar a ellos. El papa goza de poca intimidad.

—¿Qué hay de Holliday y de la Blackstock? —preguntó Harris, dirigiéndose a Brennan.

—Esta noche, antes de las nueve, se escabulleron por la entrada del museo y tomaron un taxi; alquilaron un coche en Fiumicino y se dirigen otra vez a Ginebra, cabe suponer que siguiendo la pista a nuestro señor Tritt.

—¿Tiene las fotos que tomó la señorita Blackstock?

Brennan buscó en el bolsillo de su chaqueta negra y sacó un *pendrive* USB.

—Aquí están —dijo, sonriente—. Las descargué de su cámara mientras dormían. Lo tenemos todo. Pruebas tangibles de que Holliday estaba implicado en el atentado contra el presidente.

Harris quiso tomar la unidad de memoria de plástico; pero Brennan la apartó de su alcance.

—Todavía no —dijo—. Todavía tenemos que negociar algunas cosas.

—¿Cómo se los ha quitado de encima y los ha dejado solos? —le preguntó Harris—. La madre del senador lo preguntará.

—Holliday es listo. Es como una trucha vieja que se está pensando si debe morder el anzuelo. Tiene que convencerse de que morderlo es idea suya. He tenido que darle carrete mucho tiempo; pero se le notaba que iba atando cabos poco a poco. Le parecía todo demasiado fácil, y al final salió como quería yo. Demasiadas coincidencias para que se las tragara un hombre como él.

El clérigo mayor sonrió e hizo amago de limpiarse las solapas de ceniza antes de proseguir.

—El golpe definitivo fue decirle que estaba a punto de caer la cabeza del cardenal Spada, y que a mí me iban a exiliar a las turberas de mi patria chica. Pensó que me tenía a mano para aprovechar mis contactos; pero le di a entender que le resultaría inútil a partir de ahora.

—Excelente —comentó Harris, asintiendo.

—¿Y las huellas dactilares de la casa de Tritt en las Bahamas? —preguntó Brennan.

—Están a buen recaudo —asintió Harris con benignidad.

—¿Y el propio Tritt? —preguntó Spada.

—En su lugar —dijo Harris.

—¿Tiene lo que necesita? —preguntó Spada—. ¿Le han facilitado la información?

—Sí. No habrá nada que lo relacione con nosotros. Es todo muy ingenioso, aunque parezca feo que lo diga yo mismo.

—¿La pieza siguiente del puzle de Holliday?

—Hecho.

—¿Y Matoon?

—A pleno rendimiento.

—¿Y sus yihadistas? —preguntó Spada.

—Preparados y a la espera. Estamos dispuestos. *Cruzado* puede empezar.

EL centro comercial Maine es un enorme complejo de 111.500 metros cuadrados en la zona sur de la ciudad de Portland, y contiene grandes almacenes de JCPenney, Sears, Best Buy, Macy's y Sports Authority, además de otras tiendas y servicios menores, entre ellos una plaza llena de tiendas de comida para llevar y varios restaurantes familiares. Es el centro comercial más grande de todo el estado de Maine, y es el lugar de dicho estado donde se llevan a cabo más operaciones de compraventa de drogas, principalmente en la plaza de tiendas de comida, y más particularmente en la zona del McDonald's. La plaza de tiendas de comida está en la planta principal, hacia el extremo occidental del centro comercial, donde está el JCPenney.

Aquel día, el grupo de chinos de rostro inexpresivo estaba en el Arby, y los vietnamitas comían Big Macs. Eran cuatro en cada grupo, pero saltaba a la vista quiénes eran los jefes de cada grupo. Un vietnamita, hombre de corta estatura y de poco más de veinte años, no comía nada, como tampoco comía su *alter ego* chino en la zona de mesas del restaurante de al lado. El nivel de ruido era ensordecedor, como unas cataratas del Niágara de conversaciones humanas. La mayoría de los clientes evitaban sentarse cerca de los jóvenes asiáticos de chaquetas de cuero negro, cabellos repeinados con brillantina y gafas de sol opacas o reflectantes. Estos tenían asegurada la discreción.

A una señal invisible, el jefe de los chinos se levantó de su asiento, acompañado de otro que le hacía de guardaespaldas. Pasó al reservado que ocupaba el vietnamita. También a este lo acompañaba un único guardaespaldas. Hablaron un momento, probablemente en inglés, aunque William Tritt no pudo determinarlo con seguridad. Observó la reunión desde el Ben & Jerry de enfrente, hasta que esta concluyó y los dos hombres se dieron la mano. El apretón de manos los delataba, por supuesto. Es un gesto que no tiene nada de asiático, y que ellos solo suelen practicar con los blancos. Por lo tanto, tenía un propósito; y un observador tan atento como William Tritt lo habría detectado: se habían intercambiado dos juegos de llaves de coche. Aquel era el sistema de entrega perfecto, y si un agente de narcóticos hubiera detenido a cualquiera de los dos grupos en aquel momento, no habría encontrado indicios de drogas de ningún tipo en las personas de los hombres. Las llaves no tendrían etiquetas identificativas ni llaveros electrónicos. Sería imposible comprobar los millares de vehículos del enorme aparcamiento que rodeaba el centro comercial por tres de sus costados.

En aquel tipo de tratos, los vietnamitas eran casi siempre los compradores. Por lo tanto, cuando se separaron los grupitos, Tritt siguió a los cuatro chinos, que

seguramente irían a recoger el dinero. A Tritt no le interesaban las drogas, fueran las que fueran. Los chinos se dirigieron a la salida noroeste.

El aparcamiento era un laberinto de montones de nieve y caminos estrechos y despejados en parte que se entrecruzaban. Estaba nevando, y el viento tempestuoso que llegaba de la costa cercana hacía bailar y arremolinarse los gruesos copos de nieve, con lo que la visibilidad se reducía todavía más. En el aparcamiento solo se veían algunas personas que venían apresuradamente de sus vehículos o volvían a ellos. El coche era un Chevrolet Impala beis de la década anterior. El jefe del pequeño grupo de chinos metió la llave en la cerradura del maletero y lo abrió. Los cuatro hombres se inclinaron hacia el interior para inspeccionar su contenido.

Tritt, que era muy partidario de las soluciones sencillas, sacó la pistola Desert Eagle del calibre .50 de la bolsa de deportes nueva de nailon negro que llevaba en la mano izquierda y le enroscó el silenciador que sacó del bolsillo del chaquetón de esquí que acababa de comprarse en Sears. Ya se había puesto unos guantes de látex mientras seguía a los cuatro chinos por el centro comercial. A cinco metros de distancia, asestó un tiro en la base de la columna vertebral a cada uno de los jóvenes.

El arma emitió un crujido brusco, como el del hielo al pisar la superficie de un estanque helado, y los cuatro hombres se derrumbaron sin proferir más sonidos. No hubo grandes manchas de sangre, pues los gruesos chaquetones que llevaban los hombres absorbieron la que se derramaba por los orificios de salida del bajo vientre. Nadie había notado nada; los montones de nieve habían amortiguado los sonidos y los ecos. Tritt dejó caer la Desert Eagle con su silenciador en la bolsa de deportes y echó la cremallera.

Tras echar una rápida ojeada a su alrededor, se adelantó. Sacó del maletero dos maletas duras Samsonite, verdes, y fue echando en su lugar los cadáveres de los cuatro chinos muertos.

Sacó por segunda vez la pistola de la bolsa de deportes y terminó de vaciar el cargador en los cuerpos, para ir sobre seguro. Cerró el maletero de un portazo; quitó la llave de la cerradura y se la metió en el bolsillo. Se echó la bolsa de deportes al hombro izquierdo; tomó una maleta en cada mano y volvió donde tenía aparcado su vehículo de alquiler.

Con aquellas temperaturas, los cadáveres del maletero tardarían algún tiempo en empezar a oler; pero habría alguien que echaría de menos el dinero y a los hombres. Era casi seguro que se culparía a los vietnamitas de haber matado a los chinos y de haberse quedado con el dinero. Podía suceder que todo aquel episodio desencadenara una guerra entre bandas, y así él habría puesto algo de su parte para reducir la tasa de criminalidad de Portland.

Había alquilado una camioneta todoterreno F150 provista de enormes neumáticos para nieve, que era un vehículo bastante corriente en Maine en aquella época del año. La misma gente que le había proporcionado la pistola Desert Eagle le había facilitado también un juego completo de documentación que lo identificaba como un tal Art

Burwell; entre otras cosas, tenía varios permisos de caza y un carné de conducir a dicho nombre, así como una carta de presentación ante un grupo paramilitar radical y poco conocido llamado el Brazo Derecho de Maine.

El Brazo Derecho de Maine apenas tenía veinte miembros activos. El jefe del BDM se llamaba Wilmot DeJean, y el grupo tenía su sede en las afueras de Arkham, que era un pueblecillo de la zona noroeste del estado. Arkham era el mayor de cuatro pueblos con una población conjunta de dos mil habitantes, dispersos sobre una superficie de más de cien kilómetros cuadrados. Según las informaciones que había recibido Tritt, Wilmot DeJean había sido profesor de instituto de secundaria, al que habían dado la jubilación anticipada por sus problemas psiquiátricos.

Al parecer, DeJean tenía delirios de grandeza extremos. Tenía tatuada en el bíceps derecho un águila con una esvástica entre las garras, que era el símbolo de su organización; y el Servicio Secreto lo había investigado una vez porque había enviado una carta con amenazas al presidente actual. Se creía que este había sido el incidente que había precipitado su jubilación anticipada. La Seguridad Nacional se había infiltrado en el grupo y habían considerado que este constituía una amenaza de menor importancia, si es que podía considerarse amenaza siquiera. No obstante, tanto la Seguridad Nacional como el Servicio Secreto tenían abiertos los expedientes de DeJean y del BDM.

—Siempre podemos dejarlo correr todo —propuso Peggy cuando ya estaban cerca de Ginebra. Casi amanecía, y nevaba levemente. Holliday y ella estaban agotados tras el largo viaje en coche, y a Holliday ya estaban a punto de saltarle los nervios—. Tú te vuelves a la universidad y yo me vuelvo a Israel. Nos olvidamos de todo lo que ha pasado. Tenías tú razón —reconoció, encogiéndose de hombros—. Todo esto no era asunto nuestro, desde el primer momento.

—Ya es tarde para eso —dijo Holliday, que iba al volante—. Nos tienen de cabeza de turco para lo que tengan pensado hacer.

—¿Y qué tienen pensado?

—No tengo la más remota idea —dijo Holliday—. Ni siquiera tengo claro quiénes son «ellos». ¿El Vaticano? ¿La CIA? ¿Rex Deus y esa perra de la Sinclair?

—Puede que los tres —dijo Peggy—. Asesinan al papa porque representa una amenaza, de alguna manera, para Brennan y su organización; ese grupo descontrolado de la CIA intenta alterar el equilibrio de poderes librándose de un presidente que intentaba marginarlo, y Kate Sinclair ve una oportunidad de llevar a su hijo a la Casa Blanca, o a sus cercanías.

—Parece un poco complicado, ¿no crees? —dijo Holliday.

—Las conspiraciones suelen serlo —repuso Peggy.

Holliday se rio. Dirigió el coche alquilado por la primera salida de la autopista que daba acceso a Ginebra.

—Las conspiraciones no suelen existir siquiera —dijo—. Son un montón de fantasías que corren por Internet.

—Que se lo cuenten a Julio César, o a ese como se llame, el que llevaba un parche en el ojo como tú, el nazi del que hacía Tom Cruise en la película. Sus amiguitos y él intentaron poner una bomba a Hitler.

—Von Stauffenberg —dijo Holliday.

—Las conspiraciones solo existen cuando se descubren. Si tienen éxito, nadie sabe que existieron.

—Puede que tengas razón. ¿Quién sabe? —dijo Holliday, encogiéndose de hombros.

—Y puede que Tritt se haya dejado algo que nos aporte alguna pista.

Varios días antes del atentado contra el presidente, Brennan había comprobado el número de teléfono de Tritt en Ginebra y la matrícula de su vehículo, y había descubierto que el coche estaba a nombre de un tal Emil Langarotti. Según los registros, Langarotti vivía en la Rue Henri Frederich Amiel, número 1, apartamento 5B. Holliday y Peggy tomaron de nuevo una *suite* en el hotel Mandarin Oriental, durmieron hasta el mediodía, y se dirigieron después al pisito de Tritt.

La dirección correspondía a un edificio de cinco pisos, con fachada de estuco de color melocotón, muy cerca de la Rue des Delices, a unos ochocientos metros del hotel. Era un barrio tranquilo, próximo a una calle principal más transitada, y parecía que casi todos los edificios de la zona eran como el de Tritt, con fachadas de estuco de diversos tonos pastel.

Había una puerta principal ancha y rematada en arco, con vidrios protegidos por rejas ornamentales de hierro forjado. Sobre la puerta había un «1» grande y negro. Tras un rápido examen, tuvieron la impresión de que había seis apartamentos por planta. Cabía suponer que el de Tritt estaría en el último piso. Abrieron la puerta principal y pasaron al vestíbulo del edificio. A la derecha había una garita de portero, pero estaba vacía. A la izquierda había un ascensor con puerta de latón en la que había un ventanuco redondo. Frente a ellas, unas escaleras estrechas y tortuosas. Tomaron el ascensor, del tamaño de un ataúd, que subió hasta el último piso entre crujidos y chirridos. Al salir de la cabina se encontraron en la intersección de cuatro pasillos cortos, mal iluminados con apliques anticuados en forma de candeleros. Los suelos estaban cubiertos de moqueta fina verde, manchada y desgastada.

El apartamento de Tritt estaba al final del pasillo de la izquierda. La puerta era de madera pintada de marrón, y la cerradura era de seguridad.

—¿Cómo vamos a entrar? —dijo Peggy con cierta acritud—. ¿No te habrás traído tu bonito juego de ganzúas, por casualidad?

—Pues sí, mira por dónde —dijo Holliday. Buscó bajo su chaqueta y sacó la llave de ruedas del coche alquilado. La cerradura era nueva, pero el marco de la puerta era tan antiguo como el edificio. Introdujo la punta biselada de la herramienta entre el marco y la puerta, un poco por encima de la cerradura, e hizo presión. Sonó un

crujido agudo y el marco que rodeaba el cerrojo se astilló. La puerta estaba abierta.

—Podrías patentarlo —susurró Peggy—. Llámalo «la llave multiusos».

Holliday empujó la puerta. Era un apartamento pequeño de un solo dormitorio. Dos ventanas daban a la Rue des Delices, pero ambas tenían cerradas las contraventanas y solo dejaban pasar algunos rayos de luz solar. La sala era anónima, como de catálogo de Ikea, y no daba la menor indicación sobre el tipo de persona que vivía allí. Peggy cruzó el suelo antiguo de madera oscura y abrió los listones de las contraventanas. La sala se iluminó. Un sofá; dos butacas, todo de rojo Ikea; una mesa de café de cristal y acero con un gran cenicero de vidrio. Junto a este había un mando a distancia. Una lámpara de pie en una esquina y una lámpara pequeña de alta potencia en una mesilla a la derecha del sillón. Entre las dos ventanas había un escritorio moderno, de madera chapada en arce o algo así, y una estación de acoplamiento para un ordenador portátil. En la pared, por encima de la vieja chimenea de gas, habían montado una pantalla de televisión de plasma gigante. A la izquierda de la chimenea había un equipo de alta fidelidad Bang & Olufsen, elegante y caro, con estéreo y grabadora de vídeo digital. Bajo el equipo había una estantería grande para CD y DVD, llena por completo.

—Aquí no hay nada —dijo Holliday. Entró por un pasillo corto, buscando el dormitorio. Peggy se quedó en la sala principal y se agachó para investigar los gustos de Tritt en cuestión de películas y de música. Holliday regresó a los pocos minutos con gesto de disgusto.

—No hay nada —dijo—. Ese hombre es un fantasma. Esto es más estéril todavía que la casa de cayo Lyford.

—Strauss, Wagner, Mozart, Verdi, Beethoven, Vivaldi, Susan Boyle —decía Peggy, todavía arrodillada ante los estantes de CD y DVD.

—¿Cómo dices?

—Casi todo es música clásica, salvo los de Susan Boyle.

—¿Y quién rayos es Susan Boyle? —le preguntó Holliday.

—Estás de broma, ¿verdad? —dijo Peggy, poniéndose de pie. Abrió la funda de plástico y puso el disco de Susan Boyle.

—No había oído hablar de ella nunca.

—Tienes que salir más, Doc, de verdad —dijo Peggy con una sonrisa, sacudiendo la cabeza. Se acercó a la mesa de café, tomó el mando a distancia y pulsó el botón de reproducción. No pasó nada durante un instante; pero entonces cobró vida el enorme televisor montado sobre la chimenea. Apareció la imagen mal definida de un hombre que estaba, al parecer, en una especie de campamento de verano destartado, con un AK-47 en los brazos. La imagen tenía una saturación de color tal que era decididamente chillona, y recordó inmediatamente a Holliday a las viejas películas de cine familiar de Super8. Sobre la figura del hombre armado con el fusil de asalto soviético clásico aparecieron unos títulos sobreimpresos, hechos de forma chapucera.

EL BRAZO DERECHO DE MAINE Y TÚ

Bajo este título se veía un dibujo tosco que representaba un águila chillona que sostenía entre las garras una esvástica de color rojo de sangre.

—¿Qué coño es esto? —dijo Peggy.

—Te diré una cosa: desde luego que ya no estamos en Kansas, Totó —respondió Holliday.

EL Campamento Brazo Derecho De Maine se había llamado en tiempos Campamento O-Pem-I-Gon, y era una extensión de 81 hectáreas que habían comprado los Boy Scouts de América en 1922. El campamento dejó de funcionar en los años sesenta por varios motivos, entre los cuales destacaba el de que en 1965 cualquier chico de doce o trece años habría preferido la muerte a ponerse un uniforme de los Boy Scouts.

A principios de los setenta, un hombre llamado Reinhold Hodge había intentado montar una urbanización de casitas de campo en todo el lago. Los Boy Scouts habían elegido un terreno que estaba al final de la carretera del Águila, el único de la zona que no era pantanoso, ni estaba infestado de mosquitos, ni era de roca viva sin posibilidades de instalar sistemas de saneamiento que no fueran letrinas exteriores. Hodge había empezado ofreciendo los solares a dos mil quinientos dólares; se declaró en quiebra cuando habían bajado a quinientos dólares, y se largó de allí después de ofrecerlos a trescientos sin haber vendido ni uno.

Por fin, en 1989 Wilmot DeJean había comprado a los administradores de la quiebra todo el lago por diez mil dólares, incluido el antiguo campamento de los Boy Scouts, con la intención de cambiarle el nombre a Campamento para Jóvenes Luz del Mundo. La idea del campamento para jóvenes no había llegado a fructificar a consecuencia de los problemas mentales nebulosos que habían oligado a DeJean a tomar la jubilación anticipada en 1991.

DeJean había llegado a encontrar su misión en la vida a mediados de los noventa. Ahora que los rusos y los comunistas ya no contaban, y ahora que los jipis trabajaban en Wall Street o llevaban grandes empresas de comida sana o de informática, DeJean había reinventado a los antiguos enemigos que tanto necesitaban los Estados Unidos.

En su nuevo orden mundial, los males de la sociedad se debían a tres viejos conocidos: los negros, los judíos y los maricas. Agregaba también al montón a los inmigrantes ilegales que llegaban a quitar el trabajo, y prácticamente a todas las demás personas que hablaran un idioma extranjero. Como cabía esperar, aquello funcionó bien.

En Arkham no había ni una sola familia negra ni latina. Si había gais, lo disimulaban; y la sinagoga más cercana estaba a quinientos kilómetros. El primer periódico panfletario que empezó a sacar DeJean, *La Voz del Águila*, tenía del orden de cien suscriptores secretos en la comarca; y DeJean, que no tenía nada de perezoso, estuvo en Internet desde sus comienzos. Su sitio web atraía más suscripciones todavía.

Al año del 11 de septiembre, las suscripciones al periódico, que ahora se llamaba

El Águila de la Verdad, habían subido a más de diez mil, gracias a lo cual DeJean podía vivir bastante bien y contaba con el dinero necesario para empezar a recuperar el antiguo campamento de Boy Scouts.

En el 2003, DeJean ya organizaba con regularidad en el campamento mítines a los que asistía gente venida de todo el estado de Maine. En 2006 celebraba tres campamentos de verano al año, y la gente venía de todo el país.

En 2008, DeJean había reclutado a veintitrés «patriotas» que actuaban a jornada completa, todos menores de treinta años. Varios eran exmilitares y habían estado en Irak y en Afganistán. Otros cuatro habían cumplido condena en diversos centros penitenciarios, y todos y cada uno compartían con entusiasmo el odio de DeJean a prácticamente todo lo que pudiera considerarse una minoría.

Los medios de comunicación habían hablado muy poco últimamente de los grupos paramilitares de extrema derecha. La destrucción del World Trade Center había hecho olvidar el atentado con coche bomba de Oklahoma City. Ruby Ridge no era más que un recuerdo lejano, y los davidianos eran una mancha vergonzosa en la reputación del Departamento de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos y en la del FBI. Los Estados Unidos tenían un nuevo enemigo, y Al-Qaeda y los talibanes estaban distrayendo al público de los editoriales incendiarios de DeJean. Cuando los medios de comunicación se centraron en otros temas, DeJean empezó a perder suscriptores, ingresos e interés.

Las advertencias estridentes del senador Sinclair sobre el enemigo en casa y sobre la amenaza potencial del terrorismo doméstico ayudaban un poco, sobre todo ahora que los musulmanes jóvenes se escabullían a Pakistán en las vacaciones de primavera para darlo todo por Osama y poner bombas en vuelos a Detroit; pero aquello no era suficiente. La aparición repentina en el Nido del Águila, como se llamaba ahora, de Billy Tritt y sus dos maletas era un regalo del cielo.

También tuvo algo de decepcionante. Cuando Tritt se aproximó a la entrada del campo por la pista polvorienta, que llevaba el nombre muy adecuado de carretera del Águila, vio que DeJean no se había molestado en todo ese tiempo en desmontar el antiguo arco de madera rústico de la entrada del campamento O-Pem-I-Gon, y se había limitado a sustituir la flor de lis de los Boy Scouts del centro por una versión en madera contrachapada de su símbolo del águila chillona y la esvástica.

El servicio de seguridad consistía en un hombre de algo menos de treinta años, con sobrepeso y granos en la cara, que dormitaba sentado en un tocón de árbol con un cigarrillo colgado de la comisura de los labios. Llevaba unos vaqueros y una camiseta con el logotipo del águila chillona. Tenía atravesado sobre las rodillas lo que aparentaba ser un Kalashnikov AK-47; pero cuando Tritt detuvo la camioneta y el idiota de los granos se puso de pie, vio que se trataba de una imitación alemana del calibre .22. En las manos gordas de Cara de Granos parecía un juguete; y en la práctica lo era.

—Fuera de la camioneta —dijo Cara de Granos, adelantándose y reforzando su

orden con movimientos del fusil. Llevaba unas zapatillas deportivas de caña alta, desgastadas. Menudo uniforme. Tritt advirtió que el fusil llevaba puesto el seguro. Aquel joven paleta tardaría un segundo o más en quitar el seguro y montar el arma tirando de la palanca.

—Deja el arma —dijo Tritt, sacándose de debajo de la cazadora la gran Desert Eagle.

Cara de Granos miró fijamente la pistola reluciente y manipuló torpemente el seguro de la AK en versión infantil. Tritt, desde el asiento del conductor, le disparó un tiro en el pie, haciendo saltar la punta de la vieja zapatilla deportiva. El joven soltó un aullido que se perdió entre el eco del disparo de la automática de gran calibre, que retumbó entre las colinas de los alrededores, cubiertas de cedros. Cara de Granos cayó al suelo gritando mientras le manaba sangre del pie destrozado. Le rodaban las lágrimas por las gruesas mejillas. La sangre del pie se coagulaba en el polvo como mierda de gato en una bandeja de arena.

—¡Me has *disparao!* —gimió el joven gordo, retorciéndose entre el polvo.

—Se dice «disparado» —dijo Tritt, mirándolo con desprecio desde la camioneta—. Y te dispararé en el otro pie si no me dices dónde está DeJean antes de diez segundos.

—Arriba, en el centro de comunicaciones —gimió el joven, que apretaba los dientes de dolor. Seguía cayendo sangre en el polvo. Perdía mucha sangre y se estaba poniendo pálido. Tritt reconoció los síntomas que anunciaban el estado de *shock*.

—¿Dónde es eso? —preguntó Tritt.

—Allá en la cabaña. Junto a las pistas de tenis. —Gruñó Cara de Granos. Tenía aspecto de sentir náuseas; el sudor frío le caía por las mandíbulas.

—Vas a perder el sentido dentro de un momento. Quizá vomites, de modo que procura tenderte de costado. No te preocupes. Cuando encuentre a DeJean mandaré a alguien para que se ocupe de ti.

—Me has *disparao, hijoputa* —susurró Cara de Granos. Le caían dos hilos de mocos como rastros relucientes de caracoles. Puso los ojos en blanco y se desmayó. Estaba acurrucado en postura fetal, con la espalda apoyada en el tocón. Seguía sangrando. Si no lo llevaban pronto a un hospital, perdería el pie. Puso en marcha la gran camioneta negra y subió despacio por la pista.

En la cúspide de una loma baja que vio a su izquierda había una vieja construcción de troncos, y más allá un prado despejado en cuyo centro se veía algo que parecía ser un tipi gigante de madera contrachapada. El tipi estaba manchado y deteriorado por los elementos y se vencía algo hacia la derecha. Los símbolos indios que tenía pintados estaban casi borrados por el tiempo y la intemperie. El prado estaba cubierto de maleza, pero Tritt todavía podía apreciar las plataformas elevadas donde se montaban las tiendas. Había media docena de vehículos aparcados, principalmente camionetas, viejas en su mayoría y todas hechas en los Estados Unidos.

Aparte, como si los demás vehículos no quisieran correr el riesgo de rayarle la pintura, había un Humvee de color rojo vivo de los que vende el ejército usados. Cuando Tritt pasó por delante, miró la matrícula trasera del vehículo de aspecto brutal. PATRIOTA. No era difícil imaginarse de quién era. Más allá del aparcamiento, en un risco que dominaba el lago, había una estructura grande y rústica, hecha con troncos y con techumbre cubierta de musgo. En el astil de madera que se levantaba ante la cabaña había dos banderas: la del águila chillona de DeJean y, bajo esta, la del estado de Maine, con el alce y el pino.

Tritt aparcó ante el edificio la gran camioneta y volvió a guardarse la Desert Eagle en la sobaquera vertical que llevaba bajo la cazadora de nailon. Subió al amplio porche cubierto por unos escalones destartalados y llamó con los nudillos a la endeble puerta de madera. A los pocos instantes abrió la puerta un hombre que llevaba ropa de paisano y un brazalete con el símbolo del águila chillona.

Tenía las manos mugrientas y las uñas negras de grasa, y también tenía largos lamparones de grasa en los pantalones de trabajo. Llevaba botas pesadas de albañil. Aparentaba poco más de veinte años. Debía de ser mecánico de automóviles, o trabajaría con maquinaria.

Tras él había media docena de personas sentadas alrededor de una larga mesa de juntas improvisada con dos planchas de contrachapado sobre caballetes de madera. El contrachapado estaba cubierto de hule verde oscuro. Los que estaban sentados alrededor de la mesa tosca eran seis hombres de diversas edades y tamaños. La escena recordó a Tritt a Stauffenberg y el complot para matar a Adolf Hitler. Y también Hitler estaba presente en la habitación, en un retrato grande enmarcado sobre la repisa de una gran chimenea construida con piedras rústicas que estaba al fondo. Pero a diferencia de cualquier sala de juntas en la que estuviera Hitler en persona, aquella estaba cargada de humo, que ascendía en volutas hasta los troncos que servían de vigas del techo.

—¿Quién eres tú? —dijo el hombre de la puerta—. ¿Qué buscas aquí? Esto es una propiedad privada. ¿Por qué no te ha cerrado el paso el *Flaco*, como es su deber? —preguntó, torciendo el gesto.

—¿El *Flaco*, con una camiseta de esas con el águila chillona? ¿Uno gordo con muchas espinillas?

—Sí.

—Está abajo, en la entrada, tendido en el suelo con medio pie arrancado de un tiro.

—Mierda —dijo el hombre de la puerta.

—Sí; puede que eso también —dijo Tritt.

Sonó otra voz. Esta vez era la de un hombre de corta estatura que estaba de pie en la cabecera de la mesa. Llevaba uniforme completo de camuflaje de desierto y una gorra de tela verde de corte militar, tipo Fidel Castro, con dos estrellas. Como el hombre de la puerta, llevaba un brazalete con el águila chillona. En la pared, a un

lado de la mesa, había una bandera enorme con el águila chillona y el lema del Brazo Derecho de Maine: EL BRAZO DERECHO ES EL BRAZO DE DIOS.

—¿Has disparado a uno de mis hombres? —preguntó el hombre vestido de camuflaje. Tritt advirtió que llevaba un arma en una pistolera. Parecía una vieja automática Colt.

—Así es —asintió Tritt—. Y si no mandan a alguien enseguida se va a desangrar. Llévelo a un hospital y digan a los médicos que se ha disparado él mismo en el pie. Parece lo bastante tonto como para eso.

—Daniel...

El hombre que estaba ante Tritt asintió con la cabeza hacia el que llevaba la gorra con las estrellas y salió apresuradamente por delante de Tritt.

—Usted debe de ser DeJean.

El hombre asintió con la cabeza.

—Sí; soy el coronel DeJean.

Salió de detrás de la mesa con una mano en la culata de su pistola automática que llevaba en una pistolera abierta. La pistolera estaba muy desgastada y rayada. Excedente de guerra. Tritt vio que el hombre llevaba botas de vaquero de aspecto caro. Los talones le daban al menos cinco centímetros más de estatura.

—¿De qué ejército? —replicó Tritt, provocador.

DeJean apretó la culata de su arma.

—Del mío —dijo por fin.

—¿De esta pandilla? ¿Del gordo de la puerta? Debe de estar de broma.

—Hay otros —dijo DeJean. Por debajo de la gorra le asomaban cabellos blancos y esponjados—. Esto no es más que una sesión de entrenamiento para nuevos reclutas.

—¿De entrenamiento para qué? —preguntó Tritt—. ¿Para el circo?

—Al principio también se reían de Hitler —dijo DeJean—. Para los británicos, George Washington era un traidor y Benedict Arnold fue un gran héroe de guerra.

Tritt se rio.

—¿Se quiere comparar con Hitler y con George Washington? Hitler era un loco, y Washington fue militar profesional desde los veinte años.

—Prefiero saber con quién estoy debatiendo —dijo DeJean, irguiéndose con mucha dignidad.

—Me llamo Barfield —dijo Tritt.

—¿Qué desea usted exactamente, señor Barfield? El Nido del Águila está un poco apartado para que haya venido a charlar sin más.

—He venido a darles un donativo para su causa.

—Lo siento mucho, pero no aceptamos cheques —dijo DeJean con una sonrisita burlona.

—Mande a uno de sus chicos a mi camioneta. Hay un par de maletas en el asiento del pasajero. Que las traiga.

—Pritchard, Samson, id por las maletas —ordenó DeJean. Dos de los hombres que estaban junto a la mesa grande de contrachapado se dirigieron a la puerta. A los dos minutos volvieron con una maleta cada uno.

—Ponedlas en la mesa —dijo Tritt. Se llevó la mano al bolsillo y arrojó hacia DeJean un llavero con unas llaves pequeñas. Este intentó cazarlas al vuelo con una mano, pero cayeron a sus pies. Uno de sus aprendices se agachó a recogerlas y se las entregó. Los hombres dejaron las maletas sobre la mesa. DeJean les dio orden de apartarse.

Tras dirigir una larga mirada a Tritt, DeJean metió las llaves en las cerraduras de las grandes maletas verdes. Levantó las tapas. Cada maleta contenía centenares de paquetes de billetes de banco usados, envueltos al vacío en plástico transparente. DeJean procuró no poner cara de sorpresa, pero Tritt vio que le temblaban levemente las manos cuando tomó uno de los paquetes y lo sacó.

—Hum, esto es muy generoso por su parte, señor, hum... Barfield. ¿Le puedo preguntar de dónde procede?

—Esto no es exactamente un donativo, coronel DeJean. Es una compra. El Brazo Derecho de Maine ahora es mío, para disponer de él a voluntad. Sus hombres seguirán desde ahora mis órdenes, y solo mis órdenes. ¿Entendido?

—Debe de estar loco. Este es un movimiento político de base. ¡Esta es una causa!

—Tonterías.

DeJean volvió a contemplar la cantidad inmensa de dinero.

—Aquí hay un poco más de dos millones de dólares, todo en billetes indetectables.

—¿Por qué hace usted esto? —preguntó DeJean.

—El 11 de septiembre fue una llamada que hizo despertar a América —dijo Tritt, recitando el guion cuidadosamente redactado que le habían entregado, y que él se había aprendido de memoria. Un guion pensado para aliviar la conciencia de DeJean y para disculpar su avaricia—. Pero ya han pasado casi diez años, y este gran país ha caído una vez más en su sueño complaciente. Ya es hora de que saquemos a América de su sueño peligroso. Los hombres del Brazo Derecho de Maine pueden ser los que lo consigan.

—¿Cómo? —preguntó DeJean.

—Haciendo exactamente lo que yo les diga —dijo Tritt. Observó a DeJean, que miraba fijamente las maletas. Casi veía girar los engranajes de la cabeza del viejo. Aquellas maletas eran un sueño imposible, y DeJean había vivido en el mundo de los sueños imposibles durante buena parte de su vida adulta. El Brazo Derecho de Maine y él eran la solución ideal para lo que debía venir.

DeJean se puso firme con porte marcial.

—Señor Barfield, el Brazo Derecho de Maine está a sus órdenes. Que Dios bendiga su empresa, y que Dios bendiga a América.

MIKE Harris, director de operaciones adjunto de la CIA, estaba sentado en el búnquer oscuro de la Estación de Control Terrestre Predator, de la Seguridad Nacional. El búnquer era una casamata sin ventanas, semienterrada, al borde de la base aérea de Grand Forks, cerca de la población del mismo nombre en Dakota del Norte. La sala de control estaba separada de los puestos de los pilotos, que estaban más abajo, por una mampara de vidrio. Aquel día volaban tres drones, uno sobre la frontera de la Columbia Británica canadiense con los estados de Washington, Idaho y Montana, buscando a «mochileros» que traían cargas de marihuana; otro que montaba guardia sobre los Grandes Lagos siguiendo una pauta regular, desde Duluth, a orillas del lago Superior, hasta Rochester, en el lago Ontario; y un tercero que volaba en círculos a trece mil quinientos metros de altura sobre la población de Winter Falls, en el estado de Nuevo Hampshire. A aquella altura, los aviones sin piloto, de color gris azulado, eran invisibles para el ojo humano, incluso con prismáticos. Eran demasiado pequeños para apreciarse en el radar; funcionaban con turbopropulsores para que no los pudieran seguir los misiles guiados por el calor, y no eran de aluminio sino de fibra de carbono, para que fueran más indetectables todavía.

El general Angus Scott Matoon estaba sentado con Harris en la sala de control superior, fumándose un puro y observando las pantallas de la consola que tenían ante ellos, que indicaban las posiciones de los pilotos. El comandante Neville, su asistente, le había pasado un informe aquella misma mañana, y Matoon estaba satisfecho. El incendio en la pradera se había extinguido gracias a un accidente de montañismo en un parque estatal de los montes Catoctin. Apenas había aparecido un suelto en las últimas páginas de los periódicos de Washington, y las televisiones no habían cubierto el incidente en absoluto, salvo una breve información en el Canal 4.

—¿Cazan algo alguna vez? —preguntó Harris—. Yo los he visto servir de cazadores-ejecutores en Pakistán y en Afganistán, pero esa es otra guerra.

—Solo atrapan a algunos contrabandistas en el oeste. La mayoría de los terroristas se sienten incómodos en esos entornos. A los del turbante no les va mucho acampar en el bosque.

Harris suspiró. Matoon se ceñía a todos los tópicos; pero el general grueso y áspero era el hombre de la Sinclair, por lo que a él no le quedaba nada que opinar al respecto, en realidad.

—Hemos detectado a uno o dos sospechosos que venían atravesando los lagos, pero lo que hay por ahí es sobre todo contrabando de tabaco. Los moritos tampoco tienen mucha experiencia con el agua. Yo diría que todos son tirando a vagos. Van en

avión a Canadá, país de tontos donde dejan entrar a todo el mundo, y luego intentan entrar en los Estados Unidos también en avión. Así vinieron los árabes del 11 de septiembre. Tenían que saber que a cualquier tipo morenito que se llama Yusuf o Ahmed o algo así lo van a sacar de la fila. Los que son tontos del todo intentan venir en autobús, para ahorrar. Hay unos cinco mil kilómetros de frontera abierta que podían cruzar a pie con toda seguridad y con una bomba atómica a cuestas; pero ellos siempre lo hacen de la manera más difícil.

Los terroristas del 11 de septiembre no habían entrado en el país desde Canadá, a pesar del mito. Entraron por Nueva York, Los Ángeles y Miami, con documentación estadounidense; pero aquello era lo de menos. Harris podía jugar con el *joystick* que estaba a la izquierda de la pantalla y acercar la imagen y subir y bajar el encuadre como con cualquier cámara de cine, con completa independencia del operador del piso inferior. Matoon lo veía jugar con una sonrisa en su rostro de pesadas quijadas.

—Mi nieto juega a Avatar con un palo como este; hace que la gente vuele, que disparen las pistolas, que se mueva la gente. Yo no lo entiendo. El chico tiene ocho años, y seguramente podría dirigir un aparato de estos mejor que los tipos que están ahí, en los controles.

—¿Cuántos habitantes hay en el pueblo? —preguntó Harris, mirando la pantalla. Iba volando de un lado a otro como Peter Pan, al nivel de los tejados. Aquello casi producía vértigo. Veía las cabezas de las personas que caminaban despacio por las aceras con ropa de invierno. Un coche de policía circulaba por la calle principal.

—Unos dos mil en esta época del año.

—¿Qué daños colaterales espera?

—No sabría decirle —dijo Matoon, haciendo un anillo con el humo del puro—. Supongo que altos. La idea es hacer que todo un país se cague de miedo, no solo decirles que viene el lobo.

—¿Cuántos policías hay en Winter Falls?

—Ocho de servicio en cualquier momento dado. Los turnos de guardia son de doce horas; por tanto, hay dieciocho agentes en activo. Ocho están de patrulla en cada guardia. Sabemos dónde viven todos los agentes que no están de servicio. Lo primero que hará será ocuparse de ellos.

—¿Y el *sheriff* del condado?

—A diecisiete kilómetros. No es problema. Hay dos carreteras de acceso a la población. Si se actúa cuando el tiempo meteorológico es el adecuado, están aislados.

—Entonces, ¿la cosa va adelante?

—¿Tiene usted dudas?

—No, la verdad es que no —dijo el hombre de la CIA.

—Claro que las tiene. Cualquiera se pensaría dos veces lo que estamos haciendo. Este es el gran momento. Si hacemos esto, salvamos al país. Nuestro presidente es un cobardica —exclamó el general con un bufido de desprecio—. América se va a la porra. No podemos consentirlo. Tenemos que tener una mano fuerte en la Casa

Blanca.

—Esto se parece mucho a un golpe de Estado —dijo Harris—. Y estamos hablando de muchas bajas.

—¿Cuánta gente murió el 11 de septiembre? —preguntó Matoon.

—Dos mil ochocientas personas —respondió Harris.

—Pues aquí, más o menos las mismas.

—Usted sabe que esto es distinto.

—¿Por qué? ¿Porque lo va a hacer su equipo? No sea estúpido. En la guerra siempre hay bajas civiles. Son inevitables, con independencia de cómo se produzcan.

Harris miraba fijamente el monitor. Veía a gente que pescaba en agujeros en la superficie del lago helado; unos chicos que hacían un muñeco de nieve en un prado. Estudiantes del colegio Abbey que jugaban al *hockey* sobre hielo. Había leído los informes, se había estudiado los dossiers, conocía el pueblo al dedillo aunque no lo había pisado nunca.

—Se da cuenta de que si lo detenemos y «descubrimos» el complot en el último momento, seremos héroes.

—Claro —dijo Matoon con una sonrisa—. El presi pondría una medalla al jefe de usted; pero no se conseguiría ni mucho menos la impresión que producirá si seguimos adelante. —El general se inclinó hacia Harris y le dio una palmadita en el hombro—. Como dijo otro presidente, «hay que mantener el rumbo», señor Harris. Hacemos esto para que América sea grande otra vez.

—¿Estás seguro de que esto dará resultado? —preguntó Peggy. Iban, una vez más, en un coche de alquiler. Este lo habían tomado en el aeropuerto internacional Trudeau de Montreal, después de llegar de Zurich. Holliday iba al volante y llevaba el gran Ford Explorer por la autopista de ocho carriles nevada. Habían salido de Montreal hacía más de una hora y se dirigían al oeste; el río San Lorenzo transcurría a cuatrocientos metros a su izquierda. Aquello bien podía ser la Antártida. Solo eran las dos de la tarde, pero iban con todas las luces puestas, incluidos los faros antiniebla halógenos.

—No tenemos otra posibilidad —repuso Holliday—. La Seguridad Nacional tendrá fichados nuestros pasaportes, nuestras huellas y nuestras fotos. Si intentamos entrar en avión nos detectarán en diez segundos. En todos los puestos fronterizos tendrán nuestros nombres en los ordenadores. Por eso he alquilado el Explorer en una empresa local pequeña. No tienen sucursales en los Estados Unidos, de modo que los Hombres de Negro no tendrán acceso a sus datos.

—¿No podíamos habernos quedado en Montreal hasta que aclarara el tiempo?

—A Harry le gusta precisamente este tiempo para este tipo de cosas —dijo Holliday, mirando el cuentakilómetros. El vehículo ya había recorrido casi doscientos mil, y tenía siete años. Los limpiaparabrisas solo funcionaban en la posición intermitente, y la única calefacción era la del antivaho del parabrisas. Tanto Holliday

como Peggy se habían comprado plumíferos de esquí y botas de invierno en la pequeña población contigua al aeropuerto; pero, a pesar de ir tan abrigada, a Peggy le castañeteaban los dientes.

—Ya casi hemos llegado —dijo Holliday. Entre los limpiaparabrisas que avanzaban a saltos y movían el aguanieve de un lado a otro vio un letrero que anunciaba la salida de la carretera de MacEwan Boundry, y desvió el Explorer hacia el carril de la derecha poco a poco y con cuidado. Aunque en la autopista apenas había tráfico, y a pesar de que el vehículo tenía tracción a las cuatro ruedas, un movimiento en falso podía provocar un accidente. Llegaron a la salida y Holliday redujo la velocidad todavía más, tomó la rampa en raqueta y pasaron por el paso elevado que transcurría sobre la autopista que acababan de dejar. Holliday siguió adelante despacio por una carretera asfaltada de un carril en cada sentido y que estaba absolutamente blanca.

—Esto es una verdadera ventisca —dijo Peggy, nerviosa.

—Esto es Canadá en invierno —dijo Holliday.

—Así podemos matarnos —dijo Peggy—. ¿Por qué tenemos que vernos con ese amigo tuyo en un Subway en un lugar perdido? Y, ¿quién es, exactamente, ese tal Harry tan misterioso?

—Es un indio mohawk.

—¿Y qué?

—Estuvimos juntos en los Rangers. Cuando se retiró, volvió a la reserva india, sentó cabeza, abrió un negocio, se casó, tuvo dos hijos... todas esas cosas.

—¿Es canadiense o estadounidense?

—Las dos cosas. La reserva se extiende a ambos lados del río, y tiene derecho a ambas nacionalidades. Como le gusta la pelea, se alistó en los Rangers.

—Eso todavía no explica por qué tenemos que reunirnos con él en un Subway en plena ventisca.

Holliday se rio.

—Es que le encantan los bocadillos Subs. Era de lo que más hablaba cuando estábamos en campaña. De los Subs de albóndigas. En cuanto ahorró lo suficiente, se compró una franquicia y abrió un Subway.

—¿Y qué tiene que ver eso con nuestra actual situación apurada?

—También abrió un pequeño negocio de construcción de barcas para los pescadores locales, y además vendía motores fueraborda.

—¿Y?

—En invierno, vende motos de nieve.

—¿Por qué empiezo a tener una sensación de que nos hundimos? —dijo Peggy.

Entre los remolinos de nieve apareció el conocido letrero negro y amarillo de una bocadillería Subway. Holliday entró con el coche en el aparcamiento, que habían limpiado de nieve hacía poco. Al fondo del aparcamiento se veía un Land Rover Defender de aspecto nuevo, que tenía montado delante un accesorio de quitanieves.

—Bonito coche —comentó Peggy—. No me figuraba que los Subs de albóndigas y de pavo pudieran dar tanto dinero.

—Harry tiene otras fuentes de ingresos —dijo Holliday. Se apeó del Explorer y se abrió camino por la nieve hasta la entrada bien iluminada del Subway. Peggy lo siguió a disgusto entre el frío.

El interior de la bocadillería estaba bien iluminado y caldeado. Tras el mostrador largo y alto había dos hombres. Uno era un adolescente con la boca torcida en una mueca constante de burla propia de su edad rebelde, y con gruesas mejillas que le hacían la cara seria y cuadrada. Llevaba un sombrero de papel y estaba fumándose un cigarrillo. El otro hombre era cincuentón, de rostro severo, con pelo largo recogido en una coleta. Tenía cuerpo de practicante de lucha libre, y llevaba un sombrero de papel ridículo como el del chico. Estaba sentado en un taburete y leía un ejemplar del periódico *Cornwall Standard Freeholder*. Cuando vio a Holliday se puso de pie de un salto.

—¡Un Ojo! —exclamó, sonriendo. Cruzó la sala y dio unas palmadas en la espalda a Holliday. A continuación, los dos hombres se dieron un complicado apretón de manos ritual.

—Parecen dos vejestorios en una reunión masónica. —Gruñó el adolescente, frunciendo el ceño y haciendo una mueca, todo a la vez.

El hombre de la coleta se apartó de Holliday y dedicó a Peggy una larga mirada apreciativa.

—Tú debes de ser Peggy —dijo por fin, con una sonrisa más ancha todavía. Tenía dos colmillos de oro, que le daban aspecto de vampiro rico—. Soy Harry Luna Manta. —Señaló con un pulgar hacia el chico de gruesas mejillas—. Ese bobo es mi sobrino estadounidense, Kai-entaronk-wen.

—Quiere decir que me llamo Billy Dos Ríos —dijo el joven. Se volvió hacia su tío, sin perder la mueca—. Que te jodan, Jefe Lleva Dependé.

—Qué boquita tiene —dijo Harry con orgullo—. Tiene a quien salir.

—Jipi. —Gruñó Billy.

—¿Estás preparado, Un Ojo? —dijo Harry, volviendo a dirigirse a Holliday.

—Creía que íbamos a esperar a que cayera la noche. Sin luna, y todas esas cosas.

—Ahora es mejor —dijo Harry. Tomó de un perchero una parka con capucha y forrada de piel por el interior y se la puso—. Por las noches pasan helicópteros con focos. Con este tiempo son sordos, ciegos y mudos. —Señaló al techo—. Ni siquiera los grandes ojos del cielo ven nada.

Salió de detrás del mostrador y se volvió hacia Billy para darle instrucciones.

—Si viene algún cliente, dales los Subs a mitad de precio. Los Subs de albóndigas en oferta especial, dos por el precio de uno.

—El que salga de casa con este tiempo para comprarse un Sub debe de estar loco de atar —replicó Billy.

—Tú vigila la tienda, chico.

—*Onen*, tío. Buena suerte —dijo Billy.

—*Onen* y *Niá-wen*, sobrino.

Luna Manta tomó a Peggy del hombro.

—Iremos en el Rover —dijo—. Ve tú delante, cariño. Nada como llevar a tu lado a una chica guapa para que te dé buena suerte.

Salieron todos al exterior.

—¿Dónde vamos?

—A un lugar donde los adoquines de las calles son de oro, querida... De veinticuatro quilates.

EL jefe de policía Randy Lockwood, sentado en la barra del restaurante de Gorman, dio un bocado a su sándwich Denver. Pasaba con mucho de la hora de almorzar; pero aquella mañana se había producido en el instituto de secundaria una pequeña redada de drogas, y el papeleo lo había tenido entretenido hasta bien entrada la tarde.

Una cosa era una bolsita de hierba de cuatro cuartos que se colaba desde Quebec, al otro lado de la frontera (él mismo había fumado e inhalado más de lo que le tocaba, allá en los sesenta) pero la cocaína era otra cosa muy distinta.

El registro de la taquilla se debía a un soplo anónimo, lo que quería decir que un alumno había delatado a otro. Cuando el jefe se había dispuesto a abrir la taquilla en cuestión, el propietario de esta, Tommy Horrigan, había puesto tierra de por medio. Lo peor era que el chico había cumplido los dieciocho la semana anterior, por lo que, cuando lo encontraran, lo juzgarían como adulto.

Lo que complicaba todavía más las cosas para Lockwood era que el padre del chico, Mark Horrigan, era presidente del club de campo y de golf Wolf Run, y propietario de la urbanización para retirados Wolf Run, que era una urbanización para personas mayores en el extremo norte de la población. Un capitoste local. No iba a ser agradable meterse con Horrigan. Este era un hombre muy pequeño, con el síndrome de ansias de grandeza que tienen a veces por compensación las personas pequeñas, y que disponía de demasiado dinero. Ya desde la escuela primaria había sido un cabroncete insoportable, y no había cambiado gran cosa desde entonces.

Lockwood miró la calle Mayor por el ventanal parcialmente empañado. Cualquier cosa que se moviera tendría que tener necesariamente tracción a las cuatro ruedas. Era otra de esas ventiscas infernales que nacen en alguna parte de la región ártica de Quebec sin motivo conocido. Puede que fuera alguno de los antiguos dioses indios que se vengaba de la llegada de los franceses en el siglo xvi. ¿Cómo había llamado a la región uno de aquellos primeros exploradores? La tierra que Dios dio a Caín. Y tanto.

—¿Por qué tiene que conocerse todo el mundo en este pueblo? —dijo Lockwood. Dejó el medio sándwich en el plato y tomó la taza de café.

—Es lo que pasa en los pueblos pequeños —dijo Reggie Waterman, secándose el garfio de acero en el delantal—. Todo el mundo sabe cuánto dinero tienes en el banco; todo el mundo se está tirando a tu mujer o se la ha tirado alguna vez, y todo el mundo sabe si tomas Viagra o no.

—Los pueblos pequeños dan asco —dijo Lockwood desde el otro lado del mostrador.

—Amén —dijo Waterman—. Hablando de lo cual, Terry Barnes, el de la tienda de piensos, dice que ayer fue por allí alguien que le compró trescientos cincuenta kilos de Incitec, ese abono. Terry dice que no había visto nunca a aquel tipo.

—¿Quién necesita trescientos cincuenta kilos de abono en pleno invierno? —preguntó Lockwood con repentino interés. El coche bomba de Oklahoma City había hundido el edificio Murrah con explosivos caseros elaborados a base de nitrato amónico y fueloil; pero, aunque habían pasado más de quince años, todavía no había aparecido ninguna legislación federal que controlara su compra. En un par de estados se exigía presentar un documento de identidad, pero nada más.

—¿Se identificó?

—Con un carné de conducir de Maine.

Aquello no servía para nada.

—¿Dijo para qué lo quería?

—Dijo que era de una plantación grande en invernaderos en Brunswick. Que se habían quedado sin abono.

Winter Falls estaba muy lejos de Brunswick. A unos cien kilómetros. Debía de poder comprarse abono más cerca.

—¿Qué invernaderos son esos?

—No lo dijo —respondió Waterman.

Irumpió en el local un grupo de chicos del colegio Abbey, con patines de hielo colgados de los hombros, y entró con ellos una bocanada de aire frío. Reggie salió de detrás del mostrador y les tomó nota de sus pedidos de hamburguesas con queso y patatas fritas con salsa de carne. Después, volvió y se puso a trabajar en la plancha. *Mecha* Lockwood dio otro bocado a su sándwich. Por muy mal tiempo que hiciera, tendría que pasarse por la tienda de Terry Barnes en cuanto hubiera terminado de comer. Por si acaso.

Entraron en un cobertizo destartado para botes; pero en vez de embarcaciones, sobre la superficie helada del agua había dos bultos cubiertos con sendas lonas. Una figura con aspecto de extraterrestre los estaba esperando allí; era más alto que Luna Manta y llevaba algo parecido a un casco de astronauta, y un traje hecho con tiras de tela colgantes.

—No veo el oro de veinticuatro quilates —comentó Peggy—. Aquí solo está el abominable hombre de las nieves.

—Es Brandon Botas Rojas, un amigo mío —explicó el mohawk.

La figura con el traje de camuflaje *ghillie* blanco asintió en silencio.

La ventisca hacía temblar las paredes y el techo como el soplido del Lobo Feroz. Luna Manta se acercó a una taquilla y sacó otros tres trajes de camuflaje *ghillie* de color blanco puro.

—Ponéoslos —dijo el mohawk.

—No me había vestido de yeti nunca —dijo Peggy mientras introducía las piernas en el traje de una pieza.

—Cuando yo era chico había un libro titulado *El saco de desaparecer* —dijo Luna Manta—. Estos son exactamente lo mismo.

—Qué calor —dijo Peggy, con voz que sonaba amortiguada desde dentro del traje.

—No por mucho tiempo —dijo el mohawk. Volvió a la taquilla y sacó tres cascos integrales GMAX para moto de nieve, también de color blanco puro. Holliday y Peggy se pusieron cada uno el suyo. Luna Manta bajó a la superficie de hielo y retiró las lonas que cubrían los dos bultos, dejando al descubierto un par de motos de nieve blancas.

—Artic Cat Z1 Turbo —dijo Luna Manta—. Las más rápidas que existen.

—¿Cómo de rápidas? —preguntó Peggy.

—Pueden alcanzar los ciento setenta en una buena superficie de hielo.

—Está de broma, ¿no?

—Solemos ir un poco más despacio porque llevamos cargas a rastras. A cien o ciento diez.

—¿Cargas?

—No me preguntes más y no tendré que mentirte —dijo Luna Manta—. Peggy, tú vendrás conmigo. Doc, ve tú con Brandon.

Peggy bajó al hielo resbaladizo y montó detrás de Harry, que iba a horcajadas en el asiento delantero. Brandon Botas Rojas ocupó el puesto del piloto de la segunda moto de nieve. Cuando pusieron en marcha los motores, Peggy se sorprendió de lo silenciosos que eran, y lo comentó en voz alta.

—Silenciadores dobles en los motores. Cadenas de transmisión y cajas de cambio silenciosas Polaris —le explicó Luna Manta.

—¿Cuánto vamos a tardar? —preguntó Holliday.

—En un día bueno, unos tres minutos —dijo el mohawk—. Son unos dos kilómetros y medio en total. Quinientos metros hasta la isla, que todavía está del lado canadiense; y después un kilómetro y medio hasta Punta Raquette, del lado estadounidense. Solo hay peligro en el primer minuto, de aquí a la isla. Desde la isla hasta Punta Raquette es territorio de los akwesasne. Los federales no pueden tocarnos.

—¿No hay policía tribal? —preguntó Peggy, a la que apenas se entendía, pues el casco le amortiguaba la voz.

Harry Luna Manta señaló al hombre silencioso que estaba sentado ante Holliday.

—Os presento a Brandon Botas Rojas, jefe de la policía tribal de los akwesasne.

Se rio, dio gas al motor y salió a toda velocidad por el portón abierto del antiguo cobertizo para botes. Botas Rojas lo siguió sin decir palabra con la segunda moto de nieve entre la nieve arremolinada.

El viento rugía por todas partes mientras se deslizaban a toda velocidad sobre el

brazo congelado del río. El frío iba adentrándose en el traje de Peggy, y después le atravesó el plumífero. A los treinta segundos se estaba congelando y le castañeteaban los dientes dentro del casco. De pronto vio de reojo una sombra que corría junto a ellos, a unos cuarenta metros o poco más. No habría visto nada si no hubiera sido porque la otra moto de nieve era de color amarillo brillante y tenía montada en un poste una sirena luminosa que lanzaba destellos azules y rojos. Se iba acercando a ellos poco a poco. Por delante de ella, Harry Luna Manta soltó un chillido agudo, seguido de una sarta de palabras incomprensibles que Peggy supuso que serían maldiciones en mohawk. Volvió la cabeza y vio a su derecha una segunda luz azul y roja.

—¿Quiénes son? —preguntó Peggy, chillando a un lado del casco del mohawk.

—¡La Montada! —gritó Harry a su vez—. ¡El río es propiedad federal! ¡Agárrate!

El mohawk dio gas, y la moto aceleró con un tirón que estuvo a punto de hacer caer a Peggy de espaldas. Los destellos se acercaban más. Peggy recordó por un momento una imagen de una película antigua en la que un policía montado cantaba a caballo; pero ella sabía que los policías de allí no cantarían. Apareció ante ellos una rampa de nieve densa, en ángulo.

Harry llegó a la rampa a toda velocidad, seguido a corta distancia de Botas Rojas con Holliday. Aparecieron árboles en la parte superior de la rampa, y Peggy comprendió que estaban de nuevo en tierra firme. Manta Luna desaceleró casi inmediatamente y redujo la velocidad. Cien metros más adelante, se detuvo en una hondonada, y esperó a que lo alcanzara Botas Rojas.

—Panthers viejas. —Gruñó Botas Rojas, que hablaba por primera vez, con el rostro invisible tras la visera del casco.

—¿De qué habla, y por qué nos hemos detenido? —preguntó Peggy con impaciencia, volviendo la cabeza en busca de los destellos rojos y azules reveladores. Solo se veía la nieve impulsada por el viento—. ¿Dónde está la policía montada?

—Esta es la isla Cornwall —dijo alegremente Manta Luna, sentado delante de ella—. Tierra de la tribu Akwesasne. Los Montados no pueden pisarla sin pedirnos permiso, y no es fácil que Brandon se lo dé en las circunstancias actuales.

Botas Rojas se rio levemente y se puso a cantar en voz baja y gutural: «*Teiohonwa:ka ne'ni akhonwe:ia Kon'tatieshon iohnekotatie Wakkawehatie wakkawehatie*».

—¿Qué dice? —preguntó Peggy.

—Es su canción favorita, y habla de que va remando en su canoa. La canta siempre que burla a los Sombreros Planos.

—¿A los Sombreros Planos?

—A los Casacas Rojas, a la policía montada del Canadá —explicó Manta Luna.

—¿Cómo sabían que estaríamos aquí? —preguntó Holliday, muy serio.

—Billy los llamó por teléfono y se lo dijo. Es el confidente oficial de la tribu.

—¿Tu sobrino?

—Claro. Los akwesasne salimos adelante gracias al contrabando de tabaco. Hasta tenemos nuestras plantaciones de tabaco propias. Nos lo permite el tratado de hace cosa de doscientos años. A veces baja por aquí gente maleante de Montreal, de bandas de moteros en su mayoría, que intentan meterse en nuestro negocio. Entonces, Billy da el soplo a la policía. Así se gana unos dólares. Ahora que estudia en la universidad, necesita la pasta.

—¿Lo ha hecho a propósito? —preguntó Peggy.

—Claro. Se lo dije yo. Nosotros llevábamos Z1 Turbos. Los Sombreros Planos tienen Panthers 440 viejas. Puede que nos hubieran alcanzado si hubiésemos llevado a rastras cargas de pitillos; pero no con solo un pasajero cada uno. No tenían nada que hacer.

—Me he llevado un susto de muerte —dijo Holliday.

—Hablando de lo cual, ¿podemos llegar pronto a nuestro destino, sea donde sea? —dijo Peggy—. Tengo que hacer pis.

Morrie Adler, sentado en uno de los sofás del despacho oval, esperaba a que el presidente se tranquilizara. Al otro lado de las altas ventanas con cristales antibalas la vista era de postal invernal. Todo estaba cubierto de un manto de nieve.

—¡No lo haré! —decía el presidente con enfado. Había sido fumador en secreto hasta que una revisión médica secreta le había dejado bien claro que más le valía dejar de fumar en secreto, y él lo había hecho así; pero los efectos secundarios de la abstinencia de la nicotina lo habían vuelto muy irritable, en secreto. A Morrie se le ocurrió pensar que podían declararse guerras, o intensificarse, solo por el estado físico del presidente de turno. No le cabía duda de que Roosevelt podría haber obtenido mejores resultados en la Conferencia de Potsdam si se hubiera encontrado mejor; y aunque a nadie le gustara reconocerlo, durante los dos últimos años de la presidencia de Ronald Reagan, había sido el equipo de este quien había dirigido la Casa Blanca y el país.

—Están poniendo un parche —dijo Adler—. Nada más.

—No están poniendo un parche; están interpretando las encuestas —dijo el presidente.

—Sinclair es el gran favorito para el cargo —dijo Adler, encogiéndose de hombros—. Ya has retrasado demasiado el nombramiento de un vicepresidente, Kemo Sabe. Elige tú, o haz lo que quiere el partido, pero hazlo ya.

—Quieres decir que haga lo que quiere esa psicópata de Kate Sinclair —bufó el presidente—. Según tengo entendido, ya lleva dos semanas zorreando por todo Washington, besando culos a unos, recordando favores a otros, y haciendo chantaje a los restantes.

—Y también es lo que quiere el país —dijo Adler—. Desde que estuvo en este despacho Ya-sabes-quién, la nación está polarizada y no hay punto medio. Ya no

puedes ir por esa cuerda floja. Si el pueblo quiere cañones y mantequilla, tienes que darle cañones y mantequilla.

—Lo pensaré —dijo el presidente.

—Piensa de prisa —dijo Adler—. Se agota el tiempo.

BEDFORD Mills, en el estado de Virginia, era el prototipo del pueblo de la región occidental de Virginia. La calle mayor se llamaba calle Mayor; las iglesias tenían agujas de color blanco como la nieve, y el juzgado de ladrillos rojos, en el centro del pueblo, tenía una cúpula blanca y una campana que en tiempos servía para llamar a los bomberos voluntarios.

Bedford Mills tenía algo más de cinco mil habitantes, y más de las dos terceras partes de los varones adultos tenían rifles. Casi otros tantos tenían pistolas y revólveres, y la mitad tenían cañas de pescar para practicar la pesca de truchas con mosca en los arroyos fríos y límpidos que desembocaban en el lago White Mountain. En Bedford Mills no había familias latinas, y solo había un porcentaje muy pequeño de afroamericanos. Solo había una familia de origen chino, Ross y Katie Wong y sus hijos, pero eran estadounidenses de cuarta generación.

La empresa que daba más puestos de trabajo en el pueblo era Camiones Savage, que construía por encargo camiones cisterna para agua y para leche, volquetes y camiones de basura. Otra empresa importante era la destilería Wolf Ridge, que elaboraba diversos licores especiales, el más popular de los cuales era el *bourbon* Stonewall de doce Años. En conjunto, era un terreno donde el senador Richard Pierce Sinclair podía organizar con tranquilidad un mitin en el ayuntamiento para hablar de la amenaza inminente del terrorismo doméstico en los Estados Unidos.

El ayuntamiento estaba situado en la calle South Tower, al otro lado de las vías del antiguo ferrocarril Norfolk and Western. Estaba a pocos minutos a pie de la antigua estación de tren, que era ahora un restaurante familiar en cuyo menú figuraban platos con nombres simpáticos, como Línea Principal, Depósitos de Agua y Furgón de Cola.

En tiempos, el ayuntamiento había servido de sede al grupo de Bedford Mills del Ku Klux Klan. Durante la Guerra Civil sirvió brevemente de cuartel general al general Stonewall Jackson, y acabó siendo la logia de los masones locales. La masonería fue desapareciendo en la comarca, y el edificio terminó sirviendo de centro recreativo de su última encarnación, los Caballeros de Pythias.

Por mucho que lo intentaron, los pythianos no fueron capaces de frenar el lento deterioro de aquel edificio de ciento cincuenta años de antigüedad, y este fue rescatado por la Sociedad Histórica de Bedford Mills, que lo compró por un dólar, lo restauró hasta devolverle su esplendor primitivo, y lo cedió al pueblo. La planta baja era ahora la biblioteca municipal, y el salón de actos y el teatrillo del segundo piso se empleaban a veces en producciones teatrales locales, para actos de entrega de premios de las asociaciones locales de servicio a la comunidad, y para otros actos

exactamente iguales al que iba a tener lugar aquella noche.

Los camerinos originales estaban detrás del escenario, y por algún motivo desconocido se habían redecorado al estilo de los tiempos del vodevil. Había carteles de Fanny Brice por todas partes, y un par de ellos del Moulin Rouge. En cada uno de los tres camerinos había un sofá pequeño, una butaca giratoria para maquillaje y un espejo que cubría toda la pared.

Kate Pierce había elegido el camerino central y esperaba sentada en el sofá mientras Chelsea, la maquilladora y peluquera que habían contratado, daba a su hijo más aspecto de senador del que tenía. Le puso en las sienes brillo que aparentaba canas, y patas de gallo en los ojos para darle aspecto de sabiduría; y después le ayudó a ponerse las lentes de contacto grises que daban más dignidad a sus ojos de color azul desvaído.

Como último toque, la madre de Sinclair entregó a este un par de gafas de cerca de media montura, de estilo muy moderno y de color rojo cereza, para que se las sacara del bolsillo y se las pusiera cuando leyera o aparentara leer algo, a pesar de que el senador, a sus cuarenta y seis años, tenía una vista perfecta. Cuando Kate quedó satisfecha con el aspecto de su hijo, dio cien dólares a la maquilladora y peluquera e hizo que se marchara.

—¿Es necesario todo esto de verdad, mamá?

—Está la televisión, querido —respondió la anciana—. Si Nixon se hubiera pintado un poco aquella noche, en Chicago, las cosas podían haber sido muy distintas.

—¿La local?

—Las grandes cadenas, la de cable, los blogueros, el *New York Times*. La Fox, que quiere sangre. El mensaje empieza a calar, querido, tal como yo me figuraba.

—Todavía no tengo claro todo esto, mamá —dijo el senador, con gesto de preocupación en la cara perfectamente maquillada—. Después de que han asesinado al papa y de la muerte del vicepresidente... Ha habido mucha violencia. Me parece que no debo dar la impresión de que recomiendo que haya más.

—No es que la recomiendes, querido; adviertes de ella. Nuestras fronteras son unos coladeros; la economía está por los suelos, los pobres y los sin techo ya no pueden más. Vamos camino de un brote de violencia de las bases populares, que se extenderá por el país como un reguero de pólvora si no hacemos algo al respecto, y pronto.

Como era la propia Kate Sinclair la que redactaba los discursos de su hijo, no era de extrañar que fuese capaz de citar pasajes enteros de los mismos.

—Eso es como pedir una ley marcial. Una dictadura —alegó el senador.

—No pedimos ni lo uno ni lo otro. Lo que pedimos es la América fuerte de antaño. Más seguridad. Vigilancia. Poder localizar a nuestros enemigos y destruirlos antes de que ellos nos hagan otro tanto a nosotros.

—Qué te parece algo así —propuso el senador, adoptando el timbre de voz

senatorial—. Guantánamo fue un fracaso porque no nos anexionamos toda la isla en la guerra contra España, y porque Kennedy no tuvo el valor de invadirla como es debido cuando el desembarco en la bahía de Cochinos en el sesenta y uno. En cuanto a los japoneses, ya hace casi setenta años de lo de Pearl Harbor. Es agua pasada, como también lo son los campamentos de internamiento. Si un periodista o alguien así pregunta por sitios como el campo de internamiento de Manzanar, replicamos con el de Changi, en Singapur.

—Excelente —dijo Kate Sinclair, con una gran sonrisa.

—¿Cuándo está planificado que pase? —preguntó el senador.

—Es mejor que tú no lo sepas con exactitud, querido. Quedará más natural.

—¿Ese hombre sabe lo que tiene que hacer?

—Es el mejor —aseguró al senador su madre.

—¿Y cuando pase?

—Haz tu papel —dijo Kate Sinclair—. *Sic semper tyrannis*, pero con final feliz.

En el auditorio había ciento cincuenta localidades de asiento, y bajo la galería cabían sesenta más de pie. La galería misma se había ido convirtiendo con el tiempo en almacén de viejos trajes y accesorios teatrales, ya que la sala ya no se empleaba casi nunca para funciones de teatro, pues desde que había cerrado el cine Montain View, la sala de este había pasado a ser sede de la compañía de teatro de aficionados de Bedford.

El auditorio estaba lleno a rebosar aquella noche, sobre todo de público local, pero también había periodistas y cámaras de todas las cadenas de televisión y periódicos nacionales. En el breve plazo que había transcurrido desde el asesinato del papa y la muerte del vicepresidente, el senador Richard Pierce Sinclair había pasado de ser un senador reciente, poco conocido aunque físicamente apuesto, con un discurso estridente que casi nunca saltaba a las noticias, a ser un experto citado por la CNN siempre que se hablaba de terrorismo. Era invitado habitual en programas de todo tipo, desde *Meet the Press* hasta los programas de radio y televisión de Glenn Beck, y «autor» de un libro de próxima aparición que llevaría el título de *El terror en América*, cuya publicación ya había anunciado la editorial Regnery Publishing, la más destacada del país en temas de tendencia conservadora.

Aquel sería el octavo mitin que daría el senador Sinclair en un ayuntamiento, y el que tendría mayor cobertura por parte de la prensa nacional. Cuando lo habían entrevistado en el programa de Larry King, la semana anterior, este le había comentado que en los últimos días el senador daba la impresión de estar postulándose para la presidencia. Él había respondido con una sonrisa agradable, luciendo su hermosa dentadura, y con la réplica que tenía perfectamente preparada: «Este año no, Larry. Ser senador le basta a cualquier estadounidense».

Como era habitual, se hacía cargo de la seguridad en el mitin la empresa Blackhawk Security, subsidiaria de la corporación principal de Kate Sinclair, versión moderna de la primitiva Crusader Pipe and Tile Corporation, que ahora se conocía

generalmente con el nombre de IPT International. En cada una de las cuatro entradas había una pareja de guardias armados, y en la entrada principal un arco detector de metales y otro guardia con un detector manual. Había cuatro guardias más cerca del escenario, y otros dos en el aparcamiento.

Los guardias iban vestidos a la manera de los agentes del Servicio Secreto, con sus insignias en las solapas y sus micrófonos de pulsera. No era por casualidad; Kate Sinclair sabía muy bien que en estos tiempos la presentación lo es todo, y los guardias al estilo del Servicio Secreto estaban en la línea del maquillaje que llevaba John Kennedy (y que no llevaba Richard Nixon) en el debate de 1960.

El senador Sinclair salió al escenario a las ocho y cuarto de la noche, con puntualidad absoluta. Tenía aspecto recogido, tocando un poco en humilde. Aquella noche, en vista de que el público era de un pueblo pequeño y eminentemente rural, llevaba unos zapatos viejos de cordones, pantalones vaqueros desgastados y una chaqueta marrón de *sport* sobre una camisa blanca sencilla de cuello abierto. No llevaba el anillo de la Universidad de Yale, y en vez de su Rolex President se había puesto un Timex Indiglo.

El color sano y rojizo que había dado a sus mejillas Chelsea, la maquilladora, le daba aspecto de persona que pasaba mucho tiempo al aire libre. El senador, que había estudiado en el colegio Exeter y en la Universidad de Yale, había perdido hacía mucho tiempo el acento de su Virginia natal; pero, como buen político, era capaz de reproducir a voluntad el deje sureño de su juventud. No le venía mal para ello la ayuda de un logopeda que le pagaba su madre todos los veranos.

Como de costumbre, el senador Sinclair abriría su intervención con un discurso enlatado que ya había pronunciado docenas de veces, sobre la amenaza del terrorismo doméstico. Estaba salpicado de frases que podrían reproducir las grandes cadenas de televisión; y si bien no llegaba a citar expresamente a los musulmanes estadounidenses de nacimiento como generadores de dicho terrorismo, en el discurso se decía sin falta que en los Estados Unidos había «nada menos que» cinco millones de musulmanes, que eran «un semillero» de extremismos políticos. El mensaje general era que la comunidad musulmana crecía a pasos agigantados, que estaba a punto de alcanzar numéricamente al cristianismo a nivel mundial y que no tardaría en superarlo a menos que se tomaran medidas urgentes.

Aunque solo se transmitía de manera subliminal, se adoptaba claramente una premisa, la de que Estados Unidos era una nación cristiana. Se decía en las monedas y billetes de curso legal; se decía en el Juramento de Lealtad, y también se decía en la Constitución de los Estados Unidos y en su Declaración de Independencia. Era un principio antiguo y muy americano: el que no es amigo mío, es mi enemigo por definición.

A las ocho y media exactas, mientras resonaban en el auditorio los ecos de los aplausos y de las aclamaciones, todas las cámaras presentes enmarcaban muy de cerca al senador que salía al escenario, con un leve aire de sentirse avergonzado ante

las alabanzas del público, o mostraban una vista general del público entusiasta que lo ovacionaba puesto en pie. El senador Sinclair se adelantó al centro del escenario y se instaló ante un atril sencillo para pronunciar su discurso.

Según el código de tiempo de la cinta de la CNN que se analizaría después hasta el agotamiento, eran exactamente las 8:31:30:09 cuando una persona del extremo derecho de la segunda fila se sacó de debajo de la chaqueta una pistola de aspecto extraño y gritó algo en árabe antes de disparar. La voz del hombre resonó firme y clara en el antiguo salón de techos altos.

—*Bismillâh ir-rahmân ir-rahîm! allâhu akbar! lâ ilâha illâ-llâh!*

La CNN de Atlanta apenas tardó cinco minutos en traducir las frases: «¡Por la gloria de Alá, el Misericordioso y el Compasivo! ¡Alá es grande! ¡Alá es el único dios verdadero!». Según el traductor, el dialecto era egipcio o sirio.

El senador Sinclair, completamente vulnerable tras el sencillo atril, cayó herido y se derrumbó en el suelo. El pistolero, que seguía gritando, corrió hacia la salida de incendios de la derecha del escenario. Un total de seis guardias de seguridad de Blackhawk dispararon al hombre, al que alcanzaron once veces en la cabeza, en el cuello y en el pecho. Antes de caer al suelo ya estaba muerto, esparciendo huesos, sangre y sesos por todas partes.

Doscientas treinta y dos personas presentes en el auditorio corrieron hacia las escaleras y hacia las salidas de emergencia. La primera que llegó junto al senador caído era su madre, que había estado viéndolo todo desde un lado del escenario.

Cayó de rodillas y tomó en brazos a su único hijo. El cámara de la CNN, que había sido de los muy pocos que se habían mantenido firmes en su puesto, captó perfectamente la imagen. También la recogió un fotógrafo independiente local llamado Patrick Henry Jefferson, que trabajaba sobre todo, aunque no exclusivamente, para el *Bedford Mills Bulletin*, desde un ángulo un poco distinto, aunque la diferencia era trascendental, pues sirvió para captar la mancha roja de sangre en la pechera de la camisa blanca como la nieve del senador, y la expresión perfecta de angustia y de amor maternal en la cara anciana, bella y aristocrática de Kate Sinclair.

A los tres minutos de los disparos, ya habían subido a YouTube una grabación y habían puesto un mensaje en Twitter, supuestamente del grupo Yihad al-Salibiyya, en los que este reivindicaba el atentado contra el senador y decía al mundo que, después de haber golpeado en el extranjero, llevaban la lucha y la causa a los Estados Unidos.

A la mañana siguiente, la foto de Jefferson apareció en todos los periódicos de los Estados Unidos, desde los más sensacionalistas hasta los más serios, incluso en la parte superior de la primera página del *New York Times*. Para Kate Sinclair, aquella publicidad no tenía precio.

Cuarenta y ocho horas después del suceso, el presidente, leyendo un guion que le había preparado precipitadamente Morrie Adler, anunció que había designado a Richard Pierce Sinclair para que ocupara la vicepresidencia de los Estados Unidos. A

finales de semana, el retrato de Sinclair figuraba en las portadas de las revistas *People* y *Time*. A los diez días, Patrick Henry Jefferson tenía un agente en Nueva York y algo más de medio millón de dólares en el banco.

—**E**STA es una idea malísima —dijo Peggy. Holliday y ella iban en la cabina de una camioneta vieja que les había prestado Harry Luna Manta dos días antes. La F150, vieja y destartalada, estaba aparcada al otro lado de la calle de un bungalow blanco y sencillo, en la calle West Federal, en Bedford Mills. Era una casa representativa de la mayoría de los hogares de aquella población de clase trabajadora del estado de Virginia: algo deteriorada, a falta de una mano de pintura, y en un solar de dos mil metros cuadrados cubierto de una capa fina de nieve vieja. En el jardín delantero había un flamenco rosa congelado, y en el terreno más amplio de atrás se apreciaban los caballones duros e irregulares de un huerto. Habían pegado a la casa, como si fuera una ocurrencia posterior, una pérgola con techo de fibra de vidrio para aparcar el coche. Bajo aquella cubierta de plástico ondulado verde había un Porsche Turbo S nuevecito de color negro azabache.

—Es la única idea que me queda —dijo Holliday. Se rascó la espesa barba incipiente de las mejillas y la barbilla, que era un primer intento de ocultar su identidad. Con el parche del ojo, tenía un aspecto bastante imponente—. No podemos volver a la casa de Georgetown; tú no puedes volverte con Raffi, y a mí no se me ocurre a quién más podemos acudir para que nos ayude. Tenemos que ingeniárnoslas por nuestros propios medios.

—¿De qué nos va a servir ese tipo? —preguntó Peggy—. Sigo sin entenderlo.

—Yo tampoco lo entiendo —repuso Doc—. Tiene algo de raro, como lo de Brennan, Philpot y todos los demás. Aquel tal Jefferson estaba allí. Puede que viera algo que a nosotros se nos pasó por alto. Vale la pena intentarlo.

—¿Y si se revuelve contra nosotros y nos delata?

—Entonces, nos quedaremos como estamos ahora mismo —dijo Holliday—. Fugitivos y sin tener dónde meternos.

La pistola con que habían disparado al que había sido nombrado poco después vicepresidente de los Estados Unidos era una Walther P22 semiautomática de cañón corto, que se había comprado de manera completamente legal en una armería local de Bedford Mills. El comprador había presentado documentos que lo identificaban como Theodore Douglas Trepanik, residente en Bockock, Virginia, que era un barrio extenso de casas prefabricadas y caravanas en las afueras de Lynchburg. Las investigaciones posteriores habían desvelado que Trepanik había trabajado como técnico en la empresa de aviación Falwell, en el cercano aeropuerto regional de Lynchburg.

Y resultó que Theodore Douglas Trepanik había fallecido diez meses antes, y que la casa prefabricada de Bockock donde vivía había sido desvalijada durante el funeral. Aunque su viuda, Annie Ruth Trepanik, había tomado la precaución de cancelar todas

las tarjetas de crédito de su difunto marido, no había observado que faltaban de su cartera su carné de conducir y su tarjeta de la Seguridad Social. La cartera estaba en su mesilla de noche, donde la había dejado él junto con sus llaves y sus gafas de cerca la noche en que lo mató un infarto de miocardio masivo.

Después del atentado, los investigadores del FBI y de la Seguridad Nacional descubrieron que el asesino había tomado una habitación en el motel Super 8 de Bedford Mills, empleando los documentos identificativos de Trepanik. Al registrar la habitación encontraron un pasaporte de Kuwait a nombre de Shamed Khalil Zubai, así como un pasaporte holandés a nombre de Ismael Aknikh. El pasaporte kuwaití tenía un sello de entrada en los Estados Unidos con fecha de cuatro meses antes, y en el pasaporte holandés se había registrado una entrada por el aeropuerto JFK de Nueva York de hacía solo dos semanas.

Partiendo de esta base, se supuso que el nombre que figuraba en el pasaporte kuwaití sería un alias, y que el hombre se llamaba verdaderamente Ismael Aknikh. Según las autoridades holandesas, Aknikh tenía treinta y dos años y había nacido en Ámsterdam de padres marroquíes inmigrantes. Sus padres habían muerto, y él no tenía más familia conocida en Ámsterdam ni en el resto de los Países Bajos. Aparte de esto, el asesino era un misterio, como también lo era el grupo que reivindicaba el atentado contra Sinclair así como el asesinato del papa, Yihad al-Salibiyya.

En Ismael Aknikh y en Yihad al-Salibiyya se cumplían las previsiones más funestas de Richard Sinclair: una organización terrorista musulmana centrada en los Estados Unidos; una lacra que se había pasado por alto hasta la noche del atentado.

El día después del atentado, en una conferencia de prensa que tuvo lugar en el hospital Walter Reed de Washington, Kate Sinclair afirmó sin rodeos que el atentado contra la vida de su hijo equivalía a una llamada a la acción. Ninguna agencia de inteligencia, antiterrorista ni de la policía federal, ni siquiera la Seguridad Nacional, había conseguido identificar al grupo Yihad al-Salibiyya ni la amenaza que constituía. Según la Sinclair, el atentado no era ni más ni menos que una primera entrega de cosas mucho peores que estaban por venir; era un toque a rebato para el pueblo estadounidense y para su Gobierno, anunciando que se estaba preparando un nuevo 11 de septiembre. Kate Sinclair concluyó con una advertencia ominosa de su cosecha: era casi seguro que el próximo atentado de Yihad al-Salibiyya tendría lugar antes de lo que se esperaba.

—¿Y si están vigilando a Jefferson? —preguntó Peggy, nerviosa.

—¿Dónde? —repuso Holliday alegremente—. La calle está vacía; las casas están a cien metros unas de otras, y por aquí no hay nadie. Hace un frío de mil demonios. Por aquí no hay donde esconderse; y, en todo caso, ¿por qué iba a querer nadie vigilar a un fotógrafo de prensa?

—Hasta ahora os ha perseguido la CIA, el Servicio Secreto, la policía italiana y la

policía montada del Canadá. ¿Por qué no nos iba a perseguir la policía local de Bedford Mills?

—Solo hay una manera de saberlo —dijo Holliday. Se subió la cremallera del plumífero y salió del coche. Peggy lo siguió, murmurando algo y emitiendo una nube de vapor con el aliento.

Holliday llegó a los escalones desvencijados de la entrada de la casa y subió al porche, no menos desvencijado. Tras las ventanas delanteras estaban echadas unas cortinas que parecían hechas con sábanas de *La guerra de las galaxias*: estaban cubiertas de imágenes minúsculas de C3PO y R2D2 que se repetían hasta el infinito. Echó una mirada al Porsche. Estaba tan nuevo que todavía se apreciaban restos de la pegatina del concesionario en la ventanilla del lado del pasajero. Había que reconocer a Jefferson el mérito de haberse rodeado de los signos externos propios de su nueva riqueza en un tiempo récord. Holliday llamó a la puerta.

Oía dentro de la casa un televisor a todo volumen; Cerebro explicaba a su amigo Pinky un nuevo plan para apoderarse del mundo. Al oír los dibujos animados de la serie *Animaniacs*, Holliday cayó en la cuenta de que era sábado. De pronto, abrió la puerta de un tirón un hombre que llevaba un pijama rojo y azul y que tenía en una mano una Pizza Pop a medio comer. Tenía un olor repugnante, y la salsa roja goteaba sobre la mano del hombre. Este tenía cuarenta y tantos años, cabello castaño ralo y la cara ovalada con marcas del acné de la adolescencia, y llevaba unas gafas gruesas con montura de alambre.

—¿Qué? —dijo el hombre.

—Quería hablar con usted del mitin en el ayuntamiento que cubrió hace unas noches.

—No me jodan —dijo el hombre—. Estoy viendo la televisión.

Intentó cerrar la puerta de un portazo; pero Holliday consiguió meter el pie.

—Es importante —dijo Holliday, intentando hablar con voz tranquila.

—¡Ya les he dicho que no me jodan! —dijo el hombre, empujando la puerta con todas sus fuerzas. Holliday metió la mano en el bolsillo del plumífero y sacó la vieja pistola Beretta Storm que le había prestado Brennan. Introdujo el grueso cañón por la ranura de la puerta y apuntó al tórax del hombre.

—Entre en la casa —dijo Holliday.

El hombre abrió mucho los ojos detrás de las lentes de sus gafas y alzó los brazos, apretando la Pizza Pop, cuyo relleno le cayó por la mano y por el brazo. Retrocedió a trompicones hacia el interior de la casa. Holliday lo siguió. Peggy entró en último lugar y cerró la puerta tras ella.

—¿Vienen a robarme?

—No.

—¿Quiénes son ustedes? Todo el dinero lo tengo en el banco.

—Ya le he dicho que no vengo a robarle.

—Entonces, ¿qué quieren?

Holliday suspiró. Vuelta a empezar.

—Queremos saber qué pasó en el mitin del ayuntamiento.

—¿Me puedo sentar?

—Por supuesto —asintió Holliday.

El cuarto de estar de Jefferson era una pocilga. Había periódicos dispersos por todas partes. Las mesas y las sillas estaban cubiertas de cajas y bolsas vacías de comida china para llevar y de *pizzas*, y el sofá largo de color dorado tenía el respaldo lleno de prendas de ropa arrugadas. El hombre se echó a la boca la corteza vacía de la Pizza Pop; se lamió la mayor parte del pringue de la mano y el brazo, y se limpió el resto con una camisa vieja que tomó del respaldo del sofá. Se sentó. En el televisor montado en la pared opuesta, que era enorme y de pantalla plana, con altavoces también enormes, sonaba a todo volumen la voz de Cerebro, que pronunciaba su expresión más célebre:

—«¿Estás pensando lo que yo estoy pensando, Pinky?».

—Apague eso —dijo Holliday, alzando la voz para hacerse oír por encima de las reflexiones siniestras del ratón calvo. Jefferson manipuló el mando a distancia, y la voz de Cerebro se cortó en plena reflexión.

—El mitin en el ayuntamiento —le recordó Holliday.

—Al senador le pegaron un tiro. El tiro le valió que lo nombraran vicepresidente. Tuvo suerte. Yo también tuve suerte.

—¿Cuántas fotos hizo?

—Muchas.

—¿Cuántas son muchas?

—Unas doscientas o así. Con la fotografía digital es fácil.

—¿Con qué cámara? —le preguntó Peggy.

—Una Nikon D90.

—¿Cómo estaba haciendo las fotos? ¿Una a una, o en vídeo?

Peggy sabía que la D90 era una de las pocas cámaras réflex de un solo objetivo capaces de captar una serie de imágenes tan compleja como un largometraje de cine. Ya se había usado para grabar más de un anuncio para televisión.

—Al principio iba foto a foto. De ambiente, ya saben: el público, retratos de algunos tipos importantes del pueblo, porque les gusta que les den importancia. Ya saben. Para el discurso, puse el vídeo. Así fue como capté tan bien la imagen, la del senador con su madre. Tomé ese fotograma aislado y fue el que vendí.

—¿Dónde está el resto?

—En mi ordenador.

—Tráigalo.

El ordenador resultó ser un Sony Vaio Z con un disco duro gigante, de trescientos ochenta y cinco gigas. Peggy apartó con repugnancia las diversas porquerías que se amontonaban en la mesa de café, ante el sofá, y las llevó a la cocina. Volvió al cabo de un momento con cara de susto.

—Eso es un campo de batalla —susurró a Holliday—. En la pila hay *vegetación*, y en el cajón de los cubiertos hay un nido de arañitas.

—Sí, y moscas de la fruta —dijo Jefferson, que captó el comentario—. También esas me dan problemas. No sé de dónde salen tantos condenados bichos —dijo, frunciendo el ceño—. Quizá debería llamar a un servicio de desinsectación, o algo así.

—Cómprase unas plantas carnívoras —murmuró Peggy.

—Enséñeme las imágenes —dijo Holliday.

Jefferson seleccionó un fichero y lo abrió. Empezó a pasar las fotos que había tomado. Las primeras decenas estaban hechas desde algún punto del aparcamiento del edificio, y mostraban la llegada de diversos individuos. No había nada de especial interés hasta que Jefferson había tomado posiciones, con otros fotógrafos, en lo que había sido antiguamente el foso de la orquesta. Desde ese punto había hecho varias panorámicas del público, y después había dirigido su atención al escenario, para cubrir la aparición del senador Sinclair y cuando este se había situado tras el atril.

—Vuelva atrás —dijo Peggy, que miraba por encima del hombro de Jefferson—. Cinco fotogramas atrás, o cosa así.

—Claro —dijo Jefferson, y fue pasando las imágenes hacia atrás.

—Ahí —dijo Peggy—; ese es su hombre.

En la foto se apreciaba a un hombre de treinta y pocos años, de rostro inexpresivo, blanco y sin barba. Llevaba pantalones chinos y un plumífero rojo de nailon a cuadros, y estaba sentado en el último asiento de la derecha, hacia la mitad del patio de butacas. No se parecía en nada al típico yihadista de ojos desencajados. Parecía que podía trabajar de cajero en una tienda de la cadena Piggly Wiggly, y Peggy así lo dijo.

—Es uno de esos locos de los que hablaba el senador —dijo Jefferson—. Y tenía mucha razón.

—Pase las fotos hacia adelante —dijo Holliday.

Jefferson hizo lo que le decían. Veinte fotogramas más tarde, Holliday le hizo detenerse.

—Este es el momento en que recibe el disparo.

En la fotografía, Sinclair estaba en plena pirueta en el sentido de las agujas del reloj, arrojado de espaldas tras el atril, casi impulsado hasta el suelo por el impacto. La cámara cambiaba de encuadre bruscamente, buscando al agresor entre el público, y volvía después al senador tendido en el suelo, que se llevaba la mano al hombro derecho.

—Hacia atrás, despacio —ordenó Holliday.

Jefferson repasó las imágenes hacia atrás hasta volver al momento en que Sinclair empezaba a girar y a caer.

—Quieto.

Jefferson dejó de pasar las fotos.

—Aquí está el problema —dijo Holliday—. Nuestro amigo, el árabe holandés, está sentado a la derecha del escenario. Como Sinclair estaba de frente al público, debería haberle dado en la izquierda, no en la derecha del cuerpo. Y si le hubiera tirado desde la derecha, la fuerza del impacto lo habría hecho girar en sentido opuesto a las agujas del reloj, no al contrario. Eso, aparte de que aquel hombre estaba sentado más abajo que el senador. La trayectoria de la bala debía haber sido ascendente, no descendente. El disparo lo habría levantado en el aire y hacia atrás, en vez de hacerlo caer.

—Todo esto me recuerda mucho a todos esos disparates conspiranoicos sobre el asesinato de Kennedy —dijo Jefferson con desprecio.

—Muchos de esos disparates, como usted los llama, no tienen respuesta lógica todavía —dijo Holliday.

—Entonces, ¿no fue Aknikh quien le disparó? —preguntó Peggy.

—No pudo ser él —respondió Holliday—. No cabe duda de que le dispararon desde arriba y desde la izquierda.

—La galería —dijo Jefferson.

—¿Qué galería?

—En el salón de actos del ayuntamiento hay una galería. Ahora la usan como almacén.

—Entonces, no le disparó él —dijo Peggy—. Todo ha sido un montaje.

—Eso parece —asintió Holliday—. ¿Quién más ha visto estas fotos? —preguntó, dirigiéndose a Jefferson.

—Se presentó un tipo del FBI que me dijo que tenía una orden judicial para confiscarlas como pruebas materiales. Me preguntó si tenía copias y yo le dije que no.

—¿Le mintió? —preguntó Peggy.

—Las fotos son mías, ¿no? —dijo Jefferson con indignación.

—Pueden costarle la vida —dijo Holliday—. Yo en su lugar me subiría a ese Porsche nuevo que tiene y me marcharía del pueblo echando humo.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada malo. Tengo mis derechos.

—Quizá escriban eso en su tumba —dijo Holliday—. Lo que pasa es que hay gente muy importante que ha hecho un montaje, y que sus fotos son un cabo suelto. Esa gente recorta los cabos sueltos como si tal cosa.

—Siga su consejo —dijo Peggy—. Haga las maletas y salga volando.

Cuando se alejaban en el coche, Holliday dijo a Peggy:

—Kate Sinclair tenía un guion preparado desde el primer momento. Primero, el papa, para que el vicepresidente fuera a Roma; después, matan al vicepresidente, y el hijo de la Sinclair representa el papel de mártir herido.

—Y ahora el vicepresidente es él —dijo Peggy.

—Conozco a Kate Sinclair en persona —dijo Holliday, muy serio—. No es persona que se tome tantas molestias para conformarse con un segundo puesto. Este

guion no ha terminado... todavía.

Cuando habían recorrido poco más de un kilómetro, los detuvo un coche patrulla de color rojo y dorado de la policía estatal de Virginia Occidental. Holliday se dispuso a lo inevitable: no llevaba más que su identificación personal, y no disponía de los papeles de la vieja camioneta. Cuando comprobaran su nombre en el ordenador, saltarían todas las alarmas.

Mientras se acercaba el policía, enfundado en su parka de uniforme, Holliday bajó la ventanilla. El agente se inclinó y miró dentro del coche. Tenía el rostro delgado, con rasgos angulosos, y unas gafas de sol reflectantes de estilo aviador le ocultaban los ojos.

—Buenas tardes —dijo el agente. Holliday vio por el rabillo del ojo bueno que la compañera del policía se acercaba por el lado de Peggy. Una agente femenina. La agente golpeó la ventanilla de Peggy con el nudillo del dedo índice. Peggy bajó la ventanilla.

—¿Hay algún problema? —preguntó Holliday.

—Ningún problema, coronel Holliday —dijo el agente. Levantó la mano y disparó a Holliday en el pecho con un taser X3. En el asiento del pasajero, Peggy ya sufría convulsiones. A los veinte segundos, los dos estaban inconscientes.

TERCERA PARTE

INTERLUDIO

SABÍA muy poco. Estaba en un lugar sin ventanas, completamente a oscuras y de hormigón. Él sabía que era hormigón porque sentía la superficie al tacto. Según sus cálculos, medía veinte pasos de largo y doce de ancho. No alcanzaba el techo con los brazos extendidos, lo que quería decir que tenía más de dos metros cuarenta de altura. En el centro del techo inalcanzable había un aparato de ventilación que se encendía y apagaba con regularidad. El aire era fresco, a unos veinte grados quizá. Frío, pero soportable. Había una única puerta, una hoja de metal que tenía pegada a la parte inferior una tira de fieltro para cerrar el paso a la luz ambiental. Las bisagras estaban por la parte exterior. Había un retrete de metal, sin tapa y sin depósito, y un lavabo empotrado en la pared del fondo. Estaba en un calabozo grande, construido expresamente para tal fin.

Sabía algunas cosas más. El sistema de ventilación aportaba un olor leve, pero inconfundible, de carburante de aviación, lo que quería decir que aquel búnquer-calabozo formaba parte o estaba muy cerca de un aeropuerto de algún tipo. Le habían quitado la ropa, y al parecer llevaba puesto un mono que le venía grande y unas sandalias de goma. Ropa carcelaria. Calculaba que había estado sin sentido unas cuarenta y ocho horas, pero podía haber sido más tiempo. No recordaba nada después de la fuerte descarga eléctrica que había recibido.

Aunque no lo sabía con certeza, tenía una idea bastante clara de lo que le había pasado después. El Departamento de Estado lo describía diplomáticamente con el término «rendición extraordinaria», y existía desde tiempos de Reagan. El nombre común sería «secuestro». Consistía en llevarte a un sujeto de su casa y hacerle lo que quisieras, en lugares como aquel, «sitios negros». Otro eufemismo que significaba «cámaras de torturas».

Sabía que podía estar casi en cualquier parte. La CIA y la Junta de Jefes tenía sitios negros en casi todos los países de Europa, y en una docena más de países afines de todo el mundo. Para los traslados empleaban desde Gulfstream Vs hasta Lear, e incluso un par de reactores Boeing «privados» con matrícula y número de registro falsos.

Todo aquel sistema apestaba un poco a nazismo, y cuando Holliday lo había visto por primera vez, en Afganistán, se había sentido ofendido en su honor militar. Las guerras se hacían a campo abierto, no agazapados detrás de troncos podridos ni de piedras mojadas. Y la CIA, por su parte, debía encargarse de recoger información, en vez de comportarse como una versión moderna de la Inquisición.

De pronto, se activó un tubo de luz fluorescente del techo, protegido por una malla de alambre, que zumbó y parpadeó unos instantes hasta que emitió una luz

constante. Holliday, deslumbrado, parpadeó y se protegió los ojos con las manos. Unos instantes después de encenderse la luz, se abrió la puerta de metal y aparecieron tres hombres vestidos con uniformes de camuflaje que no se parecían en nada a ningún modelo estadounidense que hubiera conocido él. Las gorras también eran un poco raras: las viseras eran duras y tenían orejeras plegables. Eran claramente de Europa oriental: rusas, checas o búlgaras. Estaba en algún lugar más allá de lo que antes se llamaba el Telón de Acero.

Los dos primeros hombres portaban una mesa pequeña de metal. El tercero llevaba dos sillas metálicas de respaldo recto. Dispusieron los muebles en el centro de la sala, justo debajo de la luz.

—*Holloa.*

Nada. No eran búlgaros.

—*Csak keveset beszélek magyarul.*

No obtuvo respuesta. No eran húngaros.

—*Wyliqć mi dupe, matkojebca.*

Decididamente, no eran polacos.

—*Dobra Den. Do prdele.*

Un leve giro de la cabeza y una cierta expresión de sorpresa por parte de uno de los hombres que habían puesto la mesa.

«Os pillé», pensó Holliday. Eran checos. La última vez que había estado en la República Checa había sido hacía más de un año, con la chica Sinclair, en una búsqueda absurda que casi le había costado la vida.

Los tres hombres salieron de la sala, dejando abierta la puerta. Holliday no se movió de donde estaba. Apareció en la entrada una figura delgada como un junco con un cigarrillo en la mano.

—Señora Sinclair —dijo Holliday cuando Kate Sinclair entró en la sala que más bien era un calabozo. La punta de su cigarrillo se avivó. Llevaba un traje sastre de rayas finas de Chanel, muy caro.

—Qué bonito es que se acuerden de una —dijo la mujer mayor con una sonrisa.

—Estará usted muy contenta —dijo Holliday—. A una vida de la Casa Blanca. Lástima que no se haya ganado el cargo por sus méritos.

—No estamos aquí para hablar de mi hijo, coronel. Estamos aquí para hablar de usted, y de una cosa que pertenece en justicia a nuestra familia.

—¿Cómo nos encontró en tan poco tiempo? —preguntó Holliday, evitando el tema del cuaderno del hermano Rodrigues.

—Hacía semanas que los vigilábamos. —La Sinclair hizo una pausa, exhaló el humo y dio otra calada—. Ahora, vamos a hablar de lo nuestro.

—Es la segunda vez que me secuestra su grupito —dijo Holliday para ganar tiempo. La matriarca de los Sinclair soltó un suspiro.

—Yo no lo llamaría «grupito» —replicó—. Rex Deus tiene muchos más afiliados de los que usted supone. Tenemos muchos miembros en las altas esferas.

—¿Personas que pueden hacer desaparecer a otros? ¿Personas capaces de montar falsos atentados?

—¿Se refiere a mi hijo? —dijo la Sinclair, sacudiendo la cabeza—. Eso fue sencillo, comparado con lo de matar al papa.

—Si me iba a poner a mí de chivo expiatorio, ¿por qué me hace desaparecer ahora? —preguntó Holliday—. Lo lógico sería que me abatieran a balazos en alguna parte, con presencia de los medios de comunicación.

—Todo a su tiempo, coronel. Todos tenemos nuestro papel en nuestra pequeña obra. —Dejó caer la colilla al suelo de hormigón y la aplastó con el tacón—. El cuaderno —dijo—. El cuaderno templario. Mi cuaderno.

—No es suyo, y sabe que no le voy a decir nada al respecto.

—Claro que me lo dirá —dijo la anciana—. Tarde o temprano. Tenemos nuestras bazas, ¿sabe? A su prima.

—¿Qué han hecho a Peggy?

—No se preocupe, coronel. Ella forma parte de esta historia, igual que usted. Se reunirán más tarde, le doy mi palabra.

—No tengo gran fe en su palabra, señora Sinclair. Usted, como Mattoon y el resto de sus amigos locos, son todos unos traidores.

—Unos patriotas —repuso la Sinclair.

—Mentira —dijo Holliday con desprecio.

—Estamos recuperando este país, coronel Holliday.

—¿De quién, exactamente?

—De las hordas mestizas que han puesto de rodillas a nuestra nación sin que nos diésemos cuenta ni nos importase. Es todo pan y circo. Mientras la gente ve *reality shows* sobre mujeres estúpidas que tienen ocho o diez hijos de una vez, mientras los padres suben a sus hijos en un globo para hacerse publicidad, el país se va a la porra. Ven películas cursis sobre árboles que tienen vida o sobre árboles capaces de andar y de hablar. La mitad del país es mexicana, judía o árabe. Por nuestras fronteras se filtra sangre en un sentido y drogas e inmigrantes ilegales en el otro; nuestra moneda se ha devaluado, y nuestra política exterior se basa en el apaciguamiento. ¡Ya ni siquiera habla nadie en inglés!

Holliday vio entonces algo en sus ojos que le hizo comprender de pronto que era inútil intentar mantener con aquella mujer una discusión o un debate racional. Ya fuera por el exceso de poder o por algo que llevara en la sangre, Kate Sinclair era una loca absoluta e incurable; estaba tan loca como cualquier musulmán fundamentalista que lanza una fetua en unos dibujos animados; tan paranoica como Richard Nixon en sus peores momentos; loca como una cabra.

—Está usted loca —dijo Holliday con voz tranquila—. Y es cómplice de un asesinato. Es tan mala como Charlie Manson.

—Yo soy el avatar del destino —dijo la Sinclair con solemnidad—. Y la historia me absolverá.

Aquellas habían sido las últimas palabras de Fidel Castro en su primer juicio, e históricamente habían expresado la misma idea Hitler, Stalin y Rasputín. Una buena pandilla. Todos unos dictadores con complejo divino y completamente locos.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Holliday con un suspiro.

—Me propongo hacer que usted me devuelva lo que es mío por derecho de herencia. Con ese fin, lo trasladaremos inmediatamente a la cárcel de Pankrác —dijo la Sinclair con una sonrisa afable, y encendió otro cigarrillo—. ¿Le suena?

—Unas mazmorras del siglo XIX, en las afueras de Praga —dijo Holliday—. Las usaron los nazis, y más tarde fue centro de interrogatorios de la KGB.

—Ahora es propiedad de Blackhawk Security.

—En otras palabras, es de usted —dijo Holliday. Esbozó una sonrisa apagada—. Supongo que puedo esperar las que llaman «técnicas de interrogatorio mejoradas»... ¿un poco de ahogamiento simulado, quizá?

—Desde luego —dijo la Sinclair con una sonrisa—. Pero no se le aplicarán a usted, sino a la señorita Blackstock.

Pronunció con voz cortante una orden escueta en checo. Aparecieron de pronto tres guardias, dos con fusiles automáticos y uno con cadenas y grilletes.

—Ha llegado su carroza, coronel —dijo Kate Sinclair—. Es hora de subirlo al autobús.

El viejo autobús celular sin ventanas tomó la carretera que transcurría desde el antiguo aeropuerto Příbram en Dlouhá Lhota hacia el norte, a través de los antiguos bosques de las estribaciones montañosas de la Bohemia central. El autobús parecía sacado de una película antigua de presidiarios. El conductor y el guardia iban separados de los presos por una malla metálica espesa, con orificios del tamaño justo para asomar por ellos el cañón de una escopeta.

Los presos entraban por una puerta muy reforzada, en la parte trasera del autobús, que tenía una pequeña garita protegida por malla donde se instalaba un segundo guardia, también armado de escopeta antidisturbios de cañón corto, y que controlaba la cerradura maestra que abría las fijaciones donde se aseguraban las cadenas y grilletes de los presos.

Estos últimos iban en largos bancos, fijados al suelo, a lo largo de ambos lados del autobús. Los bancos, a su vez, estaban divididos en cubículos estrechos separados por planchas de acero gris en las que mil pasajeros anteriores habían dejado su huella y su firma rozándolas con las esposas. Era, en la práctica, una cárcel sobre ruedas, con carrocería de acero blindado, parabrisas de vidrio antibalas doble y pesadas ruedas a prueba de pinchazos.

Aquella noche viajaban en el autobús siete presos del búnquer del «sitio negro»: Peggy, Holliday y cinco jóvenes de aspecto ajado que llevaban las cabezas cubiertas con bolsas de algodón negro bien atadas y que parloteaban a ciegas entre ellos en farsi, con voces tensas por el terror.

Pusieron los grilletes a Holliday justo enfrente de Peggy, en la parte delantera del

autobús.

—¿Estás seguro de lo de ese sitio que dices, Pankrác? —preguntó Peggy.

—Sinclair no tenía motivo para mentirme.

—Pero ¿para qué? —preguntó Peggy—. ¿Por qué no nos quita de en medio sin más?

Holliday se encogió de hombros.

—Eso hará, en cuanto tenga la información que quiere.

Peggy movió los pies nerviosamente, tirando un poco de los grilletes de acero brillantes cuyas cadenas pasaban por orificios dispuestos a lo largo del autobús. Su movimiento hizo que la cadena tirara del tobillo de uno de los encapuchados, que sacudió la cabeza bruscamente hacia ella.

—*Ann ru sar et, kiram tu kunet cos eh lash jende!*

—*Torke char, arabe kassif!* —gritó Peggy a su vez, haciéndose oír en todo el interior del autobús. El hombre que le había soltado una maldición volvió la cabeza encapuchada, y los otros cuatro se echaron a reír ante aquella réplica rápida e inesperada al insulto del primero.

Oyeron sonar la campana de un paso a nivel de ferrocarril, y el autobús redujo la velocidad hasta detenerse. Al cabo de un rato largo, el guardia y el conductor se pusieron a hablar entre ellos. Holliday se inclinó hacia delante sobre el duro asiento de metal y atisbó por el borde de la partición de metal. Captó vagamente la luz roja intermitente y las barreras a franjas rojas y blancas del paso a nivel, que cerraban el paso.

—¿Qué pasa? —preguntó Peggy desde el otro lado del autobús.

—Alguna avería en un paso a nivel de ferrocarril —respondió Holliday. Las luces se encienden y las barreras han bajado, pero no llega ningún tren.

—¿Qué están discutiendo? —preguntó Peggy.

—A quién le corresponde bajarse del autobús y ver qué pasa, o eso me parece —respondió Holliday.

—¿Y quién va ganando? —dijo Peggy con humor.

—Creo que el conductor —dijo Holliday.

El guardia se levantó de su asiento con un suspiro melodramático, y el conductor pulsó un botón en el tablero de mandos. La puerta hidráulica doble se abrió con un silbido, y el guardia salió al exterior bajando los tres escalones.

El proyectil explosivo de alta velocidad atravesó la puerta abierta, hizo trizas al guardia y siguió volando hasta que detonó al fondo del compartimento del conductor, lanzando a lo largo del autobús un largo reguero de sangre, chatarra y metralla de huesos amarillentos.

—Ay, mierda —susurró Peggy, acurrucándose hacia el interior de su cubículo estrecho.

Holliday la entendió. Alguien intentaba liberar a los hombres encapuchados, que debían de ser talibanes afganos o de Al-Qaeda, y, para sus rescatadores, Peggy y él

serían un lastre inútil, y un lastre infiel para colmo. Holliday tiró con fuerza de las cadenas de sus grilletes, pero no cedían en absoluto. Una segunda explosión hizo temblar el autobús sobre sus ruedas pesadas. Holliday se arriesgó a asomarse. Alguien había abierto la puerta trasera de los presos con un explosivo. El guardia posterior, protegido dentro de su garita, asomó el cañón de su escopeta antidisturbios entre la malla y se puso a disparar ciegamente. Hubo un breve momento de silencio, y Holliday oyó a continuación el roce y el *ping* metálico característico que se produce al tirar de la anilla de una granada de mano. Se oyó un leve golpe, seguido de una explosión seca y atronadora. Las cadenas que lo fijaban al suelo quedaron sueltas.

Hubo una última explosión menor en la parte frontal del autobús y, por último, silencio absoluto. Holliday llegó a oír el cri, cri de los grillos en el bosque durante un breve momento surrealista. Retrocedió al fondo de su pequeña cabina de metal e indicó en silencio a Peggy que hiciera otro tanto.

El extraño silencio se prolongó durante un minuto largo, interrumpido por fin por una voz áspera que susurraba: «Yallah! Yallah!». Alguien hablaba en árabe.

Los presos encapuchados empezaron a charlar; algunos reían; y Holliday sintió que las cadenas que pasaban por el pasador que tenía a los pies estaban flojas. Hubo más charla, seguida de un silencio. Al cabo de pocos instantes, se oyeron ráfagas de disparos de un arma automática.

—¿Qué está pasando? —susurró Peggy.

—Creo que nuestros amigos farsis no han sido tan bien recibidos como esperaban —dijo Holliday.

Hubo otro breve rato de silencio, y sonaron después pisadas de botas que venían hacia ellos. Aparecieron tres personas con sendos subfusiles checos Skorpion de culatín plegable, vestidas de negro, idénticos, con chalecos antibalas de kevlar y los rostros cubiertos con pasamontañas negros. Parecía que una era mujer.

Uno de los hombres se detuvo ante el cubículo de Holliday. Tras colgarse el subfusil del hombro, sacó de su cinturón una gruesa cizalla y cortó en silencio los grilletes que llevaba Holliday en los pies y le pasó la cadena por las esposas. Volvió a colgarse del cinturón la cizalla, metió la mano en el bolsillo lateral de sus pantalones de combate y sacó una llave pequeña. Abrió con ella las esposas y retrocedió un paso.

—Es usted libre, coronel Holliday.

Holliday lo miró con extrañeza. Aquella voz áspera le resultaba familiar.

—¿No me reconoce, coronel?

El hombre levantó la mano y se quitó de un tirón el pasamontañas de punto que le cubría la cabeza. Miró a su antiguo rival con una sonrisa y dijo, citando el Nuevo Testamento:

—«Y habiendo dicho estas cosas clamó en alta voz: “*Lázaro, ven fuera*”. Y Lázaro salió». —El hombre que estaba ante Holliday se rio. Tenía en el cuello una cicatriz gruesa como un gusano rojo retorcido—. Estuve vendado varios meses.

Era Antonin Pesek, el asesino a sueldo checo al que Holliday había matado de un tiro en Venecia hacía más de un año.

LA Penzion Akát era un edificio con fachada de estuco color tabaco que daba a las vías y a la terminal de tranvías de la estación de metro Smichov, en la parte oriental de Praga. El edificio carecía del más mínimo carácter arquitectónico, y la pensión tenía poca más categoría que un albergue para indigentes. Era un lugar donde se podía pasar la noche, entre ruidos, por unas pocas coronas, y en el comedor, que parecía una cantina, las piezas de la vajilla, agrietadas, temblaban sobre las mesas cada vez que pasaba por delante un tranvía. Era un lugar completamente anónimo, para viajeros de comercio y para turistas con poco dinero.

—¿Está muerto? —preguntó Holliday al salir del baño de la habitación, que era del tamaño de un ataúd.

—Dos tiros, uno al corazón y otro a la cabeza. Muy profesional —dijo Pat Philpot, que masticaba un muslo de pollo del KFC que estaba en la misma calle. Peggy estaba arrellanada en un sofá muy mullido, al otro lado de la habitación, y Antonin Pesek, que los había salvado cuando iban camino de la cárcel de Pankrác, estaba de pie ante la ventana de cristales sucios y observaba la calle.

—Pero ¿por qué tenían que matarlo? Él no sabía nada. Era un fotógrafo local que no sabía lo que tenía.

—Jefferson te conocía a ti, Doc. Eso fue lo que le costó la vida. Según los planes, tú tenías que servir de víctima. Ahora, la señorita Blackstock y tú sois un incordio para los Sinclair.

—Todo esto es demasiado bizantino —dijo Peggy—. Es un cuento de hadas, como de los hermanos Grimm.

—El mundo es un cuento de hadas, pero de hadas malas —dijo Pesek con una sonrisa, apartando la vista de la ventana un momento—. En el siglo XVI había en Bohemia una condesa que se llamaba Elizabeth Báthory, a la que le gustaba bañarse en la sangre de doncellas que atraía a su castillo con engaños. Fue una asesina en serie mucho más prolífica que vuestro Theodore Bundy. Eso sí que es bizantino, amiga mía.

—Entonces, ¿qué papel representas tú dentro del plan general de las cosas? —preguntó Holliday a Philpot.

El analista de la CIA tomó otro trozo de pollo; pero, tras pensárselo mejor, volvió a dejarlo caer en el cubo que estaba sobre la mesa. Se limpió los labios con una servilleta y eructó discretamente.

—La familia Sinclair ha sido una plaga en Washington desde el principio. Tienen contactos y asociaciones que se remontan a Donovan y Dulles y a los antiguos chicos de la Oficina de Servicios Estratégicos, los espías de la Ivy League. Se agarraron a la

gente de los servicios de inteligencia como una pulga a un perro, y no volvieron a soltarse. Hace décadas que hay una camarilla de miembros de Rex Deus en el Congreso, en el Senado, en la Justicia y en el Pentágono. El viejo senador era tan corrupto que ni siquiera tomaba ninguna medida por iniciativa propia, lo mismo que Joe Kennedy en los tiempos del contrabando de alcohol. Pero tenía buenos contactos, y antes de morir pasó el testigo a su nieto, quien lo pasó a su vez a su esposa, la venerable Kate. Ahora, esta está dando por fin el paso con el que había soñado el viejo.

—Llevar a su hijo a la Casa Blanca —asintió Holliday.

Philpot soltó una risa hueca y arrojó un hueso de pollo a la papelera que tenía a su lado.

—¿La Casa Blanca? Eso no es más que el comienzo.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Peggy.

—Hay una película de hace mucho tiempo, de principios de los sesenta, que se titula *Siete días de mayo* —dijo Philpot.

—No me suena —dijo Peggy.

—Ah, qué juventud —comentó Philpot, sonriente, mientras elegía cuidadosamente otro trozo de pollo frito del cubo.

—Yo sí la recuerdo. Trataba de un golpe de Estado militar —dijo Holliday—. A un general no le gusta cómo está llevando un presidente blandengue las negociaciones con los rusos para un tratado sobre misiles, y traza un complot para tomar el poder en los Estados Unidos por las armas.

—Esa es —dijo Philpot—. Y Kate Sinclair se dispone a hacer otro tanto con la ayuda de sus amiguitos de la Agencia Central de Inteligencia y del Pentágono, más especialmente con la del general Angus Scott Matoon. A la Sinclair no le gusta mucho cómo está cediendo terreno la presidencia actual. Se había creído que disponía del poder suficiente en Washington como para hacer que montaran un *impeachment* al pobrecillo. Ahora está llevando a cabo un plan más retorcido para poner en el trono a su hijo, con ella detrás.

—En la película, el golpe de Estado se justifica con un tratado sobre misiles negociado con poca energía, que el general creía sinceramente que cercenaba el poderío de los Estados Unidos. ¿Cuál es la excusa de Kate Sinclair?

—¿Qué crees tú que fue lo mejor que sucedió en su vida a George W.? ¿Qué fue lo que le valió la reelección y le permitió emprender una guerra falsa contra Irak? ¿Qué es lo mejor que puede pasar a un presidente?

—Bin Laden y el 11 de septiembre —apuntó Peggy—. Saddam Husein y las armas de destrucción masiva fantasmas.

—Un enemigo común —dijo Holliday.

—Un grito de guerra. «Un farol si vienen por tierra, dos si vienen por mar. ¡Que vienen los ingleses! ¡Que vienen los ingleses!» —dijo Peggy—. Yihad al-Salibiyya.

—Todo esto es una locura —dijo Holliday—. ¿Se ha creído de verdad que un

falso terrorista puede dar tanta popularidad a su hijo como para capacitarlo para derrocar al Gobierno? No hay ningún político tan estúpido en todos los Estados Unidos de América —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Que ya es decir —comentó con voz áspera Pesek, que seguía plantado ante la ventana—. Porque allí hay muchos políticos estúpidos. Más que aquí.

—Le haría falta un nuevo 11 de septiembre para salirse con ello —dijo Peggy—. Algo enorme.

—Y eso es, precisamente, lo que tiene pensado —asintió Philpot. Se recostó en su sillón rechinante, se limpió las manos con una servilleta y encendió un cigarrillo—. Solo que esta vez no será un árabe saudí reñido con su papá y con la pilila muy corta. Esta vez será un morito doméstico y criado en casa, alimentado a base de maíz de Kansas, tipo la Mezquita de la Pradera, como lleva dos años anunciando el pobre mártir del senador Sinclair. Mattoon presionará al presi para que declare la ley marcial; y, si se niega, le harán un *impeachment* y el joven senador pasará a ocupar su lugar. Ya está en el sillón del vicepresidente. Solo queda el último paso.

—Tom's Hill —susurró Holliday.

—¿Qué diablos es Tom's Hill? —gruñó Philpot, molesto por que le cortasen de esa manera el flujo de su narración.

—Cuando registramos la casa de Tritt en cayo Lyford...

—¿Qué? —exclamó Philpot, mirándolo con ojos como platos.

—Registramos la casa de Tritt en cayo Lyford... Ya te lo contaré en otra ocasión. El caso es que encontré un CD con mucha información sobre un sitio que se llamaba Tom's Hill. Entonces no le di mucha importancia; pero, ahora...

—Ahora, ¿qué?

—Según el CD de Tritt, la población de Tom's Hill es de unos pocos miles de habitantes; pero casi todos trabajan para una empresa llamada Corporación de Fertilizantes King. Fertilizantes King es el mayor fabricante de nitrato amónico de los Estados Unidos.

—Dios santo —dijo Philpot, con gesto de horror.

—¿Qué tiene eso de malo? —preguntó Peggy—. ¿Qué tienen que ver los fertilizantes con todo esto?

—Es que el nitrato amónico es el ingrediente principal del NAFO —dijo Pesek—. El explosivo que se empleó en el coche bomba de Oklahoma City, en vuestro país. —El asesino a sueldo, que iba elegantemente vestido, sacudió la cabeza con tristeza—. Los americanos estáis locos, de verdad. La venta de ese fertilizante está regulada en Europa desde hace años; pero en vuestro país lo puede comprar cualquiera a toneladas sin problemas.

Volvió a descorrer los visillos y miró de nuevo la calle.

—Hablando de americanos locos, parece que tenemos compañía.

Philpot se puso en tensión inmediatamente.

—¿Qué coche llevan? —preguntó. Sacó una Glock 9 de la sobaquera y metió una

bala en la recámara.

—Un Lincoln Navigator —respondió Pesek, que sacó a su vez su arma, una Beretta 92, y extrajo un silenciador corto del bolsillo de su chaqueta.

—Blackhawk —dijo Philpot—. Esos, o los nuestros. ¿Cuántos son?

—Cuatro —dijo Pesek—. Tres en un grupo, uno más atrás.

—¿Qué llevan?

—Mochilas.

—¿Qué armamento crees que llevan?

—Probablemente, FN P90. Con silenciadores. Las emplea la BIS.

—¿La BIS? —preguntó Peggy.

—La *Bezpečnostní informační služba* —dijo Holliday—. La policía secreta checa.

—¿Cómo hacemos esto? —preguntó Philpot.

El asesino a sueldo checo no titubeó ni un segundo.

—Tenemos que contenerlos. El hombre retrasado subirá por las escaleras para impedir cualquier intento de huida. Los otros tres subirán a la habitación en el ascensor. Tendrán una tarjeta magnética.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Peggy.

—Porque en Praga se puede sobornar a cualquiera, señorita Blackstock. Y los empleados de hotel salen muy baratos, se lo aseguro a usted. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Holliday—. Tu prima y tú, al baño. Tendeos en la bañera. Señor Philpot, encárguese usted de las escaleras.

—¿Y usted, *Pane* Pesek? —le preguntó Philpot.

Pesek sonrió y se pasó la mano por el bigote bien cuidado.

—Yo estaré en mi habitación, al otro lado del pasillo.

Philpot asintió con la cabeza y salió del cuarto.

—Aprisa —dijo Pesek—. Ya falta poco.

Holliday asió a Peggy del codo y ambos se dirigieron al baño. Pesek salió del cuarto y cerró la puerta.

—¿No intentó matarte una vez? —preguntó Peggy a Holliday, mientras se arrodillaba dentro de la vieja bañera de hierro fundido.

—Más de una vez, de hecho —dijo Holliday, metiéndose en la bañera con ella—. Sin contar que yo también intenté matarlo a él. Y creía que lo había matado, la verdad.

—¿Y todavía te fías de él?

—No hace falta —dijo Holliday—. Philpot le paga.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Pesek es un profesional. Vive de su reputación. Si traicionara a los que le pagan, no volverían a contratarlo nunca. Quedaría marcado de por vida, y es probable que acabaran por contratar a alguien para que lo quitara de en medio.

—La ética de los asesinos. Lo que faltaba —dijo Peggy con un suspiro.

—Calla, y agáchate —dijo Holliday, bajando más la cabeza—. Los malos van a

llegar en cualquier momento.

Lo único que anunció su llegada fue el leve chasquido de la cerradura magnética al abrirse; y acto seguido sonó un traqueteo apagado, como de cincuenta rodamientos de bolas en una lavadora. Aparecieron orificios en la puerta del baño; el espejo del armarito saltó en mil pedazos, y, después, silencio.

—*Do prdele!* —dijo una voz iracunda.

—*Do piče!* —dijo otra voz.

Hubo un breve silencio, y sonó a continuación la voz de Pesek.

—*Dobry den, Zdvořilí pánové* —dijo el asesino a sueldo educadamente. Se oyó una exclamación de sorpresa seguida de tres clics, como de alguien que estuviera dando cuerda muy despacio a un reloj despertador antiguo. Después, sonaron otros tres clics.

—¿Qué demonios ha sido eso? —susurró Peggy, que estaba agachada en la bañera como una rana.

Holliday se puso de pie. Podría haber respondido en plan melodramático que aquello era el sonido de la muerte; pero guardó silencio.

—Despejado —dijo Pesek—. Ya puede salir, coronel Holliday.

Holliday salió de la bañera y abrió la puerta del baño. Peggy lo siguió.

—¡Mierda! —exclamó Peggy.

El suelo estaba cubierto de cadáveres ensangrentados.

Pesek estaba en el corto pasillo que conducía a la puerta del cuarto, desenroscando el silenciador de su arma.

—No toquen nada —dijo—. Y vengan conmigo enseguida. Seguramente vendrán más como estos —dijo, indicando con un movimiento de la cabeza los cadáveres que se desangraban sobre la moqueta desgastada—. Si no, llegará la policía tarde o temprano. Deben ponerse en camino.

—¿Dónde vamos? —preguntó Holliday—. No tenemos documentos, ni pasaportes... nada.

—A Aix-les-Bains —dijo Philpot, que acababa de entrar en el cuarto e inspeccionaba los daños—. Tengo allí un amigo.

BILLY Tritt, acompañado de un chico que se llamaba Stephen Barnes, que era de los más dotados para la tecnología entre los miembros psicópatas y de cabeza rapada del Brazo Derecho de Maine, detuvo la furgoneta robada de la compañía telefónica AT&T Southwest junto a la gran caja de conexión de la carretera 18, a un kilómetro y medio de la planta de Tom's Hill de la Corporación de Fertilizantes King. Tritt apagó el motor y se volvió hacia su joven acompañante. Tanto Tritt como Barnes llevaban uniformes y cascos oficiales de la AT&T, sustraídos a los cadáveres de los anteriores ocupantes de la furgoneta.

—¿Sabes lo que tienes que hacer, soldado? —preguntó Tritt con firmeza.

—Sí, señor —asintió Barnes—. Abro la caja de conexión y busco un cable amarillo de línea T1. Donde el cable amarillo se une al grupo principal, inserto un conector de tres vías y tiro un hilo secundario hasta usted, en la furgoneta.

—Bien —dijo Tritt—. ¿Tienes las herramientas?

—Sí, señor —dijo Barnes, dándose una palmada en el pesado cinturón que llevaba puesto.

—¿Y el conector de tres vías?

Barnes asintió, buscó en el bolsillo superior de la camisa de uniforme, algo ensangrentada, y extrajo el conector cromado grande. Se lo mostró a Tritt.

—Aquí está, señor —respondió el joven con orgullo. No había llegado a graduarse en el Instituto Técnico Lincoln por cuestiones de dinero y un asunto de drogas, pero sabía lo que se hacía. Si se hubiera graduado, podría haber encontrado trabajo en cualquier empresa de televisión por cable del estado; aunque los dos años que había pasado en el correccional de Wyndham le entorpecían muchísimo a la hora de buscar trabajo.

—La tengo aquí mismo —dijo Barnes.

—Bien. Adelante, pues, soldado.

Barnes, con la energía de un cachorrillo musculoso de ciento veinte kilos de peso, bajó de la furgoneta y dispuso en la carretera los conos de tráfico, tal como le habían ordenado, aunque no había un solo coche en kilómetros a la redonda. El entorno era sombrío, de extensiones inacabables de rastrojos de maíz azotados por el viento y cubiertos de nieve sucia.

La caja de conexión era grande y verde y estaba a un paso del arcén. Barnes tomó una palanqueta corta de su cinturón de herramientas, hizo saltar la cerradura y se puso a trabajar, buscando la línea T1 por la que transcurrían los datos informáticos de la planta de fertilizantes que iban a los servidores del centro logístico de API en Wichita. API era la empresa contratista de transportes que llevaba a sus diversos

destinos los productos de Fertilizantes King.

Barnes tardó quince minutos en localizar la línea T1 y otros diez en tirar una línea desde la caja hasta el pequeño orificio en el costado de la furgoneta. Tritt tomó el cable, le puso un acoplador y lo conectó a su ordenador portátil Hewlett-Packard. Al cabo de un minuto ya había entrado en el servidor de Fertilizantes King y había desviado cuatro contenedores de perlas de nitrato amónico a los muelles propios de Fertilizantes King Internacional, en Baltimore.

Pulsando unas cuantas teclas más, estableció los códigos de autorización adecuados para los conductores que enviaría para recoger el envío. Llevaría el fertilizante de Baltimore a Maine la Triskip Carriers, empresa de transporte de contenedores en barcas que llevaba cargas diversas para múltiples compañías, desde Baltimore hasta Nueva Jersey, Nueva York Boston y Portland, con conexiones posteriores hasta Hálifax y Montreal.

Con esas pocas medidas desde el interior nevado de Kansas, Tritt había puesto en movimiento doce toneladas del componente explosivo principal del camión bomba más grande jamás preparado. Llegarían a Portland en cuestión de siete días. Durante ese plazo, el resto de los miembros del Brazo Derecho de Maine recogerían los diez mil litros de fueloil necesarios para añadirlos a los contenedores de perlas de fertilizante de calidad explosiva. Cuando detonara el conjunto como es debido, la explosión resultante vendría a ser mil veces más potente que la del coche bomba de Oklahoma City.

Cuando Tritt hubo terminado, desconectó el ordenador y dio un golpecito en el costado de la furgoneta. El cable fue saliendo por el orificio y desapareció. Tritt abrió la puerta del lado del pasajero del vehículo y salió al frío exterior. El aliento se le cristalizaba como niebla en el aire en calma. Observó al joven Barnes mientras este recogía el cable sobrante y cerraba la puerta de la caja de conexión. Sustituyó la cerradura de combinación que había hecho saltar con la palanqueta por otra idéntica que se sacó del bolsillo del plumífero.

—Hecho —dijo Barnes, dirigiendo una sonrisa a Tritt. El asesino levantó la mirada al cielo gris opaco. Empezaban a caer grandes copos húmedos de nieve. Perfecto.

—Buen trabajo. Ahora, deja en el suelo el cable sobrante.

—¿Cómo dice? —dijo Barnes.

—Suéltalo, soldado.

—Claro, señor —dijo el joven, frunciendo el ceño y con claras muestras de no entender aquello. Pero hizo lo que le mandaban, y dejó caer sobre la nieve el cable de extensión. Tritt abrió la cremallera de su plumífero, se sacó de la canana la escopeta Mossberg Bullpup y pegó a Barnes un tiro en la cabeza. Stephen Barnes desapareció del cuello para arriba; la carne, los sesos y el cráneo, reducidos a fragmentos del tamaño de moneditas, subieron por el aire como una nube y se asentaron sobre la nieve, más allá del resto del cuerpo del joven.

El cadáver se arrugó como una servilleta de papel. Tritt volvió a colgarse la escopeta táctica de la canana y se acercó al cadáver. Se sacó del bolsillo un par de bolsas para residuos biológicos y tomó un hacha pequeña del cinturón del muchacho muerto. Amputó limpiamente con el hacha las manos del chico y echó una en cada bolsa de residuos biológicos.

Cerró herméticamente las bolsas; se guardó una en cada bolsillo del plumífero, y recogió el cable enrollado. Empujó el cadáver con la punta del pie hacia la cuneta del borde de la carretera. Por fin, tras varios empujones, el cuerpo del chico rodó hasta la cuneta.

Tritt arrojó nieve a patadas hacia la cuneta hasta que el cuerpo sin manos y sin cabeza quedó cubierto. Con un poco de suerte, no descubrirían los restos descompuestos y correosos del chico hasta la temporada de siembra, en primavera. Probablemente tardarían más todavía en identificar el cadáver, si es que llegaban a identificarlo.

Recogió los conos de tráfico, volvió a subir a la furgoneta, encendió el motor y la calefacción y arrojó el cable y los conos a la parte trasera del vehículo. Se puso en marcha hacia el este, camino del aeropuerto de Wichita. Dejaría la furgoneta en el aparcamiento de larga estancia, la limpiaría, y todo arreglado.

En una taquilla del mismo aeropuerto tenía una bolsa de fin de semana con sus cosas más básicas. Alquilaría algún vehículo en una de las agencias grandes, se iría a un par de estados de distancia y se compraría un procesador de alimentos en algún Wal-Mart anónimo. Con el aparato, reduciría a puré las manos del pobre Steve y las tiraría por el retrete en algún motel también anónimo, que estuviera como mínimo un estado más allá del Wal-Mart donde hubiera hecho la compra.

Cuando llegara a otro estado más, lavaría el procesador de alimentos en un baño con lejía; y, por último, lo donaría a un centro benéfico de alguna ciudad grande por la que pasara. Tritt sabía que aquello era exagerado; pero más valía pasarse que quedarse corto, como le solía decir su abuelita, ya se tratara de hacer tartas o de cualquier otra cosa en la vida.

—Debe de estar de broma —murmuró Randy Lockwood, jefe del Departamento de Policía de Winter Falls—. ¿Por qué va a venir aquí?

Dotty Blanchette, la alcaldesa, soltó un suspiro y se recostó en su asiento.

—Porque don Sabelotodo estudió en el colegio Abbey, y tienen la reunión de antiguos alumnos del cuarenta aniversario de su promoción.

—No me parece un nombre adecuado para el presidente de los Estados Unidos.

—Digo lo que hay. Y, en todo caso, como presidente de los Estados Unidos no es más que un hombre de paja.

Lockwood suspiró.

—¿Cuándo es, exactamente?

—Dentro de diez días. Dentro de una semana llegará un equipo avanzado. Al parecer, es el partido anual de *hockey* sobre hielo de máxima rivalidad entre el instituto de Winter Falls y el colegio Abbey, y le han invitado a hacer el saque de honor. Para hacerse la foto, supongo. Deberé acompañarle yo, ya que su mujer está en Tailandia o no sé dónde, para salvar del sida a las prostitutas de doce años o algo así.

—Él jugaba al *hockey*, no al fútbol americano ¿verdad? —preguntó Randy—. Apenas lo recuerdo.

—Sí; era capitán del equipo de *hockey* sobre hielo del colegio Abbey —dijo Dottie—. Si lo hicieron capitán fue porque su padre había regalado al colegio la pista de hielo. Tenía capacidad para haber ingresado en el Andover, pero prefirió el Abbey porque tenía mejor equipo de hielo, y pasó allí cuatro años hasta que entró en Yale gracias a otro legado. Y se creía el ídolo de las mujeres; y lo era, por supuesto. Guapísimo y con todo el carisma del mundo. La sonrisa le bastaba para llevarse a una chica a la cama. Pero no a mí. Se pasaba de encantador para mi gusto.

—¡Qué crueles pueden ser las mujeres! —comentó Lockhart con una sonrisa.

—Agua pasada —dijo ella—. Los buenos tiempos. Es mejor olvidados.

—¿Cómo va a venir? —preguntó Randy—. Cuando venía su padre en verano, siempre llegaba en hidroavión. Ahora no puede ser así, porque el lago está helado.

—El Servicio Secreto, con su gran sabiduría, no ha considerado oportuno decirme ni una palabra de momento —dijo Dottie. Se inclinó hacia delante en la gran butaca giratoria de cuero y bebió largamente de su taza de Starbucks de acero inoxidable. Saltaba a la vista que el café estaba frío y no era reciente, y la alcaldesa se tragó el líquido amargo con cara de asco—. A veces creo que estoy conservada en cafeína —dijo—. Es la única cosa que me mantiene viva. Administrar este pueblo no es fácil, ni siquiera en invierno; sobre todo si aparecen por aquí presidentes que no saben andar sin tropezarse.

—A mí no me parece mal trabajo —dijo Lockwood con cierto brillo en los ojos—. Con todas las ventajas del cargo... el collar de alcalde, el paseo en uno de los Cadillac de Mark Horrigan encabezando el desfile de la Trucha todos los años...

—Hablando de Horrigan, ¿localizaste a su chico?

—Se ha desvanecido sin dejar rastro —dijo Randy—. Se dice que su padre lo envió con su madre a Florida.

—¿Vas a buscarlo?

—¿Para qué complicar las cosas? —dijo Randy, encogiéndose de hombros—. No tardará en meterse en líos ahí abajo. Que se encarguen ellos.

Randy se levantó de su asiento ante el escritorio de la alcaldesa Dottie. El ayuntamiento tenía su sede en el antiguo edificio municipal, y veía los coches aparcados en la calle Mayor a través de las ventanas en arco de Dottie. Ya era hora de poner unas cuantas multas por aparcamiento indebido para sanear las arcas municipales.

—Además, tengo cosas más importantes en qué pensar que lo de Tommy

Horrigan —concluyó—. Tengo que cuidar del condenado presidente de los Estados Unidos.

LA primera persona que vio las posibilidades de Aix-les-Bains debió de ser un centurión romano que viajaba de Italia a las Galias para someter a los bárbaros revoltosos. Cuando se licenció del ejército, regresó a aquel bonito lugar a orillas del lago, construyó una piscina sobre el manantial de agua caliente, lo llamó *Aquae Grantianae*, y así nació una tradición.

La pequeña población de Aix-les-Bains, está a la sombra de monte Revard y a orillas del lago Bourget, que es la mayor masa de agua dulce de toda Francia. Y allí han acudido visitantes adinerados para aliviarse los dolores de la artritis desde hace dos mil años. Se popularizó especialmente en la década de 1880, después de que lo visitara la reina Victoria de Inglaterra. A Su Majestad le gustó tanto, que quiso comprárselo al Gobierno francés. Este rehusó amablemente, y acto seguido construyó un casino y un hipódromo para desplumar mejor a los encantadores clientes del balneario, al que cambiaron el nombre para llamarlo *Royale-les-Bains*.

Llegaban de París trenes especiales con miembros de la alta sociedad que acudían a remar en la playa del lago. Los barcos de vapor surcaban el canal de la Mancha cargados de turistas de canotier y tenis, dispuestos a matar el rato durante los meses calurosos del verano en el aire fresco de los Alpes, mientras las esposas engañaban a sus maridos, los maridos a sus esposas y los amigos íntimos se engañaban unos a otros con música de Clara Butt, que cantaba *Las llaves del cielo* en el gramófono. Era la *belle époque*, y como pasa con todas las *époques*, se fue desvaneciendo como un soldado viejo; los dorados de los techos se desprendieron, los suelos de mármol se agrietaron, y las tuberías que llevaban las aguas termales calientes rechinaban casi como las articulaciones artríticas de los antiguos agüistas. La antigua y pequeña población oculta en las montañas cayó casi en el olvido, y precisamente por ello vivía allí el señor Reggie Adler Pyx, el proporcionador de documentos. Además de por lo cerca que estaba de sus cuentas bancarias numeradas de Ginebra, en Suiza, a menos de ochenta kilómetros.

Peggy Blackstock se despertó cuando asomaban los primeros rayos rosados del sol sobre las montañas y sobre los riscos escarpados que señalaban el borde de los Alpes franceses de la Alta Saboya. En algún momento del camino, Peggy se había trasladado al asiento trasero del Mercedes alquilado en Praga, y Holliday iba en el asiento delantero con Philpot, que seguía al volante.

—Buenos días —dijo alegremente el hombre gordito cuando Peggy se incorporó parpadeando y mirando a un lado y a otro—. Ya casi hemos llegado.

—¿A dónde? —preguntó Peggy, bostezando. Miró por la ventanilla. Estaban en una carretera de montaña, a mucha altura. A la izquierda ascendían laderas con

bosque espeso; abajo, apreciaba a la luz del alba los perfiles geométricos de una población, en la cabecera de un lago largo y ancho.

—A Aix-les-Bains —respondió Philpot. Apareció a la izquierda un camino estrecho de gravilla, y Philpot lo tomó, ascendiendo con el viejo Mercedes entre los pinos desaliñados por la senda tortuosa que iba sorteando peñas, hasta que llegaron a un prado ancho y llano que estaba sobre una pequeña meseta. Tenían ante ellos una casa de campo francesa clásica que parecía salida de *Tojours Provence*: un edificio rectangular de piedras antiguas enjalbegadas, unas cuantas ventanas profundas y tejado de pizarra muy empinado. Al final del camino había una pérgola de aparcamiento rudimentaria de tejado de fibra de vidrio verde ondulado, que se apoyaba, inclinada, contra la fachada de la casa. Bajo ella relucía un caro Mercedes SLK 230 azul oscuro de dos asientos.

—No sé quién será ese tipo, pero parece que va bien de dinero. —Gruñó Holliday al ver el coche.

—La mar de bien —asintió Philpot—. La guerra contra el terrorismo que decretó nuestro reciente líder ha venido a tener el mismo efecto que la guerra contra el alcohol que decretó en sus tiempos Woodrow Wilson. Siempre ha sido así: se hacen negocios de una manera o de otra. Las habilidades de Reggie tienen mucha demanda en estos tiempos.

—¿Reggie? —dijo Holliday.

—Reginal Arbruthnot Adler Pyx. Es un nombre tan absurdo que debe de ser verdadero —dijo Philpot, riendo.

Sobre la puerta había un letrero de madera con letras talladas limpiamente que decían: LE VIEUX FOUR.

—«El viejo horno de cerámica» —explicó Philpot sin que nadie se lo hubiera pedido. Detuvo el Mercedes tras el deportivo y apagó el viejo motor diésel, que dejó de funcionar con un temblor y una tos. Salieron al fresco del amanecer. Mientras Holliday y Peggy se estiraban y bostezaban, Philpot encendió un cigarrillo. Pyx debía de tener algún sistema de preaviso, pues ya los estaba esperando en la puerta con una gran sonrisa en su cara ancha. A Peggy no le pareció que tuviera aspecto de falsificador. La verdad era que parecía, más que otra cosa, una estrella del *rock* de vacaciones. Era alto, un poco encorvado, y llevaba pantalones vaqueros y una camisa blanca por fuera. Llevaba unas sandalias, sin calcetines. Tenía el pelo oscuro, largo y revuelto; barba de dos días, y tras las gafas, redondas y algo tintadas, unos ojos castaños extraordinariamente inteligentes. Aparentaba treinta años, poco más o menos.

—¡Paddy! —exclamó Pyx con alegría—. Me traes un encargo, ¿verdad? ¿O solo has venido para tomarte un *pain au chocolat* y una taza de mi excelente café?

Además de su buena facha, tenía un acento irlandés como el de Colin Farrell.

—Un encargo, en efecto; pero creo que no despreciaríamos los bollos ni el café. ¿Verdad? —preguntó, dirigiéndose a Peggy y a Holliday.

Hizo las presentaciones pertinentes, y Pyx se apartó para dejarles pasar y los acompañó hasta su cocina. Todo era a la antigua, a excepción de una cafetera exprés Gaggia roja que ya silbaba y despedía vapor sobre una sencilla encimera de tablas que parecía tan antigua como la casa. El suelo era de losas oscuras; el techo, de yeso con vigas de roble vistas; las paredes, de piedra enjalbegada. Había una nevera antigua, un armario despensero, un horno independiente y una cocina de gas grande, de aspecto profesional.

Había manojos de hierbas aromáticas colgados de clavos; ollas con fondo de cobre y sartenes de hierro fundido colgadas de las vigas, y la luz de la mañana entraba por una sola ventana de muchos paneles de cristales antiguos e irregulares que estaba en la pared junto a la parrilla. Peggy oía cantar a los pájaros en el exterior. En cualquier otro momento, aquel habría sido un momento idílico de vida en el campo; pero en aquellas circunstancias, estaba cargado de miedos, preocupaciones y terror. Pyx los invitó a sentarse ante una mesa de cocina amarilla de pino que estaba en el centro de la habitación; les sacó de la despensa un plato de cruasanes de chocolate, calientes y aromáticos, y se entretuvo unos momentos con la cafetera de aspecto exótico para hacerles sendos tazones de capuchino espumoso que les llevó a la mesa. Se sentó él también; sumergió en su café la punta de un cruasán y dio un bocado al bollo mojado. Peggy hizo otro tanto. La masa escamosa tenía tanta mantequilla que parecía, en efecto, que se le fundía en la boca. Philpot tomó dos.

—Bueno —dijo Pyx—. No se parecen a la gente que me suele traer Paddy por aquí; pero he llegado a saber que las apariencias engañan.

—Pasaportes —dijo Philpot con la boca llena—. Y demás parafernalia.

—Hábleme —dijo Pyx, dirigiéndose a Peggy.

—¿Qué quiere decir?

—Que me diga algo. Tres tristes tigres trigo triscaban en un trigal.

—No comprendo.

—Lo que quiero ver es si tiene algún acento.

—Ninguno.

—Depende cómo se mire. Si estuviésemos en Castlenock, yo no tendría acento; pero aquí sí lo tengo. Hábleme.

Peggy hizo lo que le pedían.

—De Westchester, en el estado de Nueva York; pero ha pasado mucho tiempo en Israel hace poco —dijo Pyx, asintiendo con la cabeza.

Peggy lo miró atónita.

—¿Cómo lo sabe?

—Por mi amplia experiencia —dijo Pyx, sonriente—. Es a lo que me dedico.

Se dirigió a Holliday.

—Ahora le toca a usted. Lo mismo.

Holliday repitió el trabalenguas de mala gana.

—Nacido en Virginia Occidental, pero criado en la zona rural del estado de

Nueva York, ¿no es así?

—Se ha aproximado bastante.

El hombre había acertado de lleno, claro está. Holliday había vivido sus cuatro primeros años en Norfolk, después de que su padre se licenciara de la Armada, hasta que entró en el ferrocarril.

—Ninguno de los dos tiene un acento especial que pudiera detectar nadie que no fuera un experto, y la mayoría de los funcionarios de control de pasaportes de los Estados Unidos no lo son. Los haremos canadienses. ¿Han estado mucho por allí?

—Yo he estado varias veces en Toronto y en Montreal —dijo Peggy.

—¿Y usted? —preguntó Pyx a Holliday.

—Lo mismo. Pero ¿por qué no nos hace estadounidenses? —preguntó Holliday, frunciendo el ceño.

—Tienen acceso a las bases de datos estadounidenses. Parto de la base de que los dos son personas no gratas por allí, de momento; de lo contrario, usarían sus nombres reales.

—Es larga historia.

—Como todas, ¿verdad? —dijo el irlandés—. De Ontario, entonces. Es fácil. Las partidas de nacimiento y los carnés de conducir de allí son sencillos. También tendrán que tener tarjetas sanitarias.

—¿Tarjetas sanitarias?

—Son gratuitas. Las da el Gobierno de Ontario. Las distribuyen con mucha eficiencia, y tienen unas leyes de protección de datos que les impiden cruzar las bases de datos entre los diversos entes públicos. Un buen documento con foto. La tarjeta sanitaria, el carné de conducir y la partida de nacimiento los puedo hacer ahora mismo.

Peggy no entendía una sola palabra de lo que decía aquel hombre.

—Los pasaportes —apuntó Philpot.

—Más fácil todavía —dijo Pyx con una sonrisa—. Pero vamos a empezar con las fotos.

Se levantó y los condujo hasta el fondo de la casa. Entraron en un pasillo en forma de L, con estanterías de libros, que daba al dormitorio; pero en vez de seguir adelante, Pyx se detuvo en el ángulo de la L y extrajo un volumen de la librería. Sonó un chasquido leve, y la estantería osciló sobre unas bisagras invisibles.

—Ábrete, sésamo —dijo Pyx; y se apartó para dejarlos pasar. Los siguió y cerró tras ellos la puerta-estantería. Peggy recorrió con la mirada el cuarto secreto. Era grande, de cinco metros de lado, sin ventanas. A lo largo de tres de las paredes transcurrían bancos de trabajo, con estantes de obra más arriba. En los estantes había docenas de archivadores bien etiquetados y con códigos de colores, y en un rincón había media docena de monitores grandes de pantalla plana. Bajo los monitores, sobre soportes de acero, había una hilera de servidores informáticos negros, anónimos, cada uno con una lucecita verde que parpadeaba en la parte delantera. Los

bancos de trabajo contenían gran cantidad de periféricos, desde impresoras planas de pantalla grande a mesas de luz, y varias impresoras de color y fotográficas de aspecto muy natural. En la pared del fondo había una consola informática compleja LightWorks, con tres pantallas, para editar vídeo.

—Comparte usted sus secretos con mucha tranquilidad —dijo Holliday—. Podríamos haber sido policías.

—No lo son —dijo Pyx—. Si lo fueran, Paddy ya los habría matado. Además, me avisó de su llegada; y, si no me hubiera avisado, yo lo habría sabido desde el momento en que salieron de la carretera principal. —Sonrió. Estaba claro que el comentario de Holliday no le había ofendido en absoluto—. Y les aseguro que tampoco los habría recibido con café y cruasanes de choco.

Se encogió de hombros e indicó con un gesto de la cabeza la consola LightWorks.

—Además, yo tengo una empresa de edición de vídeo perfectamente legal. Aquí no hay nada comprometedor, salvo en los discos duros, y puedo borrar los datos mucho antes de que entre en esta habitación cualquier poli.

—No he visto que Philpot lo llamara —dijo Holliday, frunciendo el ceño.

—Me puso un mensaje de texto desde Pilsen. Deduzco que tuvieron ustedes problemillas en el país de los checos sin fondos.

—Un poco —dijo Holliday.

A Peggy le llamó la atención de pronto una cámara fotográfica grande que estaba montada en un trípode profesional junto a la pared, dirigida a la puerta falsa.

—Es una Cambo Wide DS con objetivo Schneider Digital 35 XL y respaldo Phase One P25 de formato medio —dijo, contemplando la cámara con admiración—. Cuesta unos treinta mil, ¿no?

—Más bien treinta y cinco —dijo Pyx—. Viene a ser la «maquina de retratar» más cara del mercado.

—Yo no la llamaría máquina de retratar —dijo Peggy.

A Holliday, aquello le parecía una lente grande montada sobre un trozo de metal cuadrado, grande y plano. Ni siquiera tenía aspecto de cámara.

—Está en línea con los equipos de digitalización que emplean los Gobiernos —dijo Pyx—. Así es como hacen ahora los pasaportes, al menos en los Estados Unidos y en Canadá. Se supone que el sistema es infalible. En vez de tomar una foto, pegarla a la página y plastificarla, la imprimen directamente en la página con impresora térmica.

—Le debe de hacer más difícil el trabajo —comentó Holliday.

—Mucho más fácil, en realidad.

Pyx señaló con un gesto la parte trasera de la puerta-estantería. Estaba pintada de un color blanco crudo, neutro, y a cada lado de la puerta había un par de luces poco potentes que suprimían todas las sombras.

—Póngase allí, haga el favor —dijo.

Holliday se plantó ante la puerta, de espaldas a la misma.

—Cabeza arriba, no sonría, boca cerrada —ordenó Pyx. Sonó un chasquido, saltó un destello vivo, y Peggy comprendió que las luces a ambos lados de la puerta eran *flashes* fotográficos.

—Ahora, retírese, y que ocupe su lugar la señorita Blackstock.

Holliday se apartó, y Peggy se puso de espaldas a la puerta. Pyx bajó el trípode para compensar la diferencia de altura, y volvieron a brillar los *flashes*.

—Estupendo —dijo Pyx, asintiendo con la cabeza. Extrajo la tarjeta de memoria de la cámara, la metió en un lector de tarjetas especial junto a una de las pantallas planas y escribió varias instrucciones en el ordenador.

—¿Prefieren algún nombre concreto?

—No —dijo Holliday.

—Yo tampoco —añadió Peggy.

—De acuerdo; usted será... digamos, Norman Peterson; y la señorita Blackstock será Allison Masters.

Pyx volvió al teclado y siguió escribiendo.

—Lugar de nacimiento, Toronto, Ontario, Canadá. Fecha... 1981 o así. Apellido de soltera de la madre... Padre... Documentos aportados. Garante.

Siguió escribiendo, tarareando entre dientes, y completó el formulario informático a los pocos momentos.

—Ahora hay que resolver la ruta, para que no me vuelva aquí —explicó—. Para empezar, elijo un consulado canadiense adecuado, digamos en Albania, y pongo su dirección como punto de origen.

Lo leyó en la pantalla.

—Ruga, Dervish Hima, Kulla, número 2, apartamento 22, Tirana, Albania; y, por último, el código de conmutación de paquetes.

Terminó de escribir e hizo florituras con las manos con gesto de virtuoso.

—¿Qué se consigue con todo esto? —preguntó Holliday.

—Así, el ordenador de la oficina central de pasaportes de Ottawa sabrá que el señor Norman Peterson y la señorita Allison Masters, ambos en París, Francia, que es la oficina de pasaportes más próxima a la zona, están renovando sus pasaportes y, de hecho, ya los han renovado. Está diciendo al ordenador que los nuevos pasaportes se recogerán en la embajada de París. Mientras tanto, se ha enviado un juego distinto de instrucciones a unos ficheros nuevos, junto con la solicitud de digitalización JPEG de dos fotos de pasaporte nuevas. Todo está con fecha de hace unos días; los pasaportes se imprimen en la tirada de hoy, y estarán dispuestos y esperándolos cuando ustedes se pasen por la embajada. Allí enseñarán las partidas de nacimiento, los carnés de conducir y los números del Seguro Social que yo les proporcionaré, y les entregarán dos pasaportes canadienses perfectamente auténticos, calentitos y recién salidos de la impresora, organizados por un servidor de ustedes. Si alguien de su servicio de seguridad electrónica intenta seguir la pista de la operación, acabará en el callejón sin salida del consulado canadiense en Albania, que seguramente está en una oficina

sórdida encima de un tenducho de mala muerte en Tirana. Es un poco complicado, pero así se aprovecha a la perfección un defecto del sistema. Me meto en su propia base de datos; ellos suponen que las instrucciones las han dado ellos y que, por tanto, son legítimas y autorizadas. No me ha fallado hasta el momento.

—¿No querrá decir «números de la Seguridad Social»? —preguntó Peggy.

—No vayan a meter la pata en la embajada de París si les preguntan, aunque no les preguntarán. En los Estados Unidos se llama Seguridad Social; en Canadá es el Seguro Social.

—Pero no vamos a París —alegó Peggy.

—Sí que vamos —dijo Paddy Philpot.

A las dos de la tarde ya tenían todos los documentos que necesitaban, a excepción de los pasaportes. Pyx les había añadido, de regalo, dos tarjetas Visa válidas del Banco de Nueva Escocia, a sus nombres nuevos, cada una con un límite de diez mil dólares, que, según el irlandés, se filtrarían de alguna manera entre la corriente invisible de transferencias inalámbricas del gran banco canadiense que saltaban de satélite en satélite por todo el mundo cada día.

Pasaron casi todo el día en Le Vieux Four, tomando cerveza Sangano Blonde helada, comiendo queso y paté y escuchando a Paddy Philpot, que contaba anécdotas de sus viejos tiempos de aventuras. Holliday casi podía olvidar por qué estaban en aquel lugar tan hermoso. Casi.

A primera hora de la tarde, provistos de los documentos, tras agradecer a Pyx su hospitalidad y felicitarlo por la rapidez y la calidad de su trabajo, volvieron a subirse al Mercedes y emprendieron la bajada por la carretera montañosa hasta el valle. Tras llegar a la autopista, hicieron en poco más de una hora el viaje de cien kilómetros hasta Lyon, y Philpot los dejó ante la moderna estación de ferrocarril de Part-Dieu.

—Hay trenes rápidos cada poco tiempo. El viaje hasta París dura unas dos horas. No tendréis problemas. ¿Recuerdas el nombre del hotel que te dije?

—Hotel Normandie. Rue de la Huchette, entre la Rue du Petit Pont y el bulevar Saint-Michel, en la orilla izquierda —dijo Holliday, repitiendo las instrucciones que le había dado Philpot.

—Muy bien —dijo el analista de la CIA, sonriendo.

—Te debemos lo de los pasaportes —dijo Holliday a regañadientes—. No lo olvido, ya sabes. Te lo pagaremos.

—No le des importancia, Doc. Imagínate que vuelves a estar en la nómina de la Compañía.

—¿Y tú qué harás? —le preguntó Holliday.

—Tengo que ir otra vez a Praga a ver a cierta gente. Pero nos veremos de nuevo en los Estados Unidos. —Se sacó del bolsillo un teléfono móvil negro pequeño y se lo entregó a Holliday—. Te llamaré —dijo.

Volvió a sonreír, subió la ventanilla y se marchó en el coche.

Holliday y Peggy se volvieron, cruzaron la ancha acera y entraron en la estación

moderna, de techos bajos. Compraron un par de billetes de primera clase para el primer tren de alta velocidad que salía para París, un TGV Duplex nuevecito de dos pisos, con asientos grandes, tipo avión, mucho sitio para estirar las piernas y velocidad punta de trescientos kilómetros por hora.

Subieron al tren, localizaron sus asientos y se instalaron para el viaje, relativamente corto. No habían visto nada sospechoso hasta el momento; pero ambos se sentían vulnerables sin pasaportes y sin más identificación que unos documentos falsos. El tren estaba lleno de viajeros, sobre todo de turistas de diversas nacionalidades que volvían a París; pero Holliday y Peggy tenían asientos contiguos y nadie les prestó ninguna atención.

El tren salió de la estación deslizándose suavemente, a la hora exacta, y empezó a ir ganando velocidad a los pocos minutos, cuando estaban en las afueras de la gran ciudad francesa. Ninguno de los dos había dicho palabra desde que se habían despedido de Philpot ante la estación.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Holliday, que había tomado el asiento del pasillo, cediendo a Peggy el de la ventanilla.

—No, gracias.

—¿Algo de beber?

—No; no tengo sed —dijo Peggy, sacudiendo la cabeza—. Más tarde, quizá.

—Sí; más tarde, quizá —dijo Holliday, incómodo. Hubo otro momento de silencio.

—¿Qué sabes acerca de Philpot, en realidad? —preguntó Peggy por fin.

El tren empezó a oscilar y a vibrar levemente cuando ganó más velocidad todavía al llegar al campo abierto.

—Sé que Pesek y él nos sacaron de un apuro grande ayer. Nos ha arreglado hoy lo de los pasaportes. Cosas que no podríamos haber hecho por nuestra cuenta.

—Como una especie de ángel custodio, ¿no?

—No estoy seguro.

—¿No te has preguntado nunca en qué bando está? —preguntó Peggy frunciendo el ceño—. Puede estar involucrado en el plan de la Sinclair. Puede ser del grupo incontrolado de la Agencia. Mentiras dentro de mentiras, dentro de mentiras.

—Sí.

—¿Y bien?

—No te puedo dar una respuesta, porque no la sé. Solo sé lo que ha hecho por nosotros hasta ahora.

—El mundo debe de estar muy mal cuando tienes que sospechar que *todos* están en tu contra.

Holliday guardó silencio un momento, mirando fijamente la tela de rayas del asiento que tenía delante y la mesita plegable.

—¿Alguna vez, viendo una película de televisión o leyendo una novela, has llegado a un punto en que te has preguntado, por qué no llaman a la policía, y ya

está?

—Claro —dijo Peggy—. Es como en las películas de terror, cuando la chica baja al sótano oscuro, cuando todos menos ella saben que lo que tiene que hacer es largarse corriendo de allí.

—Pero es que, si se larga, se acaba la película —asintió Holliday—. Nosotros estamos en ese punto —añadió—. Estamos en el punto en que debería acabar la película, porque si tuviésemos dos dedos de frente acudiríamos a la policía.

—Pero no podemos —dijo Peggy.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Philpot está alargando la película. —Peggy hizo una pausa—. Y con ese teléfono y los equipos necesarios, pueden localizarnos por GPS.

—¿Y? —preguntó Holliday.

—¿Por qué lo hace? —dijo Peggy—. Nos salva el pellejo, con Pesek y los suyos, cuando nos habían secuestrado, y ahora nos proporciona unos pasaportes. Quiere que volvamos al lío. Por qué. —Hizo una pausa—. ¿Nos está tendiendo una trampa, como hizo Brennan?

—Ya se me había pasado por la cabeza —dijo Holliday con tristeza—. Pero ¿qué podemos hacer ahora al respecto? Debería enviarte a Jerusalén, con Raffi —propuso, mirando a Peggy.

—No me seas tan antiguo, Doc. Además, Raffi no está en Jerusalén; está en Etiopía, o por ahí buscando una legión romana perdida, o las minas del rey Salomón, o algo así. Y, en todo caso, yo no querría ir. Me necesitas.

Peggy miró por la ventanilla, y volvió la vista de nuevo a Holliday.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Quizá me quede una baza que jugar —dijo Holliday, pensativo.

—Más vale que sea un as —dijo Peggy.

Kate Sinclair sobrevolaba el Atlántico, de vuelta a los Estados Unidos para asistir al acto oficial de investidura de su hijo como vicepresidente, cuando sonó con insistencia el teléfono vía satélite de su acompañante. Mike Harris, tras pedir disculpas, atendió la llamada. Escuchó durante menos de un minuto, y cortó.

—¿Algo importante? —preguntó la Sinclair, que fumaba un cigarrillo y se estaba tomando una copa del vino tinto de sus propias bodegas.

—Pyx informa, tal como se lo encargó usted. Ha dado pasaportes y tarjetas Visa a todos. Las Visa tienen localizadores GPS bajo el holograma, como había dicho él. Los encontraremos siempre que queramos.

—Bien —dijo la anciana—. Siempre pensé que sería buena idea tener en nómina a ese hombre. A veces puede resultar muy útil saber quién busca documentos de identidad falsos.

HOLLIDAY y Peggy recogieron sus pasaportes en la embajada de Canadá en París, tomaron un taxi al aeropuerto Charles De Gaulle y llegaron a Nueva York a las veintitrés horas de haberse subido al tren de alta velocidad en Lyon. Cosa rara, todo había transcurrido sin tropiezos. El funcionario de la embajada les entregó sus pasaportes falsos con una sonrisa; el taxista que los había llevado al Charles de Gaulle les había hablado de lo bien que lo había pasado en Nueva York, donde había estado recientemente para visitar a su hija casada, que vivía en Brooklyn, y en el jumbo de Air France les habían servido una comida magnífica. Los de seguridad del aeropuerto JFK apenas les habían echado una mirada, a pesar de que no llevaban equipaje, y habían conseguido encontrar a la primera una limusina que iba para la ciudad. Tomaron dos habitaciones contiguas en el hotel Gramercy Park, recién reformado; y a la hora de almorzar estaban en el Rose Bar, tomándose unas hamburguesas de vacuno de Kobe con patatas fritas caseras y tomates verdes.

—Entonces, ¿quién es Max Kessler, exactamente? —preguntó Peggy, mojando una patata frita en el ketchup—. Y ¿por qué vamos a verle?

—Es una especie de Henry Kissinger en la sombra —le explicó Holliday—. Era *geek* antes de que se inventara la palabra. Un maniático de la información, coleccionista de personas, erudito, gran conversador que sabe sonsacar a la gente. Además, ha sido consejero privado y asesor de temas de inteligencia para los cuatro últimos presidentes.

—No había oído hablar de él —dijo Peggy, frunciendo el ceño. Se echó la patata frita a la boca y la masticó con delectación.

—De eso se trata —dijo Holliday—. Es como el fantasma de la ópera, siempre entre bastidores.

—¿Para qué tanto secreto?

—Creo que tiene algo que ver con su padre.

—¿Quién era su padre?

—Un coronel de las SS, adjunto de Reinhard Gehlen.

—No te sigo. ¿De Reinhard qué?

—Gehlen. Jefe de espías nazi que dirigía la red soviética. Pasó la información de que disponía a la Oficina de Servicios Estratégicos, a cambio de que se lo llevaran a los Estados Unidos con su familia, bajo la operación Paperclip. Trabajó para la CIA durante décadas. Después, volvió a Alemania y fue jefe de los servicios de inteligencia de la Alemania occidental hasta finales de los setenta. Hugo von Kessler se quedó aquí, con su mujer y su hijo. Max se ha limitado a seguir la tradición familiar. Todavía corren rumores de que Max tiene acceso a información secreta; pero

a nadie le importa mucho, con tal de que dé lo que se espera de él.

—¿De qué lo conoces?

—Nos hemos ayudado el uno al otro algunas veces a lo largo de los años —dijo Holliday, sin entrar en detalles—. La cuestión es que Max Kessler lo sabe todo y conoce a todo el mundo en lo que se refiere a la CIA y a los servicios de inteligencia en general. Si Philpot nos está tendiendo una trampa, o si Tritt está metido en algún complot, él lo sabrá.

Max Kessler vivía en el piso oscuro donde en otro tiempo había residido Boris Karloff, en el sexto piso del edificio Dakota, frente a Central Park. El edificio era famoso porque en él se rodó *La semilla del diablo*, y porque fue donde asesinaron a John Lennon.

El piso de Kessler tenía un cuarto de estar, un comedor convertido en despachos, dos dormitorios y una cocina inmensa. Había muchísimos paneles de pared de maderas oscuras, candelabros de cristal y muebles pesados de época victoriana de los que se habían traído de Inglaterra al por mayor en los años cincuenta y sesenta para venderlos como «antigüedades importantes». Había por todas partes tapetes de ganchillo y alfombras persas polvorientas, y cuadros malos de caballos y de batallas de guerras olvidadas sobre las paredes cubiertas de papel pintado caro. Podría ser la casa de una tía solterona.

Kessler parecía un enterrador. Los recibió en la puerta, vestido con un traje azul oscuro de raya fina, con chaleco, una corbata de seda azul y dorada con el escudo de la Facultad de Derecho de Harvard, y zapatos de aspecto caro con borlas. Llevaba gafas de carey redondas, suspendidas sobre su larga nariz, que era un reflejo de su barbilla puntiaguda. Tenía las mejillas un poco hundidas, y la frente le trazaba un arco que se perdía bajo el cabello gris metálico algo ralo, que llevaba peinado hacia atrás con perfección prusiana y reluciente. Tras las gafas, sus ojos parecían trozos de carbón; y cuando los saludó con una sonrisa pareció que el leve movimiento de los labios delgados le iba a resquebrajar toda la cara, como si fuera un huevo pasado por agua.

Los hizo pasar al pequeño cuarto de estar y les indicó un sofá tapizado a franjas negras y amarillas que no habría estado fuera de lugar en casa de una abuela. Él se sentó cuidadosamente en un sofá de respaldo alto, tapizado con la misma tela, y unió las dos manos por las puntas de los dedos como un profesor chapado a la antigua que inspecciona un aula llena de alumnos. Peggy comprendió de pronto el papel que representaba: era una mezcla de Basil Rathbone y Jeremy Brett, en el papel de Sherlock Holmes. Cuando habló, hasta tenía un leve acento británico, cuando lo natural habría sido que lo tuviera alemán.

—Cuánto tiempo, coronel. Me sorprendió bastante su llamada telefónica. —Sonrió levemente—. Cabe suponer que será una cuestión más bien apremiante.

—Eso está por ver.

—Antes de que empecemos, debemos ocuparnos del teléfono que le entregó

nuestro amigo común, el señor Philpot.

—Le he quitado la batería y la SIM —dijo Holliday.

—Sabia precaución. El empleo de transpondedores en la mayoría de los teléfonos modernos no deja de inquietarme. Me parece que tiene un tufillo orwelliano. Demasiado *1984* para mi gusto.

—¿Qué piensa de Philpot? —le preguntó Holliday, entrando en materia.

—Bien podría estar trabajando para ambos bandos.

—Pero, ambos bandos, ¿*de qué*? —preguntó Peggy.

—Usted intervino en aquel asunto con Rex Deus y la Sinclair, ¿no fue así, coronel?

—Creía que la cosa no había trascendido —repuso Holliday, sorprendido.

—Yo no me dedico a las cosas que han trascendido —dijo Kessler con cierta sequedad.

—¿Qué pasa con la Sinclair? —dijo Holliday.

—Un papa, asesinado. Aparecen los cadáveres de un cura y su amante masculino en una carretera secundaria de Virginia. Dos operativos de Blackhawk Security, muertos en el parque Rock Creek, supuestamente en accidente de circulación, pero en los restos del vehículo quemado se aprecia una docena de orificios de bala. Un vicepresidente de los Estados Unidos, asesinado. Orden de busca y captura para usted en Italia. Un incidente en la frontera canadiense en el que interviene un hombre y una mujer cuya descripción concuerda con ustedes dos. Un atentado contra un senador de los Estados Unidos por parte de un grupo terrorista desconocido; un fotógrafo, asesinado, quemado vivo en su Porsche nuevo; y, por último, una orden de busca y captura federal en nuestro propio país, que pone sobre el tapete la cuestión de cómo han regresado ustedes a los Estados Unidos sin alertar a las autoridades. La señorita Blackstock y usted han dejado mucha huella en la última semana, coronel.

—Se ha saltado lo de que nos secuestraron y nos llevaron a un «sitio negro» americano en la República Checa —dijo Peggy.

—Ah, sí; el rescate melodramático por *Pane Pesek* y su grupito de ninjas. No me pareció digno de mención.

—A usted no se lo parecerá —bufó Peggy.

—Yo soy una araña en su tela, señorita Blackstock. Estoy inmóvil en mi guarida, y me acaban llegando los bocados de información. Unas veces, la suma de los bocados constituye una comida apetitosa; otras veces, no.

—¿Y en este caso? —preguntó Holliday.

—En este caso, la suma es Kate Sinclair, que nos conduce, a su vez, a su correligionario de Rex Deus en la Agencia Central de Inteligencia.

—¿Y quién puede ser ese?

—Michael P. Harris, director de operaciones adjunto. La P. es la inicial de Pierce. Es hermano de Kate Sinclair. Como ya he dicho, migajas de información que a veces se pasan por alto.

—Eso explicaría muchas cosas —murmuró Holliday, intentando combinar todos los datos.

—O nada en absoluto —repuso Kessler. Sonrió—. Pero, en este caso, lo explica casi todo.

—Cuenta —dijo Peggy.

—A estas alturas, al menos según el señor Philpot, ustedes ya son conocedores de las ambiciones de *madame* Sinclair para su hijo, y, por tanto, de la hegemonía de Rex Deus en los Estados Unidos. Pero Kate Sinclair necesita más impulso. Que a su hijo le inflija una herida leve un supuesto terrorista, y que este pase a ser el segundo de a bordo en la Casa Blanca, no le basta para rematar sus planes. Me atrevería a suponer que necesita dar otro golpe que resuene más, y que lo necesita muy pronto.

—¿Quién, qué, dónde y cuándo? —preguntó Holliday—. Estas son las migajas que faltan, como las llama usted.

—El «quién» es sencillo —dijo Kessler—. Kate Sinclair no puede hacer nada por su cuenta, y su hijo tampoco podría aunque tuviera la inteligencia necesaria. No. El «quién» es, sin duda, el señor Harris. En cuanto a lo demás... busquen un acto o una persona, un momento o un lugar donde unos estragos pudieran producir un máximo de beneficio. Y búsqnenlos ahora mismo. Es apremiante. Debe producirse antes de que nuestro nuevo vicepresidente deje de ser noticia de actualidad. Cualquier momento y lugar de esas características donde vaya a estar el señor Harris: esa será la respuesta.

—¿Tiene alguna idea? —preguntó Holliday.

—Una o dos —dijo Kessler con una leve sonrisa.

CUARTA PARTE

FINAL

EL colegio Abbey, de Winter Falls, se remontaba a una época anterior a la invención del turismo como tal. Lo habían fundado a principios del siglo XIX un grupo de monjes que habían llegado huyendo de los restos incendiados de la abadía del Petit Clairvaux, en Francia. A lo largo de los siglos, el Petit Clairvaux había sufrido todo tipo de estragos, desde la peste hasta los designios de reyes tiránicos, pasando por la destrucción de la Orden del Temple y por la oposición de Napoleón Bonaparte a la vida monástica y a la religión organizada, hasta sufrir, por último, un incendio.

Los doce monjes supervivientes se hicieron a la vela hacia el Nuevo Mundo; encontraron un terreno apartado en los bosques del Nuevo Hampshire y se establecieron para dedicarse a la vida contemplativa y a elaborar queso de oveja.

Por desgracia, el queso fuerte y de sabor ahumado que producían no fue popular; y a principios del siglo XX la abadía de San José se convirtió en sanatorio antituberculoso, y sobrevivió como tal hasta que la mayoría de los monjes y de sus pacientes fallecieron en la segunda oleada mortal de la epidemia de gripe española, en 1918.

En 1920, la abadía volvió a transformarse de nuevo y se convirtió en el colegio Abbey, internado católico con el propósito expreso de producir sacerdotes y monjes que difundieran por América el credo benedictino. Aquello dio tan mal resultado como la venta de queso de oveja; y en 1930, cuando la población misma de Winter Falls se convirtió en lugar de veraneo popular para los ricos y poderosos, el colegio Abbey, que ya era por entonces un amplio complejo de edificios centenarios y de construcciones más modernas, abrió sus puertas a los hijos de cualquiera que pudiera pagar las altas cuotas en concepto de enseñanza y de alojamiento, con independencia de su raza, credo y color; a excepción de los miembros de la raza negra, de los chinos y, tanto menos, de los practicantes del judaísmo. De hecho, el alumnado fue inflexiblemente masculino, blanco, anglosajón y protestante durante el medio siglo siguiente.

En el transcurso de estos cincuenta años, el colegio Abbey alcanzó cierta relevancia como colegio privado donde mandaban a sus hijos no tan brillantes los famosos, los políticos y los multimillonarios de países de todo el mundo. El colegio tenía varias ventajas: daba más importancia a los deportes (a la *educación física*, como la llamaban en el centro); estaba en un lugar remoto de Nuevo Hampshire, gracias a lo cual los privilegiados alumnos tenían menos ocasiones de meterse en líos graves en cuestión de drogas, sexo o alcohol; además de lo cual, el centro estaba lo

bastante lejos como para que los padres pudieran excusarse de ir a hacerles visitas, salvo en circunstancias absolutamente excepcionales.

En los años sesenta ya había un servicio regular de limusinas desde Nueva York y Boston, y un servicio de hidroaviones desde ambas ciudades para los padres que estaban impacientes por ver encerrados a sus hijos tras el muro de granito cubierto de musgo que rodeaba el antiguo complejo monástico.

Era el centro ideal para que un almirante retirado, héroe naval de la Segunda Guerra Mundial, enviara a un hijo de notas regulares y expediente académico muy mediano, al que quería hacer llegar a presidente. Un chico agradable, apuesto y de gran sonrisa, pero que, en esencia, no era más que un muchacho corriente, bien peinado y gran jugador de *hockey* sobre hielo.

El *hockey* era la única cosa en la que había destacado de verdad el hijo, aparte de en ser heredero de una fortuna petrolera de miles de millones de dólares por parte de su madre. En última instancia, el partido era el verdadero motivo por el que asistía a la reunión de antiguos alumnos del cuarenta aniversario de su promoción. El momento del que se sentía más orgulloso en toda su vida anterior a su elección como presidente, más que su graduación en el Abbey y su ingreso en Yale (que se había arreglado entre amigos), había sido el de su victoria contra los Lobos de Winter Falls, como capitán de los Argonautas del Abbey, ganando la codiciada Copa San José. Morrie Hadler lo había explicado así en una entrevista en el programa de Charlie Rose: «Aquello le dio la luz verde para el resto de su vida».

Él sabía, muy dentro de sí, que aquello había sido, en efecto, lo que lo había espoleado para triunfar en la vida. Si había podido ganar aquel partido, podría ganarlo todo. También había sido una de las cosas que más se le habían subido a la cabeza, combinada con las borracheras a base del repugnante licor de manzanas silvestres que elaboraba Morrie Adler a escondidas con un alambique que tenía en el sótano, y con los cigarrillos Lucky liados con emulsión fotográfica de Polaroid, que contenía dimetilriptamina, alucinógeno semejante al LSD. Esto último era un descubrimiento de su primo, Mickey Haines.

Ahora que estaban construyendo su biblioteca presidencial en San Diego, que al cabo de un año y medio más en el cargo le esperaba una pensión de doscientos mil dólares al año, dietas, gastos de representación, una década de protección por el Servicio Secreto, y seguro sanitario de primera, todo ello a cargo del contribuyente, le parecía oportuno rematarlo todo con una visita al Abbey.

El presidente de los Estados Unidos pensaba en todo esto sentado en la lujosa cabina de pasajeros del Marine One, que zumbaba a la caída de la tarde por el cielo de Vermont, rumbo a Winter Falls. A su lado, Morrie repasaba los últimos informes de inteligencia sobre las matanzas yihadistas, intentando en vano encontrarles un sentido. Bajo el aparato, se extendían hasta el horizonte los bosques cubiertos de un manto de nieve. Morrie encendió un Cohiba, dio una honda calada y se repantigó en el sofá de cuero, blando como la mantequilla. En el portavasos, a su derecha, tenía un

vaso de vidrio tallado con un Pappy Van Winkle Family Reserve de cincuenta y cuatro grados.

—¿Crees que asistiré al partido Shannon O’Doyle? —preguntó Morrie, como pensando en voz alta.

—¿La Reina de la Nieve?

El presidente se rio. Shannon O’Doyle había sido objeto de las fantasías sexuales de todos los chicos del Abbey y del instituto de Winter Falls. Era rubia ceniza natural, tímida, y los pantis le hacían un frufú terriblemente erótico cuando cruzaba las piernas.

—Ahora será una señora mayor y canosa.

—¿Y qué? —repuso Morrie—. Hay sueños que no mueren nunca. —Sonrió sin quitarse de los labios el grueso puro cubano—. En todo caso, nosotros también somos señores mayores canosos.

El presidente suspiró. ¿Por qué se tardaba tanto en llegar a cualquier parte, para después pasar allí tan poco tiempo? Aquel era el verdadero inconveniente del sueño americano: que siempre acabas por despertarte. El helicóptero seguía avanzando ruidosamente por encima de los árboles, y el presidente miró por la ventanilla pensando en los pantis de Shannon O’Doyle y en el ruido cortante y amenazador de los patines al deslizarse por el hielo.

—¿Qué probabilidades hay de que ese tipo, Kessler, esté en lo cierto? —preguntó Peggy. Estaban sentados en el reservado del fondo del Gorman, desde el que se veía el embarcadero y la superficie llana y de color blanco reluciente del hielo que cubría el lago, que a la luz del sol poniente invernal iba tomando un color dorado. Los trineos estaban recogidos en hilera, con las velas plegadas, y el fuerte viento que subía del lago les hacía resonar los aparejos tensos con un zumbido extraño, como el canto de las cigarras.

Holliday tomó un trago de café y contempló por la ventana la escena triste y helada. En verano, lo más probable era que el embarcadero y el lago tuvieran su aspecto más radiante a aquella misma hora del día.

—Bastantes —dijo, sintiéndose tan triste como el paisaje frígido—. Me pareció bastante convincente.

—En su cuarto de estar del edificio Dakota de Nueva York parecía convincente —dijo Peggy—. Pero la realidad es un poco distinta —añadió, encogiéndose de hombros—. Puede ser una simple coincidencia. Aquí no pasa nada, te lo juro.

—Kessler no cree en las coincidencias, y yo tampoco —respondió Holliday—. Cree en los sincronismos.

Holliday dejó la taza de café y se puso a contar con los dedos los puntos que exponía.

—Viene de visita un presidente. Encargan asistir al acto, precisamente, a Mike

Harris, que además es pariente cercano de Kate Sinclair. Es el momento oportuno: en estos tiempos, las noticias dejan de estar de actualidad enseguida, y pronto se olvidarán de nuestro nuevo y distinguido vicepresidente, Richard Pierce Sinclair. Winter Falls ha sido elegido «el lugar más seguro de los Estados Unidos», y por eso es un objetivo ideal. Es fácil de atacar, y su destrucción impresionaría mucho más. Si la Sinclair y Rex Deus quieren mandar un mensaje, este es el momento y el lugar oportunos.

—¿Y si nos equivocamos?

—Pues nos equivocamos, y buscamos en otro sitio. No habremos perdido nada.

—Nada más que el tiempo —murmuró Peggy—. Un tiempo que podríamos haber pasado en otra parte.

—John F. Kennedy dijo una cosa sobre los asesinatos: «Si alguien está lo bastante loco como para querer matar a un presidente de los Estados Unidos, podrá hacerlo. A condición de que esté dispuesto a dejar la vida en el intento él también».

—¿Qué quieres decir?

—Este país se ha gastado un billón de dólares en medidas antiterroristas desde el 11 de septiembre; a pesar de lo cual, no fuimos capaces de detener a un tipo que llevaba una bomba en la ingle en un vuelo a Detroit. Hay que hacer lo que se pueda, nada más. Nadie nos ha nombrado salvadores del presidente; para eso está el condenado Servicio Secreto.

—¿Y si Kate Sinclair y Rex Deus están infiltrados en el Servicio Secreto? Bien sabes que no es imposible. Parece que esa mujer se ha introducido en todo lo demás que hay en Washington. ¿Por qué no en la brigada de protección del presidente?

—¿Y eso nos hace responsables a nosotros? —dijo Holliday.

—Oficialmente, no. Moralmente, puede que sí.

—Yo no soy el árbitro moral del país —dijo Holliday con un deje de amargura en la voz.

—Quizá deberías serlo —dijo Peggy—. No cabe duda de que lo necesitamos. Y, con el tiempo, se acaba por escuchar hasta una voz que clama en el desierto.

—Kessler nos ha dado cierta ventaja... Sabe más de lo que cuenta, créeme, Peg. Max Kessler se las ha arreglado para abrirse camino en todas las presidencias, desde tiempos de Reagan. *Quiere* que estemos aquí. Sabe que esta noche va a pasar algo en Winter Falls, y tiene la esperanza de que nosotros podamos impedirlo.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que estamos buscando?

—A Tritt. Estará aquí, en alguna parte, te lo garantizo. Y esta vez será para algo más que un asesinato. Si Kessler está en lo cierto, hará algo mucho mayor. Kate Sinclair necesita una cosa muy grande para que sirva de pretexto a Matoon y a todo lo demás.

—Lo que yo creo es que estamos locos los dos —dijo Peggy—. Me parece que estoy metida en una de esas teorías de la conspiración que se leen en Internet. Es como si... esto no pudiera ser real, y nosotros no debiéramos estar metidos en ello.

¿Por qué nosotros? ¿Un par de personas corrientes, metidas en un golpe de Estado militar, aquí, en plenos Estados Unidos? Es una locura.

—Cuéntaselo a John Wilkes Booth —dijo Holliday—. Era un autor de segunda fila, pero cambió el curso de la historia americana asesinando a Abraham Lincoln. Adolf Hitler era un pintor fracasado, y en la Primera Guerra Mundial no pasó de cabo; pero llegó a ser la fuerza motriz que llevó a la muerte a cincuenta millones de personas. Los de las teorías de la conspiración tienen razón a veces, nena.

Holliday echó una mirada a su reloj. Faltaban dos horas para el inicio del partido de *hockey*. Se les acababa el tiempo. Tocó a Peggy en el brazo.

—Vamos —le dijo en voz baja—. Ya es hora de ponernos en camino.

EL jefe Randy Lockwood estaba sentado en su pequeño despacho del edificio municipal, acorralado entre los tres agentes, semejantes a mangostas, que lo acompañaban de cerca desde las ocho de la mañana. Dottie le había dicho que se pusiera el uniforme de gala, como muestra de respeto al presidente; pero él se sentía un poco ridículo. Aparte de que ese uniforme solo salía a relucir para asistir a funerales de policías en otras poblaciones, también daba la casualidad de que afuera hacía un frío helador y empezaba a nevar, y el viento se le colaba por todos los ocales con sus estúpidos botones de latón. Por si aquello no bastara para hacerlo sentir incomodísimo, también le daba algo de apuro aparecer con todas sus medallas y demás distinciones militares.

Solo le dirigía la palabra uno de los agentes, el agente especial al mando Saxby. Al parecer, los otros dos estaban allí para vigilar a Saxby, o quizá, incluso, al mismo Lockwood; todavía no lo tenía claro.

—Todo esto es innecesario —dijo Saxby, tajante—. Alguien debería decírselo.

—Yo no he tenido nada que ver —dijo Lockwood—. El director del colegio Abbey se lo propuso al director del instituto, y ambos transmitieron la invitación al presidente de manera conjunta.

—Nadie nos lo consultó; nadie consultó a la Seguridad Nacional, y nadie dijo una sola palabra al Servicio Secreto. —Gruñó Saxby—. El estúpido hijo de perra quiere hacer un saque de *hockey*, y la operación cuesta a los contribuyentes más de un millón de dólares, y nos aparta a nosotros de donde deberíamos estar, que es buscando a terroristas, y no escoltando a hombres de paja en viajes de placer pagados a una aldea perdida.

—No me culpe a mí —dijo Lockwood—. Yo no le voté.

—Desde el atentado de Virginia, estamos en nivel de amenaza naranja. ¿Sabe lo que significa eso?

—Claro —dijo Lockwood con sequedad—. Es como cuando vas al Starbucks y pides un frappuccino moca venti de chocolate blanco. Lo de Defcon Uno, y Flecha Rota, y Lanza Doblada y toda esa terminología cursi al estilo de James Bond que ustedes suelen soltar. Es cosa fuerte, ¿verdad?

—Llámelo como quiera, jefe Lockwood; pero lo que significa es que en el territorio nacional hay ahora mismo un riesgo elevado de actividad terrorista. Es una cosa que nos tomamos muy en serio. Y usted también debería.

—Yo soy chapado a la antigua, agente Saxby. Soy un tipo práctico; lo que mi padre solía llamar un cabezota. Así que, ahora que está en mi pueblo, escúcheme, ¿quiere? Fui *quarterback* del equipo de fútbol americano porque quería impresionar a

las chicas. Cuando fui al Vietnam, me di cuenta de que la idea no era matar a los del Vietcong, sino volver a casa vivo. Cuando me reenganché para ir por segunda vez, fue para que me dieran un ascenso y mayor pensión.

»Cuando volví aquí, fue para dedicarme a poner multas de tráfico y a ir de pesca. El último asesinato que hubo en Winter Falls fue hace veinticinco años, cuando la mujer de un campesino de por aquí se enteró de que su marido se estaba tirando a una amiga en Nueva York. Se libró con una condena de tres años por homicidio justificado, con libertad condicional automática. Hasta la fecha sigue ejerciendo un cargo en el consejo de administración de la escuela local.

»Y no pienso acalorarme ni preocuparme por sus códigos rojos o como los llamen. El partido se va a jugar en la pista de hielo del colegio Abbey, no en el World Trade Center, y el presidente solo estará aquí un par de horas. Si ustedes no son capaces de detectar a un yihadista entre el público de aquí, es que no están a la altura de su trabajo.

Saxby lo miró con acritud.

—¿Sabe usted, señor Policía Práctico, por qué se estrellaron esos aviones contra las torres del World Trade Center?

—Cuéntemelo usted, agente especial al mando Saxby.

—Porque eran un objetivo, jefe Lockwood —dijo Saxby—. Y un objetivo fácil. Los dos edificios más altos de Nueva York. Además, estaban dispuestos de tal modo que, cuando se miraban desde el norte o desde el sur, que fueron los rumbos de donde procedían los ataques, parecían una única losa. Y aun así, el primer avión casi falló. Eran un objetivo práctico. Y eso mismo son ustedes, por mucho que se dediquen a poner multas de aparcamiento o a pescar. Este sitio, con el presidente dentro, tiene una diana pintada encima, le guste a usted o no. Es la población más segura de los Estados Unidos, con el presidente de la nación en el centro de la diana. Osama bin Laden no tuvo en su vida un sueño erótico mejor que este.

—Esperemos que se equivoque usted, agente Saxby —dijo Lockwood—. Yo he hecho todo lo que podía en estas circunstancias. Tengo de servicio a los dos turnos de mis hombres; he cedido la mitad a los tipos del Servicio Secreto y a los de usted para que trabajen por parejas. En este pueblo, todo el mundo se conoce. Los forasteros destacan a la legua.

»Ahora no es como en verano, cuando van y vienen los turistas constantemente. Han traído a perros adiestrados para que busquen explosivos en los asientos de la pista de hielo; han puesto detectores de metales en todos los sitios donde irá Su Excelencia. Han despejado en el parque, ante el edificio municipal, un terreno para que aterrice el helicóptero. Hay dos Escalades del Servicio Secreto esperando, que llegaron esta mañana; y la gente de usted tiene volando todo el día ese helicóptero pequeño, buscando francotiradores en las azoteas. No sé si podríamos hacer mucho más, maldita sea.

Saxby mudó la expresión de pronto. La acritud dejó paso a un gesto cansado, de

desolación. Parecía que llevaba sobre sus hombros el peso del mundo, que lo agotaba, que lo envejecía prematuramente.

—Ese es siempre el problema, jefe Lockwood. Uno hace siempre todo lo que puede. Cubres todos los ángulos; buscas en todos los rincones y agujeros; pero nunca es suficiente. Este trabajo es, casi siempre, el más aburrido del mundo.

»Lees todos esos libros de Tom Clancy y ves todas esas películas de acción en la televisión; pero no son más que un montón de estupideces. Lo de buscar terroristas es un montón de estupideces. Llevo haciendo este trabajo treinta y dos años y siete meses. Me faltan cinco meses para la jubilación obligatoria; y desde el primer día no he tenido más que nervios, porque a veces nunca es suficiente; y a veces se pasa algo por alto; y a veces, cuando menos te lo esperas, todo te estalla en la cara y llegas medio segundo demasiado tarde. Dices *tal* cuando debías haber dicho *cual*; doblas a la izquierda cuando debías haber doblado a la derecha; y yo tengo los nervios cargados como una pistola desde hace treinta y dos años y siete meses, esperando cometer el error.

Hizo una pausa.

—Mi agente de seguros me dijo una vez que a todo el mundo le espera en su vida un tren de mercancías y un paso a nivel sin barreras, y que nunca lo ves llegar hasta que es demasiado tarde —concluyó.

—Qué agente de seguros más alegre tiene usted —dijo Lockwood, intentando aligerar el ambiente. Pero entendía perfectamente al agente del FBI de cabellos grises. Nunca sabías de dónde iba a venir la bala definitiva. Cualquier día, él mismo podía dar el alto a un turista bebido que estuviera alborotando, para encontrarse con que el gamberro le sacaba una pistolita de tres al cuarto, y él acababa con el mismo uniforme que llevaba puesto ahora mismo, solo que tendido de espaldas en una caja forrada de satén. Pasó ante el edificio un ruidoso camión cisterna de la Sandri Sunoco, que hacía su reparto de fueloil. El viento arreciaba, y nevaba con más fuerza todavía. En Winter Falls iba a hacer mala noche.

Saxby esbozó una leve sonrisa forzada.

—Lo único que quiero es que todo esto termine de una vez y que el presidente se largue; y entonces, jefe Lockwood, usted y yo bien podemos buscarnos un sitio donde tomarnos unas cervezas frías y unos chuletones, y contarnos viejas historias de la guerra.

—Me parece bien —asintió Lockwood.

MALCOLM Teeter, que prefería que sus amigos lo llamaran Stryker, en recuerdo de su personaje favorito del videojuego *Mortal Kombat*, estaba solo al volante del camión cisterna de la Sunoco, aparcado tras el centro comercial Winter Falls, en la carretera de Crooked Pond. Tenía ante sí, en el salpicadero, el detonador de la bomba de NAFO de treinta y cuatro mil litros y veinticinco mil quinientos kilogramos que contenía la cisterna roja, blanca y azul. El detonador, construido a partir del mando de radiocontrol de una barca a motor de juguete comprada en un RadioShack de Portland, estaba conectado a cuatro baterías de seis voltios y a un iniciador de laminilla PerkinElmer como los que se emplean en los cohetes antitanques.

El tipo nuevo les había enseñado a encargarse así por Internet. Hasta les había conseguido reproducciones que parecían perfectas de los uniformes de la guardia nacional de Nuevo Hampshire, para que no llamaran la atención durante la operación de Winter Falls.

Decía que se llamaba Barfield, y era bastante agradable, aunque demasiado callado. Y, en todo caso, Malcolm no era tonto, claro que no. En menos de una semana, aunque nadie había dicho nada, se notaba quién mandaba ahora, y estaba más claro que el agua que ya no era Wilmot DeJean, maldita sea. Conservaba la graduación, sí; y se paseaba por el complejo con su cara de «yo soy el director de este colegio»; pero había sido Barfield quien les había enseñado todas aquellas cosas nuevas; como a dejar de llamar la atención llevando pistolas a la vista; a camuflarse entre la gente sin dar pistas con cosas como enseñar los tatuajes o llevar botas tipo Shit-Kicker; la diferencia entre mirar y ver de verdad; y, sobre todo, la importancia de tener paciencia.

A Malcolm no le gustaba que lo hubieran elegido para llevar la carga más pequeña; pero, como dijo el tal Barfield, era la más importante, porque sería la primera. Distrería a los agentes del verdadero objetivo, el colegio, y haría que todos se dirigieran allí, al norte del pueblo. Según Barfield, habría un montón de agentes en el pueblo, y él casi lo notaba bajando por la calle Mayor.

Al pasar junto al parque, frente al cuartelillo de la poli y de los bomberos, casi los podías ir contando por todas partes. Por ejemplo, ¿qué clase de idiota se viste de abrigo largo y lleva un maletín para quedarse plantado en una esquina en plena tormenta de nieve? Tenía que ser uno del Servicio Secreto o un federal. En Malcolm no se fijaba nadie, claro, y eso era lo importante. La Sunoco venía a ser la mayor distribuidora de fueloil de calefacción de todo aquel estado, y había puntos de venta de Sunoco por todas partes. ¿Quién se iba a fijar en un camión cisterna de fueloil en pleno invierno? Se daba por supuesto que irían de un lado a otro a todas horas del día

y de la noche.

No obstante, no le hacía gracia la espera a solas. De los seis camiones, el suyo sería el único que no estaría cerca de la pista de hielo. Estaba muy bien lo de que él iba a ser el hombre clave, o como lo hubiera llamado Barfield; pero aquello no le subía mucho la... ¿cómo se decía? La autoestima. Se sentía un poco marginado.

Teeter miró por el parabrisas semicongelado. El aparcamiento ante el gran supermercado P&C. Era casi la hora de cerrar. Casi había oscurecido. Teeter tomó el sencillo aparato de control remoto que haría detonar el camión bomba junto al muro lateral del centro comercial. Puede que estuviera marginado, pero conocía los datos.

Sonrió. Ya se imaginaba los cálculos y las comparaciones que se publicarían en los periódicos. La bomba de Oklahoma City había sido de mil cuatrocientos kilos; la suya contenía veinticinco mil quinientos kilos del mismo explosivo. La bomba de Oklahoma City había abierto un cráter de nueve metros de profundidad y había hundido medio edificio de oficinas, causando daños a varias manzanas contiguas. Esta pulverizaría todo el supermercado y otra media docena de tiendas del centro comercial.

Barfield le haría una llamada por el móvil. A esa señal, se bajaría del camión con el detonador, pulsaría el interruptor y echaría a correr como loco. Tendría cinco minutos para salir del alcance de la bomba y dirigirse al punto de reunión en la calle Pine. Volvió a consultar su reloj. Veinte minutos. Subió el volumen de su iPod, con una canción de Tina Turner. Esa vieja perra sí que sabía cantar.

El general Angus Scott Mattoon estaba inquieto en su despacho del anillo E del Pentágono. Eran las ocho de la noche y todavía no había noticias de Winter Falls. Aquello podía no significar nada o significarlo todo; pero para que *Cruzado* tuviera éxito, era preciso que él pusiera en acción a los hombres de la Operación Pradera. Ya tenía dispuestos a los necesarios en las unidades, pequeñas pero vitales, de mando y control de los satélites de telecomunicaciones del país; pero haría falta tiempo para empuñar con una sola mano firme todas las riendas de ese poder. *Cruzado* era una cuerda floja; debía reinar la anarquía en Estados Unidos durante un breve período hasta que acudiera al rescate el vicepresidente Sinclair. Además de presidente de la Junta de Jefes, y de jefe de Estado Mayor del Ejército, el mando personal era el USNORTHCOM, el Comando Norteamericano de los Estados Unidos, poco conocido y menos documentado, que era una fuerza de defensa del territorio nacional de un millón de hombres, que controlaba por tierra, mar y aire todo el interior y el perímetro de los Estados Unidos continentales, además de Canadá y México, y que en esencia ocuparía tanto los Estados Unidos como los otros dos países, sometiénolos a una dura ley marcial dirigida por el comandante en jefe desde el despacho oval. Se había establecido discretamente poco después del 11 de septiembre, y se había potenciado más durante las crisis económicas de 2008 a 2010, con el temor al

hundimiento de la banca y la amenaza de una nueva guerra civil.

En cuanto llegara aviso de que *Cruzado* estaba en marcha, la tarea principal de Mattoon consistiría en tomar el mando de la Fuerza de Respuesta de Gestión de Consecuencia, eufemismo con que se designaba una inmensa fuerza nacional de policía con personal militar, desde el cuartel general del USNORTHCOM en la base aérea de Patterson, en Ohio. Aquello solo sería posible cuando él tuviera el control de los sistemas de satélites y Rex Deus se convirtiera en el verdadero gobierno de la nación. Miró su reloj. Ya no podía esperar más. Tomó el teléfono rojo que tenía delante, sobre el gran escritorio de roble que había sido del general Robert E. Lee, y marcó un número.

—Tenemos un incendio en la pradera.

Todo estaba funcionando como un reloj. El helicóptero aterrizó en el centro mismo de la gran señal de lona que habían fijado con estacas sobre la hierba cubierta de nieve del parquecillo que estaba ante el edificio municipal, en la calle Croppley. El presidente bajó los pocos escalones, con energía y sonriente; dio la mano a la alcaldesa Dotty Blanchette, y, para no congelarse, subieron juntos sin más al Escalade central de la caravana de nueve coches, que se puso en marcha camino del colegio Abbey.

La pista de hielo del colegio Abbey, que llevaba el nombre del difunto padre del presidente, se levantaba sobre lo que había sido en tiempos el redil principal de las ovejas con cuya leche se elaboraba queso en la abadía, el mismo terreno al que más tarde se le había dado el nombre pretencioso de Campo Grande cuando lo habían convertido en el campo de *cricket* principal del colegio. El intento de introducir el *cricket* como deporte había fracasado rotundamente, y aquella extensión amplia al este del edificio principal del colegio había pasado a ser un campo de béisbol. Teniendo en cuenta que en Nuevo Hampshire había hasta cinco meses de invierno al año, había parecido natural regar el campo de béisbol a finales de octubre o principios de noviembre para convertirlo en pista de patinaje; y dada la gran habilidad del actual presidente para arrojar a sus rivales contra las tablas y para dejar al equipo en superioridad numérica, también había sido natural convertirlo en una pista de hielo cubierta y con asientos.

En otros tiempos, el partido clásico entre el instituto de Winter Falls y el colegio Abbey se jugaba en la pista de hielo del patio del instituto; pero esto obligaba a celebrarlo de día, y solía asistir bastante poco público. Ahora que el colegio Abbey contaba con una pista de hielo cubierta, los partidos habían cambiado espectacularmente. Los dos centros tenían sus respectivos equipos de animadores (todos animadores masculinos para el Abbey, animadoras femeninas para el Winter

Falls); y, con dos mil quinientas localidades, la pista podía acoger a la mitad de la población del pueblo, así como a todos los alumnos de ambos centros y a sus profesorado respectivos.

Desfilaban bandas de música y se vendían perritos calientes para recaudar fondos para las causas benéficas favoritas de los dos centros. En el caso del colegio Abbey, esto consistía en enviar veinte dólares al mes a un niño o niña que se llamaba Sui Sang y vivía en Hong Kong; el instituto de Winter Falls, por su parte, daba veinte dólares al mes al Ejército de Salvación.

Todo aquello tenía ese bonito toque americano de deportividad y de caridad; y la ceremonia del saque de honor había ido adquiriendo un prestigio propio; era como que te nombraran hombre o mujer del *pudding* rápido del año en la Universidad de Yale. Se había invitado a hacer el saque a diversos famosos y famosillos, desde Dick Cheney y Wayne Gretsky hasta Pee-wee Herman y Howie Mandel. Hacer el saque de honor del Abadía contra el Winter Falls era buena publicidad para el presidente, sobre todo cuando el *New York Times* estaba preparando un artículo sobre él en su revista, que debía coincidir con el anuncio de su autobiografía política titulada *Promesas, promesas*, que el presi sabía que tendría que escribir tarde o temprano.

El viaje hasta el viejo muro gris que rodeaba el colegio Abbey duró menos de diez minutos, incluso a velocidad de caravana; tiempo más que de sobra para que Morrie preguntara por el paradero de la seductora Shannon O'Doyle, quien, según tuvo el dolor de informarle Dotty, había muerto de cáncer de mama hacía casi diez años.

Entraron por la puerta principal, custodiada por dos coches patrulla que tenían encendidas las sirenas luminosas, solo para que la gente viera que la cosa iba en serio, y recorrieron el largo camino sinuoso, pasando ante el edificio principal y el antiguo claustro, hasta llegar a la pista de hielo, una cuña de acero y cristal que desentonaba por completo con el colegio oscuro y solemne del siglo XIX y de estilo gótico.

A los tres minutos, dos *boy scouts* con el rango de águilas, uno del instituto y otro del colegio, acompañaban a Dotty, a Morrie y al presidente a sus asientos en el palco de honor. Saltaron los destellos de los *flashes*, sonó la megafonía, estruendosa, y se presentó a los dos equipos, que se alinearon en el hielo para dar la mano al hombre que tenía el mando del mundo. Las festividades comenzaron a las siete y cuarto. Tres cuartos de hora de bandas de música escolares y de discursos estúpidos, y se haría el saque.

Nadie se fijó en el gran camión cisterna de fueloil de calefacción de Sunoco que estaba aparcado junto al edificio principal, con un hombre con uniforme de la Sunoco que tenía en la mano una manguera de fueloil corriente ante una toma de combustible de calefacción de aspecto corriente. Al parecer, nadie cayó en la cuenta de que si había algún camión cisterna aparcado junto al colegio aquella noche, debería ser uno grande y verde de gas natural de la Hess, y no uno grande y amarillo de fueloil de la Sunoco.

El Gulfstream de Kate Sinclair aterrizó en el aeropuerto regional de Manassas y rodó hacia el grupo de edificios de estilo años treinta que constituían la zona de terminal. Cuando el piloto reducía los motores a un leve zumbido, volvió a sonar el teléfono vía satélite de Mike Harris. Este atendió la llamada, y se fue extendiendo por su rostro una sonrisa.

—¿Qué hay? —le preguntó la Sinclair, irritada; no soportaba que otras personas supieran cosas y ella no.

—Según el GPS, están en Winter Fall.

—Manda una orden general de busca y captura, o como se llamen. Que los atrapen —dijo la Sinclair. El humo del cigarrillo le raspaba la garganta, y sintió que el corazón se le henchía de expectación.

Sonrió para sus adentros. La cosa no podría haber salido mejor aunque la hubiera planeado ella misma. Cuando estuvieran al mando los de Mattoon, y se suspendiera la ley de *habeas corpus* en un estado de ley marcial, ella podría enterarse del paradero del cuaderno precioso de Holliday, de manera legal y sin salir de territorio estadounidense. Disponiendo de ese cuaderno y de las riquezas inmensas que representaba, la estirpe de Rex Deus gobernaría el mundo occidental durante mil años.

—Que los tengan bajo custodia hasta que yo determine exactamente lo que hay que hacer con ellos.

WILLIAM Tritt había enviado pequeñas unidades del Brazo Derecho de Maine, con sus uniformes de la guardia nacional, a las casas de todos los miembros de la policía de Winter Falls que estaban fuera de servicio, a las de todos los miembros del departamento del *sheriff* del condado de Carroll que vivían a menos de treinta kilómetros del pueblo, y a las casas de todos los bomberos de la zona que estaban fuera de servicio. Todos eran una amenaza en potencia, pero a esas horas todos estarían atados y amordazados, o muertos si presentaban cualquier resistencia.

Despachó al resto de su pequeño ejército a los bosques que rodeaban el colegio Abbey. Era prácticamente una misión suicida; pero con todos los cuentos que les había contado de que la población se sublevaría con ellos, los hombres del Brazo Derecho de Maine estaban seguros de su éxito.

A Tritt no le importaba en absoluto, naturalmente; él se limitaba a hacer el trabajo para el que lo habían contratado. Lo que pasara después de cumplido el trabajo no era asunto suyo, ni él quería que lo fuera. Hasta que se produjera la detonación, debían impedir que saliera nadie de la pista de hielo bajo ningún concepto. Tritt, por su parte, estaba en su habitación en un hotel local de la calle Mayor Sur, con el ordenador portátil abierto sobre la cama, esperando la confirmación del ingreso del último pago en su cuenta suiza. No tenía la menor intención de estar cerca de los fuegos artificiales cuando saltaran. De hecho, pensaba estar a varios kilómetros de distancia.

Dean Crawford llevaba su coche patrulla entre la nieve que caía, haciendo su recorrido habitual, subiendo la calle Mayor Norte a lo largo del lago hasta Goose Corner y volviendo de nuevo para acabar en el centro comercial, donde haría un código siete para comer en el restaurante de Denny, y volver a repetir el proceso una vez más hasta el fin de su turno de guardia.

Aquella noche, todo el mundo se estaba calentando y preocupando por toda la seguridad que rodeaba la visita del presidente; pero Crawford había sido policía durante demasiado tiempo y en demasiados sitios como para preocuparse. Había que evitar los líos, fueran del tipo que fueran. Lo había aprendido después de un período de servicio en Irak durante la guerra del Golfo, seguido de una década en la policía de Miami-Dade, y después en la de Baltimore. Hasta el matrimonio era un lío, como sabía bien después de que lo dejaran tres esposas. Y no es que no fuera buen policía. Lo era; hasta se enorgullecía de serlo; pero, con el tiempo, había que desacelerarse.

No; de momento, y por ahora, se contentaba con hacer su turno, como siempre, hasta la depuradora de aguas y volver, atento a la presencia de los tipos malos que nunca se presentaban en aquella época del año. En Winter Falls, la delincuencia era principalmente estacional, como solía serlo en casi todas partes. A los delincuentes no

les gusta el frío, como tampoco les gusta el calor excesivo. En una noche como aquella, lo más que iba a encontrarse sería un coche inmovilizado en un montón de nieve, o un conductor bebido; y a él le parecía bien. Ficharía al terminar su turno de cuatro a doce de la noche, se volvería a su pequeño bungalow junto al estanque y vería un poco de televisión por la noche, tomándose una cerveza, o puede que dos. Solo. En silencio. En paz.

Crawford salió de la calle Willow con el coche patrulla y tomó por la carretera de Crooked Pond, y pasó a continuación al aparcamiento del centro comercial. Estaba cerrado casi todo, salvo el supermercado P&C y el restaurante de Denny. Todo lo demás estaba a oscuras. Estaba nevando con fuerza, y el viento que subía del lago levantaba oleadas y remolinos de nieve que parecían extraños tornados en miniatura bajo los haces de luz amarilla de las farolas de vapor de sodio. Un gran camión cisterna de la Sunoco servía fueloil al P&C, y Crawford no pudo menos de preguntarse si los conductores de esos grandes trastos cobrarían suplementos por nocturnidad o por trabajar en días de ventisca. Puede que tuvieran esa suerte los desgraciados. El jefe de policía parecía que quería dar a entender que un agente soltero debía hacer de vez en cuando el turno de medianoche a ocho, y sin cobrar suplemento.

Por otra parte, había tenido jefes peores que Lockwood. Aunque solo fuera porque el viejo veterano sabía lo que era estar en combate, que siempre era un buen punto. No era fácil volver de una guerra. Te marcaba, y te marcaba joven, de unas maneras que no podía entender la mayoría de la gente que no había pasado por ello. Lockwood sí lo había pasado, de modo que si alguna vez tenía un arrebato de cólera o estaba de mal genio, el jefe lo entendía con bastante filosofía. También entendía que a veces un hombre tiene que tomarse algo más fuerte que una o dos cervezas para poder dormir y para que no le vinieran los sueños; y aquello también era un buen punto.

Crawford aparcó el coche patrulla ante el restaurante de Denny y llamó a la central para darles el código que indicaba que hacía una pausa. Se aseguró de que llevaba el voluminoso PDA portátil Motorola bien metido en su funda colgada del cinturón, y se bajó del coche. Dedicó unos momentos a estirarse, y después caminó pesadamente por la nieve blanda, cada vez más honda, y entró por fin en el restaurante. El local estaba casi vacío; solo había una pareja muy al fondo y otros dos o tres clientes inclinados sobre la barra a modo de parroquianos habituales de un bar de barrio. Trabajadores que acababan de salir de sus puestos; quizá el conductor del camión cisterna de la Sunoco. A saber. La mayoría de la población local había ido al partido de *hockey*, que a él le daba igual.

Una camarera de aire aburrido le ofreció un menú; pero él pidió de memoria lo que cenaba todas las noches que hacía aquel turno: filete empanado y huevos con patatas al montón y café. En el banco del reservado donde se había instalado había un ejemplar del *New Hampshire Gazette*, y lo estuvo hojeando hasta que le trajeron el

plato grande con la cena.

Se lo puso delante la camarera, y Crawford siguió leyendo un rato mientras comía. Cuando iba por la mitad de un editorial sobre el tema de un posible impuesto a los bancos para redistribuir la riqueza, dejó de comer y puso el tenedor sobre la mesa. Cuando bajaba por Crooked Pond, había visto un coche con matrícula de agencia de alquiler y portamatrículas de la Hertz del aeropuerto JFK, que venía en sentido opuesto. Hasta recordaba el número de matrícula: ABC 2345, como si la hubiera elegido un niño. ¿Para qué quería nadie alquilar un coche en el JFK para venirse al norte de Nuevo Hampshire, en un día como aquel? Existía un centenar de posibles motivos legítimos, claro está, pero se le había despertado el instinto de policía y había perdido el apetito. Sacó el PDA; marcó un código cinco de consulta de órdenes de busca y captura, y recibió la respuesta casi al instante.

—Hijo de perra —susurró.

—¿Cómo dice?

Crawford levantó la vista. La camarera estaba ante él con una jarra de café en la mano. Dejó caer diez dólares sobre la mesa. Miró la pantalla del PDA, respiró hondo y apagó el aparato.

—Tengo que marcharme corriendo —dijo.

Quién lo iba a pensar, un condenado lío en Winter Falls, Nuevo Hampshire. Volvió a guardarse el PDA en su funda y se puso de pie, olvidándose de la cena. Salió corriendo del restaurante casi vacío.

Bajaban por la carretera de Sugar Hill, en las afueras de Winter Falls, con Holliday al volante. Habían pasado casi todo el día buscando algún indicio de Tritt, pero en vano. Lo que habían visto había sido un pueblo lleno a rebosar de agentes del Servicio Secreto. Holliday hasta había visto aquí y allá a unos que parecían ser miembros de la guardia nacional, lo que le pareció quizá un poco exagerado. Entró con un coche de alquiler por la calle Mayor Sur, hacia la carretera de salida del pueblo. Kessler se había equivocado; allí no había ninguna amenaza.

—Me parece increíble que la prensa se haya tragado esa historia de la Yihad al-Salibiyya. ¿Es que ya no hay periodistas de investigación? —masculló Holliday con exasperación.

—Ahora es todo blogueros y artículos de opinión —dijo Peggy, que iba sentada a su lado, encogiéndose de hombros a la vez que tiritaba. La calefacción del coche se había estropeado hacía mucho tiempo—. Internet ha arruinado a los periódicos, y el verdadero periodismo se ha arruinado al mismo tiempo. Las noticias de actualidad tratan de cotilleos y curiosidades. Un niño autista perdido y encontrado en unas marismas, o un tipo que se refugia bajo el púlpito de su iglesia para salvarse de un huracán, tienen más caché que el estallido de una guerra en el extranjero o que una catástrofe natural con decenas de miles de muertos. Si vives fuera de los Estados

Unidos, como he vivido yo, empiezas a darte cuenta de que no hacemos más que mirarnos el ombligo.

Holliday se puso tenso de pronto, y Peggy lo advirtió.

—¿Qué pasa?

—Creo que nos sigue un coche de la policía.

—Quizá no sea nada. Esta noche hay polis por todas partes en este pueblo.

De pronto, se encendieron los destellos luminosos del coche de policía y la sirena soltó un único aullido.

—Quiere que nos detengamos.

—¿Podemos dejarlo atrás?

—¿Con un Ford Escort?

—Tenemos documentación.

—Esperemos que Pyx haya hecho bien su trabajo —dijo Holliday. Se acercó al borde de la carretera y se detuvo. No hubo movimiento; no se bajó ningún policía del coche patrulla.

—¿Qué hace? —preguntó Peggy.

—Algo marcha mal.

—¡QUIETOS! —exclamó una voz amplificada con un altavoz de mano, entre la oscuridad nevada.

Y entonces se encendieron todas las luces del mundo.

—**M**E estoy haciendo viejo para todas estas cosas —dijo Holliday, soltando un suspiro. Peggy y él estaban esposados y sentados en lados opuestos de una mesa de metal de una sala de interrogatorios, poco mayor que la cabina de un retrete. Y el olor también era parecido; los desinfectantes con olor a pino no llegaban a disimular la peste a orina vieja, ventosidades y vómitos de borrachos.

Al parecer, en Winter Falls eran partidarios de ir al grano en los interrogatorios. En un rincón estaba montada sobre un soporte una cámara de vídeo anticuada, y había un falso espejo tan gastado que se estaba desgastando el revestimiento de aluminio, y se apreciaba una imagen fantasmagórica del cuarto que hacía funciones de sala de oficiales y de juntas del departamento de policía de Winter Falls.

La escena en la carretera del pueblo podía haber salido de una película de Bruce Willis. Habían empezado a salir coches y furgonetas de policías de todas las formas y tamaños; unos de uniforme, otros de paisano, y otros que eran claramente agentes federales de algún tipo. En un momento dado, los dos estaban de pie, esposados y congelándose bajo la nevada, mientras la Seguridad Nacional, la policía estatal de Nuevo Hampshire y el FBI debatían cuestiones de jurisdicción.

Por fin, había aparecido el jefe de policía con uniforme de gala que habían visto en el almuerzo, los había metido en un coche patrulla de Winter Falls, se había despedido de los demás con una mirada de desprecio, y se los había llevado a la comisaría. El poli de cabellos grises había dado muestras de tener muchos cojones; y por muy mal que oliera la sala de interrogatorios, Holliday no pudo menos que tenerle cierto respeto, aunque no llegara a caerle bien. Estaría dispuesto a asegurar que aquel hombre había pasado por los marines o por los Rangers.

—¿Y ahora?

—Ahora nos interrogan los de aquí, y después nos van subiendo por la cadena de mando hasta que llegemos a los de arriba. O eso, o nos mandan directamente a Guantánamo.

—Creía que ya lo habían cerrado.

—Es difícil prescindir de una buena idea —dijo Holliday.

—¿Conoces a alguien que nos pueda sacar de esto?

—Conozco a mucha gente —dijo Holliday, encogiéndose de hombros—. Solo que ya no sé de qué lado está cada uno. Tendremos que esperar, supongo —concluyó, echando una ojeada por el cuarto.

—Yo no he estado nunca en la cárcel. ¿No tenemos derecho a un abogado, o algo así?

—Ya hemos dejado atrás la fase de los abogados, nena. Estamos metidos hasta el

cuello en las aguas cenagosas de la Seguridad Nacional.

Apareció el policía del uniforme de gala, aunque se había quitado la guerrera con botones de latón. Cerró la puerta a su espalda y se sentó en la única silla que quedaba libre en la sala.

—¿Están cómodos? —preguntó el policía. Parecía irritado.

—De maravilla —respondió Holliday.

—¿Cuál de los dos puede explicarme por qué no estoy ahora mismo acompañando al presidente de los Estados Unidos, viendo un partido de *hockey* sobre hielo y haciéndome fotos?

—Porque en su pueblo van a pasar cosas terribles si no interviene usted ahora mismo —dijo Holliday sin rodeos.

—¿No me diga? —dijo el poli.

—Así es.

—Explíquemelo.

—Conozco a un hombre llamado Max Kessler que ha ejercido de asesor de todos los presidentes desde Bush padre hasta la fecha, y me dijo que este pueblo era el objetivo probable de un atentado grave por parte de terroristas nacionales, y que este atentado sería, en realidad, un montaje para apoderarse de la presidencia y tomar el mando del país mismo por parte de Kate Sinclair, de su hijo, que es el vicepresidente, y del general Angus Scott Mattoon, jefe de Estado Mayor del Ejército, todos ellos miembros de una organización religiosa semisecreta llamada Rex Deus. También organizaron el asesinato del papa por un asesino a sueldo estadounidense.

—Debe de estar de broma —dijo el policía—. Eso es una novela de Dan Brown. Una de Tom Clancy con esteroides.

—Para nada —dijo Holliday—. Es *muy* cierto. De principio a fin.

—¿Pretenden que me crea todo eso?

—No —dijo Holliday—. Pero no por eso es menos cierto. Mucha gente tampoco creyó a Paul Revere.

El policía soltó un suspiro y se remangó la camisa de gala, lo que en lenguaje corporal policial significa «vamos a hablar en serio». Holliday se echó a reír. Aquella no era la reacción que había esperado Lockwood.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—Que he acertado.

—¿En qué?

Holliday indicó con un movimiento de la cabeza el tatuaje que llevaba el hombre en el antebrazo, y que representaba una calavera y una cinta.

—«Los Rangers abren camino» —dijo.

—Yo era del primer batallón —dijo Lockwood.

—Yo, *Lurp* —dijo Holliday, lo que quería decir que había sido de la LRRP, la patrulla de reconocimiento a larga distancia.

—¿Dónde?

—En Chu Lai, en el valle de Ah Shau. En las hermosas playas de Nha Trang.

—Yo también. Entonces, debió de conocer a Nyguen Coung.

—De los exploradores de Kit Carson. Uno de los mejores. Sí, claro que lo conocí. Peggy estaba perdida.

—Entonces, usted es de los buenos —dijo el policía.

—Lo soy —dijo Holliday—. *Sua Sponte* y todo eso. Dieciocho años y lleno de entusiasmo.

—Entonces, ¿a qué viene todo eso de que usted, y su amiga aquí presente, estén fichados como terroristas y asesinos? Que han ido dejando cadáveres por todas partes; que si hay que tirarles a matar; que si órdenes federales de busca y captura...

—Es una larga historia —dijo Holliday.

—No tengo tiempo para historias largas. Los federales van a irrumpir aquí en cualquier momento, y tendré que entregarlos. No tengo opción. Hágame un resumen, y veré qué puedo hacer.

—¿Ha oído hablar de un tal Billy Tritt?

Malcolm Teeter había visto salir corriendo al policía del restaurante de Denny, y no se había quedado a ver a quién iba a detener. Se bajó de la cabina con toda la discreción que pudo y puso tierra de por medio. No cabía duda de que estaba abandonando su puesto y que ese tal Barfield le iba a echar una bronca; pero, en todo caso, sabía perfectamente que aquello no era más que un ensayo general; de modo que ¿qué importancia tenía? Aquello era un sálvese quien pueda.

Cuando hubieron transcurrido diez minutos sin que pasara nada, empezó a replantearse su situación, acurrucado como estaba en el patio trasero de una casa particular, medio muerto de frío y con solo tres pitillos para fumarse. Sabía que en la guantera tenía una cajetilla de Lucky, y aquello fue lo que lo animó por fin a regresar al camión, más que el miedo a la ira de Barfield.

Tuvo mucha suerte. Cuando acababa de subir al asiento, sonó el teléfono móvil. Si hubiera esperado un minuto más, no habría podido atender la llamada. Soltó un largo suspiro de alivio, tomó el teléfono del salpicadero y lo abrió.

A cincuenta y siete centímetros de la nuca de Malcolm Teeter, el detonador activado por el teléfono móvil hizo explotar las veinticinco toneladas y media de NAFO, convirtiendo el camión cisterna en una granada inmensa que volatilizó a Teeter antes de que hubiera tenido tiempo de decir «*diga*».

La onda expansiva se extendió exponencialmente, arrasando en menos de un segundo el supermercado y el resto del centro comercial. La metralla de la cisterna de acero, como hojas de bisturí afiladas, derribó árboles y atravesó las casas del vecindario, matando a todo ser vivo en trescientos metros a la redonda de la explosión.

Una bola de fuego monstruosa surgió como un tumor de colores vivos,

elevándose de pronto del terreno cubierto de nieve con la expansión de la onda secundaria. El ruido fue como si se hubiera agrietado el mundo, como un tren de mercancías entrando en un tornado, como las trompetas de Josué ante Jericó, e hizo saltar los cristales de las ventanas en un kilómetro y medio a la redonda. La tierra tembló, literalmente. El falso espejo de la sala de interrogatorios se rajó de un lado a otro, y cayó después al suelo en mil pedazos mientras temblaba todo el edificio.

—¡Dios! —gritó Lockwood, que casi se había caído de la silla—. ¿Qué demonios ha sido eso?

La lámpara del techo perdió brillo, parpadeó y se apagó por fin. Todo quedó a oscuras.

—El comienzo —dijo Holliday entre la oscuridad—. Ahora, quítenos estas esposas antes de que sea demasiado tarde.

EL primer camión cisterna no se había dispuesto junto al centro comercial al azar. A treinta metros de distancia, tras el supermercado P&C, estaba la subestación principal de la red de ciento treinta y dos kilovoltios que surtía de electricidad a toda la población de Winter Falls. La verja de alambre de dos metros y medio rematada con alambre de espinos no la había protegido en absoluto de los efectos de la bomba de NAFO, y la subestación había quedado destruida en pocos segundos tras la explosión.

Por desgracia para los habitantes del pueblo, la centralita principal de la compañía telefónica Granite State estaba a quince metros de la subestación y el transformador eléctrico; y las dos antenas próximas de telefonía móvil, en la carretera de Pine Hill, también quedaron inutilizadas. Casi todos los medios de comunicación de Winter Falls habían sido destruidos. De los dieciocho policías que estaban fuera de servicio, solo siete intentaron dirigirse al centro del pueblo; los otros once optaron por quedarse con sus familias. Los bomberos de dos de los tres turnos rotatorios se dirigieron al parque de bomberos principal, próximo al edificio municipal, mientras los tres hombres que constituían el equipo de guardia salían hacia la fuente evidente del fuego, en el borde oriental de pueblo. Con solo dos coches de bomberos y nueve hombres, los bomberos podían hacer muy poco para atajar el pavoroso incendio que había dejado tras de sí la deflagración.

El ruido de la explosión se percibió, incluso, en el interior de la pista de hielo del colegio Abbey. La onda de presión que recorrió todo el pueblo hizo temblar los arcos que sustentaban la cubierta. A los pocos segundos, el Servicio Secreto había puesto en marcha sus medidas habituales para evacuar al presidente; pero los agentes se sorprendieron y se inquietaron bastante al encontrarse rodeados por unos ruidos que procedían del bosque y que parecían ser disparos de armas cortas. Llevaron al presidente y a sus acompañantes a los vestuarios del Abbey, que podían pasar como búnquer de cemento imperfecto donde estarían a salvo.

—¿Dónde está el presidente ahora mismo? —preguntó Holliday mientras buscaban a tientas la salida de la sala de oficiales. Se había hundido la mitad del techo y el aire estaba cargado de polvo de escayola. Oían voces y toses, pero no veían nada. Holliday y Peggy siguieron de cerca al jefe Lockwood, que fue rodeando por la pared hacia la entrada de la sala.

—Un momento —dijo Lockwood, jadeante, intentando escupir la escayola antigua y empalagosa que le llenaba la boca—. Tomaré una radio de mano.

El policía tanteó con la mano extendida hasta que encontró el soporte de las radios puestas a cargar que empleaban los agentes cuando no estaban en los coches

patrulla. Pulsó el botón de encendido, pero no se oyeron más que interferencias.

—¿Qué demonios...?

Golpeó el aparato con la palma de la mano, pero seguía sin captarse nada. Oían las voces de las personas que habían quedado atrapadas en los escombros del techo hundido.

—Linternas —dijo Lockwood, aturdido—. Necesitamos linternas para rescatar a esa gente.

—¡No tenemos tiempo! —insistió Holliday—. ¡Esto no ha sido más que el principio! ¿Es que se ha creído que ha sido una casualidad, estando aquí el presidente? —Asió a Lockwood del brazo, a oscuras—. ¿Dónde estará?

—En la pista de hielo. En el colegio Abbey.

—¿Dónde lo llevaría el Servicio Secreto en caso de emergencia, o si hubiera un apagón?

—Lo traerían aquí de nuevo —dijo Lockwood—. Su helicóptero está en un helipuerto improvisado, en el parque.

—Tenemos que detenerlo antes de que sea tarde —dijo Holliday con firmeza. Tiró a Lockwood del brazo—. ¡Vámonos de aquí! ¡Ya!

—Aquí hay personas heridas. Los míos. No puedo dejarlos sin más.

—No puede hacer nada por ellos. Ese hijo de perra asesinó al papa e hizo saltar por los aires al vicepresidente. Aquí acaba de quitarles la luz, la energía y las comunicaciones, y le aseguro que no ha terminado.

Lockwood salió al pasillo a trompicones, seguido de cerca por Holliday y Peggy. Las tres figuras se abrieron camino entre una nube de polvo de escayola hasta llegar a la puerta principal, que era de cristal y estaba destrozada. Salieron por fin al exterior del edificio, entre la nieve arrastrada por el viento. Todo el pueblo estaba a oscuras, a excepción de los faros de algunos vehículos que avanzaban despacio por el parque. No había indicios de la caravana presidencial.

—Aquí nos vamos a congelar —dijo Holliday, tiritando.

—Vamos —dijo Lockwood. Los guio por la calle en la que estaba el edificio, hasta llegar a una hilera de tiendas, en la plaza. Lockwood se detuvo ante la tienda mayor, cuyo letrero de estilo antiguo leyó Holliday: EL PARAÍSO DE LOS DEPORTES DEL TÍO JIMMY. Lockwood no titubeó. Pasó la bota a través de la puerta de metal y vidrio, metió la mano, hizo girar el pestillo, y entró en la tienda. Holliday y Peggy lo siguieron. El local, una sala larga y ancha de techo bajo, con expositores separados por pasillos, estaba oscuro y en silencio. Lockwood encontró una linterna grande de doce voltios y recorrió el local con el haz de luz. En las paredes había cornamentas de ciervos, una cabeza de alce disecada, otra de un lince y un marlín aguja azul lacado.

Lockwood dirigió la luz hacia el pasillo central. Al final había un perchero con chalecos de caza anaranjados y de camuflaje. Siguió al policía por el pasillo y se pusieron un chaleco cada uno.

—Ahora, ¿qué? —preguntó Peggy.

—Armas —dijo Holliday.

—No sé si estoy dispuesto a darles armas —dijo Lockwood.

—No me importa a qué esté dispuesto usted. Yo no voy a perseguir a Billy Tritt sin llevar en la mano algo de mucho calibre.

—Podría perder mi empleo —dijo Lockwood.

—Y yo podría perder la vida.

—Entendido —dijo Lockwood—. Supongo que habrá que armarse.

Holliday eligió un fusil AR-15 de segunda mano con correa portafusil y se lo echó a la espalda. Se llenó los bolsillos de cargadores, y eligió a continuación una escopeta Mossberg del 12, de repetición; metió cinco cartuchos de bala en el arma y se echó veinte más en los bolsillos de los pantalones. Como arma corta eligió una pistola Colt M1911 semiautomática del calibre .45, exactamente igual a la que había empleado en combate desde Vietnam hasta Somalia. Encontró un cinturón de estilo militar con bolsa, y cargó media docena de cartuchos, mientras Peggy y Lockwood también se armaban.

—Esto es como un *casting* para *Rambo 6* —dijo Peggy, eligiendo un revólver Ruger Blackhawk bastante poco femenino—. ¿Qué balas usa este chisme?

Lockwood había elegido un fusil Remington 480 Bushmaster como complemento de la Walther que llevaba al cinto.

—Cassul del .454. Si dispara usted con eso, señorita, procure agarrarlo fuerte con las dos manos.

Le entregó una caja de cartuchos de gran calibre, y Peggy empezó a cargar metódicamente el tambor del revólver.

—Señorita, y una mierda —murmuró.

—¿Y si los buenos nos ven por ahí con estas pintas?

Lockwood sacó la cartera con su placa policial, extrajo la placa y se la sujetó con el imperdible en la parte delantera del chaleco de caza de camuflaje.

—Eso tendrá que servir —dijo—. Y bien, ¿qué estamos buscando, exactamente?

—La explosión ha sido una distracción —dijo Holliday—. Es casi seguro que estaba pensada para atraer a las fuerzas policiales locales y hacer que el Servicio Secreto evacuara al presidente. Eso significa que lo llevarán de nuevo al helicóptero y lo sacarán de aquí a toda prisa. Es el protocolo esperable.

—Entonces, ¿cree que ese tal Tritt andará por aquí?

—Casi lo puedo garantizar —asintió Holliday—. Tendrá un equipo de visión nocturna y algo lo bastante grande como para derribar el helicóptero antes de que se haya elevado mucho. Un Stinger o algo así. Y tampoco quedará ahí la cosa.

—¿No basta con eso? —preguntó Lockwood.

—Lo que se pretende es generar un caos que justifique que Matoon presione a la Casa Blanca para que declare la ley marcial. Supongo que Tritt tiene más camiones bomba que va a hacer estallar, probablemente con algún tipo de detonador a distancia.

—No hay cobertura de móvil ni de radio. ¿Cómo va a activar esas cosas?

—No hay cobertura de móvil normal, pero sí vía satélite.

—¿Cómo reconoceremos a ese tipo si lo vemos? —preguntó Lockwood—. Mi pueblo está saltando por los aires, y todo está a oscuras como boca de lobo.

—Busque al tipo que lleva un misil tierra-aire —dijo Holliday—. Un Stinger o cosa parecida.

—Esto es como los viejos tiempos. —Gruñó Lockwood—. Intentando matar a un enemigo al que no ves.

—Los viejos tiempos me reventaban —dijo Holliday.

—A mí también —confesó Lockwood.

Volvieron a salir al frío del exterior.

En el colegio Abbey, el Servicio Secreto había localizado y reducido a la media docena de hombres con falsos uniformes de la guardia nacional, matando a cuatro e hiriendo a dos, que habían hecho prisioneros. Los dos supervivientes desvelaron inmediatamente el plan de hacer estallar todo el colegio con una bomba de NAFO, y se retiró inmediatamente del lugar al presidente y a su séquito, dejando a la policía local encargada de evacuar al resto de los presentes en la pista de hielo. Veinticinco minutos después de la explosión que había dejado a oscuras a todo Winter Falls, la limusina presidencial iba de camino hacia el centro del pueblo, donde la aguardaba el helicóptero Marine One.

Billy Tritt, en su cuarto del hotel, intentaba dominar su ira. La primera explosión había salido a la perfección y había enviado a Malcolm Teeter al infierno que estuviera esperando a su alma ajada y descerebrada.

Se habían roto las ventanas en medio pueblo de Winter Falls; reinaba el pánico por todas partes y se estaba declarando un incendio enorme en la parte este del pueblo. La maniobra de distracción había bastado para hacer salir a los coches de bomberos de su cuartelillo del lado oeste del edificio municipal; y, por lo que podía ver él desde su punto de observación, se había hundido la mitad de la techumbre del departamento de policía. Al cortarse las comunicaciones, por la destrucción triple de la subestación eléctrica, de la centralita de teléfonos y de las dos antenas de telefonía móvil que daban servicio a Winter Falls, habría saltado la alarma automáticamente tanto en la unidad de Gestión Central de Emergencias del cuartel general de la policía estatal de Nuevo Hampshire, en Concord, como en el cuartel de la Tropa F del mismo cuerpo, en Twin Mountain; pero la Tropa F estaba a cien kilómetros, y Concord estaba más lejos todavía. La Tropa F tardaría casi una hora en aparecer, como mínimo, y el equipo de operaciones especiales del cuartel general tardaría cosa de media hora más.

Sin embargo, el camión bomba del colegio Abbey no se había detonado, por algún motivo, y Tritt se había visto obligado a seguir su plan B. La segunda bomba

debería haber demolido el edificio principal del colegio, cuyos restos de piedra destruirían, a su vez, la cubierta relativamente endeble de la pista de hielo. Tritt ya debería estar a mitad de camino de la otra orilla del lago Winnepesaukee, en la moto de nieve que había dejado preparada a media tarde detrás del restaurante de Gorman.

Según el plan primitivo, al llegar al coche de alquiler que tenía al otro lado del lago, Tritt habría detonado los cuatro camiones bomba restantes por teléfono móvil vía satélite; y mientras ardía Winter Falls, él estaría subiendo a bordo de la pequeña avioneta Cessna que había reservado en el aeropuerto de Laconia, para perderse una vez más en el olvido.

En vez de lo cual, estaba en el tercer piso de un viejo hotel de ladrillo, en plena ventisca, esperando la llegada inevitable del presidente y de su séquito. La evacuación del propio Tritt sería bastante más peligrosa; pero lo habían contratado para matar al presidente, y él siempre cumplía sus contratos, pasara lo que pasara.

Tritt se ladeó ligeramente en su silla, junto a la ventana. Llegarían desde el oeste, y deprisa, con destellos luminosos y haciendo sonar las sirenas. Los servicios de seguridad que proporcionaban a los presidentes que llevaban mucho tiempo en el cargo era francamente de segunda categoría: agentes del Servicio Secreto novatos o viejos quemados; pero bastaría para darle problemas. Había unos cuantos polis locales y una escuadra de policía estatal de los de protección a los VIPs; pero nada más.

En cuanto despegara el helicóptero y empezara a surcar el aire nevado, todos soltarían un suspiro de alivio; y entonces asestaría él el golpe. Extendió el brazo y puso la mano sobre el tubo del arma antitanque para espacios limitados ATC. A diferencia del arma que había empleado en Italia, los proyectiles del ATC no iban dirigidos; pero el helicóptero no estaba a más de ciento cincuenta metros de su ventana. No podía fallar. La cabeza con dos kilos de explosivos de alto orden convertiría el helicóptero VIP en chatarra en una fracción de segundo.

Había calculado por encima los tiempos, y suponía que tardaría unos treinta segundos en cruzar la cocina de la planta baja del hotel, y otro minuto en llegar al restaurante de Gorman y al embarcadero que estaba junto a este, al borde del hielo. Aquella era la única salida, en realidad.

Los efectivos restantes del Brazo Derecho de Maine que se había traído consigo debían huir por carretera; pero si la policía estatal tenía un mínimo de eficiencia, montarían enseguida controles en las carreteras cubriendo un perímetro cada vez mayor, sobre todo tratándose de un presidente de los Estados Unidos, por poco que le faltara a este para ser «ex».

Si los del BDM eran lo bastante tontos, intentarían abrirse paso a tiros, lo que echaría todavía más leña al fuego para Matoon y la perra de la Sinclair. Todo el plan era una locura, por supuesto, pero también estaba loco Hitler; y tampoco importaba, porque le pagaban bien. Con lo que iba a cobrar por el trabajo de aquella noche tendría para retirarse, y eso mismo pensaba hacer.

Oyó por fin las sirenas que se aproximaban rápidamente. Descorrió un poco las cortinas y abrió la ventana de bisagras, de modelo antiguo. Tomó el arma antitanque de la mesa auxiliar que tenía a la izquierda, se la echó al hombro derecho y desactivó los dos seguros con el índice de la mano derecha. Retiró el dedo índice de los interruptores del seguro del lado del tubo y lo apoyó con firmeza sobre el botón de disparo, que estaba justo delante del visor óptico nocturno. Esperó; y se permitió imaginarse durante un momento el agua azul y límpida del Caribe que bañaba la playa ante su casa de cayo Lyford. Soltó despacio el aire de los pulmones, imaginándose que buceaba por encima de un banco de veloces peces obispo estrellados. En la calle se vio llegar a la caravana presidencial. Ya estaban allí, y había llegado el momento de poner fin a todo aquello.

—**M**IERDA —dijo Randy Lockwood. Veía entre los remolinos de nieve el primer coche de la caravana, con los faros luminosos lanzando destellos y haciendo sonar la sirena, cuyo sonido llegaba amortiguado por la tormenta. Si Tritt estaba en las proximidades, solo tenían unos segundos para localizarlo. Veía tras el coche patrulla de Winter Falls la hilera de limusinas Escalade, dentro de una de las cuales iría el presidente. Apretó los dientes y pidió al cielo que aquel tal Holliday se hubiera equivocado.

Por lo general, la mayoría de la gente no suele levantar la vista más arriba de la línea del horizonte que tiene delante. Es un instinto natural que ha ido adquiriendo el ser humano a lo largo de millones de años, pues los depredadores de los humanos casi siempre atacaban al mismo nivel, ya fuera por delante o por detrás. Y era el primer instinto que perdían en poco tiempo los militares, o incluso los civiles, en lugares tales como Irak y Afganistán; como decía el lema extraoficial de la 82 Aerotransportada en Vietnam, la muerte solía venir desde lo alto.

Holliday sabía que si Tritt estaba cerca, buscaría las alturas. En la plaza que estaba ante el edificio municipal había dos edificios de dos pisos de época victoriana en el lado este y otros tantos en el lado oeste, y el edificio municipal cubría el lado norte de la plaza. El norte, el lado de la calle Mayor, lo ocupaba el hotel Dominion, un edificio de ladrillo no muy alto, de siete pisos y con azotea, que dominaba el parquecillo del centro de la plaza.

Mientras la caravana recorría velozmente el lado este de la plaza, Holliday levantó la vista. Al principio no le pareció ver nada fuera de lugar. El hotel Dominion estaba a oscuras, como todos los demás edificios de Winter Falls.

—¿Hay algo? —preguntó Lockwood.

—No —dijo Holliday, forzando la vista entre la fuerte nevada. La caravana se detenía ante el edificio municipal.

—¡Allí! —dijo Peggy, señalando.

—¿Qué?

—Tercer piso, cuarta ventana desde la izquierda. ¡Está abierta! ¿Quién diablos tendría abierta una ventana en una noche como esta?

Holliday miró hacia arriba siguiendo el dedo de Peggy. Captó un movimiento cuando el viento apartó las cortinas. Era como en Kandahar, antes de que perdiera el ojo. Un movimiento de cortinas en una ventana y una sombra con un teléfono móvil. El Humvee se detuvo justo antes de llegar al artefacto explosivo, y la ametralladora del calibre .50 del vehículo había hecho trizas el marco de la ventana alrededor de la cortina y a la figura oscura que se ocultaba tras ella. Holliday no titubeó, ni tampoco

Lockwood. Dispararon a la vez, en el mismo momento en que el dedo de Tritt pulsaba el botón de disparo del cohete antitanque.

El mundo estalló a su alrededor. El rastro de llamas del cohete trazó un arco desde la ventana del hotel y alcanzó de lleno el helicóptero Super Puma entre la puerta corredera y las aspas, algo combadas hacia abajo, estampándose contra el gran motor doble Turbomeca y rompiendo los conductos de combustible. Hubo un instante de silencio en el que pareció que no se habían producido grandes daños. Entonces, detonó la carga explosiva del cohete, y todo el helicóptero quedó envuelto en una bola de fuego cuyo tamaño iba en aumento. La onda explosiva derribó a Holliday, a Peggy y a Lockwood, mientras volaban en todas direcciones los fragmentos de aspas, uno de los cuales se coló por la puerta principal del Paraíso de los Deportes del Tío Jimmy, mientras que otro fragmento de aspa mayor atravesó por la mitad el coche patrulla que encabezaba la caravana y mató al instante al conductor y a su compañero.

El humo y las llamas impedían ver qué había sido del presidente. Mientras Holliday, Lockwood y Peggy se incorporaban, se extendía por la plaza una nube de humo sofocante. Con el humo y la espesa nevada, la visibilidad era prácticamente nula.

—Estaba en el tercer piso —dijo Lockwood.

—¿Hacia dónde irá? —preguntó Holliday.

—Si es listo, se figurará que habrá controles de carretera.

—¿Qué significa eso?

—Debe de tener una moto de nieve en alguna parte. Las usa la gente para ir hasta las chozas de pesca sobre el hielo. En el embarcadero no llamaría la atención.

Holliday asintió con la cabeza.

—Atraviesa el lago y desaparece antes de que nadie haya tenido tiempo de pensar —dijo—. En algún momento, marca un número en su teléfono vía satélite y hace saltar Winter Falls por los aires.

—Algo así.

Holliday se volvió hacia Peggy.

—Busca al poli que esté al mando allí —le dijo, señalando los restos incendiados del helicóptero—. Di a quien sea que el jefe y yo hemos ido a perseguir a Tritt, y que ellos deben ponerse a buscar más camiones bomba antes de que sea tarde.

—No será que pretendes librarme de mí, ¿verdad?

—No seas idiota. Quiero salvar vidas. ¡Vete!

Peggy se fue.

—Y ahora, ¿qué?

—Sígame —dijo Lockwood. Se volvió y desapareció entre el humo y la nieve, dirigiéndose al hotel que estaba al otro lado de la calle.

Tritt se había adelantado, pero no le había quedado otra opción. Disparó el cohete, dejó caer sin más el tubo caliente que llevaba al hombro y se dirigió a la puerta,

dando un golpecito sobre el bolsillo de su grueso plumífero para cerciorarse de que seguía llevando encima el teléfono vía satélite. Salió corriendo al pasillo oscuro; hizo caso omiso del ascensor que estaba a su izquierda y dobló a la derecha, hasta que llegó a la puerta que daba a las escaleras.

Al cabo de un minuto llegó al vestíbulo, que a esas alturas estaba lleno de huéspedes y de empleados del hotel. La gente se llamaba en voz alta; alguien lloraba, y los haces de luz de las linternas surcaban la neblina que había empezado a llenar la zona de la recepción. Todo olía a humo y a combustible de aviación. Nadie se fijó en Tritt, que entró en el restaurante del fondo del hotel y atravesó las puertas oscilantes que daban acceso a la cocina. A los segundos de haber destruido el helicóptero en la plaza, ya corría por el callejón de detrás del edificio; y dos minutos más tarde hacía girar la llave de contacto de la gran moto de nieve plateada Yamaha Vector que tenía aparcada tras el patio trasero del restaurante de Gorman. Accionó el acelerador, trazó una curva cerrada con la moto, y partió a través del lago helado, rumbo al oeste.

Tritt sonrió tras el grueso pasamontañas de lana que le cubría el rostro y volvió la vista hacia el vacío nevado de la noche. El trabajo estaba hecho. Con aquel aparato que alcanzaba los ciento diez kilómetros por hora, ya no podrían alcanzarlo. A mitad de camino detendría el vehículo, sacaría el teléfono vía satélite y marcaría el número preprogramado. Sería la mayor detonación no nuclear desde la explosión de Texas City de 1947, que redujo a escombros prácticamente toda la población.

—Llegamos tarde —dijo Lockwood. Los dos hombres estaban al pie de los escalones que bajaban hasta el embarcadero, tras el restaurante de Gorman. Todavía se veían las huellas de Tritt sobre la nieve recién caída, y oían a lo lejos el motor de la moto de nieve que se alejaba. Había otros tres vehículos similares al pie de los escalones, rodeados los tres del olor penetrante de la gasolina recién derramada. Tritt les había arrancado las mangueras de combustible.

—No podremos alcanzarlo. Ese hijo de perra va a hacer estallar mi pueblo, y yo no puedo hacer nada, ¡maldita sea!

—Yo no me rendiría tan pronto —dijo Holliday. Anduvo por el hielo hasta la hilera de trineos a vela. Pasó la mano por el casco negro y reluciente de uno de los vehículos aerodinámicos.

—Son Monotipos XV —dijo—. Ni siquiera sabía que los había en los Estados Unidos.

—¿Sabe pilotar una cosa de estas? —le preguntó Lockwood. Los cascos de carreras medían unos nueve metros de largo; los mástiles tenían casi la misma altura, y a cada lado tenían un balancín ancho provisto de un largo patín de bronce y acero.

En la popa del casco había un tercer patín, y la nave, semejante a un insecto, se pilotaba con un volante grande, como los de los automóviles, que estaba en la pequeña carlinga trasera. El piloto del trineo controlaba también el movimiento de la vela y sus ajustes por un sistema de cables y poleas, y el copiloto que iba en la carlinga delantera servía, principalmente, de lastre y contrapeso para evitar que

despegara por el aire la parte delantera de la nave.

—Estuve destinado en Helsinki una temporada. Los míos tuvieron una idea loca de sacar a gente de San Petersburgo cruzando el golfo de Finlandia con trineos como estos. No llegamos a intentarlo, pero aprendí el manejo básico.

—¿Cómo vamos a alcanzar una moto de nieve con un trineo a vela? —dijo Lockwood—. He visto las carreras de estos, pero no alcanzan esas velocidades.

—El récord de velocidad de un trineo de estos es de casi doscientos kilómetros por hora —dijo Holliday—. Usted suba delante, y yo intentaré ponerlo a tiro del hombre que le está jodiendo el pueblo.

—¿Cómo ponemos en marcha esta cosa? —dijo Lockwood.

Tritt redujo la velocidad de la moto de nieve; se detuvo del todo y miró la esfera grande de su reloj. Hacía más viento del que había esperado, e iba a retrasarse. Tampoco tenía importancia: no lo esperaba nadie. Pero él siempre se había preciado de su puntualidad, que era para él una cuestión de orgullo profesional. Recordaba y cumplía el tópico favorito de su abuelo alemán: «Si vale la pena hacer una cosa, vale la pena hacerla bien». Observó el localizador GPS que llevaba sujeto con cinta al manillar, y le hizo un leve ajuste.

Tritt tenía la edad suficiente para haber vivido una época en que los GPS, los teléfonos vía satélite y la mayor parte de la tecnología del siglo XXI eran cosas increíbles y que no se daban por supuestas. Sacó su vieja brújula militar Bézard y comprobó la precisión de los datos electrónicos que le daba el GPS. En efecto, eran exactos. Aceleró el motor de la moto de nieve; pero lo apagó al momento, pues había percibido de pronto un ruido extraño que procedía de algún punto a su espalda. Se quitó el casco y escuchó. Después, apoyó una bota sobre la superficie del hielo, azotada por el viento y casi negra.

Algo. Un ruido sordo lejano. No era un vehículo con oruga, como su moto de nieve. Era un tono que subía y bajaba de manera irregular, y hasta se percibían sus vibraciones por el hielo. Tritt no tenía la menor idea de qué era lo que producía aquel estrépito extraño y lejano, pero sabía que estaba fuera de lugar, y solo por eso ya no le gustaba. Si tuviera que aventurar una hipótesis, diría que sonaba como si alguien arrastrara una caja de madera pesada por el hielo, a gran velocidad. Volvió a mirar su reloj. Era un poco pronto todavía; pero decidió hacer la llamada en cualquier caso. Se sacó del bolsillo el teléfono vía satélite y lo encendió.

La moto de nieve silenciosa surgió ante ellos sin previo aviso, mientras Holliday se debatía con el volante, intentando controlar el trineo a vela, veloz y de proa afilada como una daga. No tenía idea de a qué velocidad iban; pero hasta hacía unos segundos habían estado persiguiendo el sonido de la moto de nieve, que había cesado

de pronto. Fuera cual fuera la velocidad, el azote del viento y de la nieve hacía imposible comunicarse con Lockwood, que iba agazapado en la minúscula carlinga delantera, apuntando con el gran Bushmaster hacia la proa de la embarcación.

Tritt se volvió hacia el sonido del trineo, abriendo los ojos con asombro tras el pasamontañas cubierto de nieve. Extendió la mano derecha y sacó un pequeño subfusil ametrallador MP5. Lockwood disparó. El proyectil del fusil de gran calibre dio en el alojamiento delantero del motor de la moto de nieve e hizo saltar una lluvia de chispas.

Holliday hizo girar el volante y tiró a la vez del cable de la vela, apartándose en arco, mientras las balas del MP5 cosían de agujeros el costado del trineo y hacían sonar el largo patín delantero, que se levantaba por el aire.

Holliday hizo un giro cerrado poniendo la embarcación sobre un solo patín, a riesgo de hacerla volcar; pero cuando volvieron a dirigir la proa hacia Tritt, la moto de nieve ya se había puesto en marcha de nuevo. Holliday, siguiéndola, dio unos manotazos en el casco del trineo para llamar a Lockwood. El policía se volvió en su asiento y dedicó a Holliday una sonrisa de calavera y una señal de que todo iba bien. No estaba herido; y, al parecer, tampoco se había averiado ningún elemento esencial para el manejo del trineo a vela.

Tritt avanzaba en línea recta, ganando velocidad y forzando la moto de nieve al máximo. Holliday percibía a lo lejos, en el horizonte nocturno, la línea más oscura de la orilla opuesta del lago. Si Tritt llegaba a tierra, lo perderían. La moto de nieve podía desplazarse sobre el terreno nevado, mientras que el trineo no podría seguir más cuando se acabara el hielo.

Holliday vio que Tritt bajaba una mano y la metía en el bolsillo de su plumífero. En un primer momento pensó que sacaría un arma de algún tipo; pero vio entonces la forma gruesa y rectangular de lo que debía de ser un teléfono vía satélite. A Winter Falls se le acababa el tiempo. Holliday tiró del cable para tensar la vela y la embarcación ganó todavía más velocidad. Oyó que Lockwood disparaba, pero era en vano: había demasiado movimiento, y los disparos pasaban lejos del blanco.

Holliday veía, ante ellos, que Tritt se revolvía ligeramente en el sillín y conducía con una mano, mientras sostenía el teléfono con la otra. Sabía muy bien que el asesino sonreía bajo el pasamontañas. Holliday tiró todavía más del cable que pasaba por las poleas, y el vehículo aceleró más aún. Cuando el trineo de nieve estuvo justo detrás de la moto de nieve, Holliday soltó el volante que le tiraba de las manos y dejó que la embarcación tomara el viento de pleno. El trineo se levantó del hielo como un yate que se escora con un viento fuerte.

Cuando el trineo se levantó por el aire, subió con él el patín con su hoja afilada de bronce y acero de más de un metro. Holliday tiró más del volante, y el trineo osciló tras la moto de nieve a unos ciento cincuenta kilómetros por hora, levantando todavía más el patín metálico mientras oscilaban tras el veloz vehículo a motor, volviendo al rumbo original en un solo viraje brusco. La hoja del patín alcanzó el cuerpo de Tritt

justo por encima de su cadera doblada y le segó el plumífero, la columna vertebral y el vientre, separándole el tórax del abdomen en un instante. La sangre que brotaba a raudales se helaba en el aire y caía en forma de bolitas de granizo rojas a la superficie del hielo, negra de noche.

La moto de nieve siguió avanzando con rugido de motores entre la oscuridad nevada, llevando todavía en el sillín la mitad inferior del cuerpo truncado de Tritt. Holliday soltó el cable de la vela mayor, y la embarcación orzó, se estabilizó, y se detuvo por fin. Holliday se volvió en su asiento, esperando oír tras ellos el rugido distante de las explosiones y ver alzarse las bolas de fuego que anunciarían la destrucción de Winter Falls. Transcurrieron diez largos segundos. Después, veinte. Después, treinta.

Nada.

—¡Lo conseguimos! —aulló alegremente Lokwood.

Holliday cerró los ojos y soltó un largo suspiro que se convirtió en vapor.

Habían vencido.

PASÓ el invierno. En el transcurso de las últimas semanas se habían producido diversos hechos de relevancia mundial, especialmente en los Estados Unidos. Resultó que la herida que había sufrido el nuevo vicepresidente era mucho más grave de lo que se había creído en un primer momento, y este se había visto obligado a dimitir de su cargo para que ocupara su lugar un candidato sano y más capacitado para servir a su país. El presidente, agradecido, había otorgado a Richard Pierce Sinclair la Medalla Presidencial de la Libertad en un acto celebrado en el despacho oval sin asistencia del galardonado. En su lugar, había recogido la medalla su madre, Kate Sinclair. Se creía que Richard Sinclair se recuperaba en el castillo donde tenía su madre los viñedos, en Suiza.

Los medios de comunicación dejaron de ocuparse de Yihad al-Salibiyya, y no se supo más de dicho grupo. Wilmot DeJean, supuesto líder de un grupo paramilitar extremista llamado el Brazo Derecho de Maine, apareció muerto de un ataque al corazón en el centro turístico Brac, de la isla del mismo nombre, en las Caimanes. Según algunos de sus seguidores descontentos, DeJean había sustraído de manera fraudulenta la mayor parte de los «fondos de guerra» de la organización.

Angus Scott Matoon desapareció en el norte de Alaska, en el transcurso de una excursión de caza en helicóptero. Randy Lockwood se retiró del cargo de jefe de policía de Winter Falls, poco después de testificar a puerta cerrada ante un comité del Senado sobre las actividades algo heterodoxas del teniente coronel John Doc Holliday y de Peggy Blackstock; aunque corría el rumor de que se presentaría a las elecciones para alcalde al año siguiente. Después de las reuniones del comité del Senado, los tres fueron invitados a la Casa Blanca, donde almorzaron en privado con el presidente y su esposa.

La explosión que se había producido en el transcurso de la visita nostálgica del presidente a la población de Winter Falls se atribuyó por fin a la imprudencia de un operario, que había encendido un cigarrillo mientras llenaba de fueloil de calefacción los depósitos de un centro comercial local. La explosión había destruido la subestación eléctrica cercana, por lo que el pueblo se había quedado a oscuras. Se había evacuado con éxito al presidente, quien, según fuentes de la Casa Blanca, no había corrido peligro en ningún momento.

En las Bahamas, varias personas habían pedido información a Mary Breau, la agente inmobiliaria, sobre la casa del señor William Tritt, en cayo Lyford, pero a ella le estaba costando muchísimo ponerse en contacto con el propietario.

Llegó la primavera al Vaticano. Corrían suaves brisas entre los olivos y los cidros que bordeaban los senderos del jardín. El ruido del tráfico frenético de Roma se oía

como un rumor apagado y lejano tras los altos muros de piedra. En la basílica de San Pedro reinaba la calma, de momento.

El cardenal secretario de Estado Antonio Niccolo Spada y el padre Thomas Brennan, jefe del Sodalitium Pianum, los servicios secretos del Vaticano, se paseaban por los célebres jardines vaticanos disfrutando del sol cálido, oyendo el canto tímido y quejumbroso del colirrojo real desde las ramas de los árboles que los rodeaban, mientras volaba a gran altura sobre ellos un rapaz cernícalo, cuyas alas oscuras parecían una advertencia penetrante de cosas venideras. Cuando pasaban ante un limonero, Spada tomó uno de los pequeños frutos amarillos y se lo llevó a la nariz, aspirando su aroma penetrante y ácido.

—Así pues, al final han cambiado muy poco las cosas —dijo el cardenal, cuyas largas vestiduras rozaban la gravilla del sendero por el que caminaban.

—Tenemos algo de lo que queríamos —dijo el sacerdote de traje negro, cuyo cigarrillo encendido emitía un olor rancio que contrastaba marcadamente con los ricos aromas naturales de los jardines que los rodeaban—. Al menos, tenemos un papa nuevo.

—Y tratable, además —murmuró Spada—. A diferencia de su antecesor, que se estaba acercando demasiado a unos secretos que no eran asunto suyo.

—Sinclair no consiguió el cuaderno —dijo Brennan en voz baja.

—Ni nosotros tampoco —replicó el cardenal, cortante—. Mientras el mundo ve desintegrarse nuestros principios morales en un sórdido escándalo sexual, la Santa Sede está al borde de la bancarrota.

—Más vale la distracción de un escándalo sexual que un informe de auditoría —repuso Brennan.

—Holliday no usa ni despilfarra las riquezas de los templarios, unas riquezas que pertenecen por derecho a la Iglesia, y no a un solo hombre.

—Se considera simple custodio del tesoro, no propietario del mismo —dijo Brennan—. Como lo fue antes el monje Rodrigues.

—No me importa en absoluto lo que se considere el coronel Holliday. Quiero lo que es nuestro por derecho.

—Eso mismo diría Kate Sinclair —replicó el sacerdote vestido de negro—. Esto no ha sido para ella más que una sola batalla dentro de una guerra más larga.

—Una guerra que *tenemos que ganar* —dijo Spada—. ¡Tráigame el cuaderno de los templarios, cueste lo que cueste!

Doc Holliday se desabrochó discretamente el cinturón de seguridad y miró por la ventana mientras el gran 747 de la El Al ascendía por el cielo y ponía rumbo al este. Se acomodó de nuevo en su cómodo asiento de primera clase; tomó unos tragos de su vaso de zumo de naranja recién exprimido y se volvió hacia Peggy Blackstock, que ocupaba el asiento contiguo.

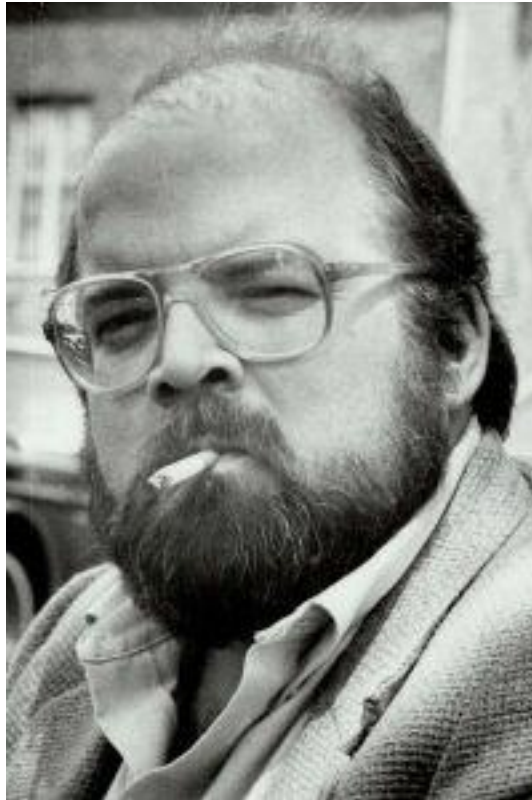
—Entonces, explícame otra vez por qué me vuelvo a Israel contigo.

—Porque necesitamos un descanso los dos; porque te despidieron de tu trabajo temporal en la Universidad de Georgetown por faltar a demasiadas clases, y porque Raffi ha encontrado en su viaje al África negra una cosa que le ha parecido que podría interesarte.

—Estupendo —dijo Holliday. Apuró el zumo, dejó el vaso, bajó el respaldo de su asiento y cerró los ojos—. Con tal de que haga calor, haya playa y yo pueda disfrutar de un poco de paz y tranquilidad.

—Te lo garantizo.

—Suenan a últimas palabras —musitó Holliday; y se durmió.



Paul Christopher es el seudónimo de Christopher Hyde (Ottawa, Ontario, Canadá, 26-5-1949 - 2014). Es hijo de Laurence Hyde (un autor, ilustrador y productor) y Bettye Marguerite Bambridge (una psicóloga infantil). Se casó con Mariea Sparks, el 23 de julio 1975 con quien tuvo 2 hijos: Noah Stevenson Sparks, y Chelsea Orianna Sparks. Vivió a caballo entre Europa y Estados Unidos.

Fue escritor y productor en la *Canadian Broadcasting Corporation* durante diez años, se consagró a la escritura en pleno a partir de 1977. Fue profesor de historia contemporánea en la famosa Universidad Ivy League y autor de un gran número de libros de referencia sobre robos de arte, falsificaciones y, más concretamente, los saqueos que ocurrieron en Europa durante la segunda guerra mundial. Dio conferencias sobre el tema y fue un consultor de Naciones Unidas y de una brigada especial de la policía de Nueva York en el robo de obras de arte.

Es el creador de tres sagas (ambas bajo el seudónimo de Paul Christopher): la de la arqueóloga que da nombre a la serie *Finn Ryan*; la del teniente coronel *John Holliday*, antiguo Ranger del ejército; y una tercera más extensa entorno al mundo de los templarios, *Templars*.

También ha utilizado los seudónimos de A. J. Holt, y el de Nicholas Chase (junto a su hermano, el escritor Anthony Hyde).

Notas

[1] Robert Burns, poeta escocés del siglo XVIII. «Gang aft agley», en escocés, «suelen salir mal». (N. del T.). <<

[2] Nombre con que llamaba al Llanero Solitario su acompañante el indio Toro. (N. del T.). <<

[3] Es decir, el padre era protestante y la madre era católica, en Irlanda. (N. del T.). <<